

# de los saberes de la emancipación y de la dominación

**Ana Esther Ceceña**

[coordinadora]

Ana Esther Ceceña

Carlos Walter Porto-Gonçalves

Guillermo Castro H.

Raúl Zibechi

Luis Tapia

Jaime Estay R.

Raúl Ornelas

Claudia Korol

Juan Guillermo Ferro M.

Jaime Cayoedo

Jaime Zuluaga Nieto

Manuel Guerrero Antequera



COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



**CLACSO**  
LIBROS





**DE LOS SABERES DE LA  
EMANCIPACIÓN Y DE LA  
DOMINACIÓN**

Ana Esther Ceceña  
[coordinadora]

De los saberes de la emancipación y de la dominación / coordinado por Ana Esther Ceceña .- 1a ed. - Buenos Aires : Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2008. 288 p. ; 23x16 cm. - (Grupos de Trabajo de CLACSO)

ISBN 978-987-1543-09-0

1. Ensayo Sociológico. I. Ceceña, Ana Esther, coord.  
CDD 301

Otros descriptores asignados por la Biblioteca Virtual de CLACSO:  
Poder / Emancipación / Hegemonía / Capitalismo / Movimientos Sociales / Democratización / Descolonización de los Saberes / Epistemología Crítica / Resistencias Sociales / América Latina

Colección Grupos de Trabajo

# DE LOS SABERES DE LA EMANCIPACIÓN Y DE LA DOMINACIÓN

Ana Esther Ceceña  
[coordinadora]

Ana Esther Ceceña  
Carlos Walter Porto-Gonçalves  
Guillermo Castro H.  
Raúl Zibechi  
Luis Tapia  
Jaime Estay R.  
Raúl Ornelas  
Claudia Korol  
Juan Guillermo Ferro M.  
Jaime Caycedo  
Jaime Zuluaga Nieto  
Manuel Guerrero Antequera



CLACSO

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

**Editor Responsable** Emir Sader - Secretario Ejecutivo de CLACSO

**Coordinador Académico** Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

**Colección Grupos de Trabajo**

**Director de la Colección** Marcelo Langieri - Coordinador del Programa Grupos de Trabajo

**Asistentes del Programa** Rodolfo Gómez - Pablo Vommaro

**Área de Difusión y Producción Editorial de CLACSO**

**Coordinador** Jorge Fraga

**Edición**

Ivana Brighenti - Mariana Enghel

**Diseño editorial**

Miguel A. Santángelo - Marcelo Giardino - Mariano Valerio

**Divulgación editorial**

Sebastián Amenta - Daniel Aranda - Carlos Ludueña

**Arte de tapa** Marcelo Giardino

**Revisión de pruebas** Virginia Feinmann

**Impresión** Gráfica Laf SRL

**Primera edición**

*De los saberes de la emancipación y de la dominación*  
(Buenos Aires: CLACSO, diciembre de 2008)

ISBN 978-987-1543-09-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

**CLACSO**

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais**

Av. Callao 875 | Piso 5° J | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Tel. [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459 | e-mail <clacso@clacso.edu.ar> | web <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

# ÍNDICE

<b>Presentación</b>		9
<b>Ana Esther Ceceña</b> De saberes y emancipaciones		15
<b>Carlos Walter Porto-Gonçalves</b> De saberes e de territórios: diversidade e emancipação a partir da experiência latino-americana		37
<b>Guillermo Castro H.</b> Nota para una historia del pensar de los latinoamericanos		53
<b>Raúl Zibechi</b> Ecos del subsuelo: resistencia y política desde el sótano		71
<b>Luis Tapia</b> La reforma del sentido común en la dominación neoliberal y en la constitución de nuevos bloques históricos nacional-populares		101



<b>Jaime Estay R.</b> El discurso y la práctica librecambistas: sus efectos en América Latina		115
<b>Raúl Ornelas</b> Saberes de la dominación. Panorama de las empresas transnacionales en América Latina. Agenda de investigación		137
<b>Claudia Korol</b> La subversión del sentido común y los saberes de la resistencia		177
<b>Juan Guillermo Ferro M.</b> ¿Será que tienen la clave? La política de la diferencia y la política hacia la igualdad en el movimiento indígena Nasa (Paez) de Colombia		193
<b>Jaime Caycedo</b> Procesos emancipatorios en condiciones complejas: la lucha por la unidad popular en Colombia		217
<b>Jaime Zuluaga Nieto</b> La libertad y la democracia como instrumentos de dominación		239
<b>Manuel Guerrero Antequera</b> Tras el <i>exceso</i> de la sociedad: emancipación y disciplinamiento en el Chile actual		261

## PRESENTACIÓN

NO HAY DOMINANTE SIN DOMINADO, ni proceso de dominación sin resistencias. A las estrategias, modalidades y mecanismos diseñados por los dominadores de todos los tiempos corresponde una plétora de expresiones, acciones, estrategias y proyectos políticos de quienes se resisten a ser dominados.

Después de cinco siglos de un proceso expansivo que arrasó –cuando no subsumió– todos los otros procesos y organizaciones sociales, llegamos al siglo XXI con un panorama complejo y abigarrado en el que el ejercicio del poder se vale de todos los elementos que han ido erigiendo tanto la relación colonizador-colonizado como la explotador-explotado en múltiples y muy variadas circunstancias históricas.

Las relaciones de poder que condensan este proceso de expansión planetaria del capitalismo, cuyo último gran triunfo fue la caída del socialismo real, han ido abarcando todas las dimensiones de construcción de societalidad. El poder no se impone sólo –y a veces ni principalmente– por medios brutales de coacción física: transita significativamente por la construcción simbólica de las interpretaciones del mundo. Se instala en las mentes colectivas y las individualiza; en los imaginarios sociales, desbaratándolos y produciendo imágenes que ocuparán su lugar; invade los cuerpos internalizando una visión del mundo producida, extranjera; el poder se presenta a la vez como bio-

poder y cosmopoder, y entonces se descara y se vuelve cínico, pasando por encima de derechos societales, derechos civiles, derechos humanos, derechos. Utiliza la educación, la imagen, los símbolos, el lenguaje, la moneda, el mercado, los misiles, los juegos de los niños y, por supuesto, la represión directa. Nos dice Frantz Fanon:

En las sociedades de tipo capitalista, la enseñanza religiosa o laica, la formación de reflejos morales transmisibles de padres a hijos, la honestidad ejemplar de obreros condecorados después de cincuenta años de buenos y leales servicios, el amor alentado por la armonía y la prudencia, esas formas estéticas del respeto al orden establecido crean en torno al explotado una atmósfera de sumisión y de inhibición que aligera considerablemente la tarea de las fuerzas del orden [...] En las regiones coloniales, por el contrario, el gendarme y el soldado, por su presencia inmediata, sus intervenciones directas y frecuentes, mantienen el contacto con el colonizado y le aconsejan, a golpes de culata o incendiando sus poblados, que no se mueva. El intermediario del poder usa un lenguaje de pura violencia (Fanon, 1963: 33).

La brutalidad forma parte de los mecanismos de dominación y de la generación de visiones: la idea de un mundo sin tanques o sin cuerpos de seguridad se va volviendo utópica o, incluso, disparatada. Las cosmovisiones del poder se imponen por bombardeo sistemático a través de los medios y de la *producción de sentidos comunes* (Ceceña, 2006). Las formas de control y disciplinamiento se van sofisticando hasta volverse tan sutiles que se internalizan y aparecen como autoconciencia.

Penetrar esa sofisticación para aprehender los mecanismos y las lógicas del poder, para construir un mundo sin imposiciones, sin discriminaciones, sin explotación y sin otredades forma parte del proceso emancipatorio. Todo proceso se construye acumulando saberes. Y la sabiduría de los pueblos lleva al conocimiento de los límites, de los riesgos, de los daños, de las maneras de superar obstáculos o peligros. No hay emancipación posible en la oscuridad.

En este libro se habla de los saberes de las emancipaciones conociendo y ayudando a romper los cercos y las opresiones. Estudiando cómo domina el poder y cuáles son sus diferentes facetas y representaciones, Raúl Ornelas desentraña las redes formadas por las empresas transnacionales sobre América Latina, retícula subyacente de la materialización de la hegemonía y de las políticas de disciplinamiento social y contrainsurgencia.

Los discursos son expresión de prácticas y creadores de consensos, a veces ficticios pero efectivos al menos coyunturalmente.

De los discursos del poder, se destaca por su permanencia y capacidad disciplinadora el del libre cambio, que es deconstruido por Jaime Estay R., quien muestra cómo el discurso marcha construyendo una ruta que produce los efectos contrarios a los que pregona. En el terreno de la economía, el libre cambio ha sido el hilo conductor de la oligopolización y de la consolidación del poder económico capitalista, tanto como la democracia y la libertad lo son en el ámbito político-ideológico. El discurso de la democracia y la libertad tiene también ese carácter fetichizador que encubre las acciones de guerra, disfrazándolas de rescate de la libertad. Jaime Zuluaga Nieto examina esta dialéctica para el caso colombiano de las negociaciones de paz mientras se perpetra la guerra. ¿Cómo plantear una lucha emancipatoria en condiciones como las colombianas, entonces? ¿Tiene sentido reivindicar la democracia desde otra perspectiva? Es uno de los desafíos que algunos movimientos colombianos han decidido enfrentar a través de la organización de frentes amplios que disputan sus espacios políticos en las elecciones, como lo asienta Jaime Caycedo.

Casos como el chileno nos revelan la profundidad que pueden alcanzar los discursos. La internalización disciplinaria en el Chile actual remite recurrentemente a la experiencia de la dictadura pinochetista y a la instalación de los mecanismos del miedo como ordenadores sociales mucho más permanentes que las figuras golpistas en la silla de gobierno. Pensar en la emancipación en casos como este, como lo hace Manuel Guerrero Antequera, es bordear el límite de la des-sujetización total y de la capacidad de los seres humanos para reconstruirse como tales.

Sin embargo, guerras internas y más bien sordas, como la colombiana, regímenes de terror como el del Chile de Pinochet o el de la Argentina de Videla son escenarios donde, sorprendentemente, la vida no deja de buscarse paso. Rescatar la capacidad de ver y generar sentidos comunes propios es uno de los espacios de construcción de la posibilidad emancipatoria, como lo aborda Claudia Korol para el caso argentino.

En una situación como la colombiana de hoy, con violencia institucionalizada y prácticas de terror generalizadas, hay sindicatos organizándose y luchando por los derechos humanos de sus afiliados, hay organizaciones campesinas peleando tierras y paz y hay grupos indígenas pugnando por otras formas de civilidad. Los Nasas, que en medio del Plan Colombia sorprendieron al mundo con su marcha en contra del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, son una comunidad que emerge como signo de esperanza y alternativa, tal como nos explica Juan Guillermo Ferro M.

Una de las luchas emancipatorias más importantes de la América Latina contemporánea tiene lugar en Bolivia. Un pueblo sufrido y reprimido como el boliviano, saqueado y discriminado, despreciado y empobrecido es, no obstante, un pueblo fuerte en su cultura y sus cosmovisiones, un pueblo que no acepta dejar de ser, dejar de pensar por sí mismo, dejar de organizarse y de luchar. Un pueblo de disidentes, que discute, construye, marcha y tiene contradicciones, que en partes reivindica la expulsión del no indio y en otras comunica la sabiduría de los indios y los mestizos luchadores contra la opresión. La experiencia boliviana pone en la mesa el discernimiento entre la mentalidad colonizada, alienada, y la mentalidad libre, emancipada, a veces conviviendo y confrontándose en el interior de los propios protagonistas del proceso de transformación que está en curso. La transformación de los sentidos comunes de la construcción de una sociedad mejor, más cercana a las utopías populares y a la justicia social, es el reto que aborda Luis Tapia.

La combinación de colonización y capitalismo, sociedades que se forman en el mestizaje y el racismo, naciones que antes de constituirse ya son expoliadas, generan un pensamiento independentista y al mismo tiempo colonizador, que batalla constantemente por no reproducir aquello de lo que quiere liberarse. El colonialismo interno, estudiado por Pablo González Casanova, es uno de los retos con los que el pensamiento crítico latinoamericano ha tenido que confrontarse en su largo camino de emancipación, como proponen Guillermo Castro H. y Carlos Walter Porto-Gonçalves, desde perspectivas diferentes. Emancipación epistémica, significación disidente, descolonización-liberación conceptual, territorial y social. Romper las cadenas, sin complacencias, descolonizar el pensamiento y la acción, según Raúl Zibechi, es algo que parece ocurrir con mayor fluidez en esos espacios de la sociedad que han sido relativamente abandonados; es una lucha que sólo es radical cuando viene desde los sótanos para abarcar todo el edificio social.

El capitalismo ha llegado a un nivel de destrucción ecológica y social, a un nivel de desastre humanitario ante el que, parafraseando a Rosa Luxemburgo, diríamos *emancipación o catástrofe*, emancipación o extinción de la especie. Los procesos de desalienación hoy se plantean por rutas que no son las del “progreso”. Inventan conceptos, formas de organización y utopías. “Nuestra especie, cuando un día llegue a ser, no se definirá como la suma de los habitantes del globo sino como la unidad infinita de sus reciprocidades” (Sartre en Fanon, 1963).

*Bifurcación*, lo llaman Prigogine y Wallerstein; *bifurcación*, están efectuando los pueblos. La batalla es epistemológica, conceptual.

La lucha es por la vida. Nuevos horizontes están planteados; se camina por nuevas rutas; necesitamos nuevas metodologías. La emancipación teórica tiene que acompañar las emancipaciones de los pueblos. Es esto lo que exploro en el texto “De saberes y emancipaciones”.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Ceceña, Ana Esther (coord.) 2006 *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado* (Buenos Aires: CLACSO).

Fanon, Frantz 1963 *Los condenados de la tierra* (México DF: Fondo de Cultura Económica).



Ana Esther Ceceña\*

## DE SABERES Y EMANCIPACIONES

ESTAMOS EN UN MOMENTO de afloramiento de culturas que desbordan los límites de acotamiento impuestos por el capitalismo. Las concepciones del mundo, de la vida, de la relación con la naturaleza y con el cosmos se han disparado y nos obligan a repensar todos los cuerpos teóricos con los que habíamos organizado nuestra propia visión. Las teorías son cuestionadas en su capacidad para responder al nivel que exigen la complejidad y riqueza de esta irrupción cultural que cambia los parámetros de entendimiento tanto como los de la cotidianidad. Las bases sobre las que el proceso de dominación-emancipación ocurre distan mucho de poder expresarse de acuerdo con una estructura binaria de pensamiento. La complejidad caótica de la realidad exige explicaciones complejas y la naturaleza de los fenómenos reclama el protagonismo de los sujetos en los cuerpos explicativos.

Mucho más para el pensamiento latinoamericano, que está obligado a develar las diferentes capas en que nos ha envuelto un sistema de dominación que violentó y sometió los territorios, la economía, las relaciones de trabajo y también, en cierta medida, la cultura, las men-

\* Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Directora de la revista *Chiapas*. Coordinadora del Grupo de Trabajo Hegemonías y Emancipaciones de CLACSO.



talidades, los modos de vida, las lenguas, las prácticas sociales y las cosmovisiones, con las que se entabló una intensa batalla que no acaba de resolverse; este pensamiento que no puede soslayar, porque es su abrevadero, la larga historia de las resistencias y los abigarramientos que emanan de una praxis barroca y tensionada; de un proceso de confrontación y constitución societal contradictorio protagonizado por los diversos sujetos de la dominación y la resistencia que se entrecruzan en conflictos y mestizajes.

Es la historia de ese proceso de confrontación y abigarramiento la que brinda las claves de comprensión y de destrabamiento de una realidad inconforme.

## LOS SABERES DE LA EMANCIPACIÓN

*Los niños, como las criaturas de las fábulas, saben perfectamente que para ser felices es preciso tener de su lado al genio de la botella...*

*Profanaciones*

Giorgio Agamben

No sólo la lógica sino también la constatación empírica indican que los sujetos se constituyen a través del aprendizaje de la lucha. En la escuela de la vida, su sensibilidad o torpeza, su amplitud de visión, su sentido estratégico, su capacidad lúdica y su creatividad son los nutrientes de sus posibilidades y redefinición constantes, sobre la base de condiciones que, a su vez, van siendo modificadas en el proceso.

Nuestra perspectiva de intelección parte del reconocimiento del sujeto, de los sujetos en interacción y de las relaciones intersubjetivas, como espacio de construcción de la historia y de ejercicio de la política. El énfasis, por tanto, se encuentra ubicado en el nudo crítico de encuentro y resolución de estas relaciones. Es el espacio del conflicto, así sea latente, donde buscamos los elementos explicativos más trascendentes o esenciales, porque es el lugar de expresión de lo que en principio es considerado *irrebasable*; es el espacio del “¡Ya basta!”. Es ahí donde se establecen los umbrales y donde se dislocan las reglas del juego, donde se profana y se trasgrede. Y también es el lugar de la creación, hasta cierto punto lúdica, de nuevas subjetividades y nuevas relaciones.

Una huelga obrera es, por ejemplo, al decir de Michel Ragon:

Esa solidaridad obrera, esa convivencia de clase, son lo único que ayuda a soportar el tedio de la vida proletaria. La repetición de horarios, la repetición de gestos, los salarios irrisorios,

todo eso pesaría demasiado si no se abriera la claridad de la huelga de vez en cuando. La huelga es la utopía. Es el tiempo libre. Es la fraternidad con los compañeros. El salario es amputado, el aburrimiento se instala en el taller, pero durante algunos días, algunas semanas, en el taller ocupado hay fiesta (Ragon, 1990: 362-363; traducción propia).

Y así se observa, o se vive, en las profundidades de la Selva Lacandona, donde confluyeron personajes, luchadores y rebeldes de todas partes del mundo con los mayas armados de palabra y de fuego; en las ollas populares de los piquetes argentinos, lugar del encuentro y la calidez; en la plaza central de Cochabamba, cuando la guerra del agua convocó a todos los sectores de la sociedad a luchar y decidir juntos; en las marchas desafiantes, en los plantones y en tantas otras manifestaciones que ocurren cuando el colectivo se aparta de sus actividades y ritmos cotidianos para crear un espacio nuevo y relativamente libre.

Estos espacios dislocados donde se rompen los ritmos y las compartimentaciones, donde se olvidan los roles cotidianos impuestos por las dinámicas de la dominación, donde l@s “niñ@s de la calle” pueden encontrarse como iguales con las “amas de casa”, con l@s obrer@s, l@s desemplead@s, las lavanderas, es decir, con esas figuras construidas, como la de ell@s, en el ordenamiento social puesto en cuestión, disolviendo las fronteras y los comportamientos estereotipados. Romper los moldes, aunque sea circunstancialmente, y encontrarse sin prejuicios y sin guiones prediseñados, permite establecer nuevos vínculos, nuevas complicidades y nuevos sentidos. Estar en el terreno de lucha posibilita inventar y construir; auspicia nuevos aprendizajes nutridos de las experiencias de l@s viej@s luchador@s y de las nuevas ideas, y permite profanar<sup>1</sup> los santuarios del poder. En el espacio de lucha se observa de otro modo –des-sacralizado– el comportamiento de los oponentes para descubrir sus intenciones y desmontar sus ofensivas; se aprende su lógica para eludir sus telarañas y sus paradójicos efectos hipnóticos.

Pero también los oponentes aprenden en el conflicto. Miden las posibilidades de los adversarios y sus puntos débiles; estudian sus cos-

---

<sup>1</sup> Retomo aquí la idea de Giorgio Agamben sobre lo que él distingue como dos operaciones políticas de signo contrario: “la secularización política de conceptos teológicos (la trascendencia de Dios como paradigma del poder soberano) no hace otra cosa que trasladar la monarquía celeste en monarquía terrenal, pero deja intacto el poder. La profanación implica, en cambio, una neutralización de aquello que profana. Una vez profanado, lo que era indisponible y separado [lo humano de lo divino] pierde su aura y es restituido al uso. Ambas son operaciones políticas: pero la primera tiene que ver con el ejercicio del poder, garantizándolo mediante la referencia a un modelo sagrado; la segunda desactiva los dispositivos del poder y restituye al uso común los espacios que el poder había confiscado” (Agamben, 2005: 102).

tumbres y sus tradiciones; intentan entenderlos para enfrentarlos con la mayor certeza de triunfo. Juegan con sus sensibilidades y manosean sus utopías. Sobran ejemplos de huelguistas cándidos embaucados por los patrones o sometidos a través de los mecanismos de cooptación, soborno o atemorizamiento, que están siempre al acecho.

El conflicto se mueve, se resuelve o se complica, se transforma, a partir de los aprendizajes y su transformación en saberes, en políticas, en elementos significantes de las estrategias y los sentidos de la vida. Y con el conflicto, con la lucha, la realidad se rehace<sup>2</sup>. Se rehace en la batalla de la cotidianidad y en los momentos de insurrección, aunque con diferente intensidad y posibilidades de ruptura, de disfrute y de transformación. Pero se rehace también, y cobra solidez, en su recuperación y actualización de la historia, en la reflexión sobre sí mismo y sobre el mundo.

## LA ESPONTANEIDAD DE LAS REVUELTAS

*La historia contiene todos los sentidos y por eso es insensata.*

*El suplicio de las moscas*

Elías Canetti

La espontaneidad tiene su espacio, sobre todo, en los momentos insurreccionales; pero, contrariamente a la apreciación de muchos estudiosos que la consideran un elemento de debilidad o insustancialidad de las luchas, como demostración de su carácter efímero o escasamente político, yo entiendo a la espontaneidad como expresión de una libertad largamente rumiada en la que no se pasa de un sujetador a otro, porque sería un contrasentido, sino a un espacio de afloramiento o despliegue de lo que yo llamaría *subjetividades desatadas*, que permite construir utopías en la práctica.

La espontaneidad es un ingrediente indispensable de la construcción sujética que de ningún modo niega el sentido de la organización, sino que le agrega novedades y posibilidades; sirve para inventar mecanismos de defensa a partir de ejercicios autogestionarios que fortalecen los sentidos compartidos y hacen de la práctica de lucha un amasijo en que se combinan medios y fines, realidades y horizontes.

No obstante, me interesa insistir en este punto por la descalificación generalizada que se hace de las insurrecciones o movilizaciones populares que no anuncian claramente su programa de lucha y sus propósitos, o que no se ciñen a los guiones y procedimientos de lucha

---

<sup>2</sup> Como dijera Marx, hoy tan desterrado de los análisis, "la lucha de clases es el motor de la historia".

ya institucionalizados, asumiendo implícitamente una apreciación utilitaria de lo que se ha dado en llamar las acciones colectivas, a partir de Melucci.

Cuando Ranajit Guha estudia la historia de las rebeliones en la India, justamente caracterizadas por muchos como “espontáneas”, afirma:

[Con respecto al mito de] que las insurrecciones campesinas son puramente espontáneas e impremeditadas. La verdad es casi lo contrario. Sería difícil citar un levantamiento de una escala significativa que no estuviese precedido por formas de movilización menos militantes, cuando había sido imposible encontrar e intentar otros medios, o por conversaciones entre sus dirigentes para valorar seriamente los pros y los contras de cualquier recurso a las armas [...] Tenían [los campesinos] demasiado a perder y no se lanzarían [a una rebelión] más que como un deliberado, aunque desesperado, medio para escapar de una condición de existencia intolerable. En otras palabras, la insurgencia era un empeño motivado y consciente de las masas rurales (Guha, 2002: 44).

Y esa misma idea surge de los estudios realizados por James Scott (2000), en los que se pone en evidencia la gran cantidad de actos creativos pero encubiertos que van conformando una situación de resistencia –la “infrapolítica de los dominados”– que sólo se hace visible como revuelta o insurrección en momentos especiales, pero que se gesta y se recrea en el roce cotidiano.

El carácter desinstitucionalizado de las subjetividades colectivas de resistencia no es una debilidad ni les resta fuerza. Al contrario, es justamente uno de los componentes de su capacidad corrosiva radical: la lucha se construye desde otras bases y por tanto elude las estructuras de sujeción, enfrentándolas desde otro lugar y con otras reglas.

Aunque generalmente pueden identificarse elementos detonadores puntuales, la mayoría de las revueltas desinstitucionalizadas los trascienden casi siempre apelando a causas históricas de mucha mayor amplitud. Problemas de gestión del agua permiten evidenciar diferencias culturales, concepciones del mundo, de las relaciones sociales o de las relaciones con la naturaleza que, desde la perspectiva moderna o institucional, parecen fuera de lugar, mientras que para los pueblos, con una visión mucho menos escindida de la realidad, son parte de un mismo problema histórico estructural de larga duración.

El espacio de la espontaneidad es el del aprendizaje a través de la invención. Sin embargo, esa espontaneidad, paradójicamente, apela casi siempre a una tradición anterior a la situación de opresión que provoca el levantamiento, como bien lo ha estudiado E.P. Thompson.

Las fisuras características de esta sociedad no se producían entre patronos y trabajadores asalariados (como en las clases “horizontales”), sino por las cuestiones que dan origen a la mayoría de los motines: cuando la plebe se unía como pequeños consumidores, o como pagadores de impuestos o evasores del impuesto de consumos (contrabandistas), o por otras cuestiones “horizontales”, libertarias, económicas o patrióticas. No sólo era la conciencia de la plebe distinta de la de la clase obrera industrial, sino también sus formas características de revuelta: como, por ejemplo, la tradición anónima, el “contra-teatro” (ridículo o ultraje de los símbolos de autoridad) y la acción rápida y directa (Thompson, 1989: 31).

Las formas aparentemente novedosas de la revuelta muchas veces son reproducción de costumbres o tradiciones, aunque casi siempre incorporan actualizaciones que quedan establecidas a partir de ahí como parte de esa tradición, pero que a la vez la cuestionan. Es decir, se trata de una recuperación crítica de esa tradición en la que la comunidad cobra sentido, en un proceso en el que la tradición es reinterpretada de acuerdo con los desafíos del presente. La inventiva y el ingenio no cancelan la reflexión, que se expresará muchas veces como anécdota o recuento de hechos a través de los cuales se miden los nuevos límites, y que se incorporará en la tradición como argamasa comunitaria, desplazando los umbrales de la lucha.

## LOS ESPACIOS DE LA RESISTENCIA

*Una subjetividad se produce donde el viviente,  
encontrando el lenguaje y poniéndose en juego en él sin  
reservas, exhibe en un gesto su irreductibilidad a él.*

*Profanaciones*

Giorgio Agamben

En sus diversas investigaciones, E.P. Thompson, James Scott, Carlo Ginzburg y Ranajit Guha han ido descubriendo los modos y lugares en que la resistencia se organiza y se expresa. Hemos aprendido con ellos a “descubrir las reglas invisibles de acción” de la plebe, en defensa de “su costumbre” y tradiciones, de su moralidad o sentido de la vida, que orientan las formas y contenidos de su rebeldía (Thompson, 1989: 45 y ss.); a encontrar los códigos y discursos ocultos mediante los cuales se va construyendo el sentido general que lleva a la irrupción aparentemente espontánea, pero que decurre cotidianamente, que se acumula y se refina en los espacios sociales propios de los dominados:

No ha sido posible [...] destruir completamente la vida social autónoma de los grupos subordinados, que es fundamental para la producción de un discurso oculto. Las grandes formas históricas de dominación no sólo generan resentimientos, despojos y humillaciones que les dan a los subordinados, por decirlo así, algo de qué hablar; también son incapaces de impedir la creación de un espacio social independiente en el cual los subordinados pueden hablar con relativa seguridad (Scott, 2000: 111-112).

Los espacios del transcurrir colectivo, esos espacios privados de la plebe, en los que se habla con otro lenguaje que se asemeja a un código interno, a un tipo de dialecto propio, son insoslayables en el proceso de constitución de los sujetos de la resistencia que protagonizarán las insurrecciones. Espacios relativamente libres del “ojo del amo” que lo mismo son objeto de una contaminación que puede convertirlos en versiones más infames o crudas de las relaciones de poder, que espacios donde los sentidos históricos compartidos, las miserias de la vida y los enfrentamientos cotidianos conduzcan a la articulación de formas políticas de manifestación que sólo algunas veces asumen claramente un carácter de clase, pero de esa clase abigarrada y diversa que se constituye en la lucha.

Para Ginzburg (1986), el espacio de libertad de Menocchio, su personaje prototípico, y en general el de los seres *mediocres*<sup>3</sup> que conforman la plebe, es la cantina. Ahí es donde se hace política y se explicitan los sentidos comunes de la resistencia que serán transmitidos a veces en pequeños panfletos, que en un ámbito de casi total analfabetismo son poco eficaces, y sobre todo oralmente, con la ventaja de que esta vía propicia el fortalecimiento de las subjetividades colectivas. Es decir, hay un entretejido constante de concepciones del mundo construido oralmente en el marco de los procesos de intersubjetividad, de los que emerge un sujeto colectivo que se fortalece en el anonimato de las mediocridades individuales.

Los dominados, los subalternos, sobreviven y resisten porque encuentran o construyen sus espacios y sus dinámicas propias; porque crean sus propias formas políticas que Guha denomina “la política del pueblo”.

Paralelamente al ámbito de la política de la elite, existió durante todo el período colonial otro ámbito de política india en

---

<sup>3</sup> Ginzburg justifica de esta manera su personaje, que es quien le permite ir descubriendo los signos explicativos de la resistencia de la época: “En un individuo mediocre, carente en sí de relieve y por ello representativo, pueden escrutarse, como en un microcosmos, las características de todo un estrato social en un determinado período histórico” (1986: 22).

que los actores principales no eran los grupos dominantes de la sociedad indígena ni las autoridades coloniales, sino las clases y grupos subalternos que constituían la masa de la población trabajadora, y los estratos intermedios en la ciudad y el campo, esto es, el pueblo. Este era un ámbito autónomo, ya que ni procedía de la política de la elite, ni su existencia dependía de esta (Guha, 2002: 36).

Los *otros* espacios, despreciados por la política del poder o construidos en sus intersticios por los dominados, son lugares de construcción de las subjetividades de la resistencia y de la rebelión en los que los dominados, a decir de los autores evocados, socializarían con libertad, lejos de la vigilancia de los dominadores.

Los trabajos de Carlos Walter Porto-Gonçalves (1997), Raúl Zibechi (2003), Álvaro García Linera (2001) y algunos otros, desde la experiencia latinoamericana<sup>4</sup>, han contribuido a la comprensión de cómo, en el caso de Porto-Gonçalves, la construcción de territorialidad, del espacio de vida, es a la vez un lugar de lucha en el que las cuestiones más sustanciales no siempre adquieren carácter explícitamente político, y un lugar de experimentación societal que, dentro de sus circunstancias, es una creación relativamente libertaria; o de cómo un espacio de encuentro penoso entre las madres que habían perdido a sus hijos a manos de la dictadura argentina, en el caso de Zibechi, se convirtió en un referente central en la recomposición de la resistencia. La derrota de la dictadura tuvo como símbolo aglutinador y como fortaleza moral la lucha por los desaparecidos en espacios creados, curiosamente, en torno al té o al mate, es decir, en un ámbito más bien doméstico. Álvaro García Linera (2001) y Luis Tapia (2002), en otro terreno, relatando los nudos de sentido de las sucesivas rebeliones bolivianas, han mostrado la fuerza de la creatividad sincrética derivada de una sociedad multisocietal y, como indica Luis Tapia siguiendo a Zavaleta, abigarrada. A partir de estos trabajos, me atrevo a afirmar que tanto los espacios de construcción de territorialidad en el caso de los *seringueiros* del norte de Brasil, como los espacios de la intersocietalidad en la experiencia boliviana, se tornan lugares de dislocamiento y de invención epistemológica que no se producen en eventos espectaculares, sino que van siendo creados cotidianamente. Es ahí donde están los manantiales del mundo nuevo.

---

4 En beneficio de la argumentación, estoy omitiendo una gran cantidad de aportaciones valiosas que apuntan en sentidos distintos a los que quiero destacar en este texto. El pensamiento latinoamericano, tanto como los movimientos y procesos sociales de transformación, está en uno de sus momentos de mayor creatividad. Particularmente, el pensamiento que surge en y con los mismos movimientos, del que tenemos sin duda contribuciones muy enriquecedoras.

Si no se entiende la importancia de esos espacios, si no se los considera como elemento central en la construcción de la moral de los dominados, dice Scott, es imposible entender las resistencias ocultas y las rebeliones públicas, porque es en ellos que la cultura subalterna “se alimenta y adquiere sentido” (2000: 45).

Efectivamente, hay toda una parte de la vida colectiva, contradictoria o no, de los subalternos que ha sido dejada de lado por la historiografía y los estudios políticos, y que justamente hace que sean recibidas con sorpresa las revueltas de los dominados cuando estas ocurren, y que sean calificadas despectivamente como “espontáneas”, como si eso les restara trascendencia.

Porto-Gonçalves, que tiene una sensibilidad especial para la percepción de los elementos de construcción de subjetividad en los espacios cotidianos, me comentaba con respecto a este punto:

El hacer cotidiano está atravesado todo el tiempo por el *clivage* de la dominación, por lo menos desde 1492 (aunque los mayas, los quechuas y los aymaras incluyan también los “imperios/estatalistas” de los aztecas y los incas). En el hacer hay siempre un saber: quien no sabe no hace nada. Hay una tradición que privilegia el discurso, el decir, y no el hacer. Todo decir, como representación del mundo, intenta construir/inventar/controlar mundos. Pero hay siempre un hacer que puede no saber decir, pero el no saber decir no significa que no sabe. Hay siempre un saber inscrito en el hacer. Bachelard llamaba la atención hacia un “saber material” que él oponía a un “saber formal”, un saber de las formas que, por eso mismo, era sobre todo un saber de visión, un “saber ocular”, un saber de afuera, un saber de sobrevuelo como lo llamó Hanna Arendt. El saber material es un saber de tacto, de contacto, de los sabores y los saberes, un saber *con* (el saber de la dominación es un saber *sobre*). Hay un saber inscrito y no necesariamente es-crito. Cornelius Castoriadis y el grupo “Socialismo y Barbarie” dedicaron páginas maravillosas a esos saberes que se hacen desde los lugares, desde lo cotidiano, desde las luchas que, desde una perspectiva subalterna, son cotidianas e independientes de los conflictos abiertos (Porto-Gonçalves, 2006; comunicación personal)<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> En uno de sus trabajos, Porto-Gonçalves asienta: “Es preciso reconocer, definitivamente, que el conocimiento está inscrito en el acto de vivir y, así, la población es siempre, por definición, portadora de saberes sin los cuales la propia gestión del ambiente se torna inviable. Imaginemos un habitante de la selva, un indio, un *seringueiro*: si no distingue el olor, el paso de un guepardo; si no distingue los rastros, los golpes en el suelo, una cobra



No sólo es ineludible, sino que revela una gran riqueza, adentrarse en esos universos sociales para poder establecer las líneas de conformación de las resistencias y las insurrecciones. Es decir, la política es un asunto que debe ser rastreado en el ámbito de la cultura y las tradiciones, de los saberes y sentidos que se construyen en la vida, en las relaciones colectivas, en los territorios, en la intersubjetividad. No obstante, si bien es indispensable rescatar la subjetividad construida en los espacios *alejados* del poder, para descubrir las visiones y la epistemología de las resistencias, es igualmente importante rescatar esas otras subjetividades y percepciones que emanan de las relaciones con el poder, de la presencia en esos espacios en los que se convive con los poderosos y con las variadas figuras del poder, en los que se atraviesa por sus diferentes mediaciones y mecanismos de reproducción, porque en gran medida es en estos espacios donde se forja la cultura de la disidencia o de la crítica radical. Es en ellos donde se evidencia la contradicción, la humillación y la expropiación permanente contra la que cobra sentido la resistencia.

En cualquiera de los dos casos, la transformación de estos en espacios de libertad es resultado de un proceso de construcción y no una deriva natural.

## EXPERIENCIAS Y SABERES

Resulta ya abusivo reiterar que el cercenamiento de lo político ocurre como parte de un proceso en el que se contraponen sociedad y naturaleza, y la sociedad es subdividida y jerarquizada en esferas aparentemente excluyentes: la civil y la política. Lo cultural y lo social se subsumen

---

que pasó rastreando; si no distingue los colores, los diferentes verdes y cafés, por causa de los mimetismos; si no distingue los sonidos, él puede morir. Sobre todo ese saber, de detalle, el hombre común, por lo general, no sabe hablar. Hablar sobre él presupone colocarse fuera (Heidegger ya lo había señalado). El hacer de esos hombres y mujeres comunes no es hablado, lo que con frecuencia nos induce a creer que ellos no saben. Pero si ellos y ellas no supieran no harían, porque sólo hacen porque saben. En el hacer está siempre inscrito un saber. Quien no sabe no hace. El hecho de que en las universidades vivimos de hablar de lo que otros saben, da la impresión de que nosotros sabemos y ellos y ellas no. Y, de hecho, sabemos... hablar. Somos capaces de hacer una tesis sobre pesca y no saber pescar. Eso es perfectamente posible. Y sabemos qué tan importante es nuestra producción y transmisión de conocimiento. Pero nos olvidamos que el pescador que no sabe hablar de pesca sabe pescar, porque el acto de pescar presupone saber pescar. Somos nosotros quienes confundimos el saber con el saber hablar. El físico y filósofo Gastón Bachelard distinguía entre una *imaginación formal* y una *imaginación material*, la primera centrada en el mirar, en la visión, con la cual abarcamos la realidad y la representamos en coordenadas matemático-cartesianas y, la segunda, una razón que implica el cuerpo, el tacto, el olfato y, en fin, el contacto, cuya tensión nos hace pensar el cuerpo a partir de sus contactos con otros cuerpos. No es hablar *sobre*. Es estar en relación *con*" (Porto-Gonçalves, 2002: 149; énfasis en el original).

en lo político, y lo político a su vez en lo económico; la reproducción de la vida, en la reproducción del valor; la geografía, en la economía; y se crea un conjunto escindido que suele ser rearmado desde las cúpulas del poder, aplanando a la sociedad (Jameson, 2002), como parte de un ejercicio teórico y político en el que se sustentan las relaciones capitalistas, no sólo como relaciones de explotación sino como relaciones de dominación; como relaciones de poder que se establecen en los espacios de interacción de los sujetos sobre la base de una materialidad específica, en pugna, históricamente delimitada, pero además cambiante. La visión del mundo y de las relaciones intersubjetivas que orienta el comportamiento de los sujetos en acción –aunque esta sea a veces muy difícil de percibir, por no expresarse abierta y públicamente– condiciona sus derivas modificando a su vez el punto de partida y replanteando no sólo las relaciones sociales sino también la relación sociedad-naturaleza.

La lucha, la cotidianidad, la sobrevivencia y todas las diferentes formas y espacios de manifestación de las relaciones sociales son oportunidades de aprendizaje y de construcción-destrucción de saberes con múltiples abrevaderos, donde los pueblos desaprenden sus costumbres comunitarias y sus memorias al tiempo que las reafirman, las recrean e inventan otras, manteniendo en última instancia la longitud de las raíces pero multiplicando las complejidades, mestizajes y abigarramientos.

Seguramente, mucho es lo desaprendido en los últimos 500 años de sometimiento de los pueblos de América, no obstante la conservación de costumbres comunitarias, cosmovisiones, métodos de producción o aprovechamiento de los bienes de la naturaleza. Una historia de dominación tan prolongada invitaría a suponer su transformación en el proceso hasta perder las identidades originales. Y, efectivamente, apelar a las identidades de hace 500 años, como si estuvieran intocadas, carece de sentido porque estas se conforman en el proceso histórico, se enriquecen con los intercambios y con los mestizajes, aun si estos son impuestos (aunque estos últimos provocan un empobrecimiento que proviene del desaprendizaje o negación). Es decir, los pueblos van buscando los intersticios por donde trascender las ataduras, y en esa búsqueda aprenden del otro para poder enfrentarlo, al tiempo que descubren sus contradicciones y tensiones internas. No hay un *otro* homogéneo y uniforme, como tampoco se podría suponer que los pueblos de América lo son o lo fueron.

Los aprendizajes de los últimos tiempos, los posteriores a la caída del Muro de Berlín (incluso si no hay conciencia precisa sobre este acontecimiento emblemático), ocurren en un mundo de incertezas sobre lo inmediato que obliga a asegurarse en lo histórico: las tradiciones y

costumbres, siempre recreadas, como espacio de intersubjetividad, y el territorio como la cuna que le da cabida y a su vez las condiciona, como referente histórico-geográfico.

Paradójicamente, mientras más se desmaterializan los procesos de valorización por la preeminencia de la dimensión financiera, mientras más se desdibujan las figuras de la producción al fragmentarse en maquilas domiciliarias de muy distinto carácter, más la cotidianidad se aferra al territorio como referente físico y simbólico de la vida real. Quizá por la importancia que asumen los procesos que David Harvey llama de acumulación por desposesión, y porque la desposesión alcanza ya los niveles de la esencialidad de la vida, las resistencias de este inicio del siglo XXI se erigen desde las memorias profundas que permiten vislumbrar mundos organizados y concebidos desde perspectivas no capitalistas. Es decir, estas resistencias se consolidan restituyendo la integralidad de un proceso de creación e intersubjetividad sin escisiones entre naturaleza y sociedad o entre lo social y lo político.

La profundidad de esta subversión y la búsqueda por restablecer la integralidad como punto de partida exigen una completa refundación de la sociedad. Por ello, los contenidos de la emancipación abarcan todos los campos: desde la reinterpretación del mundo hasta el cambio de mentalidades, dando lugar a la creación de una nueva cultura y de una nueva materialidad. Cada vez es más claro que el proceso emancipatorio no requiere solamente abolir la propiedad privada y reapropiarse de los procesos de producción de la vida material sino, fundamentalmente, una des-enajenación del pensamiento que permita concebir la vida desde otras bases políticas y epistemológicas.

Las experiencias de lucha de este período han ocurrido a contrapelo de las costumbres de lucha de casi todo el siglo XX, de las costumbres correspondientes a la dinámica social instaurada por el fordismo. Se mueven mucho más en el ámbito de la reproducción, en el que los colectivos mantienen algunos márgenes de control, que en el de la producción, que les es completamente ajeno; se plantean la felicidad no como resultado del progreso sino como reconstrucción de la relación con la comunidad, con la tierra y la naturaleza; vuelven la mirada hacia lo local, aunque sin abandonar una extraña idea de nación que, desdibujando las líneas de frontera, parece remontarse en la mayoría de los casos –si bien de manera confusa– hacia la época precolombina<sup>6</sup>.

---

6 Florencia E. Mallon (2003: 255 y ss.), en una abundante investigación realizada en algunas localidades de México y Perú, recupera las tramas de articulación de discursos distintivos entre lo nacional en la construcción de un imaginario popular comunitario y lo nacional concebido desde un pensamiento estatalista liberal conservador, que terminaba siempre reprimiendo o despreciando a los sectores plebeyos dentro de sus propias coaliciones mucho más que al bando enemigo.

Estas experiencias de lucha y avances en los procesos emancipatorios pueden ser aprehendidas de diferentes maneras, desde distintos ángulos y con enfoques teóricos variados. Nosotros estamos intentando recogerlas siguiendo el proceso de construcción de saberes y de construcción de comunidad como elementos de fuerza y propuesta, de recuperación histórica e invención de un futuro que sólo se reconoce en el presente como presente de lucha, como elementos de construcción política<sup>7</sup>.

Hablar de y desde los saberes implica colocarse de entrada en un plano de divergencia con las prácticas del poder que han condenado los aprendizajes populares, sea por la vía de la universalización de un discurso arrasador que no admite ningún otro más que como testimonio de un pasado ya cancelado, sea por la vía del reduccionismo de los discursos de la alternativa única, ambos ubicados dentro de una perspectiva cartesiana de razonamiento y comprensión.

Para hablar de saberes<sup>8</sup>, esos que se construyen en el rumiar cotidiano a lo largo de tiempos muy dilatados, es necesario dislocar los planos; pasar de un plano euclidiano a otro u otros con perspectivas dispares que rompan y amplíen las dimensiones del entendimiento, y que permitan penetrar en las otras cosmogonías.

El de los saberes es un espacio de lucha; es forjado en la resistencia y se nutre de subversión y búsqueda. Se construye en el proceso de resistencia frente a todo tipo de colonizaciones, particularmente frente a la que pretende enajenar la autogeneración de visiones del mundo. El de los saberes es el lugar de los sentidos propios, de las vivencias acompañadas de la tradición que se modifica sobre la marcha. Ubicarse en el terreno de los saberes, intentando explicar los sentidos y formas de la lucha mediante el descubrimiento de las convicciones profundas de los pueblos, es colocarse en el terreno de sus estrategias y cosmogonías, del nudo vital en el que todos los procesos se enredan y se distienden. Y es en ese nudo donde nos interesa percibir los movimientos de los sujetos y sus flujos constituyentes-deconstituyentes.

En el terreno de los aprendizajes, de la construcción de saberes renovados que se hace recuperando saberes anteriores, tradiciones y costumbres que son revisados y reformulados a la luz de experiencias

---

7 Los detallados estudios de Florencia E. Mallon sobre comunidades campesinas de México y Perú la conducen a la conclusión de que "la comunidad como concepto político ya era el resultado hegemónico de un ciclo previo de lucha" (2003: 187).

8 Scott (1998) se remite a un término griego, *metis*, que se refiere a los saberes que provienen de la experimentación directa y que alimentan las creencias y costumbres y los comportamientos de la comunidad en sus relaciones tanto hacia fuera como en su interior, comprendiendo en ellas sus relaciones con la naturaleza que, en general, no es algo separado.

nuevas que los corrigen, los enriquecen, los niegan o los afirman para convertirlos en sentidos colectivos, nos interesa destacar aquellos que modifican las estrategias de lucha de los pueblos post caída del muro. Es decir, los cambios de percepción y de estrategia que resultan tanto de la planetarización del mercado capitalista y las normas sociales que le son consustanciales, como del fracaso del socialismo real, que tienen como fecha simbólica compartida el año 1989, pero que, en verdad, se dejan sentir desde fines de la década del setenta con la reestructuración capitalista y el inicio de su fase neoliberal.

### LOS APRENDIZAJES DE LA EMANCIPACIÓN

De acuerdo con mi experiencia de trabajo con diversos movimientos sociales de las diferentes subregiones latinoamericanas, hay algunos *sentires* generalizados que han ido orientando sus estrategias y que poco a poco se han ido transformando en sentidos comunes, aparentemente emanados de la tradición, pero que son propios de las nuevas condiciones en que ocurren las relaciones sociales, por lo menos en esta área. Evidentemente, siempre habrá un modo de conectar las ideas de hoy con algunas referencias del pasado, y así es como se va tejiendo el hilo de la historia, pero la manera en que se piensa hoy la emancipación, sin negar la intervención de la larga memoria histórica de estos pueblos, está formulada a partir de un reconocimiento de las condiciones en las que se debaten los movimientos de nuestros tiempos.

Sin pretensión de generalizar, sino más bien destacando reflexiones y aprendizajes que he podido observar y compartir con diversos movimientos latinoamericanos y que apuntan a un cambio de cultura, de percepción del mundo y de estrategias de transformación, señalo algunos que considero como indicativos de un cambio de calidad en estas luchas y en el concepto mismo de emancipación.

Como buena parte de las poblaciones afectadas por este sistema de organización social no se encuentran directa y claramente vinculadas con procesos industriales de explotación, la identificación del problema se desplaza hacia los ámbitos de ejercicio del poder integrando los antagonismos de clase, de cultura y raza, y de género. Esto implica una complejidad y una profundidad mucho mayores de la relación que quiere ser abolida. Las clases como tales no existen o aparecen mezcladas con la reivindicación de la societalidad negada de los pueblos, que pasa a ser el referente de lucha más importante, capaz de integrar en sí a todos los otros. “*Nosotros*, población trabajadora de la ciudad y el campo, gente sencilla...”, dice la población movilizada en Cochabamba por la “defensa del agua y de la vida”. “Esto somos *nosotros* [...] Detrás de nuestro rostro negro [...] Detrás estamos los mismos hombres y mujeres simples y ordinarios que se repiten en todas las *razas*, se pintan de todos

los colores, se hablan en todas las *lenguas* y se viven en todos los *lugares*. Los mismos hombres y mujeres olvidados. Los mismos *excluidos*. Los mismos *intolerados*. Los mismos *perseguidos*” (EZLN, 1996: 102; énfasis propio), señalan los zapatistas.

En correspondencia, los dominadores son identificados como “los poderosos” o “los señores del dinero”, sin distinguir niveles o matices porque la diferencia es irreductible: no se puede *ser* con los señores del dinero. Esta idea, que es repetida por todo el continente, quedó plasmada en un importante discurso del vocero zapatista en 2001.

Dicen que allá arriba piensan que el dinero todo lo viste y arregla.

Pero es bueno que sepan, señores del dinero, que los tiempos de ayer no volverán a ser ni los de hoy ni los de mañana.

Ya no escucharemos callados sus insultos.

Ya no quedarán impunes sus amenazas.

Ya no humillarán más a quienes somos el color de la tierra que somos.

Voz siempre hemos tenido.

Pero ya no será un murmullo que agacha la cabeza.

Ahora será un grito que levanta la mirada y que los obligará a ustedes a vernos como somos y a aceptarnos como somos.

Así que escuchen bien:

¡Somos el color de la tierra!

Sin nosotros el dinero no existe y bien podemos ser sin el color del dinero.

Así que bajen la voz, señores del dinero (EZLN, 2001a).

Pero se escuchó también en Cochabamba, en ocasión de la “Guerra del agua”: “Los *generales*, los *diputados*, *ministros*, *alcaldes*, *superintendentes* y *empresarios*... de todos los *partidos políticos neoliberales*. Los empresarios, los corruptos y los políticos trabajan juntos contra el pueblo” (CDAV, 2000; énfasis propio).

Ahora bien, más allá de las revisiones conceptuales que estas dislocaciones implican, lo interesante es su efecto sobre las prácticas organizativas. Contenido y formas de organización se modifican incorporando los estilos de todos aquellos reconocidos como parte de los dominados, humillados, saqueados, negados, excluidos y demás, enri-

queciendo y multiplicando las posibilidades y la eficacia de la organización y pasando la disputa a un terreno no controlado y ordenado por los poderosos. Esto brinda a la vez nuevas oportunidades de interrelación entre los dominados, ocasiones de inventar y aprender en el contacto, y una ventaja relativa frente a los poderosos que tendrán que descubrir las nuevas reglas del juego de las emancipaciones.

En este movimiento de tablero, vale la pena traer a la memoria una elocuente figura con la que el Congreso Nacional Indígena de México, constituido a instancias de un llamado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, define sus formas flexibles de organización: “cuando estamos juntos somos asamblea y cuando nos separamos somos una red”. Ni una, ni otra: las dos, y muchas otras, simultáneamente, para evitar ser cercados, incluso por ellos mismos. En vez de un “repertorio” de formas de organización y de lucha, lo que yo encuentro en estos movimientos es una avalancha cambiante de todas las formas combinadas, que dificulta la acción de los dominadores por su alto grado de inventiva y de imprevisibilidad. La sorpresa, como se sabe, es una de las mejores herramientas en la lucha.

Ya lo decía Sun Tzu:

Aparécete en sitios a los cuales [el enemigo] debe apresurarse, muévete velozmente hacia donde él no te espere [...] Lo esencial al disponer las tropas propias es darles una forma indescifrable. De este modo los espías más perspicaces no podrán escudriñar, ni el sabio tramar planes contra ti (Tzu, 1999: 139-144).

Los pueblos han aprendido que el poder es multicéfalo y tiene largas correas de transmisión, reproducción y control que comunican funcionalmente los microescenarios con los centros de concentración y ejercicio de los macropoderes. Cada situación de conflicto, latente o tácito, permite identificar las personificaciones locales o particulares del poder que, si bien forman parte de un sistema articulado aunque contradictorio, rara vez son las mismas. El poder encarna en una enorme variedad de figuras que no necesariamente manifiestan conexiones directas entre sí; incluso en muchas ocasiones pueden parecer opuestas.

Los pueblos mapuches del sur del continente se enfrentan al despojo de tierras por parte de empresas mineras, de empresas turísticas, de productores de lana, de buscadores de fuentes de agua dulce, de empresas forestales, de plantas hidroeléctricas, de especuladores inmobiliarios, y también se enfrentan al Estado, argentino o chileno, que no regulariza sus propiedades, que los reprime y que criminaliza sus protestas. Sus *enemigos* son variados y contrapuestos, porque la explotación minera que interesa a unos daña las fuentes de agua que interesan a otros, y en general los conflictos de intereses se suceden y

se multiplican en la medida en que avanza la apropiación privada de los territorios. No obstante, hay un interés compartido entre todos frente a los poseedores originarios o ancestrales de estas tierras: la propiedad privada individual en beneficio de la rentabilidad. El interés común de los multiniveles del poder consiste en colocar al mercado como elemento de sanción general sobre estos territorios y recursos, desconociendo la pertinencia de las razones culturales, históricas y morales que forman parte de los cohesionadores societales vinculados a las identidades y sentidos populares reconocidos.

Otros movimientos, cada uno en su particularidad y su universalidad, enfrentan situaciones distintas pero similares. Sus *enemigos* son otras empresas –o en ocasiones las mismas–, otros sistemas jurídicos igualmente imposibilitadores; sus conflictos pueden o no referirse a la tierra y sus riquezas, pero siempre pueden identificar al poder en sus múltiples personificaciones locales. En Chiapas, donde se declara la guerra ni más ni menos que al neoliberalismo, las figuras del poder eran tanto los saqueadores extranjeros –así fueran empresas transnacionales u organismos no gubernamentales varios (conservacionistas, sustentabilistas y otros)– como los caciques locales, los intermediarios del café, los finqueros, las elites regionales y el gobierno “usurpador” y “vendepatrias”.

Los movimientos van aprendiendo que el monstruo de múltiples cabezas tiene que ser múltiplemente decapitado. No basta con cortar una cabeza, porque su capacidad de recomposición es muy grande. Es necesario ocuparse de todas ellas y no perder de vista ninguna, por pequeña que sea. Esto permite dar importancia a las luchas locales que, a fuerza de repetirse, terminan logrando modificar los términos de la relación, limitando la impunidad de los poderosos y ganando terreno para la autodeterminación colectiva.

El cuestionamiento a la toma del poder del Estado formulado por los zapatistas, y muchos otros después de ellos, proviene de la experiencia cotidiana que muestra que el poder atisba por todos lados y, aunque tiene puntos de concentración, trasmina por todos los poros de la red social. La transformación del mundo y, más modestamente, de las relaciones de poder existentes requiere una acción con múltiples salidas, correspondiente al carácter caleidoscópico de los amarres del poder, que son los que lo hacen aparecer como invencible.

Si bien las materializaciones del poder son múltiples, el movimiento puede resultar ubicuo al jugar con su diversidad y su masividad.

El desdibujamiento de las fronteras nacionales, políticas, físicas y simbólicas que promueve el neoliberalismo revitalizó la memoria de un pasado en el que esas fronteras fueron impuestas sobre los pueblos, fragmentándolos y rompiendo sus usos organizativos para la repro-



ducción material y espiritual. Casi todas las sociedades precolombinas fueron cercenadas mediante la imposición de fronteras que luego, poco a poco, fueron siendo asimiladas como delimitadoras de la conciencia e identidad nacionales.

Después de tantos mestizajes –voluntarios o forzados– a lo largo de estos últimos 500 años, hay una combinación de referentes con respecto a las figuras territoriales y políticas de cohesión social, resultado tanto de imposiciones como de luchas pasadas. En el caso de América Latina, las colonizaciones se han sucedido una tras otra y las diversas guerras –de independencia, en contra de invasiones específicas y por la autodeterminación– han ido conformando la conciencia descolonizadora como conciencia nacional, más allá de su significación estatal. La nación leída desde las luchas del pueblo por preservar lo que es suyo, incluidas las costumbres y por supuesto el territorio, es un símbolo de libertad y de autoorganización.

La nación en esa vertiente de intelección es el equivalente de la comunidad grande, pero una comunidad política, resultado de la lucha. Es una construcción de la resistencia, no de la sumisión. Por lo tanto, sus límites son expandibles. No es una comunidad cercenadora sino potenciadora, que puede a la vez reclamar las fronteras para protegerse de los intentos colonizadores y disolverlas para articularse con otros pueblos en lucha.

Esta ambivalencia ha permitido a los movimientos revertir el carácter nocivo de la disolución de fronteras promovida por el neoliberalismo, reclamando los derechos y soberanías nacionales, y no sólo padecer sino también aprovechar el nomadismo moderno como oportunidad de enlace y crecimiento, reclamando así no hacer de la nación un lugar de encierro –cuestión que se favorece de la creación de comunidades binacionales o multinacionales, producto de los crecientes flujos de migración laboral.

Con la globalización capitalista se ha podido constatar que en cualquier parte del mundo, a pesar de las diferencias en los niveles de bienestar material y derechos civiles, la condición de los dominados tiene un origen común, que sólo puede ser trascendido si en conjunto se debilitan o se eliminan las condiciones que hacen posible la opresión, derrotando al monstruo de mil cabezas.

Este es uno de los más grandes aprendizajes de estos tiempos. La planetarización fraccionadora del sistema de poder está siendo confrontada por la planetarización comunalizadora de las luchas, oponiendo a la uniformidad la “fiesta de la diversidad”, pero, sobre todo, revalorando las acciones modestas de cada colectivo particular como parte de un proceso mundial de rebeldías y de construcción del mundo donde caben todos los mundos, del otro mundo que es posible aquí y

ahora. Cada pequeña acción, cada pequeño avance, se engrandece al formar parte de esta enorme lucha colectiva mundial.

Esta ruptura de la ilusión estatal o de lo nacional como entorno cerrado y autosuficiente, si es que efectivamente existía, llevó a reforzar las concepciones autonomistas y a deslegitimar las pretensiones paternalistas de un Estado incapaz de cumplir su función de *protector (representante) de la sociedad*.

Recuperar la autodeterminación sin mediaciones, con todos los tropiezos y dificultades que de ello se derivan, es una de las fuentes fundamentales de fortalecimiento de los pueblos, los movimientos, las organizaciones o las comunidades de diferentes tipos, ayudada por la crisis total de los sistemas políticos no representativos sino suplantadores, corruptos y desgastados, que se padecen en la actualidad.

Atraverse a hacer de otra manera, a pensar desde otros manantiales conceptuales, en el momento de auge del llamado pensamiento único –y osando confrontar también las prácticas y teorías del pretendido pensamiento revolucionario, socialista o de izquierda– permitió a los movimientos recuperar críticamente las experiencias de todas sus luchas pasadas y construir no sólo en libertad sino sobre otras bases, dislocando los planos del pensamiento y de la acción, y recuperando integralmente sus experiencias de vida. Es decir, pasando del marco estrecho de la producción que guiaba muchas de las reflexiones cartesianas del pensamiento de la modernidad, tanto de derecha como de izquierda, al de la construcción de la vida.

“Es el crimen de mi generación: esperar todo de un Estado, querer conquistar todo a través del Estado (Marut y Traven, 2000).

El último aprendizaje importante que deseo mencionar, en especial después de un largo siglo de fortalecimiento capitalista, es la certeza de que este sistema de organización social ni es el único posible ni es, por supuesto, el más adecuado para la humanidad.

Ante las imágenes avasalladoras de omnipotencia capitalista, crece la convicción de que, siendo nosotros la base de su fuerza, podemos ser nosotros la clave de su desmoronamiento. Nosotros somos sin los señores del dinero –dice el vocero zapatista; los señores del dinero no pueden ser sin nosotros.

Nos quitan las tierras y en ellas, con ellos de patrones, levantamos aeropuertos y nunca viajaremos en avión, construimos autopistas y nunca tendremos automóvil, erigimos centros de diversión y nunca tendremos acceso a ellos, levantamos centros comerciales y nunca tendremos dinero para comprar en ellos, construimos zonas urbanas con todos los servicios y sólo las veremos de lejos, erigimos modernos hoteles y nunca nos hospedaremos en ellos.

En suma, levantamos un mundo que nos excluye, uno que nunca nos aceptará y que, sin embargo, no existiría sin nosotros (EZLN, 2001b).

Las enseñanzas de Vietnam, de una Cuba que a pesar de todo se sostiene y ahora de Irak muestran que los poderosos no lo pueden todo, y menos si, como decían Ret Marut y Bruno Traven, nos decidimos a ser sin ellos: “El capitalista se ríe de tus huelgas. Pero el día que tú envuelvas tus pies con viejos harapos en vez de comprar zapatos y calcetines, sus orgullosos miembros temblarán de miedo” (Marut y Traven, 2000: 126).

Para cambiar el mundo actual, es necesario subvertirlo todo, implacablemente, sin complacencias, como insistía Walter Benjamin. Los movimientos de hoy, cada vez más, saben que en este sistema no hay solución.

La discusión ahora está en otro nivel: cómo construir el tránsito a ese otro mundo sin reproducir los vicios y los sinsentidos del actual.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio 2005 *Profanaciones* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo).
- Canetti, Elías 1994 *El suplicio de las moscas* (Madrid: Anaya & Mario Muchnik).
- CDAV-Coordinadora de Defensa del Agua y de la Vida 2000 “Documentos de la Coordinadora en Defensa del Agua y de la Vida” en Ceceña, Ana Esther 2004 *La guerra por el agua y por la vida* (Buenos Aires: Madres de Plaza de Mayo/América Libre/CDAV).
- EZLN-Ejército Zapatista de Liberación Nacional 1996 “Discurso de la Mayor Ana María en la inauguración del Encuentro Internacional por la Humanidad y contra el Neoliberalismo” en *Chiapas* (México DF: ERA/IIEc) N° 3. En <[www.revistachiapas.org/No3/ch3anamaria.html](http://www.revistachiapas.org/No3/ch3anamaria.html)>.
- EZLN-Ejército Zapatista de Liberación Nacional 2001a “Discurso del 10 de marzo de 2001 en Xochimilco”, en <[www.ezln.org/marcha/20010310.es.htm](http://www.ezln.org/marcha/20010310.es.htm)>.
- EZLN-Ejército Zapatista de Liberación Nacional 2001b “Discurso del 16 de marzo de 2001 en el Instituto Politécnico Nacional”, en <[www.ezln.org/marcha/20010316a.es.htm](http://www.ezln.org/marcha/20010316a.es.htm)>.
- Foucault, Michel 1992 (1977) *La microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta).

- García Linera, Álvaro 2001 "Multitud y comunidad. La insurgencia social en Bolivia" en *Chiapas* (México DF: ERA/IIEc) N° 11. En <[www.revistachiapas.org/No11/ch11garcia.html](http://www.revistachiapas.org/No11/ch11garcia.html)>.
- Ginzburg, Carlo 1986 *El queso y los gusanos* (Barcelona: Muchnik).
- Guha, Ranajit 2002 *Las voces de la historia y otros estudios subalternos* (Barcelona: Crítica).
- Jameson, Fredric 2002 *El giro cultural* (Buenos Aires: Manantial).
- Mallon, Florencia E. 2003 *Campesino y nación* (México DF: El Colegio de San Luis/Colmich/CIESAS).
- Marut, Ret y Traven, Bruno 2000 *En el Estado más libre del mundo* (Barcelona: AliKornio).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 1997 "Movimentos sociais e a invenção de direitos: o caso do movimento dos seringueiros da Amazônia brasileira e a sua proposta de reservas extrativistas", IV Foro del Ajusco, PNUMA/COLMEX, México DF, 19 al 21 de noviembre.
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 2002 "Meio ambiente, ciência e poder. Diálogo de diferentes matrizes de racionalidade" en Sorrentino, Marcos (org.) *Ambientalismo e participação na contemporaneidade* (San Pablo: EDUC/FAPESP).
- Ragon, Michel 1990 *La mémoire des vaincus* (París: Albin Michel).
- Scott, James C. 1998 *Seeing like a State* (New Haven: Yale University Press).
- Scott, James C. 2000 *Los dominados y el arte de la resistencia* (México DF: ERA).
- Tapia, Luis 2000 "La crisis política de Abril" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 2, septiembre.
- Tapia, Luis 2002 *La condición multisocietal* (La Paz: Muela del Diablo/ CIDES/UMSA).
- Thompson, E.P. 1989 *Tradición, revuelta y conciencia de clase* (Barcelona: Crítica).
- Tzu, Sun 1999 *El arte de la guerra* (Bogotá: Panamericana).
- Zibechi, Raúl 2003 *Genealogía de la revuelta* (Buenos Aires: Nordan Comunidad/Letra libre).



Carlos Walter Porto-Gonçalves\*

## DE SABERES E DE TERRITÓRIOS: DIVERSIDADE E EMANCIPAÇÃO A PARTIR DA EXPERIÊNCIA LATINO-AMERICANA\*\*

*Nossa luta é epistêmica e política.*

Luis Macas, CONAIE

*A importância da linguagem para o desenvolvimento da cultura está em que nela o homem estabeleceu um mundo próprio ao lado do outro, um lugar que ele considerou firme o bastante para, a partir dele, tirar dos eixos o mundo restante e se tornar seu senhor. Na medida em que por muito tempo acreditou nos conceitos e nomes de coisas como um aeterna veritates (verdades eternas), o homem adquiriu esse orgulho com que se ergueu acima do animal: pensou ter realmente na linguagem o conhecimento do mundo.*

Nietzsche

### DESPROVINCIANIZANDO A RAZÃO: ELEMENTOS PARA A CRÍTICA DO EUROCENTRISMO

Problematizar a relação entre saberes e territórios é, antes de tudo, por em questão a idéia eurocêntrica de conhecimento universal. Com isso

\* Doutor em Geografia pela UFRJ. Professor do Programa de Pós-graduação em Geografia da Universidade Federal Fluminense. Pesquisador do CNPq. Prêmio Casa de las Américas 2008 em Literatura Brasileira. Membro do Grupo de Assesores do Mestrado em Educação Ambiental da Universidade Autónoma da Cidade do México.

\*\* Neste artigo dou continuidade às reflexões que venho propondo e coletivamente elaborando junto ao Grupo de Trabalho Hegemonias e Emancipações de CLACSO, desde 2001. Já em 2001 iniciava Da Geografia às geo-grafias: um mundo em busca de novas territorialidades uma reflexão sobre epistemes e territórios afirmando: “Limite entre saberes, limite entre disciplinas, limite entre países. Por todo lado se fala que os limites já não são rígidos, que os entes já não são tão “claros, distintos e definidos” como recomendara René Descartes. Cada vez mais se fala de empresas internacionais, ou transnacionais ou multinacionais, assim como se fala de interdisciplinaridade, transdisciplinaridade ou multidisciplinaridade. Enfim, por todo lado são usados os prefixos inte, trans ou multi indicando que as fronteiras, sejam elas epistêmicas, sociológicas ou geográfico-políticas, se é que podemos separá-las, são mais porosas do que se acreditava” (Porto-Gonçalves in Ceceña e Sader, 2002: 217).

não queremos recusar a idéia de que o conhecimento seja universal, mas, sim: retirar o caráter unidirecional que os europeus impuseram a essa idéia (eurocentrismo), e afirmar que as diferentes matrizes de racionalidade constituídas a partir de diferentes lugares, os *topoi* de Boaventura de Sousa Santos, são passíveis de serem universalizados, o que nos obriga a considerar os processos por meio dos quais os conhecimentos podem dialogar, se relacionar. Enfim, o que se visa é um diálogo de saberes que supere a colonialidade do saber e do poder (Quijano, 2005).

O que se critica aqui não é a idéia de pensamento universal, mas, sim, a idéia de que há *Um* e somente *Um* pensamento universal, aquele produzido *a partir* de uma província específica do mundo, a Europa e, sobretudo, a partir da segunda metade do século XVIII, aquele conhecimento produzido *a partir* de uma sub-província específica da Europa, a Europa de fala inglesa, francesa e alemã, enfim, a segunda moderno-colonialidade, que teima em olvidar o conhecimento produzido na primeira moderno-colonialidade, aquela de fala espanhola ou portuguesa.

Com essa desprovincianização da Europa da idéia de pensamento universal o que visamos é o deslocamento do lugar de enunciação e, assim, proporcionar que outros mundos de vida ganhem o mundo, mundializando o mundo. Insistimos que não se trata de negar o pensamento europeu, o que seria repeti-lo com sinal invertido, mas sim nos propomos dialogar com ele sabendo que é europeu e, portanto, de um lugar de enunciação específico, ainda que sabendo: que essa especificidade não é igual a outros lugares de enunciação pelo lugar que a Europa ocupa na contraditória estrutura do sistema mundo moderno-colonial; nem tampouco que esse lugar de enunciação europeu seja homogêneo e não abrigue perspectivas contraditórias, seja de afirmação da ordem, sejam de perspectivas emancipatórias. O liberalismo e o marxismo, ambos nascidos na Europa, não são a mesma coisa, muito embora de diferentes maneiras se vejam a braços com a colonialidade, essa dimensão não-revelada pelas duas moderno-colonialidades. Enfim, o lugar de enunciação não é uma metáfora que possa ignorar a materialidade dos lugares, enfim, a geograficidade do social e do político (Porto-Gonçalves, 2003).

### **O ESPAÇO: ONDE HABITA A SIMULTANEIDADE**

Para promover essa desprovincianização e o reconhecimento de novos lugares de enunciação é preciso trazer o espaço para dentro da história e deixá-lo falar. A visão unilinear do tempo silencia outras temporalidades que conformam o mundo simultaneamente. Sucessão e simultaneidade, sucessões simultâneas, eis o espaço-tempo. O mundo não tem um *relógio* único. Nesse sentido, também o materialismo histórico deve ser geografizado – materialismo histórico-geográfico (Soja, 1993) – o que significa

abandonar uma visão linear do tempo, que certas correntes marxistas partilham com os liberais e que não é um tempo abstrato, mas o tempo europeu, branco, burguês e fálico da segunda moderno-colonialidade (Dussel, 2005), e se abrir para as múltiplas temporalidades que conformam os lugares, as regiões, os países, enfim, os territórios que as conformam. Se o espaço é apropriado, marcado, grafado (geografado) no processo histórico tendo, assim, uma historicidade, esse fato nos impõe a necessidade de levar a sério essa geograficidade da história, inclusive, no campo das idéias, do conhecimento.

Assim, a cartografia da Terra foi grafada pelo Papa, em 1493, com um meridiano, o de Tordesilhas e, desde o século XIX, a Ciência laica se encarregaria de remarcar um novo *ponto zero* de onde passa a recartografar o mundo, agora a partir do meridiano de um subúrbio de Londres, Greenwich. Não olvidemos que se orientar é se dirigir para o oriente e tomar esse rumo era tomar o rumo certo na vida, tal como hoje se diz nortear. Essa troca de verbo é, também, uma troca de hegemonia geopolítica.

Embora a segunda moderno-colonialidade, aquela do iluminismo, procure ignorar a verdadeira revolução no conhecimento da primeira moderno-colonialidade, é preciso assinalar que a missão ibérica, ao mesmo tempo em que estava consagrada pelo Deus cristão, se ancorava na melhor ciência matemática, cartográfica, náutica em suas grandes navegações. “Navegar é preciso” (Fernando Pessoa), enfim, navegar é coisa do campo da técnica, da precisão, e os portugueses foram grandes navegadores, sobretudo. Não é incompatível a missão salvacionista e evangelizadora com um saber rigoroso, técnico como, mais tarde, na segunda moderno-colonialidade, se tentará fazer crer. A primeira máquina verdadeiramente moderna, o relógio, surgiu nos mosteiros da Idade Média exatamente para controlar o tempo das orações de modo objetivo (Mumford, 1942; Porto-Gonçalves, 1989). Na verdade, a ciência da segunda moderno-colonialidade está impregnada de um sentido religioso de emancipação. Não nos cansamos de ouvir, ainda hoje, que a ciência opera milagres.

A América experimentará essa razão moderno-colonizadora de um modo muito próprio. Angel Rama, o ensaísta uruguaio, nos chamou a atenção em seu *A Cidade das Letras* que as primeiras cidades verdadeiramente planejadas racionalmente no mundo moderno-colonial surgiram na América, onde o espaço da *plaza* foi concebido sob o signo do controle, da dominação. Já, ali, havia *desplazados*. As primeiras manufaturas moderno-colonizadoras se montaram em Cuba, no Haiti, no Brasil haja vista o açúcar não ser exportado para a Europa *in natura*, mas, sim, manufaturado. A própria monocultura, enquanto técnica, inicialmente para o cultivo da cana, era uma imposição, haja vista a



impossibilidade material de um povo ou uma comunidade qualquer se reproduzir fazendo monocultura para si próprio. Assim, a monocultura não é só a cultura de um só produto, mas também a cultura para um só lado. Por isso a energia da chibata para mover o sistema. Afinal, ninguém faz monocultura espontaneamente até que tenhamos subjetivado as relações sociais e de poder assimétricas e contraditórias (a mão invisível é precedida de outra bem visível que brandia a chibata).

Eis as vantagens de falarmos a partir desse outro lugar de enunciação que é a América, particularmente, desde a América Latina e desde uma perspectiva emancipatória nesse momento histórico em que velhos protagonistas, como os indígenas e os afrodescendentes, entram em cena reinventando-se agora com mais visibilidade. A América tem, desde 1492, um papel protagônico na constituição do sistema mundo moderno-colonial (Lander, 2005). É claro que durante um bom tempo não passamos de Índias Ocidentais, nome com que os espanhóis indicavam seu império desde a Ilha de São Domingos até as Filipinas, numa geografia estranha para o que, hoje, fomos e estamos habituados. A América será um nome que se consagrará, como nos ensina Walter Mignolo, com a emergência da descolonização, fenômeno que, para nós, desde a América, se inicia em 1776 (EUA) ainda que revelando a colonialidade do saber e do poder, como nos denuncia o incômodo 1804 (Haiti). Aliás, o Haiti é a melhor revelação de como a liberdade não pode ser pensada ignorando-se a geografia em que está inserida. Toussant de L'ouverture (1743-1803) bem que tentou ser livre nos marcos de uma confederação francesa que, ainda que revolucionária não via a liberdade se tornar igual para todos e, assim, demonstrava os limites da fraternidade, pois estes princípios não atravessavam o Atlântico e não chegavam à Ilha de São Domingos. Foi preciso outro Jean Jacques, o Dessalines (1758-1806), para proclamar a independência do Haiti e, assim, expressar a vontade geral dos negros haitianos de promover a dupla emancipação: da metrópole e dos senhores locais que teimavam em manter a colonialidade. A América ainda hoje abriga essa contradição constitutiva.

Cuba e Porto Rico, que permaneceram sob o domínio espanhol até o final do século XIX, experimentarão o mesmo peso do, então, novo império estadunidense, o mesmo peso que já o México havia sentido quando teve grande parte de seu território do Texas à Califórnia amputado, entre 1845 e 1848. A fragmentação territorial da América Central expressa essa tensão emancipatória e de dominação, haja vista o caráter geo-estratégico dessa região. Simon Bolívar (1783-1830) já o pressentira quando convocara, em 1826, exatamente para o Panamá uma primeira reunião entre estados que acreditava irmãos e o fazia em contraponto à Doutrina Monroe (1823) que buscava uma integração sob hegemonia

estadunidense. A Colômbia sentiu o peso dessas ações imperiais com a amputação do Panamá, em 1903.

José Martí (1853-1895) percebera essa clivagem consagrando-a com a expressão *Nuestra América* para se distinguir da outra América, hegemônica. Não olvidemos, pois, que mesmo em *nuestra América* os novos estados independentes se fizeram sob a inspiração das Luzes e, assim, o eurocentrismo se faz presente seja pela via da “América para os americanos” (do norte), com a Doutrina Monroe, seja com a ALCA ou com os TLCs (tratados de livre comércio); enfim, pela colonialidade do saber e do poder. Os povos originários, os afro-americanos e mestiços continuaram submetidos à servidão e à escravização mesmo após a independência. Assim, a colonialidade do saber e do poder sobreviveu ao fim do colonialismo (Quijano, 2005).

Para quem pensa o mundo numa perspectiva emancipatória e a partir da América, sobretudo da América negra, indígena e mestiça e dos segmentos excluídos da riqueza, mas não das relações de dominação e produção, é fundamental compreender esse caráter colonial-moderno do sistema mundo que conformou um complexo de classes sociais embebido na racialidade (Quijano, 2007), para que possamos apontar outros horizontes nesse mundo em transformação em que estamos mergulhados. E não é de América Latina, simplesmente, que estamos falando posto que os negros e os índios us-americanos sabem o lugar que ocupam na geografia do poder, como o furacão Katrina recentemente nos revelou em Nova Orleães e na Luisiânia<sup>1</sup>. Afinal, a América é moderna há 500 anos. Aqui se inventou a Revolução (1776) antes dos franceses e iniciou-se a descolonização ainda que permanecendo prisioneiro do pensamento colonial. Outros protagonistas deixaram marcas nessa história, como Tupac Amaru, Tupac Katari, Toussant de L’Orverture e Jean-Jacques Dessaline entre outros. Hoje nos encontramos em plena descolonização do pensamento e, por isso, olhamos o mundo dialogando com o pensamento subalterno que vem sendo construído nesses 500 anos, como nos alertam os zapatistas.

É no período neoliberal do sistema mundo moderno-colonial que a relação entre saberes e territórios vem ganhando um sentido mais intenso. Desde o final da segunda guerra mundial que a centralidade do pensamento europeu vem perdendo terreno junto com a descolonização da África e da Ásia e o surgimento de dezenas de novos estados nacionais num contexto marcado pela guerra fria, mas é a partir dos quentes

---

<sup>1</sup> A Venezuela parece estar percebendo que *nuestra América* tem uma geografia que vai além do rio Grande, quando se dispõe a vender combustível (gasóil) mais barato em alguns bairros pobres de algumas cidades us-americanas, como vimos logo após o furacão Katrina em 2005.

anos sessenta que o direito à diferença ganha maior visibilidade. Desde então, e como resposta conservadora às “barricadas do desejo”, às “greves selvagens” e mesmo à idéia de que o estado é um instrumento de redistribuição de riqueza, que o neoliberalismo começa a combater sistematicamente, sobretudo depois do sangrento golpe de 11 de setembro de 1973, quando inaugura esse novo período em que o papel do estado vai sendo deslocado cada vez mais no sentido do capital. As vitórias de Margareth Thatcher e Ronald Reagan em finais dos anos 70 e inícios dos 80 deram maior consistência ao que mais tarde será chamado neoliberalismo. Não olvidemos, pois, que a primeira experiência de um conjunto de políticas sistemáticas de corte neoliberal se fez em *Nuestra América*, no Chile, em 1976, sob a ditadura sanguinária do General Pinochet. No final dos anos 80, a queda do muro abriria definitivamente espaço para outras reconfigurações epistêmicas e territoriais.

Portugal e Espanha haviam inaugurado, ainda no final da Idade Média, a idéia moderno-colonial de estado territorial soberano que, mais tarde, em 1648, seria consagrada em Westfallia. Diga-se, de passagem, que a presença moura na península ibérica não impediu a convivência de judeus, cristãos e islâmicos. A “limpeza religiosa” dos territórios de Portugal e Espanha nos dá conta da intolerância que esteve subjacente à constituição desses primeiros estados territoriais e, de certa forma, se fará presente enquanto colonialidade do saber e do poder na conformação dos mais diferentes estados territoriais. Lembremos que Santiago, o do caminho de Campostela, é conhecido como mata-mouros. A idéia de uma mesma língua nacional, de um mesmo sistema de pesos e medidas, e de uma mesma religião oficial dá conta do projeto de homogeneização em curso na constituição do estado territorial moderno que, assim, se mostra também colonial em suas fronteiras internas. O colonialismo não foi simplesmente uma configuração geopolítica por meio do qual o mundo se mundializou. Mas do que isso, o colonialismo constituiu os estados territoriais moderno-coloniais em todo lugar, inclusive, na Europa. A colonialidade é constitutiva das relações sociais e de poder do sistema-mundo nas suas mais diferentes escalas (González Casanova, 2006).

Como já demonstramos (Porto-Gonçalves, 2001) o território não é algo anterior ou exterior à sociedade. Território é espaço apropriado, espaço feito coisa própria, enfim, o território é instituído por sujeitos e grupos sociais que se afirmam por meio dele. Assim, há, sempre, território e territorialidade, ou seja, processos sociais de territorialização. Num mesmo território há, sempre, múltiplas territorialidades. Todavia, o território tende a naturalizar as relações sociais e de poder, pois se torna abrigo, lugar onde cada qual se sente em casa, mesmo que numa sociedade dividida. Na formulação de Heidegger: “a historicidade de

toda humanidade reside em ser enraizado (Heimliche), e ser enraizado (Heimliche), é sentir-se em casa (Heimliche) ao ser desenraizado (Unheimliche)” (Heidegger por Carvalho, 1999).

O questionamento das fronteiras que hoje se vê é, assim, o melhor indício de que as relações sociais e de poder estão sendo desnaturalizadas. O questionamento da conformação geográfica de poder conformada no estado territorial nacional vem sendo feito por cima e por baixo no período neoliberal atual do sistema mundo moderno-colonial. Como já indiquei em outro lugar, “abaixo as fronteiras” era um brado tanto dos libertários em 1968, como *slogan* de gerente de multinacional nos anos setenta (Porto-Gonçalves, 2001). Assim, diferentes territorialidades e os diferentes sujeitos que as portam e agenciam estão reconfigurando os lugares, o espaço. A tensão que hoje vivemos é a melhor expressão que a conformação territorial hegemônica já não consegue mais oferecer abrigo. Gramsci falaria de crise de hegemonia.

Com a própria crise das esquerdas, em parte pela nova configuração do espaço sob hegemonia do capital, onde a fábrica deixa de ser o *locus* privilegiado da acumulação com a flexibilização locacional e laboral, em parte pela perda da centralidade política dos partidos e dos sindicatos, e ainda em parte pelo estado estar sendo, cada vez mais, capturado pelos interesses do capital, vemos surgir por todo o lado outros protagonistas<sup>2</sup> nas lutas sociais. Nesse sentido, os Miskitos e a Revolução Sandinista são verdadeiros marcos, sobretudo para a América Latina. O grande levante equatoriano de 1990, a Marcha pela Dignidade e pelo Território na Bolívia no mesmo ano e o zapatismo em 1994 darão visibilidade definitiva a esses velhos protagonistas.

A globalização que muitos acreditavam sócio-culturalmente homogeneizadora se mostrará, ao contrário, estimuladora “da coesão étnica, da luta pelas identidades e das demandas de respeito às particularidades. A universalização, hoje, não é equivalente de uniformidade identitária, mas de pluralidade” (Díaz Polanco, 2004).

A experiência da Revolução Sandinista e o conflito envolvendo os Miskitos são marcos para entendermos o novo padrão de conflitividade que, desde então, passará cada vez mais a ganhar contornos mais claros. Ali, na revolução sandinista (1979), todas as contradições do que significa construir a nação mantendo a colonialidade do saber com a perspectiva eurocêntrica se fará sentir também num regime político de esquerda. A mesma negação do outro já havia sido também experimen-

---

2 Não estamos aqui diante de uma palavra qualquer: protagonista deriva do grego *protos*, primeiro, principal e *agonistes*, lutador, competidor (Cunha, 1982: 641). Estamos, assim, diante daquele que luta para ser o primeiro, o principal num sentido muito preciso daquele que luta para ser o princípio, que é de onde vem príncipe – aquele que principia a ação. Enfim, o cerne da política, a iniciativa da ação. Machiavel soube vê-lo. Daí, *O Príncipe*.

tada pelos povos originários da Bolívia, na revolução 1952, revolução que não convalidou as formas comunitárias de apropriação da terra e dos recursos naturais, apesar do papel protagônico desempenhado pelos sindicatos e partidos políticos de esquerda. Ao contrário, estimulou a propriedade privada com a distribuição de terras. Acreditava-se à época, à direita e à esquerda, que a diferença era uma condição passageira a ser diluída no todo nacional. Na revolução sandinista o componente geopolítico do imperialismo operou abertamente estimulando os “contras”, assim como qualquer contradição que desgastasse a revolução, como se tentou fazer com os miskitos. Todavia, a história dos miskitos se inscrevia em demandas próprias e, talvez, a melhor herança do sandinismo e dos miskitos seja exatamente a legislação que reconhece a autonomia indígena, como afirma Héctor Díaz Polanco, intelectual mexicano que soube compreender o caráter imperialista do *apoio* dos Estados Unidos, recusando-o.

Não devemos ignorar a importância dos movimentos dos guetos negros das cidades us-americanas desde os *Black Panthers* e *Hip Hop* até as rebeliões dos anos 80 e inícios dos 90 (“griot”). A trajetória do *Hip Hop* é, nesse sentido, interessante posto que uma expressão político-estético-cultural nascida no Caribe se mundializa a partir dos guetos urbanos negros das maiores cidades dos EUA. A globalização se complexifica com o estabelecimento de secretas relações que atualizam processos históricos subjacentes ao sistema mundo moderno-colonial, sobretudo a racialidade (Quijano, 2007). Em quase todas as cidades latino-americanas o *Hip Hop* ensejará uma reinvenção da problemática racial com contornos distintos do modo como até então se apresentava, sobretudo entre jovens pobres “quase todos pretos” (Caetano Veloso), mestiços e indígenas. A cultura se politiza.

Desde então, nas mais diferentes reformas constitucionais na América Latina (Nicarágua, Colômbia, Brasil, Equador, Venezuela, Peru, Chile), pela primeira vez se reconhece e se declara o direito à diferença aos negros e aos povos originários, fenômeno que passará a ser conhecido seja como constitucionalismo multicultural (Van Cott, 2000) seja como pluralismo jurídico<sup>3</sup> (Walsh, 2002a).

A reconfiguração do estado territorial nacional tradicional, ao mesmo tempo, que reconhece diferentes territorialidades em suas fronteiras internas está imerso naquilo que Jairo Estrada muito apropriadamente chamou constitucionalismo supranacional (Estrada, 2006;

---

3 O pluralismo jurídico pressupõe a existência de múltiplas fontes para o direito e não só o Direito Romano. Pelo menos 3 dimensões desses direitos podem ser identificadas: direito ao auto-governo (autonomias); direito especial de representação (Colômbia); e direitos poli-étnicos (educação em sua própria língua, etcetera).

Porto-Gonçalves, 2006a; 2006b), onde ganha curso as determinações emanadas das organizações multilaterais, sobretudo do Banco Mundial, do Fundo Monetário Internacional e da Organização Mundial do Comércio. O Caracazzo, a queda de Alfonsín e a invasão do Panamá pelos EUA, fatos ocorridos no mesmo ano da queda do muro de Berlim, em 1989, nos dão conta das profundas contradições que atravessam a reconfiguração territorial e seus distintos protagonistas. Já em 1990, o levante indígena do Equador e a Marcha pela Dignidade e pelo Território na Bolívia dá conta da emergência de novos protagonismos. Em 1994, é o zapatismo que enfrenta a nova configuração territorial neoliberal do mesmo sistema mundo moderno-colonial e apresenta nas ruas e na Internet os 500 anos de olvido. Desde então e até 2006, segundo Atilio Boron, já são 16 os governos democraticamente eleitos derrubados por manifestações de rua na América Latina.

É neste contexto que se apresentam os desafios à emancipação para os variados protagonistas que partem da diferença e põem em debate a questão da diversidade e da igualdade.

### **PARA ALÉM DO ESSENCIALISMO (SEM ABRIR MÃO DA DIFERENÇA)**

Eis que somos remetidos novamente para o debate teórico-político. Como vislumbramos acima, as lutas emancipatórias que advêm da diversidade se defrontam não só contra aqueles que abertamente se colocam contra o direito à diferença, como os liberais deontológicos e uma certa tradição marxista, quase sempre integracionistas e assimilacionistas, mas também com um certo tipo de multiculturalismo e pluriculturalismo que abre espaço para várias formas de essencialismo: os territorialistas (regionalismo, nacionalismo, bairrismo, localismo), etnicismos e racismos. Não devemos menosprezar, pelas nefastas conseqüências que têm, todas essas modalidades de fundamentalismo. A diferença é tão sutil como radical – todo movimento de afirmação do direito à diferença parte da diversidade cultural como um atributo da espécie humana e, aqui, é preciso ressaltar o caráter cultural dessa diversidade, como invenção de cada povo, para recusar o essencialismo racista. Uma perspectiva emancipatória não pode ver a sua fonte, a diferença, como essência já dada desde sempre e para sempre, mas, sim, como estratégia cognitiva e política de afirmação e construção. Tudo indica que é por um pós-tradicionalismo por onde parece caminhar a revolução indígena em curso. Afinal, mais do que um pós-modernismo celebratório (Boaventura de Sousa Santos), é de um reconhecimento não só da diferença, mas das relações sociais e de poder que as instrumentaliza, o que esses movimentos trazem ao debate. Afinal, o pós-modernismo ignora essa dimensão colonial das relações de poder.

Segundo Catherine Walsh, “a *multi* ou *pluriculturalidade* simplesmente parte da pluralidade étnico-cultural da sociedade e do direito à diferença” sendo cada cultura mais uma que se soma ao mesmo sistema de relações sociais e de poder. Enfim, o pluri e o multiculturalismo reconhecem a diferença e a congelam e/ou guetificam. Sabemos como racismo na África do Sul territorializou as diferenças nos bantustões estimulando a diversidade cultural. Estaríamos, aqui, diante daquilo que Díaz Polanco chamou de liberalismo comunitarista que, dialogando com os novos protagonistas de nosso tempo, vem recusando o individualismo fóbico que tanto caracteriza o velho liberalismo<sup>4</sup>. Talvez o caso colombiano com sua proposta de democracia comunitária seja o que mais venha avançando na direção dessa nova vertente liberal, conforme vêm alertando os antropólogos Jaime Caycedo e Díaz Polanco. Nesse caso temos o contrário do que apontaria uma perspectiva emancipatória, posto que se trata de buscar não só “outras relações *entre* grupos, como também *entre* práticas, lógicas e conhecimentos distintos, com o afã de confrontar e transformar as relações de poder (incluindo as estruturas e instituições da sociedade) que naturalizam as assimetrias sociais” (Walsh, 2002a), enfim à interculturalidade e ao que Díaz Polanco chama de *el Canon Snorri*<sup>5</sup> (2004).

Tudo indica que a afirmação da diversidade e o legítimo direito à diferença devam mergulhar na compreensão dos complexos mecanismos por meio dos quais a opressão, a injustiça e a exploração buscam se legitimar, o que significa compreender as relações entre as dimensões cultural, social, econômica e política e buscar novas epistemes entre os protagonistas que estão impulsionando processos instituintes de novas configurações territoriais. Afinal, não é isoladamente que cada grupo subalternizado é mantido nessa condição. É o isolamento de cada qual que é condição do isolamento de cada um. Os limites do localismo se mostram, aqui, evidentes, com a compreensão que não se pode prescindir do lugar e da diversidade. O *divide et impera* romano aí está a nos desafiar na busca da afirmação da diferença onde cada qual se reinvente reinventando o conjunto das relações que faz de cada qual ser o que é nesse sistema mundo moderno-colonial marcado pela injustiça, opressão, insegurança e devastação.

---

4 Díaz Polanco (2004) destaca o rico debate que vem sendo travado no interior do campo liberal para o que nos convida a prestar mais atenção, já que não estaríamos diante do mesmo e velho liberalismo. De um lado seria a aceitação da diferença cultural, portanto, de algo que não é mais o indivíduo, mas que seria confinada à ordem liberal. Convicção ou pragmatismo?

5 *El Canon Snorri* é “a virtude da tolerância e a aptidão para reconhecer valores alheios” (Díaz Polanco, 2004: 231).

## O LUGAR DE POSSÍVEIS EPISTEMES EMANCIPATÓRIAS

Aníbal Quijano nos mostrou as profundas ligações do que chamou de colonialidade do saber e do poder. A produção de conhecimento que parte da relação sujeito-objeto, segundo ele, é a mesma que funda a relação do proprietário privado com seu objeto. Assim, mais do que uma episteme há uma relação de poder que diz respeito ao modo como concretamente sobre o terreno se funda a propriedade privada dos bens e as relações de homens e mulheres entre si. O conhecimento seria, nessa episteme, produzido na relação sujeito-objeto e não numa relação inter-subjetiva (Mignolo, 2004: 231). Já, aqui, se indica uma outra episteme que para ser outra, o outro há que ser outro na sua outridade (Leff, 2006). Justo o que tem sido negado pela *razão que se coloca antes da identidade*, parodiando a conhecida tese liberal de Amartya Sen. A natureza, esse outro absoluto (Leff, 2006), tem sido apropriada por uma razão matemática que, assim, a nega na sua materialidade. No terreno nada abstrato da *physis* o aquecimento global é a manifestação da combinação da lógica abstrata matemática que nega a natureza e se faz acumulação monetária-lucro. Aqui, nessa tensão epistêmico-política, novas territorialidades estão sendo engendradas, conforme Arturo Escobar e Líbia Grueso nos mostraram para os afrodescendentes do Pacífico sul da Colômbia e Porto-Gonçalves para os seringueiros da Amazônia brasileira. A natureza é politizada.

Walter Mignolo nos adverte que é a partir das diferenças que novas epistemologias estão emergindo (Mignolo, 2004: 235-242). As diferenças só se manifestam na relação, no *contato*, daí o seu caráter contingente geográfico e social. São epistemologias que emergem no contato de epistemes distintas. Vários autores vêm assinalando esse caráter relacional não essencialista, lugar possível para a emergência de práticas emancipatórias: o pensamento liminar para Walter Mignolo; a exotopia para Mikail Bakhhtin; o terceiro espaço para Hommi Bhabha. Catherine Walsh nos fala daqueles que se movem entre lógicas distintas, entre códigos, como é característico dos povos originários da América que há 500 anos convivem com a moderno-colonialidade. Mas essa moderno-colonialidade não se inscreveu num espaço vazio de significação, mas sim em territórios (natureza+cultura) onde foram conformados *padrões cognitivos* próprios (Mignolo, 2004: 215). Por isso, mais do que resistência, o que se tem é R-Existência posto que não se reage, simplesmente a ação alheia, mas, sim, que algo pré-existe e é a partir dessa existência que se R-Existe. Existo, logo resisto. R-Existo.

Assim como os romanos aprenderam com os gregos, sabemos que os colonizadores se apropriaram do conhecimento nativo para dominá-lo e ocupar seus territórios. Todavia, depois de 500 anos os zapatistas trazem o México profundo à cena e os bolivianos reinventam



Tupac Katari. A elite *criolla* boliviana sabe, literalmente, o que esse nome lhe traz à cabeça. A totalidade do sistema-mundo é não só contraditória como heterogênea e, assim, não pode ser reduzida à dialética do capital-trabalho. Ou melhor, há heterogênesse na totalidade. Embora Marx tenha se colocado de um ponto de vista crítico e emancipatório no interior do capitalismo, não teria percebido a diferença colonial como constitutiva e estruturante do capitalismo, o que é fundamental para compreender a América Latina (Aricó, 1982), como, mais tarde, bem o faria José Carlos Mariátegui. Walter Mignolo nos faz uma interessante provocação quando se pergunta “se, como condição de sua ‘inteligibilidade’, a diferença colonial exige *a experiência colonial* em vez de descrições e explicações sócio-históricas do colonialismo. Suspeito que esse seja o caso e, se for, é também condição para a diversidade epistemológica como projeto epistemológico” (Mignolo, 2004: 253; os grifos são meus). E aqui temos um bom caminho para a crítica a esse moderno “olhar de sobrevôo” (Arendt, 1987) que se abstrai do mundo para, de fora, colonizá-lo, e assim nos convida a *caminhar com*, a um *conhecimento com*.

Gaston Bachelard, em seu *A Poética do Espaço*, havia distinguido entre *lógica material*, aquela que se constrói a partir do atrito, do contato com a matéria, uma lógica do sentimento, e aquela *lógica formal* que se constrói pelo olhar das formas, lógica matemática, para ele também ocularista. A parafernália de visores, de amplos (tele) visores em cada esquina, em cada lugar, enfim, de sensores à distância (sensoriamento remotos via satélite) nos dá conta da sociedade do controle (Foucault) generalizado que essa lógica comporta (Porto-Gonçalves, 2001). Assim, a problemática dos saberes não pode descambar para um culturalismo que ignora a materialidade dos fazeres e dos poderes. Afinal, o fazer cotidiano está atravessado o tempo todo pela clivagem da dominação, pelo menos desde 1492 (os maias, os quechuas e os aimaras incluem também os impérios estatistas dos astecas e dos incas). No fazer há sempre um saber – quem não sabe não faz nada. Há uma tradição que privilegia o discurso – o dizer – e não o fazer. Todo dizer, como representação do mundo, tenta construir/inventar/controlar mundos. Mas há sempre um fazer que pode não saber dizer, mas o não saber dizer não quer dizer que não sabe. Há sempre um saber inscrito no fazer. O saber material é um saber do tato, do contato, dos sabores e dos saberes, um *saber com* (o saber da dominação é um *saber sobre*). Há um saber inscrito e não necessariamente escrito. Cornelius Castoriadis e o grupo “Socialismo e Barbárie” dedicaram páginas maravilhosas a esses saberes que se fazem desde os lugares, desde o cotidiano, desde as lutas que, de um ponto de vista subalterno, é cotidiana e independente de conflitos abertos da polis.

O poeta brasileiro Caetano Veloso disse que “só é possível filosofar em alemão” e, assim, à sua maneira, associou a episteme ao lugar. Embora o pensamento filosófico tenha um lugar e uma data de nascimento, o pensamento não, como nos ensina Walter Mignolo convidando-nos a não confundir o pensamento filosófico com o pensamento enquanto tal. Assim, uma racionalidade mínima é condição de qualquer comunidade humana e a diversidade de racionalidades o maior patrimônio da espécie, sua expressão maior de criatividade. Talvez a idéia de *incompletude* de cada cultura, proposta por Boaventura de Sousa Santos, se constitua numa boa perspectiva para fundarmos um novo diálogo de saberes, uma verdadeira política da diferença pós-moderno-colonial, conforme Enrique Leff nos convida com o auxílio de Emanuel Levinas, abrindo espaço para uma hermenêutica diatópica (Boaventura de Sousa Santos), do que talvez o zapatismo, esse híbrido de pensamento maia com marxismo, e a interculturalidade, esse exotópico/terceiro espaço/gnose liminar, onde também se vê o marxismo dialogando com os quechuas e aimaras, sejam as melhores traduções disponíveis.

## BIBLIOGRAFIA

- Alimonda, Héctor 2006 “Pero jamás podrán quitarme la música... (Notas sobre utopía, identidad, conocimiento en la periferia latinoamericana)”, mimeo.
- Arendt, Hannah 1971 *Sobre a Revolução* (Lisboa: Moraes).
- Arendt, Hannah 1987 *A condição humana* (Rio de Janeiro: Forense Universitária).
- Aricó, José María 1982 *Marx y América Latina* (México DF: Alianza).
- Bachelard, Gaston 1998 *A poética do espaço* (São Paulo: Martins Fontes).
- Bakhtin, Mikhail 1999 *Marxismo e filosofia da linguagem* (São Paulo: Hucitec).
- Bhabha, Homi 1994 *The location of culture* (Londres: Routledge).
- Carvalho, José Jorge de 1999 “O olhar etnográfico e a voz subalterna” em <[www.unb.br/ics/dan/Serie261empdf.pdf](http://www.unb.br/ics/dan/Serie261empdf.pdf)> consultado em 20 de agosto de 2006.
- Caycedo, Jaime 2004 “Impacto regional del conflicto colombiano en América Latina” em Ceceña, Ana Esther (comp.) *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO).

- Castoriadis, Cornelius 1982 *A instituição imaginária da sociedade* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Ceceaña, Ana Esther 2006 (coord.) *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado* (Buenos Aires: CLACSO).
- Ceceaña, Ana Esther e Sader, Emir (coords.) 2002 *La guerra infinita: hegemonía y terror mundial* (Buenos Aires: CLACSO).
- Cunha, Antonio Geraldo (org.) 1982 *Dicionário Etimológico da Língua Portuguesa* (Rio de Janeiro: Nova Fronteira).
- Díaz Polanco, Héctor 2004 *El Canon Snorri* (México DF: UACM).
- Dussel, Enrique 2005 (2000) “Europa, modernidade e eurocentrismo” em Lander, Edgardo (comp.) *A colonialidade do saber: eurocentrismo e ciências sociais. Perspectivas latino-americanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Estrada, Jairo 2006 “Las reformas estructurales y la construcción del orden neoliberal en Colômbia” em Ceceaña, Ana Esther (coord.) *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado* (Buenos Aires: CLACSO).
- González Casanova, Pablo 2006 “Colonialismo interno (uma redefinição)” em Boron, Atilio A.; Amadeo, Javier e González, Sabrina (orgs.) *A teoria marxista hoje. Problemas e perspectivas* (São Paulo/Buenos Aires: CLACSO).
- Haesbaert, Rogério 2005 *O mito da des-territorialização* (Rio de Janeiro: Bertrand).
- Harvey, David 1989 *A condição pós-moderna* (Rio de Janeiro: Loyola).
- Lander, Edgardo (comp.) 2005 (2000) *A colonialidade do saber: eurocentrismo e ciências sociais. Perspectivas latino-americanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Leff, Enrique 2006 *Racionalidade ambiental: a reapropriação social da natureza* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Mariátegui, José Carlos 1975 *As correntes de hoje: o indigenismo. Sete ensaios de interpretação da realidade peruana* (São Paulo: Alfa Omega).
- Mignolo, Walter 2004 *Histórias locais/projetos globais* (Belo Horizonte: UFMG).
- Mumford, Lewis 1942 *Técnica e civilização* (Barcelona: Ayuso).

- Nietzsche, Friedrich 2000 *Humano, demasiado humano* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 1989 *Os (des) caminhos do meio ambiente* (São Paulo: Contexto).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 2001 *Geo-grafías: movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad* (México DF: Siglo XXI).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 2003 “A geografcidade do social” em Seoane, José (comp.) *Movimientos sociales y conflicto en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 2006a *A globalização da natureza e a natureza da globalização* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 2006b “A reinvenção dos territórios: a experiência latino-americana e caribenha” em Ceceña, Ana Esther (coord.) *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado* (Buenos Aires: CLACSO).
- Quijano, Aníbal 2005 “Dom Quixote e os moinhos de vento na América Latina” em *Estudios Avanzados* (São Paulo) Vol. 19, N° 55.
- Quijano, Aníbal 2007 (1999) “O que é essa tal de raça?” em Santos, Renato Emerson dos (org.) *Diversidade, espaço e relações étnico-raciais. O negro na geografia do Brasil* (Belo Horizonte: Autêntica).
- Rama, Angel 1985 *A cidade das letras* (São Paulo: Brasiliense).
- Santos, Milton 1996 *A natureza do espaço* (São Paulo: Hucitec).
- Santos, Boaventura de Sousa 2003 *Reconhecer para libertar. Os caminhos do cosmopolitismo multicultural* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Santos, Boaventura de Sousa 2006 *A gramática do tempo. Para uma nova cultura política* (São Paulo: Cortez).
- Seoane, José (comp.) 2003 *Movimientos sociales y conflicto en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Soja, Edward 1993 *Geografias pós-modernas* (São Paulo: Zahar).
- Van Cott, Donna Lee 2000 *The friendly liquidation of the past: the politics of diversity in Latin America* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press).
- Walsh, Catherine 2002a “Interculturalidad, reformas constitucionales y pluralismo jurídico” em *Boletim ICCI-RIMAI* (Quito) Ano 4, N° 36.

Walsh, Catherine 2002b “Las geopolíticas de conocimientos y colonialidad del poder. Entrevista a Walter D. Mignolo” em Walsh, C.; Schiwy, F. e Castro-Gómez, S. *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino* (Quito: UASB/Abya Yala).

Wood, Ellen Maikseins 2003 (1995) *Capitalismo contra democracia* (São Paulo: Boitempo).

Guillermo Castro H.\*

## **NOTA PARA UNA HISTORIA DEL PENSAR DE LOS LATINOAMERICANOS**

ATENDER A LA GÉNESIS de un pensamiento social demanda comprenderlo en su relación con la realidad más amplia y compleja de la que forma parte. El concepto de cultura nos proporciona una valiosa herramienta para el análisis de esa relación. Por lo mismo, conviene examinar ese concepto con algún detalle, enfatizando en particular el papel del pensamiento social como factor que contribuye a preservar o a transformar una sociedad o un grupo de sociedades determinadas, en una circunstancia histórica específica: en este caso, la América Latina contemporánea.

### **LA CULTURA COMO FACTOR DE CONSERVACIÓN**

En el ensayo que dedica a la cultura como campo de batalla ideológico en el moderno sistema mundial, el historiador norteamericano Immanuel Wallerstein (1991) examina el problema que nos interesa desde las contradicciones inherentes a una economía capitalista mundial, que integra un vasto conjunto geográfico de procesos de producción en

\* Licenciado en Letras, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba. Doctor en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía, Universidad Nacional Autónoma de México. Premio Ensayo Casa de las Américas, Cuba. Presidente de la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental.

el marco político de un sistema interestatal. Ese sistema, nos dice, ha sido constituido a lo largo de cuatro siglos, para favorecer la acumulación incesante de capital; tiene un carácter asimétrico y polarizante; funciona a través de un patrón de ritmos cíclicos, en el que las expansiones ocurren mediante procesos conscientes, utilizando presiones militares, políticas y económicas de múltiples clases; requiere de movimiento y cambio constantes –designados a menudo como innovación económica y como ascenso y caída de las naciones; y está basado en la teoría del progreso inevitable.

Por lo mismo, el funcionamiento de ese sistema exige encarar una serie de problemas puntuales en los campos de la política y la vida social. ¿Cómo obtener, por ejemplo, el mayor esfuerzo de los trabajadores con la menor paga posible en el trabajo? ¿Cómo conciliar el carácter inevitable del cambio con la legitimidad de la autoridad y con la continuidad de la estructura de poder? ¿Cómo negar la creciente contradicción entre el incremento de la riqueza y el empobrecimiento masivo, y neutralizar sus riesgos políticos? ¿Cómo negar el proceso de deterioro del sistema, derivado de sus propias contradicciones, y presentar, en cambio, el desarrollo de las mismas como evidencia de un permanente renacimiento?

Desde esa perspectiva, dice Wallerstein, la cultura correspondiente a esta economía capitalista mundial es el producto de empeños históricos colectivos que buscan encarar las contradicciones y ambigüedades de las realidades sociopolíticas de este sistema en particular, y el propio concepto de “cultura” habría sido creado para afirmar y justificar las inequidades del sistema, en el intento de preservarlas en un mundo constantemente amenazado por el cambio. De allí que *ese* concepto de cultura gire en torno a las formas en que han sido manipuladas las presuntas antinomias de unidad y diversidad, universalismo y particularismo, humanidad y raza, mundo y nación, y persona y género.

En el caso latinoamericano esto tiene, sin duda, claras expresiones en aquella forma hasta hoy dominante de organización del debate sobre los problemas de nuestra región, a partir de la necesidad de optar entre lo que en 1845 Domingo Faustino Sarmiento llamó la “civilización” y la “barbarie”. Y, sin embargo, también ha sido característico de nuestra cultura el empeño constante por trascender tales antinomias, tal como se expresa en la réplica de José Martí a la tesis de Sarmiento, cuando en 1891 señalaba que no había en verdad “batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (Martí, 1977). Esa contradicción, no aparente sino inherente, nos obliga a plantear en otro plano la discusión.

## LA CULTURA COMO FACTOR DE TRANSFORMACIÓN

En efecto, el papel de la cultura como factor de formación y transformación social debe ser planteado en la perspectiva de las condiciones que permiten a ciertas ideas convertirse en fuerzas “materiales” capaces de influir en el curso de la historia de las sociedades humanas. Y esta perspectiva es esencialmente política, por supuesto: se trata de que la masa principal de una población hace suya una concepción del mundo dotada de una ética acorde a su estructura, con lo cual conforma un sentido común característico que da a sus acciones la legitimidad de los hechos naturales. Con ello, se crea una peculiar conducta cotidiana dotada de personalidad propia y de manifestaciones previsibles dentro de ciertos límites, la cual se define en última instancia por su capacidad para reproducir o transformar, según sea el caso, el modo de vida de esa sociedad.

Sin embargo, este proceso incluye *también* otros elementos que contribuyen a definir tanto los límites como las modalidades de dicha acción política en cada momento histórico. Es en este sentido, por ejemplo, que cabe entender que las sociedades sólo se plantean aquellos problemas para cuya solución existe un mínimo de elementos, y que ninguna sociedad desaparece antes de haber agotado todas las formas de vida a que puede dar lugar su estructura socioeconómica, pues mientras haya algunas posibilidades vitales inexploradas en su desarrollo habrá un margen suficiente de esperanza en que este continúe dentro de los límites más o menos amplios que hasta entonces lo habían caracterizado.

En otros términos, se trata aquí de encarar los procesos que llevan a la determinación de la conciencia social por el ser social en sociedades específicas. Uno de esos procesos, por ejemplo, opera a partir de la constante revaloración de la experiencia histórica acumulada por la sociedad, que aparece ante ella como una herencia de medios y fines en torno a los cuales organizar su existencia para contribuir a interpretar y encarar los problemas generados por el desarrollo de la sociedad. Con ello, la interpretación dominante de los temas que integran ese legado definirá la norma de socialidad inherente al sentido común en esa sociedad, al que corresponderá legitimar y orientar las prácticas sociales en que se manifiestan las contradicciones que constituyen el nivel más particular y concreto de la vida social.

Lo importante, aquí, es que el tratamiento de los temas que conforman el núcleo de la cultura depende, a fin de cuentas, de la luz que sobre ellos arrojen las contradicciones sociales que encuentran en ella su forma más general de expresión. Esas contradicciones constituyen la sustancia fundamental para el desarrollo de aquellas formas más particulares y específicas de la conciencia social que suelen



designarse como *ideologías*, cuyos contenidos se definen de manera mucho más directa desde los intereses de clases sociales específicas en circunstancias específicas.

En este sentido, cabe decir que la cultura constituye la condición dada para el desarrollo de cualquier ideología pero que, al propio tiempo, esa cultura sólo tiene existencia visible a través de prácticas sociales organizadas en torno a los valores inherentes a ideologías específicas. Esto reviste una importancia evidente para la vida política en general y para la creación cultural en particular, sobre todo en los casos en que esta última ha madurado lo suficiente como para reconocer el papel político que efectivamente cumple en la sociedad y que constituye, en última instancia, su razón de ser y su necesidad. Y en este sentido también cabe entender, primero, la observación de Antonio Gramsci en el sentido de que la cultura constituye una visión del mundo dotada de una ética acorde a su estructura y, enseguida, la noción –que se desprende de allí– de que la política puede y debe ser comprendida como cultura en acto.

De este modo, lo específico a la actividad cultural como práctica social viene a ser el hecho de que ella constituye una actividad productiva de bienes materiales y normas de conducta, cuyo valor de uso radica en su capacidad para expresar interpretaciones de una realidad mucho más amplia y compleja. En la medida en que este proceso productivo se organiza en torno a núcleos ideológicos, se encuentra a su vez sobre-determinado por el proceso más general de la lucha de clases, a cuya orientación y desarrollo contribuye la cultura como forma más general de la conciencia social. De aquí, entonces, que la obra cultural pueda ser caracterizada por el hecho de que realiza, a un nivel particular, “un universo más o menos coherente que corresponde a una visión del mundo cuyos fundamentos son elaborados por un grupo social privilegiado. Por supuesto, los miembros del grupo no captan esta coherencia más que de una forma lejana y aproximativa. En este sentido, el escritor no refleja la conciencia colectiva [...] sino que, por el contrario, lleva hasta un nivel de coherencia muy avanzado las estructuras que esta ha elaborado de forma relativa y rudimentaria. En este sentido, la obra constituye una toma de conciencia colectiva a través de una conciencia individual, la de su creador, toma de conciencia que mostrará a continuación al grupo qué era aquello a lo que tendía ‘sin saberlo’ en su pensamiento, su afectividad y su comportamiento” (Goldman, 1968: 210).

Así, este proceso de producción cultural no tiene por finalidad únicamente obtener un “objeto para el sujeto”, sino que también, y en primer término, busca desarrollar un sujeto social adecuado al logro de los fines inherentes al proyecto histórico en torno al cual se organiza esa producción. Por lo mismo, la reflexión en torno a una política cul-

tural no puede tener por eje la cultura misma, sino el proceso histórico global en que esta tiene existencia concreta. A esto se refiere la afirmación de que las ideas de la clase dominante son en cada época “las ideas dominantes”, en la medida en que la clase que controla los medios de producción material “controla también los medios de producción intelectual, de tal manera que, en general las ideas de los que no disponen de los medios de producción intelectual son sometidas a las ideas de la clase dominante”, con lo cual se llega a la situación en que las ideas dominantes vienen a ser “la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes concebidas como ideas, es decir, la expresión de las relaciones que hacen de una clase determinada una clase dominante; en una palabra, son las ideas de su dominio” (Marx y Engels, 1994).

Lo importante, aquí, es que la reflexión sobre estos problemas aborde a las clases y grupos sociales en su historicidad, esto es, en lo que son concretamente y, sobre todo, en el modo en que han *llegado a ser* lo que son a través de la historia que les es particular. A esto se refería Gramsci, por ejemplo, cuando –en relación con los problemas que planteaba la construcción de la hegemonía de los sectores más avanzados de los trabajadores sobre el conjunto del movimiento popular– señalaba que, aun cuando los objetivos de la clase obrera fueran en último término de índole internacional, e incluso aunque fueran en gran medida internacionales los medios disponibles para plantearse dichos objetivos, el punto de partida seguía siendo necesariamente nacional, pues ella sólo podía aspirar a una función dirigente en la medida en que fuera capaz de llegar a interpretar los intereses y orientar las acciones de otras clases y grupos sociales puramente nacionales, como la pequeña burguesía, y aun subnacionales (regionalistas o municipalistas) como los campesinos.

La creación cultural, en efecto, sólo puede plantear el interés particular como general a partir de los temas que definen esa generalidad concreta como elemento de un proceso histórico universal. Con ello, la forma específica, política, en que esa generalidad se manifiesta como tal adquiere la mayor importancia y viene a ser el tema central de la cultura de esa sociedad. En esta perspectiva, por ejemplo, la cuestión nacional no tiene una naturaleza distinta de la social. Se trata simplemente de que, en sociedades como las latinoamericanas, en virtud de las características que las distinguen en el seno del sistema mundial, la cuestión social se expresa con especial vigor mediante formas nacionales, en la medida en que la nación es una forma histórica de organización de la lucha de clases, y esta constituye, por lo mismo, la forma concreta de la existencia de la nación.

Así, la determinación en última instancia que los hechos de la economía ejercen sobre el desarrollo de la cultura constituye una re-

lación histórica extraordinariamente compleja, que no puede ser reducida a ninguna de sus manifestaciones aisladas, sino que debe ser comprendida a partir de la estructura social histórica en que tiene lugar. En esta perspectiva, cabe concebir una sociología de la cultura que se ocupe de examinar los procesos mediante los cuales las clases subordinadas procuran sistematizar los brotes espontáneos de su resistencia a la dominación, para acercarse a la construcción de una visión del mundo dotada de una ética acorde a su estructura, y de los recursos de organización social y política necesarios para transformar la realidad de un modo que conduzca a la creación de las condiciones materiales de su propia liberación.

Al mismo tiempo, en la medida en que esas clases subordinadas conforman un movimiento del pueblo hacia el Estado, la construcción de una cultura que legitime y oriente a ese movimiento sólo puede alcanzarse a través de la lucha, en su propio seno, por la autoridad moral y política que garantice su dirección. Aquí, la correlación entre lo teóricamente avanzado, lo políticamente efectivo y lo ideológicamente legítimo incide de manera a menudo decisiva en la capacidad de la cultura popular para expresarse en prácticas sociales correspondientes a sus propios fines. Por lo mismo, la mejor garantía cierta de que esa cultura llegue a desarrollarse como un sistema de opciones abierto a una interpretación políticamente eficaz de las transformaciones que la lucha de clases va imponiendo a la sociedad entera radica en que ella se organice en torno a la posición ideológica más avanzada de entre las que luchan por la hegemonía en el seno del pueblo. De este modo, si lo logra, además de alcanzar el máximo grado de posibilidad transformadora en una circunstancia histórica determinada, la cultura popular podrá crear las premisas necesarias para la continuidad de su desarrollo en condiciones cualitativamente distintas de las que le dieron origen, preservando su capacidad para conseguir que la historia así entendida sirva como instrumento para influir en el curso de la historia así *ejercida*.

## **EL PENSAR DE LOS LATINOAMERICANOS**

Como vemos, el quehacer cultural latinoamericano, aun restringido a las formas en que las sociedades que somos han reflexionado y reflexionan sobre lo que son y lo que desean llegar a ser, constituye un objeto de estudio de extraordinaria complejidad. Baste señalar, por ejemplo, la intimidad de los vínculos –nunca meras correspondencias reflejas– entre las obras de José Carlos Mariátegui y César Vallejo, de Paulo Freire y Jorge Amado, de Ernesto Guevara y Alejo Carpentier, o de Aníbal Quijano y José Arguedas, para entender que el sociólogo comunista Agustín Cueva, uno de los hombres más cultos de su generación,

llegara a soñar con el proyecto de construir una bibliografía literaria que, desde el *Facundo* de Sarmiento hasta los *Cien años de soledad* de García Márquez y *La casa verde* (pero no más allá) de Mario Vargas Llosa, ayudara a conocer –y sobre todo a comprender– la historia del desarrollo del capitalismo en América Latina en su socialidad.

Esta complejidad aconseja abordar la formación y las transformaciones del pensamiento latinoamericano de nuestro tiempo en su doble carácter de estructura y de proceso, como nos enseñara a hacerlo el maestro Sergio Bagú. En esta tarea, la cultura, entendida –con Gramsci– como una visión del mundo dotada de una ética acorde a su estructura, resulta una categoría indispensable para encontrar organización y sentido en nuestro quehacer intelectual. Así, la cultura se presenta a un tiempo como una estructura de valores que se expresan en objetos y conductas característicos, y como un proceso cuyo desarrollo en el tiempo esa estructura contribuye a organizar.

En esa perspectiva, el tiempo pasa a ser una categoría fundamental para la organización de nuestro entendimiento. Por lo mismo, hay que tratarlo con especial cuidado, para evitar sobre todo la confusión entre el tiempo cronológico, vacío de significado social, y el histórico, que sólo encuentra en lo social su significado. Para el primero, el registro es lo fundamental. Un siglo empieza al iniciarse su primer año, y concluye cuando su año cien termina. Para el tiempo histórico, en cambio, lo esencial es la valoración: un hecho de cultura. De ese modo, Fernand Braudel podía referirse a un siglo XVI “largo”, que iba de 1450 a 1650, para designar el período de transición desde las viejas economías-mundo de la Europa medieval a la economía mundial organizada en centros, semiperiferias y periferias, a la vez cambiantes y constantes, que aquella Europa creó para el desarrollo del capitalismo y de su propia modernidad.

Este conflicto de tiempos opera entre nosotros a partir de una singular combinación de circunstancias. Somos en efecto un pequeño género humano, como lo advirtiera en 1815 Simón Bolívar, constituido de modo original en el marco del proceso, más amplio, de la formación del sistema mundial, y expresamos como ninguna otra región del mundo las contradicciones y las promesas en que ese sistema ha involucrado a la Humanidad entera.

En ese proceso de formación, se destacan algunos hechos de especial influencia en la definición de nuestra modernidad. Uno, por ejemplo, es el de habernos constituido al interior del primer gran sistema colonial establecido por Europa en otro continente. Y esto incluye que seamos, también, producto de la forja de la colonialidad –tan ricamente analizada por Aníbal Quijano– que vino a servir de garantía cultural y política a ese sistema, operando como una mentalidad y como un cri-

terio de relacionamiento social cuyo espíritu, diría Martí, sobrevivió a la caída de su orden de origen para seguir operando en las repúblicas que lo sustituyeron.

Ese hecho colonial incluyó el mestizaje masivo al que concurrieron las poblaciones indígenas sobrevivientes a la catástrofe demográfica provocada por la conquista europea, las grandes masas de esclavos de origen africano forzados a migrar al Nuevo Mundo por los descendientes de los conquistadores, y trabajadores provenientes de los grupos más pobres de múltiples sociedades de Europa y Asia. Y como consecuencia de ese orden, también, operaron aquí otros dos procesos de extraordinario significado histórico. Uno, la crisis y liquidación de aquel primer sistema colonial; el otro, la formación, en el territorio que hoy ha llegado a ocupar Estados Unidos, de la primera economía capitalista forjada sin las trabas ni los rezagos de ninguna sociedad anterior.

Vistas así las cosas, cabe preguntarse por los puntos de contacto y de conflicto entre el tiempo cronológico y el histórico en lo que hace a la formación y las transformaciones de la cultura y el pensamiento social de la América Latina. Si por ejemplo fuera –como queremos aquí– el siglo XX el de nuestra contemporaneidad y el XXI el de nuestro porvenir, ¿cuándo concluyó y cuándo se inició el XIX? Y el XVIII, ¿desde dónde venía y hasta dónde llegó?

Para François-Xavier Guerra<sup>1</sup>, por ejemplo, el siglo XVIII se inicia en Hispanoamérica hacia 1750, con la Reforma Borbónica, y concluye con la disolución del imperio español en América entre 1810 y 1825. Se trata, pues, de un siglo “corto”, más vinculado a la Ilustración que al liberalismo europeo, y más cercano por tanto a Humboldt que al propio Adam Smith. Aún más breve podría ser el XIX, delimitado por lo que va de las guerras de independencia –en sus dimensiones civil y patriótica–, a las de Reforma, que definieron los términos en que vino a constituirse el sistema de estados nacionales que harían viable una inserción nueva de Iberoamérica en el sistema mundial por entonces todavía en formación. En el plano de las ideas, este ciclo se inicia con la *Carta de Jamaica*, escrita por Simón Bolívar en 1815 para afirmar la legitimidad de la independencia de las colonias españolas de América, y encuentra su momento más alto en el ensayo *Facundo Quiroga. Civilización o barbarie*, de 1845, en el que Domingo Faustino Sarmiento estableció de una vez y para siempre el programa cultural que legitimó a esos estados como agentes de aquella inserción.

El XIX hispanoamericano culmina de este modo hacia la década de 1880, con la creación y consolidación del Estado Liberal Oligárquico. Y esto no es poca cosa si se considera que, hasta mediados del siglo XX,

---

<sup>1</sup> Ver, por ejemplo, Xavier Guerra (1988; 1993; 2003a; 2003b; 2003c).

la comunidad de estados nacionales creados por reformas o revoluciones liberales permanecerá reducida a los existentes en Europa Occidental, Norteamérica, y la América nuestra, aquella de la que podía decir Martí que “De factores tan descompuestos, jamás, en tan breve tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas” (1977: 38). De este modo, entre el XVIII y el XIX no hubo sólo una diferencia de duraciones, sino también de énfasis, que en este último se concentró en la construcción de realidades nuevas, antes que en la destrucción de estructuras del pasado. Y esa labor de construcción será el punto de partida de nuestra contemporaneidad.

Aquí, sin embargo, es necesario hacer una importante salvedad. Como lo señalara el historiador panameño Ricaurte Soler, en la transición del siglo XIX al XX en nuestra América opera un factor externo de trascendencia aún mayor que la Reforma Borbónica en nuestro ingreso al XVIII. Ese factor consiste en el surgimiento del imperialismo como fase superior del capitalismo. Dicho proceso, que ya se hiciera sentir en la Conferencia de Berlín de 1884 para el reparto de los territorios africanos entre las potencias coloniales europeas, madurará con extrema rapidez en las primeras guerras imperialistas de fines del XIX y principios del XX –la hispano-cubana-norteamericana de 1898 y la de Inglaterra contra los Boers sudafricanos. Luego desembocará en la larga cadena de conflictos armados que va de la Primera a la Segunda Guerra Mundial, hasta culminar con la conquista de la hegemonía de EE.UU. sobre el sistema mundial a partir de 1945.

El surgimiento del imperialismo, diría Soler, contribuyó a frustrar el contenido progresista de la Reforma Liberal, favoreciendo en cambio la formación de un sistema de estados de corte autoritario, que promovían el libre comercio mediante la oferta, como ventaja mayor de las economías de la región, de recursos naturales y mano de obra baratas, a cambio de capital de inversión y vías de acceso para la comercialización de esos recursos como materias primas en el mercado mundial. Esa frustración del componente más radical y democrático de las revoluciones de independencia constituyó un importante elemento formativo en una nueva generación de jóvenes intelectuales de la región, que se percibían a sí mismos como modernos en la medida en que ejercían como liberales en lo ideológico, demócratas en lo político y patriotas en lo cultural, y aspiraban desde allí a representar con voz propia a sus sociedades en lo que entonces era llamado “el concierto de las naciones”.

Para esa generación, en efecto, la formación del Estado Liberal Oligárquico opera una circunstancia de crisis cultural que, hacia 1881, Martí captó en los siguientes términos:

No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica. Estamos en tiempos de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género [...] Las instituciones que nacen de los propios elementos del país, únicas durables, van asentándose, trabajosa pero seguramente, sobre las instituciones importadas, caíbles al menor soplo del viento. Siglos tarda en crearse lo que ha de durar siglos. Las obras magnas de las letras han sido siempre expresión de épocas magnas. Al pueblo indeterminado, ¡literatura indeterminada! Mas apenas se acercan los elementos del pueblo a la unión, acérquense y condénsanse en una gran obra profética los elementos de su Literatura. Lamentámonos ahora, de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo [...] ¿Se unirán, en consorcio urgente, esencial y bendito, los pueblos conexos y antiguos de América? ¿Se dividirán, por ambiciones de vientre y celos de villorrio, en nacioncillas desmeduladas, extraviadas, laterales, dialécticas...? (Martí, 1975: 164).

Con reflexiones como esas empieza a tomar forma la transición a nuestro siglo XX, que encontrará su acta de nacimiento en el ensayo *Nuestra América*, publicado por José Martí simultáneamente en periódicos liberales de Nueva York y México en enero de 1891. A partir de aquí comienzan a conformarse las líneas de fuerza en torno a las cuales irán cristalizando los momentos fundamentales de nuestro pensamiento social y cultura contemporáneos, como lo señalara Armando Hart en el discurso que ofreció al ser distinguido con el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Córdoba, Argentina.

Una de esas líneas estará constituida por el pensamiento democrático de orientación popular y antioligárquica, radical en su afán de ir a la raíz de nuestros problemas, y centrado en la construcción de nuestras identidades a partir de la demanda martiana de injertar en nuestras repúblicas el mundo, siempre que el tronco en que ese injerto se haga sea “el de nuestras repúblicas”. En diálogo con ese pensamiento democrático, por momentos como su expresión y en ocasiones como su contradicción, florecerá desde temprano entre nosotros un pensamiento revolucionario de orientación socialista, que alcanzará su primera plenitud en la década del veinte, a través de la obra de José Carlos Mariátegui, y se prolongará hasta nuestros días en la de Ernesto Guevara y la de la Revolución Cubana.

El liberalismo latinoamericano, por su parte, aún daría de sí un aporte de trascendencia mundial –otra vez, tanto en sus afirmaciones como en sus contradicciones– en la Teoría del Desarrollo, que dio forma a la que fue la metáfora más poderosa del imaginario político regional antes del envilecimiento de nuestra gran tradición de pensamiento económico por el neoliberalismo triunfante, de 1980 en adelante. De este modo, en el momento de más espléndida madurez de aquella teoría, Osvaldo Sunkel pudo definir así el objetivo al que aspiraba:

Se entiende por desarrollo un proceso de transformación de la sociedad caracterizado por una expansión de su capacidad productiva, la elevación de los promedios de productividad por trabajador y de ingresos por persona, cambios en la estructura de clases y grupos y en la organización social, transformaciones culturales y de valores, y cambios en las estructuras políticas y de poder, todo lo cual conduce a una elevación de los niveles medios de vida (Gligo y Sunkel, 1980: 10).

Resulta notable que esa definición, tan acabada, fuera producida precisamente en las vísperas del derrumbe de la teoría que la sustentaba. Y aun así, la Teoría del Desarrollo tendría un enorme poder de fecundación en el conjunto del pensamiento y la cultura latinoamericanos. La crítica de que fue objeto desde el terreno de las ideas económicas y políticas tuvo, por ejemplo, sus expresiones más radicales en la Teoría de la Dependencia, y en el estímulo que esta ofreció a la renovación del pensamiento socialista y revolucionario en la región. Y en su crítica en el terreno de la cultura se encuentran otros aportes de gran riqueza: la educación popular, como la entendiera y promoviera el brasileño Paulo Freire; la Teología de la Liberación que, a partir de la obra pionera del peruano Gustavo Gutiérrez, vino a iluminar y transformar para siempre el papel de la religiosidad –en sus expresiones más concretas de fe, esperanza y solidaridad– en la vida y las luchas de nuestros pueblos, y nuestra gran tradición artística, en lo que va de Gabriel García Márquez a Osvaldo Guayasamín.

La enorme vitalidad de la cultura construida por los latinoamericanos a lo largo del período ascendente de su siglo XX histórico se expresa, hoy, en la riqueza con que se despliega la (re)construcción de nuestras identidades en el inicio de la transición a lo que haya de ser nuestro siglo XXI. La prueba inicial de esa vitalidad se expresó en la capacidad de esa cultura para sobrevivir a la brutal ofensiva política, ideológica y cultural con que se produjo el asalto al poder en nuestras repúblicas por parte de lo más conservador y reaccionario de dentro y de fuera de nuestras sociedades, de 1970 en adelante.

No cabe olvidar, en efecto, que el consenso neoliberal de la década del noventa no fue el mero resultado de la confrontación de ideas,



sino el producto de las condiciones creadas por la política de represión de las organizaciones populares y de trabajadores de la región entre aquella década y la siguiente, que incluyó de manera destacada el acoso sistemático contra la intelectualidad que encontraba en esas organizaciones a su interlocutor natural. Entonces fue segada en flor lo mejor de nuestra juventud, como fueron dispersados nuestros mejores maestros y asediados los espacios de encuentro que permitían una reflexión sobre los problemas de la realidad desde la perspectiva de los trabajadores, los oprimidos y los excluidos. De entonces data el prolongado período de crisis y oscuridad en el pensamiento latinoamericano, del que finalmente hemos empezado a emerger, en medio de un coro de voces nuevas que resuenan, otra vez, del Bravo a la Patagonia.

Hoy, empezamos a entender que aquel período de sombras no tuvo su origen ni en el agotamiento del marxismo, ni mucho menos en el de nuestras mejores tradiciones políticas y culturales. La crisis intelectual y moral de nuestra América provino, sobre todo, de la desintegración de la Teoría del Desarrollo en su versión liberal tardía, bajo el acoso de la Teoría de la Dependencia desde la izquierda, primero, y del neoliberalismo desde la derecha, después.

Ambas coincidían en que la promesa de un crecimiento económico sostenido, capaz de traducirse en movilidad social ascendente y en una ampliación de la participación política para todos, no podría lograrse en el marco del modelo de desarrollo protegido que imperó en nuestros países entre 1950 y 1980. Para la Teoría de la Dependencia, faltaba ir mucho más allá. Para los conservadores que llegarían a presentarse como neoliberales, en cambio, se había avanzado en exceso, y era necesaria una reconstrucción integral de la capacidad de los grupos más tradicionales de poder económico para negociar en sus propios términos nuestras relaciones de dependencia con el capital financiero que emergía como nueva fuerza dominante en el sistema mundial.

La recomposición, en esos nuevos términos, del Estado (neo)liberal oligárquico reeditó, como una farsa cruel, lo que una vez fue la tragedia de la imposición del llamado “modelo de crecimiento hacia fuera” por las dictaduras de todo pelaje que organizaron la inserción de nuestras sociedades en el mercado mundial entre 1880 y 1930. Hoy, el modelo que pareció encarnar la modernidad posible en 1990, bajo la hegemonía del gran capital especulativo, no ofrece ya siquiera la ilusión de un progreso material creciente que eventualmente pudiera contribuir a llevar a nuestras sociedades de la barbarie a la civilización.

Está a la vista, en cambio, el desenlace: sociedades devastadas por el deterioro social, la degradación ambiental y el despilfarro de la riqueza pública, regidas por minorías incapaces de ofrecer salidas viables al laberinto en que hoy desemboca el estilo de gestión del que ayer

decían que sólo podía ser cuestionado por ignorantes, incompetentes o deshonestos. Ante esta situación, los vientos de cambio que empiezan a recorrer nuevamente nuestra región comprueban la sabiduría del viejo refrán campesino: en política no hay sorpresas, sino sorprendidos.

Tres elementos han tenido una importancia decisiva aquí. Uno ha sido la disposición al trabajo organizado frente a una persistente política estatal de des-organización de las estructuras de trabajo intelectual que no estuvieran directamente subordinadas al capital privado o a instituciones financieras internacionales. Otro, la disposición a renovar, ampliar y volver más complejos los vínculos entre el trabajo intelectual y los nuevos movimientos sociales que emergen en la región. Y el último, finalmente, la permanente defensa de la autenticidad de nuestro pensamiento, como garantía mejor de su universalidad. La labor realizada en cada uno de estos planos por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), para citar un solo ejemplo, ha significado una contribución de primer orden a este renacer.

En ese marco, la crítica a la Teoría del Desarrollo en su formulación liberal se expresa hoy, ya, en la construcción de campos enteramente nuevos en nuestro pensar. Una vez más, nos constituimos en un factor de fecundación de Occidente, planteando en nuevos términos las preguntas que buscan respuesta en su cultura, y abriendo a esas respuestas horizontes de renovación en terrenos a veces conocidos, como los de la economía y la ciencia política, y a veces inéditos hasta hace poco entre nosotros, como el del debate sobre los problemas de la crisis ambiental.

En este plano, el ambientalismo latinoamericano viene haciendo aportes de singular importancia al movimiento ambientalista contemporáneo, en general, y al de las sociedades más desarrolladas, en particular. De entre ellos, ninguno es quizás a un tiempo tan sutil y decisivo como el de nuestra capacidad para trascender la metáfora del desarrollo y relevar su contenido más sustantivo y contradictorio, resaltando que el desarrollo de cuya sostenibilidad se trata es el de nuestra especie, en la enorme diversidad de sus expresiones, y no el de alguna forma histórica particular del mismo.

Esto, a su vez, ha permitido al ambientalismo latinoamericano afirmar la politicidad inherente al problema de la sostenibilidad. Entre nosotros, en efecto, la sostenibilidad no es entendida ya desde una perspectiva meramente tecnológica, sino, y sobre todo, desde la necesidad política de crear las condiciones sociales indispensables para hacer posible el uso de los inmensos recursos financieros, tecnológicos y de conocimiento con que ya cuenta nuestra especie para encarar el desafío de establecer, en sus relaciones con el mundo natural, un modelo de desarrollo que sea sostenible por lo humano que llegue a ser.

Y esta politicidad de lo ambiental se expresa, a su vez, en la demostración del carácter fundamental de la crisis que enfrentamos –global, general, de intensidad creciente, y en vías de transformarse en ecológica– a partir de capacidades para el pensamiento sistémico, el análisis dialéctico y la comprensión de los hechos del presente en perspectiva histórica, cuyas raíces encuentran suelo fecundo en lo más contemporáneo de nuestra cultura, de Martí y Mariátegui a nuestros días. ¡Y cómo contrasta esta disposición al estudio de los factores reales de nuestra circunstancia –atendiendo a la advertencia martiana de no poner de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, para no caer a la larga por la verdad que faltó, “que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella” (Martí, 1977)– con el pragmatismo vulgar y la tendencia constante a la fragmentación que han venido a ser dominantes en los grandes y pequeños centros de cultura del moderno sistema mundial!

Hemos compartido y compartimos con nuestros colegas de Europa y Norteamérica el análisis crítico del deterioro de las relaciones de nuestra especie con el mundo natural del que formamos parte, sin temor ni al debate ni al aprendizaje. Y en el balance de esa labor compartida, como en los resultados que emergen en los nuevos campos del saber que ella ha creado –como la ecología política, la economía ecológica y la historia ambiental–, se expresa en nuestros logros la fecundidad del imperativo ético que nos lleva, siempre, a conocer para resolver, a pensar para servir, a explicar para contribuir a la creación de un mundo surgido de hacer causa común con los oprimidos, “para afianzar –precisamente– el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores” (Martí, 1977).

La definición acabada de ese sistema, desde la experiencia de su construcción, constituye sin duda el mayor desafío de nuestro tiempo. La bancarrota ideológica, moral y política del neoliberalismo es un hecho indudable. Pero, al mismo tiempo, la labor de destrucción cumplida por el neoliberalismo en las estructuras productivas y las capacidades de gestión de nuestros estados y nuestras sociedades ha sido de tal amplitud, que a primera vista no parece haber alternativas inmediatamente viables a las políticas económicas que padecemos.

Se equivocan, en estas circunstancias, quienes afirman que nuestros pueblos han terminado por oponerse al desarrollo de las fuerzas productivas en nuestros países. A lo que se resisten los trabajadores es a que ese desarrollo se lleve a cabo sin transformar al mismo tiempo las relaciones de producción que hoy imperan en nuestras sociedades, que dan lugar a que haya venido a ser la nuestra la región más inicua del planeta en lo que hace a la distribución del ingreso, y al acceso a los frutos del progreso técnico y la riqueza social. Y la incapacidad para atender

a esa demanda elemental es la prueba mejor del carácter terminal en que ha ingresado la crisis del Estado neoliberal oligárquico.

De este modo, nuestra contemporaneidad, que nació marcada por las contradicciones y conflictos que caracterizaron al Estado liberal oligárquico, culmina en la caricatura de aquel Estado creada por el neoliberalismo de fuera y de dentro de nuestros países. En lo que va del uno al otro –y con la sola excepción de Cuba, y más recientemente de Venezuela–, han sido ensayadas y agotadas todas las opciones de organización del poder y del desarrollo que ese Estado podía asumir y ejercer.

Aun así, no será con la desintegración del Estado neoliberal que cesará de operar el siglo XX entre nosotros. Por esa vía podría incluso prolongarse, en una reedición de las atrocidades que precedieron e hicieron posible la creación de ese Estado. Este siglo sólo concluirá con la única gran novedad pendiente entre nosotros: la creación de la República nueva, creada con todos y para el bien de todos los trabajadores, que así ejerzan finalmente su inmensa capacidad para abrir a sus pueblos el camino que los lleve del reino de la necesidad a aquel reino de la libertad cuya imagen plasmó Martí al incitarnos a llegar “por métodos e instituciones nacidos del país mismo [...] a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas” (Martí, 1977).

El tiempo de resistir, así, abre paso otra vez entre nosotros al tiempo de construir. Y en esa construcción, otra vez también, tocará un papel de primer orden a la cultura de los latinoamericanos. Aquí, ahora, el problema principal para nuestras comunidades de cultura consiste en crecer con nuestra gente, para ayudarla a crecer. Una vez más, no hay entre nosotros batalla entre la civilización y la barbarie, como lo quieren los neoliberales, sino entre la falsa erudición y la naturaleza, como lo advertía en 1891 José Martí.

La circunstancia que hace a un tiempo posible y necesario conocer nuestra naturaleza se encuentra marcada, hoy, por el hecho de que el pensamiento social y la cultura latinoamericanos están otra vez en aquel punto de ebullición en el que los encontrara Martí al llegar a su primera madurez. No es de extrañar el paralelismo, considerando que la región emerge hoy de los años del neoliberalismo como emergía entonces del primer impacto del triunfo del liberalismo oligárquico.

Para nuestra América, ciertamente, no hay un pasado al cual regresar. En cambio, tiene diversos futuros entre los cuales optar. Es en ese sentido que cabe entender el hecho de que entre nosotros estén luchando nuevamente hoy las especies –pobres de la ciudad y el campo, trabajadores manuales e intelectuales de la economía formal y la infor-

mal, indígenas y campesinos– por el dominio en la unidad del género. O, si se quiere, por constituirse en el bloque histórico capaz de crear finalmente el mundo nuevo de mañana en el Nuevo Mundo de ayer.

Ese mundo, en todo caso, será nuevo en la medida en que nuestras repúblicas no vuelvan a purgar “en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos” (Martí, 1977). Para eso están, precisamente, las reservas más profundas de nuestra cultura y nuestra eticidad, sintetizadas en la convicción de la utilidad de la virtud y la posibilidad del mejoramiento humano que nace del conocimiento de nuestro proceso de formación, y se expresa día con día en la labor de volver a constituirnos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Gligo, Nicolo y Sunkel, Osvaldo (eds.) 1980 *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina* (México DF: Fondo de Cultura Económica/El Trimestre Económico) N° 36, Tomo 1.
- Goldman, Lucien 1968 “El estructuralismo genético en sociología de la literatura” en *Literatura y sociedad* (Buenos Aires: Martínez Roca).
- Guerra, François-Xavier 1988 *México: del Antiguo Régimen a la Revolución* (México DF: Fondo de Cultura Económica) Tomo 2.
- Guerra, François-Xavier 1993 *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (México DF: MAPFRE/Fondo de Cultura Económica).
- Guerra, François-Xavier 2003a “El ocaso de la monarquía hispanica: revolución y desintegración” en Annino, Antonio y Guerra, François-Xavier (coords.) *Inventando la Nación. Iberoamérica. Siglo XIX* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Guerra, François-Xavier 2003b “Introducción” en Annino, Antonio y Guerra, François-Xavier (coords.) *Inventando la Nación. Iberoamérica. Siglo XIX* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Guerra, François-Xavier 2003c “Las mutaciones de la identidad en la América hispánica” en Annino, Antonio y Guerra, François-Xavier (coords.) *Inventando la Nación. Iberoamérica. Siglo XIX* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Martí, José 1975 (1881) “Cuaderno de apuntes” en *Obras completas* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales) Tomo 21.

- Martí, José 1977 (1891) “Nuestra América” en *Política de Nuestra América* (México DF: Siglo XXI).
- Marx, Karl y Engels, Friedrich 1994 “Feuerbach. Contraposición entre la concepción materialista y la idealista” en *La ideología alemana* (Valencia: Universitat de Valencia).
- Sunkel, Osvaldo 1980 “Introducción. La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina” en Gligo, Nicolo y Sunkel, Osvaldo (eds.) *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina* (México DF: Fondo de Cultura Económica/ El Trimestre Económico) N° 36, Tomo 1.
- Wallerstein, Immanuel 1991 “Culture as the ideological battleground of the modern world-system” en *Geopolitics and geoculture. Essays on the changing world-system* (Cambridge: Cambridge University Press/ Editions de la Maison des Sciences de l’Homme).



Raúl Zibechi\*

## ECOS DEL SUBSUELO: RESISTENCIA Y POLÍTICA DESDE EL SÓTANO

*La insurgencia era un empeño motivado y consciente de las masas rurales. No obstante, esta conciencia parece haber recibido poca atención en la literatura que trata de este tema. La omisión se encubre en la mayoría de los relatos con metáforas que asimilan las revueltas campesinas a fenómenos naturales [...] Se buscará, alternativamente, una explicación a partir de una enumeración de causas que desencadenan la rebelión como una especie de acción refleja. En cualquiera de los casos, la insurgencia es considerada como algo externo a la conciencia campesina y la Causa se erige como sustituto fantasma de la Razón.*

*La prosa de la contrainsurgencia*  
Ranajit Guha

*Un rasgo deplorable del espíritu occidental consiste en relacionar las expresiones y las acciones con fines externos o trascendentes, en lugar de considerarlas en un plan de inmanencia según un valor intrínseco.*

*Rizoma*  
Gilles Deleuze y Félix Guattari

EN LOS ÚLTIMOS QUINCE AÑOS, en América Latina, los movimientos que fueron capaces de plantear desafíos de envergadura al sistema –revueltas, levantamientos y movilizaciones que desestabi-

\* Miembro del Consejo de Redacción del semanario *Brecha* de Montevideo y docente de la Multiversidad Franciscana de América Latina (MFAL), Uruguay.



lizaron el dominio de las elites– nacieron en los “márgenes” de la sociedad establecida y están siendo protagonizados por los más pobres, los privados de derechos sociales y políticos. Los movimientos de los “sin” –sin techo, sin tierra, sin trabajo, sin derechos...– han mostrado un vigor tal que se han colocado a menudo en el centro del escenario político.

La irrupción de estos nuevos actores ha desplazado al movimiento sindical de su tradicional protagonismo en buena parte de los países, tanto como la fuerza social transformadora que fue, como por su capacidad de promover cambios en las formas de acción social. Pero los movimientos actuales también han desplazado a la izquierda, especialmente en las coyunturas de crisis extrema que han vivido las sociedades cuando el modelo neoliberal comenzó a agrietarse. Esto resultó visible de forma transparente durante las revueltas en Argentina (entre 1997 y diciembre de 2001) y Bolivia (septiembre-octubre de 2003), y de forma incipiente también durante la crisis uruguaya del invierno de 2002, cuando los más pobres protagonizaron saqueos ante la pasividad del movimiento sindical que, en ninguno de los casos, consiguió estar a la altura de las circunstancias que se vivían.

Estos nuevos actores han provocado también hondas conmociones en otros países (indios y pobres urbanos de Ecuador, Venezuela, Paraguay y México, entre los más destacados); en Brasil, los excluidos (sin tierra y, en menor medida, sin techo) han planteado desafíos profundos a los sucesivos gobiernos, incluyendo al encabezado por Luiz Inacio Lula da Silva. Lo cierto es que la acción de los nuevos protagonistas, nacidos en la intersección de los viejos actores reconfigurados y los nuevos pobres producidos por el modelo neoliberal, ha conseguido modificar el mapa social y político del continente, poniendo al modelo a la defensiva por primera vez.

Por último, como lo demuestran las insurrecciones argentina y boliviana, pero también las movilizaciones en Perú, Venezuela y Ecuador, existe un nuevo protagonismo urbano visible incluso en las grandes ciudades, que hasta ahora habían sido los espacios más favorables al modelo neoliberal. Los desafíos iniciales partieron desde las áreas rurales y pequeñas ciudades, hacia comienzos de los noventa, en las que no había sido desarticulado el tejido social que hacía posible la resistencia. Sin embargo, en los últimos años se han producido levantamientos urbanos que nos indican que las luchas más importantes parten ahora de sujetos más heterogéneos que la anterior clase obrera, luego de haber atravesado un proceso de reconfiguración interna.

Que este conjunto de desafíos haya surgido desde los “márgenes”<sup>1</sup> (o desde el “sótano”, como acertadamente apuntó el subcomandante Marcos) tiene profundas implicancias para el proceso de cambios sociales y políticos, pero estimula también la reflexión en los movimientos y entre quienes los acompañamos. Por un lado, los movimientos actuales han creado nuevos espacios de organización y resistencia. Brevemente: caracoles, territorios étnicos, cuarteles aymaras, que se erigen como regiones autónomas de hecho, explícitas o no<sup>2</sup>. Pero estos espacios no se reducen ya a las áreas rurales, sino que los pobres están produciendo profundas transformaciones urbanas, entre las que sobresale la ciudad aymara de El Alto, y cobran mayor visibilidad los desafíos lanzados desde los asentamientos urbanos creados por los nuevos pobres en ciudades como Buenos Aires, Montevideo y Asunción, por mencionar sólo los procesos que se registran en el sur del continente, que es el universo que contempla este trabajo.

¿Cómo se han configurado estos actores? ¿Cómo han pasado de una situación de aparente pasividad a la situación actual en la que son capaces de producir su propia vida y desafiar a los poderosos? ¿Estamos ante una tercera oleada de movimientos, que agregaría a los viejos y los nuevos una nueva categoría de movimientos nacidos del subsuelo pobre y marginalizado?

Por otro lado, los nuevos sujetos no sólo desafían al Estado y a las clases dominantes, sino que también ponen en cuestión los saberes y las prácticas de las izquierdas y de los viejos movimientos, y las teorizaciones que surgieron a raíz de la emergencia de los “nuevos movimientos sociales”, más allá de que compartan características y rasgos comunes. Plantean grandes interrogantes sobre el futuro de las luchas sociales. Los estados benefactores y el desarrollo industrial por sustitución de importaciones permitieron la creación de un amplio y bien organizado movimiento sindical y de partidos de izquierda con activa presencia en ese movimiento. Sus estructuras organizativas estuvieron inspiradas en la lógica unitaria y centralizadora de los estados que era, a su vez, referente, objeto y objetivo de su acción. La adopción de formas de lucha adecuadas a los fines de presionar para negociar en mejores condiciones (la huelga y la manifestación, en primer lugar) les resultaba útil para conseguir sus demandas; les permitía unificar a los trabajadores

---

1 Utilizo las palabras “márgenes” y “marginalidad” en un sentido meramente descriptivo. El vocablo “exclusión” se refiere a personas o sectores sociales que no están incluidos en los derechos sociales, en ocasiones políticos, creados en el marco de los estados nacionales durante el período de vigencia de los estados de bienestar.

2 Sobre los “territorios étnicos” en Ecuador puede consultarse a Galo Ramón Valarezo (1993) y sobre los cuarteles aymaras, a Félix Patzi (2003).

a través de la solidaridad de clase, y alentó el nacimiento de un patrón de acción de carácter instrumental que obtuvo buenos resultados.

En este nuevo período, ¿cuáles son las formas de organización y de acción que adoptan los nuevos actores? ¿Cómo se relacionarán con el Estado y con los partidos de izquierda? ¿Darán prioridad, como lo hizo el movimiento obrero, a luchar por instalar gobiernos afines a sus intereses? ¿Se institucionalizarán? En suma: ¿cómo es, o será, la política de los que están en los márgenes del sistema, de los “no-taylorizados”? Y algo aún más perturbador: ¿qué es la política en sociedades fragmentadas, con estados nacionales en decadencia y para sujetos que están en el subsuelo?

No pretendo responder a preguntas que sólo el tiempo y la profundización del protagonismo social podrán contestar. Sólo aspiro a demostrar la pertinencia de esas preguntas; es decir, que las nuevas formas de lucha y organización no necesariamente serán “calco y copia” de las que practicaron el movimiento sindical y la izquierda sesentista. Hasta ahora, concedimos la posibilidad de la diferencia a las comunidades zapatistas de Chiapas<sup>3</sup> y, en menor medida, a los demás movimientos de raíz india de nuestro continente. Pero no así a los nuevos actores, en particular a los urbanos, que son el resultado de la actual fase excluyente del capitalismo.

Debajo de todo esto, tal vez no haya nada demasiado nuevo. Sucede, sin embargo, que la crisis de los estados y de los poderes dominantes y el fortalecimiento de los movimientos sociales, en suma, “la combinación del resquebrajamiento del sistema y las insurgencias subalternas, traen a la luz fuerzas acumuladas en ese subsuelo” que hasta hace poco tiempo nos resultaban invisibles (Hylton y Thomson, 2003: 17).

## LA CREACIÓN DE ESPACIOS

Estamos transitando hacia nuevas relaciones entre sujetos y territorios. En el período de hegemonía del movimiento obrero, el concepto de territorio aparecía desdibujado ante la centralidad de las relaciones de producción. La clase parecía disolverse fuera de la fábrica, por más que el poder de la clase obrera fuera incomprensible sin tener en cuenta los bastiones en que ancló su potencia, en las periferias de las grandes ciudades convertidas en comunidades obreras o espacios de contrahegemonía, estrechamente vinculadas al taller y al municipio (Lojkine, 1988). En paralelo, el discurso de la igualdad –tejido con las hebras de la ciudadanía que el Estado benefactor canjeaba a cambio de reconocerle legitimidad– opacó una realidad en la que se mantenían (y disimulaban) las diferencias, que hoy emergen con toda su capacidad de desestructuración.

---

<sup>3</sup> El texto “Un mundo nuevo”, del subcomandante insurgente Marcos (2003), puede constituir una buena síntesis de las respuestas zapatistas a estas y otras preguntas.

En poco tiempo se registraron profundos cambios de las territorialidades en las que se instituyeron los estados nacionales, las industrias locales y las clases que las sostuvieron. La desterritorialización (huida del capital, desindustrialización, crisis de los sujetos y de la forma de ocupar sus territorios) provocó emigraciones masivas dentro de las fronteras nacionales y, muy en particular, dentro de las diferentes tramas urbanas, ya sea entre ciudades o bien dentro de las mismas ciudades afectadas por la re-territorialización.

En todo caso, y este es uno de los cambios más notables sucedidos en América Latina, la potencia que emerge en los nuevos bastiones insurgentes no aparece vinculada a la fábrica (inexistente, virtual o parte del mecanismo de exclusión) ni está mediatizada por el municipio, que ahora aparece en franca relación de dependencia respecto de los nuevos sujetos a los que no aspira a integrar ni puede ya representar; en el mejor de los casos, busca neutralizar por la vía del clientelismo.

Las nuevas relaciones entre territorios y sujetos parten de la desterritorialización anterior, que representa una herida en la trama urbana. La huida del capital respecto de la clase obrera es, simultáneamente, una huida de los espacios en los que el poder obrero territorializado lo aprisionaba. Pero cuando huye, “lo hace dejando atrás un rastro de devastación”, porque “el capital, por naturaleza, crea unos ambientes físicos a su imagen y semejanza únicamente para destruirlos más adelante, cuando busque expansiones geográficas y des-ubicaciones temporales, en un intento de solucionar las crisis de sobreacumulación que lo afectan cíclicamente” (Harvey, 2004). Esa devastación se resume, en América Latina, en desocupación y pobreza extrema, en la expulsión lisa y llana de millones de trabajadores de la ciudad consolidada hacia los arrabales inhóspitos, fétidos e inundables. En el Cono Sur tenemos tres ejemplos relativamente recientes: la expulsión *manu militari* de 200 mil pobres de la ciudad de Buenos Aires hacia la periferia, en 1977, por la dictadura militar; la expulsión de 24 mil mineros y sus familias, en 1985, en Bolivia, una parte de los cuales recaló en la ciudad de El Alto y otra, luego de un extenso periplo, en el Chapare para trabajar como cultivadores de hoja de coca; y la expulsión a lo largo de dos décadas del 17% de la población de Montevideo, desde sus antiguos barrios obreros y de clases medias hacia la periferia, donde 280 mil desocupados y subocupados viven ahora en asentamientos irregulares.

De la ciudad integrada a la ciudad segregada. Sin embargo, el hábitat es el espacio donde se forja una cultura y su territorialidad, “donde se constituyen los sujetos sociales que diseñan el espacio geográfico apropiándose, habitándolo con sus significaciones y prácticas, con sus sentidos y sensibilidades, con sus gustos y goces” (Leff, 1998: 241). Esta fractura espacial nos habla de una fractura cultural apoyada en

diferencias preexistentes, cuestión que tiene especial importancia en países que creíamos relativamente homogéneos como Argentina, Chile y Uruguay. Ahora descubrimos que esa supuesta homogeneidad social encubría, bajo el manto de una cultura obrera que abarcaba al conjunto de los sectores populares, un “algo más” que se nos revela también en fragmentos. Y es que los conceptos que aprendimos acerca de la “cultura obrera”, legados por la “historia social” europea y estadounidense, tal vez no podían dar cuenta de las particularidades y diferencias de las clases obreras de esta porción del Sur<sup>4</sup>.

Ahora bien, ¿qué sucede con los sujetos que se forjan en los territorios segregados? Reflexionando sobre la trayectoria de los *seringueiros*, Porto-Gonçalves apunta con perspicacia que “nuevos sujetos se insinúan instituyendo nuevas territorialidades” (2001: 208), una consideración adecuada a condición de que reconozcamos que estamos hablando no sólo de otros territorios sino también de otros sujetos. No de los mismos sujetos reconfigurados, modificados por los nuevos espacios y estrategias de sobrevivencia.

Los no ciudadanos, es decir aquella parte de la sociedad des-ciudadanizada, los que perdieron sus espacios y sus lugares en la sociedad neoliberal, están abriendo sus propios espacios en un proceso de luchas en el que se despliegan como sujetos. Se trata de espacios creados, diseñados y controlados por esos mismos sectores. Comprenderlo así supone invertir la mirada: dejar de lado la mirada negativa y estadocéntrica –definiéndolos por lo que no tienen (carenciados, excluidos, marginados)– para adoptar otra que tenga como punto de partida las diferencias que *ellos han creado* para, desde allí, visualizar otros caminos posibles. De esta forma, los pobres de la ciudad se incorporan a la experiencia que ya venían haciendo los pobres del campo –tanto los indios como los campesinos sin tierra– que en un prologando proceso de luchas han creado o ampliado sus espacios arrebatando millones de hectáreas al latifundio y los hacendados, o bien consolidando los espacios que ya tenían (como en el caso de las comunidades indias) al recuperar el control de sus propias comunidades.

---

4 Lo cierto es que la homogeneidad cultural nunca existió, como han señalado quienes trabajaron desde la perspectiva de la historia social, con E.P. Thompson a la cabeza. Pero ahora estamos ante un problema mayor. Los cambios que se verificaron en nuestras sociedades son de tal envergadura, que para comprenderlos no resulta suficiente el legado de la historia social (historia de la clase obrera, básicamente); todo indica que deberíamos inspirarnos –incluso en los países y regiones en los que no quedan casi vestigios de los pueblos originarios– en los llamados “estudios subalternos”, ya que la complejidad de una sociedad fragmentada por la “neocolonialización” requiere otros instrumentos analíticos más adecuados que los que venimos utilizando, por lo menos en el Río de la Plata.

Los asentados crearon formas organizativas nuevas estrechamente vinculadas al territorio: la unidad básica en lo cotidiano es la manzana, que elige un responsable o “manzanero”, que se reúne con otros en un cuerpo de delegados que elige una comisión directiva. Las asambleas de todos los vecinos del asentamiento se convocan para decidir los asuntos más importantes. Este tipo de organización implica “la existencia de todo un movimiento comunitario donde la vida del hogar parecía prolongarse hacia la comunidad” (Merklen, 2002). En efecto, una de las características al parecer destacadas de la organización territorial es su carácter comunitario, cuestión que no sólo indica que los nuevos movimientos urbanos están en sintonía con los indígenas y sin tierra, sino que supone lógicas de acción muy distintas a las de las asociaciones obreras de carácter instrumental.

Los desafíos al sistema son impensables sin la existencia de espacios fuera del control de los poderosos. Según James Scott, la primera condición para que los grupos subordinados puedan enarbolar su discurso oculto es “que se enuncie en un espacio social apartado donde no alcancen a llegar el control, ni la vigilancia, ni la represión de los dominadores” (2000: 149). Los espacios autocontrolados por los dominados son siempre espacios “lejos de”, lo que garantiza cierta autonomía; nacen y crecen en “los eslabones débiles de una cadena de socialización” (Scott, 2000: 152).

Hasta hace pocos años, el único sector social que contaba con espacios autocontrolados eran las comunidades indias. Sobre todo, luego de que la cultura consumista hiciera desaparecer o desfigurara el papel de los clásicos espacios obreros, como la taberna, y que las nuevas formas de organización del trabajo neutralizaran los espacios de comunicación entre los trabajadores. Sin embargo, los sacudones provocados por el neoliberalismo, en particular las migraciones internas aceleradas de las dos últimas décadas, aumentaron las brechas y las grietas por donde los más pobres han venido creando nuevas formas de sociabilidad y resistencia.

Si observamos de cerca los desafíos más importantes lanzados por los sectores populares, veremos que todos ellos partieron de los “nuevos” territorios, más autónomos y más autocontrolados que los que existieron en los períodos anteriores del capitalismo: El Alto, en Bolivia; los barrios y asentamientos de desocupados, en Argentina; los campamentos y asentamientos sin tierra en Brasil; los barrios populares en Caracas; y las regiones indígenas en Chiapas, Bolivia y Ecuador. Más adelante veremos que la crisis de las viejas territorialidades supone, en paralelo, una crisis no menos profunda de los sistemas de representación.

## AFIRMAR(SE EN) LAS DIFERENCIAS

Sabemos que sin diferencias no existen ni sujetos ni movimientos sociales. Pero la diferencia es, también, una de las claves del cambio social, según lo vienen mostrando los movimientos que están emergiendo en las dos últimas décadas. En este período del capitalismo, el sentido de las luchas de clases parece haberse invertido. En el período del Estado benefactor, las luchas tenían un efecto integrador porque, más allá de las demandas concretas que enarbolara cada sector social, el modelo de desarrollo era capaz de ofrecerle un lugar a los sectores populares. En ese período, la lucha era impensable sin elevar demandas al Estado. Los sindicatos, con sus estructuras estadocéntricas, sus reglas y formas de la democracia representativa, reforzaban esa tendencia. En la lucha, los de abajo aprendían a ejercitarse como ciudadanos. Por el contrario, en este período excluyente del capitalismo, la lucha social de los excluidos tiende a reforzar las diferencias.

Las distancias entre el viejo movimiento obrero y sindical y los actores actuales son nítidas en dos aspectos: las relaciones con el territorio y las relaciones de re-producción. Las primeras suponen el paso de la heteronomía a una autonomía relativa, evidenciada en el momento insurreccional. Las segundas, íntimamente vinculadas a las anteriores, suponen el tránsito que están haciendo los sujetos desde la dependencia del capital al control de la producción y reproducción de sus condiciones de vida. Ambas suponen un giro copernicano en el movimiento social urbano y constituyen, a mi modo de ver, la principal diferencia entre los movimientos latinoamericanos y los del primer mundo (Zibechi, 2003b).

Del arraigo y el control territoriales pueden deducirse un conjunto de características que atraviesan a los nuevos movimientos. Una de las más destacadas es que “el espacio es el lugar por excelencia para la diferencia” (Porto-Gonçalves, 2001: 45). Manejos diferentes de los espacios producen situaciones diferentes. Frente a la anterior ciudad controlada por el capital –incluyendo el diseño y la construcción de los barrios obreros por el Estado o por la iniciativa privada; espacios de vida, sociabilidad y ocio regidos por el tiempo fabril y la lógica de la acumulación–, se erige ahora una nueva ciudad fruto del deslizamiento-movimiento-fuga de una porción nada desdeñable de la población obrera hacia espacios fuera del control del capital; o por lo menos donde el capital tiene una presencia limitada y distante.

El asentamiento, aunque formalmente tiende a reproducir la trama urbana de la ciudad consolidada, se cimenta en rasgos propios, siendo quizá el más destacado la autoconstrucción del hábitat, desde la vivienda hasta los espacios públicos y las calles. Aparecen aquí un abanico de realidades, atravesadas por las diferencias: en cuanto a los espacios en el interior de la vivienda (donde sobresale un gran espacio central

de integración familiar), respecto a la clásica vivienda obrera (inspirada en la funcionalidad de pequeños ambientes compartimentados, calcados de la vivienda de las clases medias), hasta las peculiaridades urbanísticas y arquitectónicas que, en ciudades como El Alto, se traducen en el nacimiento de un estilo inspirado en el barroco mestizo al que algunos arquitectos denominan como “barroco posmoderno” (Limpías Ortiz, 2002). El propio diseño de los nuevos asentamientos, donde predomina la vivienda de una sola planta, responde a una lógica distinta a la de la gran ciudad: “Mientras unos se arrinconan y superponen incómodamente, los otros se expanden libre y generosamente. Esta diferencia por sí sola marca distintos caminos en el urbanismo y la arquitectura, además de las diferencias culturales” (Limpías Ortiz, 2002).

En suma, concentración versus dispersión. El manejo de un espacio “disperso” brinda a los nuevos sujetos otras posibilidades: una de las más importantes consiste en la deconstrucción del control panóptico que supone, necesariamente, cierto grado de concentración de la población<sup>5</sup>. Si la ciudad construida a imagen y semejanza del capital –lógica de la concentración– anulaba la autonomía de los sujetos, la ciudad dispersa se abre a la diferencia; pero la diferencia está asentada en los lazos, que son de carácter comunitario. Parece, en estos casos, más adecuado a la realidad de estas formas de asentamiento hablar de “lazos comunitarios” que de “comunidad”, para no eludir las diferencias con las comunidades tradicionales. En todo caso, la intersección entre diferencia y lazos comunitarios es posible en el territorio, convertido –muy en particular durante los momentos de la rebelión– en unidad política exclusiva y excluyente (Clastres, 2004: 43-45).

En este sentido, la actitud del Estado argentino y uruguayo en los momentos de crisis fue la de prevenir el carácter excluyente de la territorialidad de la diferencia, como pudo suceder exitosamente en El Alto. Los asentamientos y barrios pobres del cinturón de Buenos Aires fueron presa, en el contexto del 19 y 20 de diciembre, de un operativo policial destinado a enfrentar unos barrios con otros, difundiendo rumores, actuando por medio de líderes vecinales o directamente de la policía. Idéntica situación se verificó en Montevideo el 31 de julio y 1 de agosto de 2002, en el pico de la crisis financiera y social. Sin embargo, encuentro enormes similitudes entre las insurrecciones argentina (2001) y boliviana (2003), que derivan de las dos consideraciones con que inicio este apartado.

---

5 Durante la insurrección boliviana de octubre de 2003, los rebeldes derribaron pasarelas peatonales desde las que los militares vigilaban y disparaban sobre la población. Del mismo modo, el control sobre los asentamientos –espacios planos dispuestos sobre grandes superficies– supone para el aparato represivo ingresar al barrio, ya que no existen “alturas” desde las cuales poder vigilar.



Por ahora me interesa destacar que los sujetos actúan potenciando las diferencias, profundizándolas; afirmando las diferencias y a la vez apoyándose en ellas. Si la lógica del movimiento obrero era negar la diferencia –hacia “afuera”, convirtiendo al obrero en ciudadano, y hacia “adentro”, reproduciendo en la organización la lógica centralista y unitaria del Estado-capital–, los nuevos sujetos rehúyen ambas actitudes. El camino recorrido ha sido, también, diferente: la resistencia obrera en el seno del taller neutralizó el taylorismo y lo desbordó como dispositivo de control y de producción; la consiguiente huida del capital –es decir, la victoria de la insubordinación obrera– supuso la fuga (iniciada con la resistencia y el desborde) obrera de las relaciones de producción y subordinación establecidas con el capital. En paralelo, se produce un desborde de todas las instancias de control y disciplinamiento, desde la familia hasta la escuela. La destrucción de los espacios creados por el capital, condición de su huida (Harvey, 2004), dejó el terreno libre para nuevas formas de apropiación del espacio por parte de los insubordinados, lo que supuso el tránsito de la lucha por la tierra (como valor de cambio y medio de producción) a la lucha por afirmar una territorialidad (territorio como valor de uso, espacio donde se practica un modo de vida asentado en una cultura). Pero esa re-territorialización no se produce ahora sobre las mismas bases, sino que nace de forma inversa: procede del interior de sujetos en formación, portadores de una “otra” cultura-modo de vida que se va fraguando en el proceso de resistencia-insubordinación.

Los grupos que emergen como movimientos lo hacen construyendo nuevas identidades políticas y culturales. En ese sentido, el término “movimiento social” debe entenderse como rechazo del lugar asignado o impuesto y como cambio de lugar social, como deslizamiento en sentido estricto, lo que hace que en ese punto “la geografía y la sociología se confundan” (Porto-Gonçalves, 2001: 198). Pero si una clase es, como señala E.P. Thompson, un conjunto de relaciones históricas, esos “cambios de lugar” llevan implícitos cambios en las relaciones. Veamos: las diferentes relaciones con el territorio contribuyen a generar, en cada caso concreto, sujetos diferentes. Pero estos sujetos crecen diferenciándose y haciendo de esa diferencia peldaños de afirmación que redundan en más crecimiento diferenciado, no lineal sino –tendencialmente– circular. La lucha es entonces distinta a la lucha obrero-sindical, y lo es en su sentido más profundo: la lucha es para y por la defensa y potenciación de la diferencia.

La producción de vida en los territorios marca una segunda ruptura radical respecto del pasado industrial. Los sectores populares han puesto en pie, por primera vez en el espacio urbano, un conjunto de formas de producción autocontroladas, aunque articuladas y dependientes del mercado. Sin embargo, este aspecto no puede hacer perder de vista el hecho fundamental de que vastos sectores controlan ellos mismos sus

formas y tiempos de producción, no dominados ahora por el tiempo del capital y su división del trabajo.

En una primera etapa, los nuevos pobres concentraron sus estrategias de supervivencia en los servicios, reciclando materiales de desecho de la sociedad de consumo o aprovechando las grietas para instalarse en áreas como el comercio a través de microempresas o iniciativas familiares. Con el tiempo, llegaron también a la producción manufacturera. La ciudad de El Alto debe ser una de las más cuidadosamente analizadas por el Estado y las organizaciones no gubernamentales. El 70% de la población ocupada trabaja en el sector familiar (50%) o semiempresarial (20%)<sup>6</sup>. Ese tipo de emprendimientos son mayoritarios en el comercio y restaurantes (95% de los ocupados), seguidos por la construcción (80%) y la manufactura (75%). En esos sectores predominan los jóvenes: más de la mitad de los empleados en la manufactura tienen entre 20 y 35 años, y la presencia femenina es abrumadora en el comercio y los restaurantes de las categorías familiar y semiempresarial (Rojas y Guaygua, 2003).

En El Alto, el protagonista principal de los mercados laborales es “la familia, tanto como unidad económica generadora de empleo o como contribuyente de mayor número de trabajadores en calidad de asalariados” (Rojas y Guaygua, 2003: 75). En esos espacios surge una “nueva cultura laboral y social”, signada por el nomadismo, la inestabilidad y relaciones de trabajo diferentes.

Una investigación cualitativa en las unidades familiares, en las que trabaja la mitad de la población activa de El Alto, concluye que no existe separación entre la propiedad y la gestión de la unidad económica y del proceso productivo, y que en el sector semiempresarial esa separación se registra sólo en el aspecto de la propiedad. La división del trabajo en el taller, aun en los casos en que la mercancía atraviesa diversos procesos, es mínima; salvo excepciones, todos los que trabajan pueden rotar sin que el proceso productivo se resienta. En las unidades familiares predomina el trabajo familiar no remunerado; en buena parte de los casos estudiados, unos se enseñan a otros cómo hacer el trabajo, y la administración del tiempo empleado en la realización del producto es de exclusiva responsabilidad de quien trabaja, siempre que cumpla a tiempo con los pedidos (Poveda, 2003: 22-23). En muchos casos, el estudio señala que algunas microempresas articulan un amplio conjunto de unidades familiares, pero cuando el “propietario” les paga el trabajo, suele entregar a las familias “ayudas” o “préstamos en tiempos de necesidad” (Poveda, 2003: 17).

---

<sup>6</sup> Las unidades semiempresariales tienen menos de cuatro trabajadores: uno o dos que son familiares, el propietario que en general también trabaja, y otros dos que son empleados.

En estos talleres, Álvaro García Linera observa “una mayor autonomía de gestión laboral”, ya que se trata de “una actividad productiva que no queda bajo la directa vigilancia de la patronal” (1999: 118). Agrega que estas formas de producción son no-capitalistas (aunque el mercado y el capital las “refuncionalizan”), e insiste en que no son transitorias sino “la forma histórica y a mediano plazo de la reproducción ampliada del capital en Bolivia” (1999: 201). Deseo destacar que la mayoría abrumadora de los trabajadores de El Alto, y del conjunto del país, no están sujetos a la división taylorista del trabajo; dominan los tiempos de producción y practican una organización del trabajo casi indivisa, con capacidad de rotación entre los distintos puestos. Este trabajador joven, con elevada proporción de mujeres, muy pobre pero instruido (sólo hay un 8% de analfabetismo en El Alto, y el 52% ha hecho como mínimo algún año del secundario), con gran autonomía en sus trabajos, con una fuerte presencia de lo familiar, es el que protagonizó la insurrección de septiembre-octubre de 2003.

Mi pregunta es si existe alguna relación entre este tipo de desempeño laboral-familiar autónomo y el hecho de que esos mismos sectores hayan sido capaces de protagonizar una insurrección sin dirección ni dirigentes. La pertinencia de la pregunta radica en que durante el período en que los obreros cedieron la organización del trabajo a la patronal y la gestión de la sociedad al Estado, para luchar necesitaban apoyarse en estructuras jerarquizadas y centralizadas, y dependían de sus dirigentes –sindicales y políticos– que los representaban y tomaban las decisiones.

La autonomía de este tipo de poblador respecto del capital corre pareja con su autonomía respecto del Estado. En efecto, los problemas más importantes de su vida cotidiana, desde la construcción y mantenimiento del hábitat (vivienda, agua, alcantarillado y calles) hasta aspectos esenciales de la educación y la salud, han sido tomados en mano propia a través de una impresionante red de organizaciones de base. Sólo en El Alto existen, según las diferentes fuentes, entre 400 y 550 juntas vecinales, a razón de una cada mil habitantes mayores de diez años.

El camino de los excluidos bolivianos no es muy diferente del de otros países del continente (Zibechi, 2003a). Incluso en un país como Argentina, que tuvo una importante industrialización para los parámetros de la región, la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) sostiene que los cambios en el trabajo han llevado a que los incrementos salariales sólo alcancen al 19% de la población activa, lo que representa apenas al 8% de la población del país. Por esa razón, la CTA asegura que la acción sindical no puede estar centrada en el salario. El 60% de la población activa son desocupados, trabajadores por cuenta propia y asalariados informales no registrados (Nochteff y Güell, 2003).

Véase cómo en el aspecto productivo opera la misma lógica de la dispersión que hemos detectado en la construcción territorial del hábitat. Dispersión, que no descentralización –lógica estatista esta última que opera desde arriba y es exterior a los sujetos. La de la dispersión es una lógica interior en la que los sectores involucrados despliegan su modo de vida estableciendo una relación diferente con el territorio. Esa lógica interior estaría indicando que, para sobrevivir, los sujetos optan por desplegarse en el territorio en función de una lógica que surge de lo familiar-comunitario.

Quedan pendientes un conjunto de preguntas sobre la forma en que se desempeñan los emprendimientos sociales, culturales y económicos entre los sujetos que viven en los “márgenes” del sistema. Considero que la más importante está relacionada con el papel de lo familiar, estructurado en torno a una nueva familia extendida. Parece evidente que la lógica familiar, o doméstica, se expande hacia la sociedad y empapa las relaciones que establecen los sujetos para producir y reproducir sus vidas; pero también tiende a moldear las formas que los colectivos adoptan para defenderse de las agresiones y para combatir a sus adversarios. ¿Estamos ante una suerte de nuevo modo de producción doméstico? ¿O ante nuevas territorialidades en formación que se apoyan en un “espacio doméstico y de producción” (Porto-Gonçalves, 2001: 203) que induce otras formas de desplegarse los sujetos en el espacio?

Si, como pienso, la realidad va por el segundo carril, estamos ante la creación de nuevas situaciones signadas por la profundización de las diferencias. El desocupado de los sectores populares que vive en asentamientos afirma su diferencia convirtiéndose en piquetero y más tarde en productor autónomo. El camino es muy similar entre otros grupos de la región, que combinan la fuga de las relaciones capitalistas con la simultánea creación de relaciones *en* la dispersión, como forma de afirmar la diferencia.

## **LA POLÍTICA DESDE LOS MÁRGENES**

Hemos visto que durante el período del desarrollo industrial, de la soberanía nacional y de los estados benefactores, el centro del escenario lo ocuparon los sindicatos. El movimiento social en ese período estuvo caracterizado por la demanda de derechos de los trabajadores en tanto ciudadanos, y la focalización de esa demanda hacia el Estado por un movimiento dispuesto como un aparato unitario y centralizado. Las formas de lucha privilegiadas eran la huelga, la manifestación y, en situaciones excepcionales, el levantamiento de perfiles insurreccionales frente a un Estado que asumía contornos dictatoriales. El sindicato fue la expresión de la unidad de los trabajadores frente al capital, en tanto la identidad de clase fue capaz de superponerse a otras identidades,

del mismo modo que la identidad nacional subsumió identidades que existían dentro de los límites del Estado nación. En suma, sociedades de ciudadanos culturalmente homogéneos (en el discurso oficial, por lo menos) atravesados por una irreconciliable división en clases que se escenificaba y dirimía en el campo de la política.

En aquella sociedad, a la que se suponía integrada y de pleno empleo, los ciudadanos transitaban a lo largo de sus vidas por espacios de control y disciplinamiento: de la familia patriarcal a la escuela, del servicio militar a la fábrica taylorista-fordista. Ciertamente, no todos los habitantes eran ciudadanos, pero sí lo eran formalmente la inmensa mayoría, en tanto los bolsones de “marginación” tenían la expectativa fundada de poder recorrer por lo menos los tramos iniciales del trayecto de ciudadanización. Las dos últimas décadas, como sabemos, invirtieron esta tendencia, generando la exclusión de alrededor de la mitad de la población, por lo menos en el Cono Sur del continente. No sólo eso, sino que las expectativas de integración e igualdad dejaron de ser ofertas tentadoras, toda vez que los peajes socioculturales que deben pagar para alcanzar el estatus de ciudadanos han demostrado ser demasiado gravosos para los diferentes: suponen renegar de su cultura diferenciada, que es justamente el factor que les está permitiendo sobrevivir en la adversidad.

La irrupción de los que están en el subsuelo, ¿transitará a través de los mismos carriles por los que transcurrieron las rebeliones y las luchas obreras? ¿Cómo podemos deducir o descifrar las formas de hacer política de los excluidos? El momento privilegiado, el que ilumina aún fugazmente las zonas de penumbra (es decir, los márgenes mirados desde el Estado), es la insurrección, el momento de ruptura en el que los sujetos despliegan sus estrategias. Reflexionando sobre la insurrección boliviana, Silvia Rivera Cusicanqui señala la contradicción entre el espacio-tiempo del capital (público y visible, patriarcal y colonial) y el espacio-tiempo de los sujetos en rebeldía (invisible, inmanente).

Si durante el levantamiento eran mayormente mujeres y jóvenes de la ciudad más indígena de Bolivia quienes daban sustento a la ética del levantamiento y le otorgaban un sentido de dignidad y soberanía colectivas, a la hora de discutir soluciones vuelven a escucharse tan sólo voces masculinas, occidentales e ilustradas [...] Entre tanto, esa sociedad y esa democracia de las y los de abajo, la que convocó minuciosamente a organizar la rabia y a romper el silencio, se sumerge de nuevo en el *manqhapacha* (espacio-tiempo interior), retorna a los lenguajes del símbolo y a los idiomas ancestrales (Rivera Cusicanqui, 2004).

En la cotidianeidad de sociedades escindidas, dominan la escena los tiempos públicos; sólo son audibles las voces de las elites económicas, políticas y sindicales. Por ese motivo la insurrección argentina fue tan “sorpresiva” como “espontánea” para esas mismas elites, que no pueden escuchar los sonidos subterráneos, pese a que durante más de una década retumbaron las voces del subsuelo anticipando lo que se avecinaba.

Entiendo que no se trata de definir cómo debe ser la acción política de los excluidos (tarea para dirigentes partidarios o académicos), sino de deducirla de lo que efectivamente están haciendo los grupos sociales que componen por lo menos la mitad de las poblaciones del Cono Sur, y alientan los más activos movimientos. Ciertamente, una parte de los que se movilizan reproducen en sus organizaciones y formas de acción aspectos esenciales del sistema capitalista. Sin embargo, si enfocamos nuestra atención a los momentos más críticos –las rebeliones argentina y boliviana o las iniciativas de una parte de los excluidos uruguayos durante la crisis de julio-agosto de 2002, es decir, el “movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos”, según la conocida expresión de Marx–, podremos observar que, efectivamente, en los márgenes se hace política.

Encuentro cuatro características de la acción política desde los márgenes, que se han expresado con diferente intensidad. No creo que existan jerarquías entre los rasgos que señalaré, pero sí encuentro que todos aparecen interconectados de forma no-lineal, sin llegar a constituir relaciones de causa-efecto. Y, ciertamente, todo este movimiento de los excluidos sucede en los espacios y territorios donde re-producen sus vidas.

La primera característica es la *politización de sus diferencias* sociales y culturales, es decir, de sus modos de vida. Esta es la forma de poder conducir un proceso que hasta cierto momento no era consciente. Es lo que sucedió en Bolivia a partir del proceso que desencadenó el Manifiesto de Tiahuanaco (1973), donde “la diferenciación étnica claramente toma un camino político”, politización a la que se define como “etnicidad” (Regalsky, 2003: 115); vale decir, un proceso fluido de resistencia en el que se verifica la territorialización y, a la vez, la estructuración del espacio político por parte de las comunidades rurales y de los aymaras y quechuas emigrados a las ciudades.

En Argentina, los piqueteros politizan sus diferencias sociales cuando, antes que volver a trabajar para un patrón por un salario miserable, optan por convertirse en colectivos de productores autónomos sin división del trabajo (Zibechi, 2003a); cuando deciden cuidar la salud procurando romper la dependencia de los medicamentos y de la medicina alopática; o cuando encaran la educación con criterios propios no estatales (*Página/12*, 2004). Incluso en Uruguay, donde los excluidos re-

corren un camino tortuoso para despegarse del potente estatismo –del que la izquierda es el máximo exponente–, han sido capaces de crear cientos de huertas comunitarias, con cultivos orgánicos y coordinadas sin coordinadora (Contreras, 2003).

Politizar la diferencia es tanto como dejar de ser diferentes de forma inconsciente y mecánica. La autoconciencia colectiva es lo que permite orientar procesos y adquirir una visión del papel de ese colectivo en el mundo. Es lo que hizo Marx respecto de la clase obrera. En este camino de autoconciencia (comprender y nombrar lo que se es y se está haciendo), la educación popular está jugando un papel relevante, ya que sin autoformación no parece posible superar la dependencia. Pero hay algo más. Supone comprender también que “nada es irracional desde el punto de vista del actor” (Wallerstein, 1999: 29). Lo que nos lleva directamente a poner en cuestión que exista alguna racionalidad universal que pueda estar por encima de los sujetos concretos y marcarles algún camino, aun el del socialismo. De ahí, enfatiza Wallerstein, la necesidad de comprender que “todo el mundo es formalmente racional”, lo que supone ser capaces de combinar la subjetividad irreductible de las conductas humanas con elecciones lúcidas e inteligentes. Esta afirmación tiene enorme trascendencia si, como creemos, los excluidos están construyendo un mundo nuevo (para ellos), ni mejor ni peor sino, sobre todo, diferente. Pensar que los excluidos “no pueden” es pensar que sigue existiendo *una* racionalidad formal: la de los partidos y la academia, o sea, la del Estado.

La segunda característica de la acción política de los excluidos se relaciona con la *crisis de representación* o la presencia activa de los representados. No pretendo abordar un debate que ya tiene una extensa bibliografía, sino señalar qué es lo que está sucediendo al respecto en algunos movimientos. Por un lado, se puede verificar que “la deconstrucción de las territorialidades heredadas se procesa a través de una profunda crisis de los sistemas de representación” (Porto-Gonçalves, 2001: 51). En efecto, la huida del capital provoca una crisis territorial que se convierte en crisis de la representación, ya que esta aparece vinculada al territorio.

Veamos. El obrero no controla el espacio en el que produce, sino que es controlado a través de la organización del trabajo, de forma microscópica. La desindustrialización –huida del capital– supone la destrucción de los espacios en los que el obrero era controlado. Algo similar puede decirse de las crisis urbanas que acompañan la emigración del capital (Harvey, 2004). La trama urbana, como panóptico, es desestructurada por esa huida. En su lugar, hemos visto, los sectores populares crean nuevas formas de organizarse para producir y de apropiarse del espacio. Por un lado, la huida del capital está relacionada con

la emergencia de actores de los cuales huye: la insubordinación obrera. Por otro, los nuevos actores “se insinúan instituyendo nuevas territorialidades” (Porto-Gonçalves, 2001: 208), tanto en el espacio urbano como en el productivo. ¿Quiere decir que son portadores de nuevas formas de representación? Es posible. Pero la representación es una “estructura de dominación” (Weber, 1993: 235) que, tal como hoy la conocemos, fue creada por el capitalismo y está integrada a la forma-Estado, que atraviesa una crisis profunda.

Por el contrario, algunos movimientos tienden a recuperar en la práctica la figura del delegado como alternativa a la del representante, que cada vez más sectores sociales rechazan (Williams, 2000: 282). Y es que el nuevo hábitat comporta otras formas de relacionarse y nuevas prácticas culturales. En los espacios que van creando-ocupando los sujetos en formación, se producen los encuentros y las relaciones que hacen surgir (o no) potencialidades. En suma, los nuevos territorios son espacios en los que se componen relaciones que con su potencia destituyen las viejas representaciones. Pero no quedan ahí las cosas. Aunque desaparecen las viejas mediaciones, aparecen otras. Así, los movimientos, como señala Porto-Gonçalves sobre los *seringueiros*, van formándose en tensiones y contradicciones –“con/contra”– que los enfrentan a los poderosos y los poderes, pero también “con/contra la Iglesia, los sindicatos, los partidos políticos y sus intelectuales” (Porto-Gonçalves, 2001: 215). Esa dinámica “con/contra” supone reconocer que en el “abajo” existe también un “arriba”, y que en esa dinámica “sus” nuevos mediadores –representantes o incluso delegados, es decir, los que hablan en el lugar de ellos– deberán seguir siendo presionados, quizá de maneras diferentes a las que utilizan para presionar al Estado. “En el caso de aquellos que en la naturaleza de sus actividades no se encuentra el hablar, el escribir, su fuerza está fuertemente asociada a su presencia física en el espacio” (Porto-Gonçalves, 2001: 214). Para que se los reconozca, necesitan ocupar el espacio, perturbar el orden para ganar visibilidad, “hacerse presentes” para destituir a quien los re-presente.

Como hemos visto, la crisis de representación está estrechamente vinculada al “nuevo protagonismo social” (Colectivo Situaciones, 2002: 145-162). En efecto, existe una contraposición entre representación y expresión, ya que “por debajo de las relaciones de representación –clásicas de la subjetividad política– trabaja una dimensión expresiva” (Colectivo Situaciones, 2002: 145). Mientras la lógica de la representación es la de la separación y la trascendencia, la de la expresión es la de la experiencia y la inmanencia. Así, las categorías de la representación son: consenso, articulación, opinión, redes explícitas, comunicación y acuerdo; y las de la expresión: encuentros, composiciones, desarticulación, resonancias y redes difusas (Colectivo Situaciones, 2002: 146). Por otro lado, la repre-



sentación “trabaja en términos de composición, de la constitución de un tiempo, de formas y de *un espacio autónomo para desplegar la existencia*. Por esta vía, la expresión nos permite explicar la producción del mundo como una ‘ética sin sujeto’, es decir, como el proceso productivo –no consciente, deslocalizado– de valores de una nueva sociabilidad, por parte *de una multitud de experiencias* que participan de la producción de sentidos vitales *sin ningún tipo de coordinación consciente y voluntaria*” (Colectivo Situaciones, 2002: 147; énfasis propio).

Esta es, digamos, una lectura no estatal sino al interior de la revuelta de los movimientos que desembocaron en la insurrección del 19 y 20 de diciembre de 2001. Es la acción social la que socava –mediante una forma de protagonismo diferente– la representación. En el mismo sentido, Silvia Rivera Cusicanqui sitúa la insurrección boliviana en el ciclo anual que comienza en octubre, el *awti pacha* (“tiempo de hambre, tiempo de aguantar”):

Momento del ciclo anual cuando la gente se ajusta los cinturones y se *repliega* a una fase de no consumo, recurriendo a las reservas de chuño, granos, carne seca, que permiten aguantar una austera sobrevivencia hasta que llegue de nuevo la abundancia (Rivera Cusicanqui, 2004; énfasis propio).

En suma, tiempos circulares e interiores que son los que definen los tiempos del despliegue insurreccional<sup>7</sup>. Tiempo interior que cuestiona de raíz el tiempo único –y virtual– de la representación.

El tercer aspecto de esta crisis se relaciona con la oposición que Weber plantea entre representación y solidaridad: como relaciones sociales que son, la primera se registra cuando la acción (consulta o no) de un miembro se imputa a todos los demás; por el contrario, la solidaridad se vincula a que la acción (indistinta) de cualquier miembro resulta imputable a todos los demás (Weber, 1993: 37). Interesa resaltar cómo Weber atribuye la representación a una situación de no solidaridad, o sea, a la inexistencia de lazo social solidario. En consecuencia, la “situación de representación” se registra en las asociaciones o uniones destinadas a conseguir un fin. En tanto, la “situación de solidaridad” aparece vinculada a las comunidades, en el sentido amplio del concepto.

Parece evidente que la acción social, cuando asume la forma de lazo comunitario o solidario, destituye –sin una acción “consciente y voluntaria”– la relación de representación. Es, apenas, el resultado de la presencia-expresión de los representados que, en ese proceso, dejan

<sup>7</sup> En Argentina, la insurrección estuvo vinculada a la proximidad de las fiestas navideñas, momento de expansión del gasto familiar, que los sectores populares debían afrontar sin recursos por la crisis financiera.

de serlo. Porque para que funcione la representación, y la lógica del Estado como “signo consumado de la división en la sociedad”, debe existir y ser la expresión de “un cuerpo social fragmentado, un ser social heterogéneo” (Clastres, 2004: 75). La representación opera sobre la ausencia de lazo social.

Por último, la presencia expresiva del lazo social produce la ruptura del panóptico-estatal y, con ello, desarticula cualquier síntesis-representación. En su lugar, en el espacio-tiempo de la representación, se despliega la multiplicidad. Dicho de otro modo, la emergencia de lo múltiple –multiplicidad de espacio-tiempos expresivos, no representables– desarticula la representación como síntesis estadocéntrica: revuelta contra la separación, autonomía, in-sumisión, “rechazo a la sumisión” (Clastres, 2004: 76).

La tercera característica de la acción política en el sótano consiste en su *no-estatalidad*, es decir, en que no sólo rechaza la forma-Estado sino que *adquiere una forma-no-estatal*. Al haber destruido el Estado de Bienestar, las elites no sólo debilitaron su capacidad para mantener la hegemonía, sino que también debilitaron la forma-Estado presente en el seno del movimiento social, entre los oprimidos y explotados, que facilitó la cooptación o la neutralización de las clases peligrosas. Si efectivamente la revuelta ilumina las relaciones al interior de los dominados, en América Latina se ha producido toda una saga de revueltas sin dirección, “sin memoria organizadora o autómatas central” (Deleuze y Guattari, 1994: 26). Las relaciones al interior del espacio de la sublevación tienden a basarse en otras formas; la argamasa que une e impulsa a los sublevados no está siendo la forma-Estado, vertical y piramidal, sino un conjunto de vínculos más horizontales, pero también más inestables, que los aparatos burocráticos.

La expresión más conocida de esta característica destituyente de la representación es el “que se vayan todos” que surgió a partir de las jornadas del 19 y 20 de diciembre en Argentina. Tanto en asambleas barriales como entre algunos grupos piqueteros y fábricas recuperadas, esta consigna general tiene expresiones concretas por ejemplo: “entre todos, todo”, que guarda enorme similitud con el zapatista “entre todos lo sabemos todo”. Ambas formas de hacer (porque esos lemas expresan el hacer cotidiano de los grupos que los formulan) apuntan a la no división del trabajo y del pensar-hacer, pero también a la inexistencia de dirigentes separados de los grupos y comunidades.

En paralelo, esta forma no estatal tiene mucho que ver con la insumisión generacional y de género. En El Alto, en octubre de 2003, la insurrección tuvo este perfil.

El papel de las mujeres fue absolutamente crucial. Al organizar minuciosamente la rabia cotidiana, al convertir en asunto

público el tema privado del consumo, al hacer de sus artes chismográficas un juego de rumores “desestabilizadores” de la estrategia represiva, al reorganizar circuitos del trueque y ollas populares para los marchistas, lograron derrotar moralmente al ejército, dando no sólo el sustento físico, sino el tejido ético y cultural que permitió a tod@s mantenernos furibundamente activ@s, roto el muro doméstico y transformadas las calles en el espacio de la socialización colectiva (Rivera Cusicanqui, 2004).

Esta forma de acción ha sido definida, en particular entre los indígenas, como “conducir desde atrás”, un estilo que requiere la existencia de comunidades o grupos compactos, en los cuales se arraiga una forma diferente de hacer política que se expresa, entre otras formas, “en la designación de representantes ante ‘ellos’, en la manera de controlar a estos representantes y relacionarse con ellos, y en el modo de moverse en bloque que, desde atrás, va guiando y determinando los pasos de aquellos a quienes ese conjunto colocó adelante” (Gilly, 2003: 26).

Una vez más, surgen similitudes notables en espacios distantes: el “conducir desde atrás” parece hermano gemelo del zapatista “caminar al paso del más lento”. Pero sería un error atribuir estas formas de acción en exclusiva al “movimiento indígena” o a las particularidades de las cosmovisiones de los pueblos originarios. Formas semejantes están siendo practicadas en espacios sociales muy diferentes. El denominador común que habilita este tipo de experiencias colectivas parece estar relacionado con la re-construcción de vínculos de carácter comunitario (no necesariamente comunidades en sentido restringido), por parte de actores desplazados (jóvenes, mujeres, viejos y nuevos pobres).

La tendencia de algunos movimientos a no dotarse de formas institucionalizadas –es decir, el debilitamiento de la forma-Estado en el interior del mundo de los oprimidos– se manifiesta de forma muy desigual en países, regiones y, sobre todo, en las diferentes situaciones que viven. Así, en países donde el Estado-nación mantiene una presencia importante (como en el caso de Brasil) los movimientos tienden a formar estructuras más estables y jerarquizadas. Por el contrario, en situaciones de aguda descomposición estatal (Argentina 2001-2002 o Bolivia entre febrero y octubre de 2003) la tendencia fue a que la no-estatalidad de los espacios domésticos se extendiera como forma de acción a espacios públicos muy amplios. La ruptura del “muro doméstico” trajo, para sorpresa hasta de los propios protagonistas, la nueva de que la ocupación del espacio público se produjera portando los hábitos y formas propios del espacio doméstico (sartenes y cacerolas en Buenos Aires; hacer de las “artes chismográficas un juego de rumores deses-

tabilizadores” en El Alto). Así, en Buenos Aires los vecinos acudían a las asambleas –en las plazas del barrio– con sus animales domésticos y llevaban las sillas desde sus casas, mientras en El Alto velaban a sus muertos en las calles polvorientas autoconstruidas por la comunidad.

Estos breves ejemplos –hay miles en cada pico de la movilización no vertical<sup>8</sup>– ilustran la potencia que está adquiriendo el espacio doméstico, en el preciso momento en que la estatalidad atraviesa fases de debilitamiento con crisis puntuales. Encuentro grandes diferencias entre las formas que adquiriría la movilización sindical en el período de centralidad del movimiento obrero y las formas actuales de la protesta de los llamados excluidos. Me parece aún muy prematuro establecer conclusiones al respecto, pero las diferencias son notables: la actividad del movimiento obrero estaba revestida con las formas respetables de la democracia representativa, en el escenario público, y estaba condicionada por la aceptación de las reglas del capital en el taller, del patriarcado en la familia y de las jerarquías en todos los espacios de socialización. De modo que la aceptación de los hábitos jerárquicos por abajo iba de la mano de la sumisión al Estado, y las formas de acción (la huelga y la manifestación de calle) se dirigían a apuntalar “una estrategia de presiones oficinescas a las que se subordinaba el resto de las medidas de presión” (García Linera, 1999: 49).

Por el contrario, en el período actual, signado por el debilitamiento de los estados nacionales, veo a los movimientos más removedores actuando de modo “autocentrado”: desde la elección de representantes “ante ellos” hasta la adopción de formas de lucha autoafirmativas (Zibechi, 2003a: 31). Comparando la reciente “guerra del gas” con la movilización campesina de veinte años atrás, se dijo: “Ahora los indios *no piden nada*, exigen soberanía sobre un recurso estratégico y todo bajo el concepto de territorio” (Mamani Condori, 2004:10; énfasis propio). Aparece una nueva semejanza entre Bolivia y Argentina: exigir “que se vayan todos” es tanto como no pedir nada, “sólo” exigir soberanía. Y es que, al no reconocerle legitimidad al Estado, la acción de demandar pierde todo su valor.

Como puede verse, la no-estatalidad de la acción política abre la caja de Pandora. Luchas sin Estado, y no contra el Estado; pensar sin Estado, y no contra el Estado; ello supone colocarnos en otras coordenadas, inéditas e impensables poco tiempo atrás. Por lo pronto, podemos

---

8 Ranajit Guha, en el caso de la India colonial, compara la política de la elite con “la política del pueblo”. Señala que “la movilización en el ámbito de la política de la elite se alcanzaba verticalmente, mientras que la de los subalternos se conseguía horizontalmente”. Y añade que la primera era “más cauta y controlada”, mientras la segunda era “más espontánea” y se basaba en la organización tradicional de parentesco y territorial (Guha, 2002: 37).

considerar a la boliviana como “una revuelta del sentido común y el trastocamiento de la arquitectura invisible de la sociabilidad cotidiana” (Rivera Cusicanqui, 2004). Una revuelta autocentrada, que no depende de los tiempos del afuera, ni de las agendas oficiales, ni de la racionalidad política estatal. Estamos ante revueltas que surgen de necesidades y tiempos interiores, que antes de “salir” al espacio público han recorrido un camino subterráneo. En efecto, los actos temerarios y altaneros que impresionan a las autoridades “fueron tal vez improvisados en la escena pública, pero habían sido ensayados por largo tiempo en el discurso oculto de la práctica y cultura populares” (Scott, 2000: 264).

La cuarta característica que encuentro es que las formas de lucha más destacadas están relacionadas con *la defensa y afirmación de las diferencias*. Las nuevas formas de acción son “naturales” para sujetos que han hecho de sus territorios espacios en los que re-producen sus vidas: cortes de rutas, piquetes, levantamientos comunitarios, entre los más destacados.

El corte de ruta (“bloqueos” para los bolivianos, “piquetes” para los argentinos), quizá la forma de acción más extendida de los movimientos que abordamos, nació en Bolivia en la protesta conocida como “masacre del valle” de Cochabamba, en 1974. La movilización abrió una nueva etapa del movimiento campesino, en la que se conjugó la emergencia de “una nueva generación de dirigentes, con mayor acceso a la educación superior y más amplios contactos”, y la difusión de la corriente katarista, que fueron “el eje de la reorganización autónoma del sindicalismo campesino” (Rivera Cusicanqui, 1983: 144). La movilización del campesinado cochabambino (duramente reprimida por la dictadura de Hugo Bánzer) fue el punto de partida de la ruptura del pacto militar-campesino que se concretaría cinco años más tarde. En esa movilización, el bloqueo de carreteras fue incorporado al repertorio de formas de acción, siendo en adelante el recurso más importante de las movilizaciones rurales, primero, y luego de las urbanas a partir de la “guerra del agua” de Cochabamba en abril de 2000.

En Argentina, la modalidad del corte de ruta o “piquete” nació también de sujetos en transformación fuertemente territorializados: en Cutral Có, pequeña ciudad de la provincia sureña de Neuquén, y en la norteña General Mosconi, en 1996. En ambos casos, los ex obreros petroleros (actividad que daba trabajo y vida a las ciudades) pasaron de la ocupación “de por vida” a la absoluta incertidumbre, del salario seguro a la pobreza, y se autotransformaron de obreros en piqueteros en el breve lapso que va de 1992 (privatización de la empresa petrolera estatal YPF) a 1996-1997, cuando se lanza la actividad piquetera. En los dos casos, la aparición de esta nueva modalidad de acción se produce en un proceso de profunda reconfiguración de sujetos sociales.

El corte es una tecnología de lucha de usos múltiples. Oscila entre la interrupción de la circulación de mercancías, la protección de regiones o ciudades y, en su versión “ofensiva”, llega hasta el cerco progresivo como amenaza de aislamiento de la ciudad o de complejos estatales. Postulo que la amplitud que ha alcanzado el corte de ruta se relaciona con la territorialización de la protesta y del movimiento social. El corte es la mejor forma de defender los espacios controlados por los nuevos sujetos, pero en paralelo parece necesario considerar que en la inmensa mayoría de los casos tiene un carácter defensivo, no ofensivo en el sentido de instrumento para la apropiación del poder estatal. Por otro lado, el corte de ruta como repertorio se está transformando, como viene sucediendo en los casos de Argentina y Bolivia –cuestión que rebasa los objetivos de este trabajo.

Los pasos que viene dando el zapatismo parecen confirmar este postulado. La actividad “militar” del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) tiene como objetivo primordial la defensa de los *caracoles*, los espacios de autonomía municipal y regional que han construido los rebeldes. En Argentina y en Bolivia, en amplias regiones de Ecuador y de forma menos visible en otros países del continente, el resultado de una década larga de levantamientos, revueltas y motines es la ampliación de los espacios de autonomía de hecho, no instituidos como en el caso chiapaneco, pero no menos eficientes en cuanto a su funcionamiento cotidiano. La región boliviana que circunda al lago Titicaca –donde se establecieron los cuarteles generales aymaras– y la propia ciudad de El Alto, los “territorios étnicos” en la sierra ecuatoriana, en espacios a más de 3 mil metros de altitud (Ramón Valarezo, 1993), pero también zonas del conurbano de Buenos Aires (y de forma incipiente la periferia de Montevideo<sup>9</sup>) presentan la forma de territorios donde se practica una autonomía implícita, en espacios donde el Estado nacional tiene poca o nula incidencia (habiendo sido explícitamente expulsado como en el caso boliviano) o está siendo sustituido por las redes de sobrevivencia de la población. La existencia de estos espacios es lo que ha permitido a los sectores populares sobrevivir a los efectos aniquiladores del neoliberalismo, cuando todo indica –si nos atenemos a los índices económicos y al deterioro de sus ingresos– que “deberíamos estar viendo a gente morir de hambre por las calles”<sup>10</sup>.

---

9 Sobre los pasos que vienen dando los “marginados” en Montevideo, ver Liscano (2002) y Contreras (2003).

10 La frase pertenece al economista venezolano Asdrúbal Baptista, citada por Alejandro Moreno (2000: 173) para explicar las razones que permiten a los sectores populares seguir reproduciendo sus vidas contra todo pronóstico. Para Moreno, la explicación es que “el pueblo tiene sus propias formas de sobrevivencia basadas en su estructura relacional

El corte de ruta, que se asienta en relaciones solidarias y comunitarias, es el principal método elegido por los rebeldes para proteger y defender los espacios que les permiten sobrevivir manteniendo sus diferencias, así como utilizarlos como plataformas desde las cuales seguir lanzando formidables desafíos a los poderosos.

### LA AGENDA OCULTA O SUBTERRÁNEA DE LOS MOVIMIENTOS

Consideremos las crisis que provocan los levantamientos populares como momentos privilegiados para re-conocer el mundo del subsuelo y, en paralelo, como los momentos de mayor creatividad visible o “exterior” de los dominados. Dicho de otro modo, el levantamiento ilumina la creación interior de los movimientos, que habitualmente sucede en tiempos de “reflujo” y en las sombras, lejos de la visibilidad mediática. Ciertamente, no todos los levantamientos son portadores de características similares, ni siquiera guardan similitud dos levantamientos consecutivos protagonizados por los mismos actores en el mismo espacio. Prueba de ello son las diferencias sustanciales entre la media docena de levantamientos protagonizados por la CONAIE en Ecuador, desde 1990. Sin embargo, la revuelta ilumina la agenda oculta de los diferentes actores, aunque esa iluminación apenas revele aspectos parciales de esos proyectos.

Con los términos “proyecto” o “agenda” no pretendo sustituir los vocablos “programa” o “estrategia”, ejes de la construcción racional de las izquierdas y del movimiento sindical. Podemos develar un “proyecto” subterráneo, o implícito, sólo *a posteriori* y en la larga duración<sup>11</sup>. Por agenda o proyecto subterráneo debemos entender el recorrido que los subordinados están haciendo para sobrevivir. En un período de descomposición sistémica, ese “proyecto” tiene más posibilidades de convertirse en realidad, pero ese no es nunca su aspecto más destacado, ya que no se trata de una construcción abstracta sino del camino que están recorriendo los sectores populares como consecuencia de una serie de escogencias hechas a lo largo del tiempo, con el objetivo de seguir existiendo.

Sería un grave error considerar que los vocablos “oculto” o “subterráneo” pretendan que existe una ocultación deliberada por parte de los protagonistas, con el fin –racional– de engañar a sus adversarios. El carácter de oculto (pueden usarse sinónimos como enmascarado,

---

que tiene su centro de condensación en la familia popular, la cual, por otra parte, posee características muy propias”.

11 En el caso ecuatoriano, el proyecto subterráneo de larga duración de los quichuas de la sierra habría sido la “reconstrucción de los territorios étnicos” (Ramón Valarezo, 1993: 188-203).

encubierto o desfigurado, que ayudan a comprender la naturaleza del tal “ocultamiento”) lo es también para los propios protagonistas. Reflexionando sobre la historia de la confederación campesina boliviana (CSUTCB), Pablo Regalsky señala que “el verdadero movimiento de la gente seguía una agenda oculta, diferente a la que imaginaban los líderes *pero también diferente a la que imaginaba la propia gente* al empezar a actuar” (2003: 130; énfasis propio). Hacerlo visible supone, junto a la mirada larga, comprender el movimiento en su lógica interior, en su inmanencia. Incluso en sus cambios y modificaciones en el tiempo largo (único tiempo en que la inmanencia puede des-plegarse), promovidos también por su lógica interior.

Desde este punto de vista, podemos decir que la estrategia a largo plazo de los que viven en el sótano está siendo la de construir un mundo diferente desde el lugar que ocupan. En ese sentido, rechazan –ahora también de forma explícita y consciente– incorporarse o integrarse en el papel de subordinados o excluidos que les tiene reservado el sistema. Al parecer, el cambio de lugar social ya se ha producido. El momento más álgido del cambio fue la descomposición del Estado benefactor por la neutralización del taylorismo-fordismo como forma de control y de producción, por el desborde de las bases obreras y populares. Aquellos sectores sociales que provocaron tal desborde fueron luego empujados al sótano por el capital al huir de la insubordinación social, bajo la forma de desindustrialización, flexibilidad laboral, globalización.

Tampoco debemos pensar que los sectores populares actúan de forma ciega o “espontánea”. La espontaneidad no existe en los tiempos largos. Es una de las maneras encontradas por el Estado, y en especial por los partidos de izquierda, para enjuiciar a los subordinados cuando no actúan del modo esperado, en base a la racionalidad formal de causa-efecto. Se los acusa a menudo de que sus acciones no contemplan un plan para sustituir el sistema actual por otro. Sin embargo, podemos aceptar con Ranajit Guha que “el campesino sabía lo que hacía cuando se sublevaba. El hecho de que su acción se dirigiese sobre todo a destruir la autoridad de la elite que estaba por encima de él y no implicase un plan detallado para reemplazarla no lo pone por fuera del reino de la política. Por el contrario, la insurgencia afirmaba su carácter político precisamente por este procedimiento negativo que trataba de invertir la situación” (2002: 104).

Es muy probable que el proyecto subterráneo de los movimientos populares que nacen en el “sótano” sea la dispersión del Estado neocolonial y neoliberal. Del Estado sin más. Pero eso no lo sabremos poniendo un micrófono delante de los protagonistas porque, siguiendo el ejemplo anterior, probablemente ellos tampoco lo estén formulando de esa manera, por lo menos en el estadio actual de las luchas. Sabemos,



sin embargo, que “el movimiento que está sucediendo ante nuestros ojos” (Marx) consiste en un gigantesco esfuerzo para la sobrevivencia cotidiana de los oprimidos, y que ese esfuerzo implica fortalecer los espacios y los lazos comunitarios que vienen construyendo y recreando. La lógica de esa re-creación de vínculos en espacios separados parece consistir en afirmar las diferencias, ya que sólo de esa manera los dominados pueden sobrevivir. O, mejor dicho, *sólo pueden sobrevivir como diferentes (y en la diferencia)*.

En las dos últimas décadas, los movimientos vienen recorriendo una serie de caminos que –en muchos casos– apuntan en direcciones similares. No se trata de *un* camino, ni de *un* movimiento, sino de tendencias que parecen encaminarse en direcciones afines. Mucho más no puede decirse. Lo que sí podemos asegurar es que hay formas de recorrer estos caminos no unificadas, en base a tiempos interiores más que exteriores, sin direcciones que lleven a los movimientos en un sentido preestablecido.

La forma en que los movimientos están recorriendo sus caminos es ya de por sí un proyecto de sociedad. Y considero que esta cuestión es especialmente importante. Dicho de otro modo, la forma de caminar los caminos nos está indicando que hay elementos de nueva sociedad en los movimientos. Que esos elementos se expandan, profundicen y fortalezcan, en vez de debilitarse y extinguirse, depende en buena medida de la conciencia sobre esa diferencia interior que tengan los integrantes de los movimientos. En la forma de caminar aparece, o no, la diferencia; y en ese andar pueden, o no, expandirse los rasgos distintivos. Aunque postulo que la forma de caminar es el verdadero “programa” de los movimientos, esa forma de caminar no es un modelo aplicable a todos en todas partes. En paralelo, no hay ni un caminar permanente ni continuo, ni formas idénticas de hacerlo. En algunos casos se transita por caminos que parecen no llevar a ninguna parte; o directamente no hay caminar permanente (exterior, visible), aunque siempre hay un fluir (o hay silencios en vez de palabra y acción, como nos enseñan los zapatistas).

Debemos confiar en que los oprimidos están haciendo experiencias; están aprendiendo incluso a comunicarse sin hablar, a caminar sin moverse y a luchar sin luchar, cuestiones todas que desafían nuestra capacidad de comprensión anclada en conceptos binarios y externos, y regida por los tiempos lineales de la producción capitalista.

Entre los muchos desafíos que enfrentamos, está el de pensar y actuar sin Estado. Esto supone pensar y actuar en movimiento; pero los movimientos, como hemos visto, apuntan hacia la dispersión, no sólo respecto del Estado sino de cualquier punto de apoyo. Un estado de fluidez que disuelve los sujetos. Quizá eso quería decir Marx cuando señalaba, en el Manifiesto de la Internacional, a raíz de la derrota

de la Comuna, que no tenemos “ninguna utopía lista para implantar” sino “simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno”. “Dar suelta”: potenciar, afirmar, expandir, irradiar el nuevo mundo que ya vive en el mundo de los oprimidos.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Clastres, Pierre 2004 *Arqueología de la violencia: la guerra en las sociedades primitivas* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Colectivo Situaciones 2002 *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: De Mano en Mano).
- Contreras, Sandra 2003 “Encuentro de huertas urbanas. De sembrar y cosechar” en *Brecha* (Montevideo) 7 de noviembre.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix 1994 *Mil mesetas* (Valencia: Pre-Textos).
- García Linera, Álvaro 1999 *Reproletarización. Nueva clase obrera y desarrollo del capital industrial en Bolivia (1952-1998)* (La Paz: Muela del Diablo).
- Gilly, Adolfo 2003 “Historia desde adentro: la tenaz persistencia de los tiempos” en Hylton, Forrest et al. *Ya es otro tiempo el presente* (La Paz: Muela del Diablo).
- Guha, Ranajit 2002 *Las voces de la historia* (Madrid: Crítica).
- Harvey, David 2004 “El ‘nuevo’ imperialismo: sobre ajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión”, en <[www.vientosur.info](http://www.vientosur.info)>.
- Hylton, Forrest y Thomson, Sinclair 2003 *Ya es otro tiempo el presente* (La Paz: Muela del Diablo).
- Leff, Enrique 1998 *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder* (México DF: Siglo XXI).
- Limpas Ortiz, Víctor Hugo 2002 “Ciudad de El Alto: una aproximación a la arquitectura y el urbanismo de la nueva metrópoli altiplánica” en *Arquitectos*, <[www.vitruvius.com.br/arquitectos/arq000/esp118e.asp](http://www.vitruvius.com.br/arquitectos/arq000/esp118e.asp)>.
- Liscano, Carlos 2002 “La desaparición del Estado” en *Brecha* (Montevideo) 5 de mayo.
- Lojkin, Jean 1988 *La clase obrera, hoy* (México DF: Siglo XXI).

- Mamani Condori, Carlos 2004 “Desde el Qullasuyu bajo el signo de la violencia y la muerte” en *Bolivian Studies Journal* (Urbana: University of Illinois Library) Vol. 4, N° 1.
- Merklen, Denis 2002 “Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio” en *Márgenes* (Buenos Aires) N° 26.
- Moreno, Alejandro 2000 “Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social” en Lander, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Nochteff, Hugo y Güell, Nicolás 2003 *Distribución del ingreso, empleo y salarios* (Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la CTA).
- Página/12 2004 “Un jardín piquetero en La Matanza” (Buenos Aires) 5 de mayo.
- Patzi, Félix 2003 “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003” en Hylton, Forrest et al. *Ya es otro tiempo el presente* (La Paz: Muela del Diablo).
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter 2001 *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad* (México DF: Siglo XXI).
- Poveda, Pablo 2003 “Trabajo, informalidad y acumulación: formas de producción y transferencia de excedentes de la industria manufacturera boliviana” en *Documentos de trabajo* (La Paz: CEDLA) N° 30.
- Ramón Valarezo, Galo 1993 *El retorno de los runas* (Quito: Comunidec).
- Regalsky, Pablo 2003 *Etnicidad y clase. El Estado boliviano y las estrategias andinas de manejo de su espacio* (La Paz: CEIDIS).
- Rivera Cusicanqui, Silvia 1983 “Luchas campesinas contemporáneas en Bolivia: el movimiento katarista, 1970-1980” en Zavaleta Mercado, René (comp.) *Bolivia, hoy* (México DF: Siglo XXI).
- Rivera Cusicanqui, Silvia 2004 “Metáforas y retóricas en el levantamiento de octubre” en *Bolivian Studies Journal/RevistaE*, Vol. 4, N° 1, en <[www.bolivianstudies.org/eng1/journal/2004\\_01.pdf](http://www.bolivianstudies.org/eng1/journal/2004_01.pdf)>.
- Rojas, Bruno y Guaygua, Germán 2003 “El empleo en tiempos de crisis” en *Avances de Investigación* (La Paz: CEDLA) N° 24.
- Scott, James 2000 *Los dominados y el arte de la resistencia* (México DF: ERA).

- Subcomandante Insurgente Marcos 2003 “Un mundo nuevo”,  
en <www.rebeldia.org>.
- Wallerstein, Immanuel 1999 *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Weber, Max 1993 *Economía y sociedad* (Madrid: Fondo de Cultura Económica).
- Williams, Raymond 2000 *Palabras clave* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Zibechi, Raúl 1999 *La mirada horizontal* (Montevideo: Nordan).
- Zibechi, Raúl 2003a *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento* (La Plata: Letra Libre).
- Zibechi, Raúl 2003b “Los movimientos sociales latinoamericanos. Tendencias y desafíos” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 8, enero.



Luis Tapia\*

## **LA REFORMA DEL SENTIDO COMÚN EN LA DOMINACIÓN NEOLIBERAL Y EN LA CONSTITUCIÓN DE NUEVOS BLOQUES HISTÓRICOS NACIONAL-POPULARES**

### **POLÍTICA Y ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA**

La dominación es una relación política que, por un lado, se organiza y se reproduce como Estado, pero también es algo que se configura al organizar la cultura de una sociedad o un país. El poder político se produce en el proceso de organización de la cultura. Esta es la perspectiva teórico-política propuesta por Antonio Gramsci. En este breve escrito deseo argumentar una interpretación de algunos procesos políticos de las dos últimas décadas en torno a un núcleo de la argumentación de Gramsci: el sentido común como producción política y parte de la lucha por la hegemonía. La política es un conjunto de prácticas instituyentes de la forma de lo social; esto es, como proceso que se da como organización de la cultura que implica la organización y desarrollo del Estado así como el de un bloque histórico, que es la condición de posibilidad macrohistórica de una buena articulación política de economía, cultura, vida social, forma de gobierno y Estado.

La unidad de las sociedades y países es algo que se produce, o a veces no se produce o es algo mal articulado. La constitución de un bloque histórico y la producción de hegemonía son formas de articu-

\*Docente e investigador del Posgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés, CIDES-UMSA, Bolivia.

lación óptima y producción de poder ascendente; han sido formas de acompañar la dominación con consenso. La teoría de la hegemonía de Gramsci ha servido también para pensar la transición a sociedades capitalistas o la transformación de lo no moderno en parte de nuevos bloques históricos que encarnan la civilización moderna capitalista. Sirve para pensar las formas óptimas de la dominación moderna, los obstáculos para un bloque histórico que sustituya ese horizonte civilizatorio, y es así una teoría de la política que no la puede explicar por sí misma sino por el proceso de articulación del conjunto de los procesos sociales intersubjetivos que sintéticamente Gramsci llamó organización de la cultura, lo cual tiene como reverso el hecho de que no se puede pensar la cultura como una matriz pre-política sino como una articulación política de procesos que tienen su especificidad, pero que al articularse con otros se politizan. El problema que me planteo aquí es analizar la pertinencia de esta perspectiva para pensar las condiciones en las que la dominación colonial y el dominio del capitalismo no han producido articulaciones o unidades políticas inclusivas y consistentes sino todo lo contrario, una superposición desarticulada y formas débiles de unidad. No pretendo hacer la historia de estas relaciones sino pensar los procesos contemporáneos en Bolivia y América Latina.

Para llegar al nivel analítico del sentido común, cabe recordar que la articulación de Estado y economía, de vida social y forma de gobierno, es una construcción, que en tiempos modernos debe enfrentar la articulación de varios modos de producción y, además, de varios tipos de cultura y civilización.

La noción de bloque histórico sirve para pensar los procesos y formas de articulación entre Estado y sociedad civil que se realizan a través de un bloque social que se vuelve histórico cuando un núcleo clasista fundamental articula clases subalternas y propone otro modo de producción, en torno a un mismo proyecto de Estado y civilización. El bloque histórico se vuelve la base social y la condición fáctica de posibilidad de la hegemonía.

La hegemonía se compone de dirección y dominación o de dominación y consenso. La dirección es una composición cultural de conocimiento, fines y valores. Comprende el conjunto de prácticas de organización de la cultura que implican valores y fines. La articulación de prácticas en relación a, o en torno de, un horizonte de civilización y estatalidad específico.

En la producción de hegemonía resulta clave la dimensión cognitiva. La hegemonía significa que se han producido y articulado un conjunto de conocimientos que sirven como núcleo de comprensión del mundo, de inteligibilidad de los hechos históricos y la dimensión

natural de la vida humana, a la vez que se ha articulado este conjunto de conocimientos a otro conjunto de fines y valores.

La dirección es la dimensión ética de la política, no sólo en el sentido de prácticas que se realizan de acuerdo a normas morales de conducta pública sobre todo, sino en el sentido primario que consiste en la producción de esos fines y valores. La dimensión política de los fines y valores es principalmente la de su producción, articulación y rearticulación en proyectos de Estado.

El sentido común es un tipo de conocimiento social. Es aquel conjunto de creencias que organizan de modo predominante las relaciones intersubjetivas y/o las intervenciones cotidianas y que ya no son objeto de cuestionamientos por un tiempo. Producen certidumbre y, así, reproducen y legitiman el orden social.

El sentido común también es una normativa que ordena el sentido de los hechos sociales. De este modo, el sentido común es un compuesto de memoria y valoración. El sentido común contiene un tipo de memoria histórica y un modo de producir memoria histórica, es decir, de ordenar los hechos sociales e históricos de acuerdo a una estructura ideológicamente armada en el proceso de constitución de una cultura política como hegemónica.

Así, la lucha por la hegemonía en lo que concierne al sentido común pasa por una sustitución o reforma –modificación del modo en que los hechos se vuelven memoria histórica sin la intervención de las interpretaciones políticas de los sujetos dirigentes o los intelectuales orgánicos, es decir, casi inmediatamente en el conjunto de las relaciones intersubjetivas. Por ejemplo, la organización neoliberal del mundo ha producido un tipo de sentido común que reduce el espesor histórico en la interpretación y experiencia de los hechos (ver Jameson, 1992), los despolitiza y articula la interpretación de sentido en torno a la biografía individual y familiar, no en todas sus dimensiones sino en tanto sujetos económicos o articulados a los mercados de todo tipo. El neoliberalismo reduce los horizontes de sentido y experiencia simbólica.

La organización del sentido común también afecta la dimensión de los sentimientos, los afectos, esto es, hace que la gente desestime cierto tipo de acciones y actitudes que encarnan creencias, fines y valores que no se creen realizables y, así, influye en la forma de relacionarnos entre individuos y en la selección de nuestras relaciones e interacciones.

El neoliberalismo produjo un sentido común que contenía una fuerte propensión al pesimismo en casi todo lo que se refiere a iniciativas colectivas y en particular a procesos de construcción de estados nación y democracia. El despliegue ideológico de los ochenta y noventa inducía a pensar que nada fuera de este horizonte era posible, deseable, factible. El sentido común neoliberal a su vez funciona como una



matriz atomizadora o atomizante; produce la individualización de las relaciones y los hechos. Por eso, la democracia –que es un régimen de vida política pública, es decir, colectiva– se desplaza a concebirlo y practicarlo como una serie de relaciones de intereses individuales con los partidos y con el Estado, a través del voto y los derechos individuales pensados del modo liberal como compromisos entre individuos y Estado, a través de la parcial mediación de los partidos. Cabe pensar que, a diferencia de los momentos constitutivos del capitalismo, en los que el proceso de atomización se realizó en relación a las matrices más o menos comunitarias que quedaron desarticuladas o destruidas como producto del proceso de acumulación primitiva o expropiación violenta de la tierra, el neoliberalismo atomiza en relación a las formas de organización colectiva producidas en las modernas historias de organización de la sociedad civil y los procesos de democratización política y social desarrollados en el seno de los estados nación, y en relación con los derechos sociales y las instituciones de solidaridad redistributiva.

La organización del sentido común se refiere a la construcción de una hegemonía y un bloque histórico. El neoliberalismo pretendió ser hegemónico, incluso absoluto. Un modo de evaluar este aspecto es analizar si históricamente se han constituido o construido bloques históricos en los países de América Latina. Para ello tomaré dos ejes alternativos en tensión. Primero, elaboraré algunas consideraciones sobre los procesos de desorganización como estrategias de dominación y desconocimiento; y luego haré algunas reflexiones sobre la autoorganización como proceso de conocimiento social o intersubjetivo, propiciador de una reforma moral e intelectual.

### **LA DOMINACIÓN COMO DESORGANIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO SOCIAL**

La dominación se basa en la ignorancia y en la socialización de patrones intelectuales que incorporan la subordinación, la jerarquía y la subalternidad en la constitución de los sujetos. La dominación se levanta sobre un proceso de desorganización de las condiciones sociales, políticas y culturales en las cuales los diversos sujetos sociales podrían conocerse a sí mismos a través de la relación con otros sujetos en el contexto de los procesos nacionales e internacionales. Dominar implica desorganizar las condiciones de reconocimiento entre sujetos sociales, especialmente en el mundo de los trabajadores.

La desorganización produce desconocimiento, de sí mismo como sujeto individual y colectivo, de los otros sujetos, del país y del mundo. La estrategia de dominación neoliberal se propuso desorganizar a los trabajadores y otros núcleos sociales para poder imponer sus patrones de apropiación del trabajo y control de las poblaciones trabajadoras. La

historia de las clases trabajadoras en América Latina había producido una capacidad en algunas de ellas para articular una concepción del mundo, de los tiempos modernos en las condiciones de dominación colonial e imperialista y proyectos políticos, junto a otros núcleos politizados de capas medias, que les permitieron disputar la dirección de los estados y promover procesos de construcción de estados nación durante el siglo XX. El fortalecimiento y la democratización de estos estados nación se volvieron obstáculos para los procesos y estrategias de explotación y dominación de los núcleos de acumulación capitalista mundial. En este sentido, el neoliberalismo es una estrategia para desmontar las largas construcciones políticas del siglo XX que se habían vuelto límites a la acumulación capitalista transnacional y al acceso a recursos naturales baratos.

El principal modo de limitación a la acumulación capitalista mundial fue puesto por el control nacional y estatal de la propiedad y explotación de los recursos naturales y las empresas que los transforman, sobre lo cual se montaron las grandes empresas estatales de la minería, el petróleo, el gas. El otro límite consistió en la creación de las empresas públicas de provisión de servicios básicos, como las del agua, comunicaciones, transporte, energía, educación y salud. El conjunto de estos ámbitos de nacionalización y de carácter público de las empresas de producción de bienes y servicios que responden al reconocimiento de derechos sociales fueron áreas más o menos desmercantilizadas. El neoliberalismo consiste en el desmontaje y destrucción de estos ámbitos de nacionalización de los recursos naturales y los procesos de transformación, por un lado, y en la transformación del ámbito de instituciones y empresas de producción de servicios públicos, por otro. La estrategia es la privatización de ambos sectores, lo cual implica abrirlos como campos monopólicos de la acumulación capitalista transnacional. Lo propio del neoliberalismo es el desmontaje de estos ámbitos históricamente democratizados por la vía de la nacionalización.

Para debilitar y desarticular estos estados y el control que ejercían sobre la propiedad de recursos y el excedente económico, los neoliberales emprendieron un proceso de desorganización de las sociedades civiles latinoamericanas, con el propósito de compatibilizar el contenido privatizador de las nuevas políticas económicas que implementaron el modelo económico, con la composición cultural y política de las sociedades civiles que tendrían que soportar las nuevas configuraciones del capitalismo en América Latina. De este grueso proceso, que de acuerdo a Gramsci podría llamarse la construcción negativa de hegemonía, sólo quiero analizar un eje que consiste en dos tipos de relaciones. La primera se refiere a la relación entre desorganización y desconocimiento y la segunda, a la relación entre organización y conocimiento. En el análisis

de ambas trabajo sobre la importancia de la producción política del sentido común para la articulación de hegemonía.

Para gobernar un país se necesita articular una concepción del mundo y de la época. Se necesita articular, también, un proyecto. Según Gramsci, en tanto, se necesita producir dirección moral e intelectual. El neoliberalismo emprendió procesos de sustitución de creencias en ambos aspectos. A nivel de la concepción del mundo o del conocimiento, el neoliberalismo articuló un discurso como estrategia para explicar los hechos contemporáneos, que combina una síntesis de las nuevas tecnologías de comunicación, un discurso económico normativo –que bajo el pretexto de racionalidad elimina justamente la posibilidad de pensar alternativas que permitan elegir la mejor manera de satisfacer las necesidades sociales– y un discurso político que también argumentó la superioridad del liberalismo en tanto cultura política y régimen competitivo de partidos como síntesis de toda la historia política.

El neoliberalismo emprendió una ofensiva para sustituir las creencias predominantemente nacionalistas, por medio de las cuales la mayoría de la población organizaba su comprensión del país, la región y el mundo político y económico. Durante la década del ochenta y noventa, se desplegó en América Latina una ofensiva dirigida a la sustitución de las creencias que se generaron durante los períodos nacionalistas y populistas o nacional-populares. La reforma se dio a través de un doble proceso, en el que se iniciaban las reformas a nivel de las estructuras de los estados –en especial como privatización– y paralelamente se desplegaron sendas campañas para promover una nueva concepción del mundo que giraba en torno a la idea de mercado mundial, eficiencia, competitividad y desestatalización.

Para legitimar los procesos de privatización se necesitó crear un nuevo sentido común, es decir, que la gente concibiera al mundo como una dinámica de producción, circulación y consumo de mercancías en procesos altamente despolitizados y, por lo tanto, evaluara los hechos y el sentido de los mismos de acuerdo a esta cultura mercantil.

El neoliberalismo produce y contiene una ideología que reduce el mundo a la mirada y sensibilidad que generan los procesos capitalistas de producción y reproducción ampliada. En tanto es una ideología reduccionista, se vuelve un dogma o un discurso dogmático que no tiene una matriz capaz de articular una comprensión de otras dimensiones de la vida social y la posibilidad de alternativas de organización y dirección de la vida económica y política.

El proceso fue inducido a la fuerza, a través de políticas de choque decididas desde el nivel ejecutivo de los estados, sin consulta con sus respectivas sociedades civiles ni parlamentos. No existió un proceso y tiempo de deliberación sobre la pertinencia o no de las nuevas

políticas económicas. Lo que hubo paralelamente fue un despliegue de una nueva discursividad a través de los medios masivos de comunicación, de los organismos internacionales de regulación de la economía y la política, como el BM, el FMI, el BID. Poco después, se articuló un discurso desde algunos núcleos supuestamente académicos que sirvió para legitimar esta estrategia de dominación con los lenguajes aparentemente técnicos de las ciencias sociales, pero que en el fondo son discursos normativos sobre cómo se debería organizar la realidad, sin alternativas; algo poco racional y razonable.

Los primeros años fueron de resistencia y enfrentamiento, callejero y discursivo. En la medida en que los procesos de privatización avanzaron y los procesos de desarticulación de los estados nación desarmaron las condiciones materiales para poder seguir sosteniendo creencias nacionalistas, la gente de los núcleos urbanos fue sustituyendo paulatinamente sus creencias por otras de tipo liberal y neoliberal, en particular en los núcleos urbanos de mayor modernización económica. El hecho de que muchos países de América Latina ya hayan pasado por dos décadas de neoliberalismo hace que las nuevas generaciones se hayan formado en un ambiente de creencias y sentido común liberal; han aprendido estas creencias en todos los ámbitos, el de la escuela, el trabajo de los padres, los medios de comunicación, las noticias.

El neoliberalismo produjo una reforma del sentido común. Sustituyó las creencias nacionalistas por otras liberales. No se trató de un proceso que abarcara a todos los ámbitos y poblaciones, ni se dio con la misma profundidad en todos los países, como argumentaré más adelante.

Este proceso de reforma moral e intelectual produjo una especie de marginalidad y disonancia moral y cognitiva. Establezco aquí un parangón con lo que hace unas décadas los sociólogos llamaron marginalidad. La marginalidad era producto de procesos parciales de modernización capitalista, a través de los cuales se producía la descampesinización generada por la acumulación primitiva que destruía las formas comunitarias de propiedad de la tierra y sus respectivas totalidades sociales, propiciando la migración hacia las ciudades, pero sin generar a la vez los procesos de incorporación de esa población desplazada a nuevos procesos económicos de transformación productiva, es decir, descampesinización sin industrialización.

El neoliberalismo ha producido una reforma moral e intelectual que propició la desarticulación de un sistema de creencias, que era una especie de sentido común. El neoliberalismo provocó la desorganización de las condiciones materiales para la regulación y el gobierno nacionales de las economías y países del continente. Al desarmar las estructuras económicas y políticas que sostenían márgenes y procesos de articulación nacional y de producción y ejercicio del poder social

y político desde dentro, se induce a que paulatinamente la gente sustituya sus creencias, manteniendo por un tiempo en la memoria los hechos nacionales y nacionalistas, como recuerdo pero ya no como horizonte y proyecto.

El discurso neoliberal habló de modernización, pero, a diferencia de la época de la política de sustitución de importaciones y de industrialización, las reformas económicas realizadas no produjeron integración económica en nuevos sectores modernos, sino varios efectos diferentes y contrarios. Por un lado, se generó desempleo al cerrar las empresas estatales de transformación y explotación de recursos naturales. Por otro, la política de privatización de las manufacturas y la de flexibilización laboral modificaron las condiciones de trabajo fabril y manufacturero, deteriorando los niveles salariales, de seguridad y trabajo, produciendo desintegración política al desarmar o prohibir los sindicatos, y una alta inestabilidad laboral, lo que se traduce también en algo de desintegración económica por el lado de los trabajadores. Se trata de una integración puntual y temporal, que responde a los ritmos y necesidades de acumulación de los capitales en el mercado mundial y no simultáneamente a las necesidades de integración y de reproducción social simple y ampliada.

En este sentido, las reformas neoliberales incrementaron la condición de marginalidad, en el sentido clásico del término, ya que se crearon las condiciones para un dinamismo económico sólo en algunos núcleos desarticulados del resto de la economía nacional. Esa falta o déficit de integración económica y el deterioro de las condiciones de las poblaciones inestablemente integradas hacen que se genere una condición de parcial reforma de las creencias y el sentido común, que deviene del cambio de las estructuras económicas y los discursos que las acompañan, pero que, sin la correlativa materialidad de integración económica, provocan que en el tiempo tampoco sean las creencias que se pueden mantener indefinidamente a través de los ciclos de crisis que se empiezan a vivir a fines de los noventa en particular.

Se han vivido dos décadas de reforma moral e intelectual de tipo liberal, pero que no generaron la materialidad para producir y consolidar un nuevo sentido común y bloques históricos hegemónicos. En parte, de ahí vienen o a ello se deben las crisis experimentadas en los últimos años en Ecuador, Argentina y Bolivia.

La composición política y social de los países de América Latina es diferente, así como su historia de construcción nacional. Por eso, el grado de transformación o reforma que produjo el neoliberalismo también es diferente; y también lo son los procesos de recomposición de lo nacional-popular en cada uno de ellos, aunque podemos advertir la presencia de algunos rasgos comunes.

Teniendo en cuenta esta diversidad es que paso a argumentar, en la tercera parte de este trabajo, acerca de la experiencia reciente de la historia de Bolivia y otros países con presencia de pueblos y culturas comunitarios.

### **LA AUTOORGANIZACIÓN COMO PROCESO DE REFORMA MORAL E INTELLECTUAL Y CONSTRUCCIÓN DE UN BLOQUE HISTÓRICO**

La clave para enfrentar la dominación no es la organización en general sino la autoorganización. Las estrategias de dominación organizan a la gente en posiciones de subordinación, de recepción del mando, de una autoridad jerarquizada más allá y fuera de la colectividad gobernada. La organización produce poder, y a veces eficacia. La autoorganización produce poder y libertad. La organización nos constituye en sujetos a través de una cadena de posiciones que articulan las estructuras y relaciones de poder. La autoorganización nos constituye y reconstituye como sujetos en fluidez. La autoorganización no nos estabiliza en las relaciones de poder, sino que es una apertura a nosotros mismos y en relación al conjunto de relaciones sociales que nos condicionan y que afectamos a partir de la propia iniciativa.

La autoorganización en política siempre es organización con otros a partir de libertades compartidas, en deliberación, a veces en tensión y conflicto. En este sentido es que, en tanto proceso, es una historia, y así puede ser una construcción, un proyecto; en consecuencia, se puede constituir históricamente un bloque social y político, es decir, un bloque histórico.

La estrategia neoliberal produjo un alto grado de desorganización o destrucción de núcleos organizados en el mundo de los trabajadores, una organización corporativa y monopólica transnacional en los núcleos clave de la economía; es decir, la organización de un orden económico, político y social con un extenso campo de posiciones de subordinación y otro de exclusiones. El neoliberalismo implica que los únicos que tienen derecho a organizarse son los capitalistas y los agentes políticos de su soberanía transnacional.

La organización obrera era la principal condición histórica y política de la nacionalización de los recursos naturales y del carácter público de la educación, la salud, el agua. La desarticulación de la clase obrera era condición de la privatización de todos los sectores públicos. Así fue enunciado de manera explícita por el presidente que inició la reforma neoliberal en el país, al decir que para instaurar el nuevo modelo económico se debía destruir el viejo monolito sindical. En la medida en que se fue debilitando la organización obrera y su capacidad de articulación de otros trabajadores a nivel nacional, se fue ampliando el espectro de las privatizaciones.

Un modo de organizar las condiciones de la desorganización y, en consecuencia, de la dominación, ha sido propiciar una reforma moral e intelectual que sustituya ideas que encarnan la creencia en las fuerzas y razones propias, por otras que reconstituyeron a individuos y colectividades como sujetos heterónomos. El modelo neoliberal demanda organizarse para participar del mercado, que es un modo despolitizado e ideológico de nombrar las estructuras de dominación organizadas por el capitalismo. El neoliberalismo tenía que sustituir de la memoria y mentalidad popular la creencia en el derecho a cogestionar lo público y a cogobernar el país.

En el ámbito de la política, el liberalismo demanda la organización en partidos, que en estos tiempos neoliberales básicamente ejercieron una política de sustitución en condiciones de oligopolio o competencia entre elites político-económicas. La centralidad de los partidos liberales corresponde a este período de desorganización producida por las reformas económicas. Para no generalizar, tomo como eje de mi argumentación la historia boliviana, para luego matizarla con otras experiencias.

La implementación coercitiva del modelo neoliberal implicó desorganizar los sindicatos de los productores mineros y de los fabriles. Un resultado de esta fase de desorganización sindical fue el debilitamiento de los partidos de izquierda que proclamaban representar a la clase obrera, su reducción electoral y su desaparición en el mediano plazo. Los núcleos urbanos estuvieron más sometidos a la reforma moral e intelectual neoliberal y se convirtieron, por un tiempo, en la clientela electoral de un sistema de partidos organizados y dirigidos por empresarios. La escena política fue monopolizada por estos partidos patrimoniales y clientelares. Por eso, durante los noventa, los partidos afirmaban que ya estaba consolidada lo que llamaban democracia pactada. En los ámbitos urbanos no parecía haber alternativas al modo en que el país se articulaba al mundo ni a cómo se organizaba la entrega permanente de nuestras riquezas. Menciono esto de manera muy sintética para poder sostener mi hipótesis central. En el caso boliviano, las fuerzas de resistencia duradera y de contestación al neoliberalismo provinieron y provienen del mundo agrario: de los sindicatos campesinos y de las organizaciones de pueblos comunitarios.

Considero que uno de los motivos para que esto ocurra así es que la reforma moral e intelectual de superficie que promovió el neoliberalismo no penetró mucho en el campo, sino que lo hizo en menor medida, y a algunos lugares no llegó, como no llegaron tampoco las reformas previas. Por un lado, en el ámbito agrario, los principales medios de comunicación como la televisión y los periódicos no son el referente más importante, sino la radio, que en muchos casos es gestionada por

campesinos e indígenas, es decir, que responde a procesos de autoorganización y no a los de la organización cada vez más monopólica del capital que controla la televisión y la prensa escrita.

Por otro lado –el principal–, las reformas del modelo neoliberal no han favorecido en nada a los productores agrarios, pequeños productores y comunidades, que más bien se han visto afectados por la apertura desigual de mercados. En el agro tenemos, entonces, un mundo poco afectado por la ideología neoliberal pero sí amplia y negativamente afectado por las reformas económicas.

Hay otras condiciones histórico-políticas más densas que operan como límites al neoliberalismo. La principal es la existencia de estructuras comunitarias de autoridad y autogobierno en varios territorios del país, lo que permite articular un discurso de crítica de la transnacionalización liberal desde valores y cosmovisiones alternas, una vez que el núcleo social y discursivo obrerista se ha debilitado y desarticulado. Estas estructuras comunitarias son otro núcleo de producción simbólica, que oferta una alternativa ética y social –aunque en la lucha política y los cambios que se dan las cosas sigan ocurriendo en el seno de las instituciones modernas y su horizonte cultural, penetrado y reformado por estas fuerzas agrarias.

El otro núcleo reactivado contra el neoliberalismo es la memoria de la reforma agraria que, a pesar de sus límites y horizonte moderno, se ha incorporado como hecho histórico y económico central en los trabajadores del campo. Junto al discurso y proyecto de renacionalización de los recursos naturales, opera como un elemento de articulación de un núcleo histórico local o nacional en el procesamiento de los juicios políticos o del sentido común.

Pero esto sólo se refiere a las condiciones de posibilidad, de las cuales la más importante es la iniciativa política. Las cosas cambian porque alguien se propuso cambiarlas y dirigirlas en otro sentido, y porque desarrolló la capacidad de generalizar una voluntad política. Gramsci pensó que en la organización política y en la organización del Estado es importante la voluntad política, el deseo y la fuerza de dirigir en cierto sentido los procesos sociales y políticos.

Las crisis que está enfrentando el neoliberalismo devienen del hecho de que en varios países se ha articulado una voluntad política, que a su vez fue articulando otras fuerzas, que al encontrar un núcleo de síntesis y proyección tienden a configurar un bloque. En primer lugar deseo argumentar la hipótesis de que esta voluntad política de reconstituir la soberanía nacional a partir de una reconstitución de lo popular se genera, y se expande en coyunturas de crisis, a partir de suspender parcialmente la dimensión internacional del mercado mundial y los poderes políticos y económicos transnacionales en el juicio político a



través del cual se piensan las posibilidades, las necesidades y proyectos de construcción estatal y dirección de la vida política nacional.

Para comenzar una reforma moral e intelectual antineoliberal, se ha sustituido la centralidad o primacía de la dimensión internacional en los juicios políticos que explican y proyectan los hechos nacionales, por un modo de razonamiento que piensa a partir de las necesidades, fuerzas y deseos de los sujetos populares nacionales. Se está sustituyendo el sentido común neoliberal que tiene una estructura que no permite organizar la conciencia de los hechos en torno a la articulación que le dan la historia y los sujetos locales. Se está produciendo una reforma moral e intelectual que está rearticulando un sentido común que tiene una estructura que motiva la autovaloración, la creencia en las propias fuerzas y la conciencia del robo y la explotación que significan los procesos de privatización y control transnacional de las economías.

Se está cuestionando la verosimilitud de los juicios neoliberales sobre la primacía absoluta y benéfica del mercado mundial, que es un modo de encubrir el dominio monopólico de algunos capitales y poderes estatales, y se está desarrollando la verosimilitud de los juicios de autovaloración generados por las nuevas voluntades políticas que devienen de procesos de autoorganización.

Este proceso de reforma del sentido común reactiva y rearticula la memoria histórica, en particular de los hechos y procesos en los que a partir de la presencia popular se reformaron los estados y se democratizaron los países en procesos de construcción nacional, como la revolución nacional del 52, la nacionalización y el cogobierno de partido nacionalista y obreros.

Lo peculiar del proceso boliviano es que las fuerzas que hoy están articulando un nuevo sentido común y un nuevo bloque histórico son sujetos agrarios, algunos modernos, otros de matriz comunitaria. El horizonte nacional, que es el horizonte de articulación del sentido común, es un proceso que en principio está configurado por fuerzas agrarias. El proyecto nacional tiene una centralidad agraria en términos de los cuerpos sociales que lo sostienen y proyectan, aunque su horizonte es moderno. Por ejemplo, en Bolivia, el núcleo del proyecto es nacionalización e industrialización. Esta compleja composición produce tensiones que todavía están por desplegarse en el tiempo venidero.

Esta suspensión de la primacía del juicio transnacional y la sustitución por la primacía de los juicios nacional-populares deviene de una articulación de la cultura política comunitaria con la memoria nacional popular de los núcleos modernos. La política comunitaria es una política de la presencia, la deliberación y la responsabilidad de los delegados en relación a la comunidad a la que pertenecen. En esta matriz política no puede primar lo externo, la política de otros estados; en todo caso,

puede haber adaptación. La primacía de los juicios y mandatos políticos externos es propia de la modernidad de la periferia. Pero la modernidad también produjo la cultura y el proyecto de la soberanía nacional y la de los individuos, y la posibilidad de la soberanía de los trabajadores.

Hoy se están combinando estos dos elementos o historias en una nueva composición organizada en torno a una matriz campesina. Parece bosquejarse la constitución de un nuevo bloque histórico, con rasgos diferentes al modo en que Gramsci los había concebido. En el caso boliviano, no es una clase fundamental del modo de producción capitalista la que se constituye como el núcleo articulador del bloque sino los campesinos, pero a través de la organización de algunas formas modernas de hacer política, como son los sindicatos y los partidos; sindicatos que generan partidos, pero que tienen a la vez un fondo social e histórico que son las estructuras comunitarias. Las organizaciones campesinas y de pueblos comunitarios han aprendido a participar en los procesos electorales en el seno de instituciones liberales sin tener una cultura política liberal, y han ganado elecciones municipales y nacionales. Ahora se enfrentan al reto de transformar una estructura estatal monocultural en una estructura de gobierno multicultural que corresponda a la composición del bloque social e histórico en construcción.

Las comunidades agrarias mantienen estructuras de autogobierno y prácticas de producción y relación con la naturaleza, que han persistido por debajo de las estructuras estatales y capitalistas de dominación, que junto a la memoria nacional-popular de la nacionalización y el cogobierno hoy se articulan en un proceso de recomposición de un sentido común popular y comunitario, que parcialmente está sustituyendo el discurso neoliberal y produciendo una autovaloración o creencia en sí mismos que ya ha provocado un cambio en los sujetos del gobierno y va camino de una reforma de la estructura del Estado boliviano. El principal cambio en el sentido común en el país es la idea y realidad de que los campesinos y comunarios no sólo pueden y deben autogobernarse sino que son capaces de gobernar el país en su conjunto.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Gramsci, Antonio 1975 *Cuadernos de la cárcel* (México DF: Juan Pablos) Vol. 6.
- Jameson, Fredric 1992 *The condition of postmodernity* (Durham: Duke University Press).



Jaime Estay R.\*

## **EL DISCURSO Y LA PRÁCTICA LIBRECAMBISTAS: SUS EFECTOS EN AMÉRICA LATINA**

HAN TRANSCURRIDO ya más de dos décadas desde que en América Latina y El Caribe se comenzó a imponerse el neoliberalismo, que desde ese entonces ha venido permeando al conjunto de la actividad social en los países de la región y, en particular, a los procesos económicos de producción, distribución, cambio y consumo, los cuales han sido redefinidos en función de ese proyecto y de la aplicación del decálogo de políticas definidas por los principales organismos multilaterales y el gobierno norteamericano, que Williamson (1990) agrupó presentándolas como el “Consenso de Washington”: disciplina fiscal; redefinición de prioridades en el gasto público; reforma impositiva; liberalización de las tasas de interés; tipos de cambio competitivos; liberalización comercial y de los ingresos de inversión extranjera; privatización; desregulación; y protección de la propiedad intelectual.

Un componente central de ese decálogo ha sido la apertura de las economías latinoamericanas, que en los hechos produjo cambios muy profundos en el funcionamiento interno y en la inserción de la región en la economía mundial. Dicha apertura, empujada por las políticas gubernamentales internas, los organismos internacionales y los gobiernos del

\*Chileno, residente en México. Profesor-investigador de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Puebla.

capitalismo desarrollado, y exigida y aplaudida por el capital transnacional, ha implicado una articulación casi sin mediaciones entre las tendencias presentes en la economía mundial y el comportamiento económico interno, multiplicando la capacidad de las relaciones económicas externas para actuar como vehículo de internalización de tendencias globales. Con ello, el comercio exterior y el ingreso de capitales extranjeros, y en concreto las empresas nacionales y sobre todo las extranjeras que mueven capitales y mercancías hacia y desde la región, han adquirido un rol principal en el funcionamiento económico de nuestros países, transformándose en ejes definitorios no sólo de los niveles y ritmos de la actividad interna, sino también de las tendencias de largo plazo y el perfil estructural que se pretende asuman nuestras economías.

La apertura económica ha estado amparada por un discurso de reivindicación del libremercado como la mejor manera –o, más bien, la única– de lograr la modernización, el bienestar y el desarrollo. En el presente texto, la intención es revisar algunos de los principales componentes de ese discurso libremercado, así como las promesas y argumentos que han acompañado su aplicación, confrontando todo ello con los resultados que la estrategia aperturista ha traído para América Latina, e identificando a distintos niveles la falta de correspondencia entre el discurso y la realidad.

### **EL LIBRECAMBISMO Y SUS CAUSALIDADES VIRTUOSAS EN AMÉRICA LATINA**

En el discurso que ha sustentado la apertura profunda y generalizada a que han sido sometidas las economías de la región, se asumen los mejores resultados posibles de la liberalización comercial y del libre ingreso del capital extranjero.

- En lo que respecta al comercio, en la estrategia aplicada, la liberalización comercial y el consiguiente incremento de la competencia al que se ve sujeta la producción nacional, además de beneficiar a los consumidores, se ubican como el medio a través del cual se produciría una acelerada modernización de la planta productiva, dado que las empresas tendrían acceso a insumos mejores y más baratos, se verían libres de la interferencia estatal y estarían obligadas a incrementar su eficiencia y productividad para poder adecuarse a los nuevos niveles de la competencia. Como parte de ese proceso, la liberalización comercial fue transformada también en el principal mecanismo de estabilización de precios y, en especial, de asignación de precios y costos en función de los parámetros internacionales, induciendo con ello a una redefinición de las estructuras productivas en favor de aquellos sectores,

ramas y productos en los cuales los países poseen ventajas. En la concepción dominante, con base en esa redefinición, se generaría un fuerte potencial exportador que, al concretarse a través de las correspondientes empresas, se constituiría en el eje dinamizador del conjunto de la actividad económica, empujando al crecimiento de la producción global, la generación de empleos, etcétera.

- En relación a los movimientos de capitales, la política aplicada ha sido la de “puertas abiertas” al capital extranjero, asignando la mayor prioridad al ingreso masivo de ese capital bajo sus distintas formas –préstamos, inversiones de cartera e inversiones directas– y otorgando el máximo de facilidades a la operación de los capitales extranjeros, lo que incluyó una profunda desregulación de la inversión extranjera. Todo ello se ha apoyado en una concepción en la que el capital extranjero está llamado a jugar dos roles principales en el funcionamiento económico interno: por una parte, bajo la premisa de que en ausencia de desequilibrios macroeconómicos y de trabas a su operación dicho capital llegará en los volúmenes que sean necesarios para permitir el desarrollo económico, y a partir de un diagnóstico en el cual el ahorro nacional es menor a los volúmenes requeridos de inversión, y el ingreso masivo de “ahorro externo” se transforma en un componente central del financiamiento de la actividad económica, permitiendo además cubrir la mayor necesidad de divisas que va resultando del crecimiento sostenido de dicha actividad; por otra parte, el libre ingreso de grandes volúmenes de inversión directa colocará a esta en el centro de la modernización de la economía, ya que a través de ella se empujaría a la elevación de la eficiencia y competitividad de la producción nacional, se concretaría el uso de nuevas tecnologías y se desplegaría la “vocación exportadora” de las economías de la región.

Son muchos los documentos, académicos y oficiales, en los que se han descrito esas secuencias y se han postulado esos favorables resultados de la apertura. Sólo como ejemplo mencionaremos algunos, elaborados por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (OMC).

En el caso de la OCDE, en un texto dedicado a documentar “la contribución de la liberalización del comercio y de la inversión a la creación de abundancia y al bienestar” (1998: 5), se afirma:

El comercio y la inversión directa extranjera son motores importantes del crecimiento tanto en países desarrollados como en países en vías de desarrollo.

El caso para los mercados abiertos se apoya sobre fundamentos sólidos. Uno de estos es el hecho de que cuando los individuos y las compañías se suman a la especialización y al intercambio, el país explotará su ventaja comparativa. Dedicará sus recursos naturales, humanos, industriales y financieros a sus aplicaciones más altas y mejores. Esto proporcionará aumentos a las firmas y a los consumidores igualmente (OCDE, 1998).

Y más adelante se agrega:

La literatura empírica sobre comercio y crecimiento confirma y subraya el caso teórico para las políticas abiertas de comercio y de inversión. Varios estudios que documentan la experiencia de los países que experimentan programas de liberalización comercial destacan una relación positiva entre la liberalización comercial y el crecimiento (OCDE, 1998: 36).

En lo que respecta al FMI, en su publicación *Perspectivas de la economía mundial* de abril de 1997, dedicó varios capítulos a revisar los desafíos y oportunidades que la globalización plantea a los países desarrollados, a los ex socialistas y a los atrasados, y respecto de estos últimos planteó:

Las políticas hacia el comercio exterior están entre los factores más importantes que promueven el desarrollo económico y la convergencia en países en vías de desarrollo. Con la apertura comercial, los precios domésticos reflejan los precios mundiales, promoviendo de esa manera una asignación de recursos eficiente. Las políticas de apertura del comercio y de la cuenta de capital no solamente permiten que un país explote sus ventajas comparativas en la producción, sino que ellas también promueven la importación de productos de bajo costo, a menudo con tecnología avanzada incorporada [...] La fuerte correlación entre las políticas que fomentan la apertura comercial y el crecimiento económico rápido es evidente (FMI, 1997: 84-85).

Por su parte, en un texto elaborado por los principales funcionarios del Banco Mundial para América Latina, se afirma:

Hay muchos canales posibles a través de los cuales el comercio puede incentivar el desarrollo. Algunos resaltan los beneficios en el rendimiento estático que surge de la reubicación de mano de obra y capital anteriormente empleada en industrias protegidas e ineficientes, en industrias orientadas a la exportación. Otras proveen beneficios en el rendimiento dinámico a través de los derivados de la tecnología y del aprendizaje cuando el co-

nocimiento se materializa a través de productos de intercambio, especialmente los bienes de capital [...] La mayoría de las investigaciones comparativas a través de los países concluyen que hay una relación positiva entre la apertura comercial y el crecimiento de los ingresos (De Ferranti et al., 2002: 2).

En lo que se refiere a la OMC, citaremos dos de sus documentos. En el primero, dedicado a describir los objetivos y el funcionamiento de la organización, se sostiene:

Los datos demuestran que existe una relación estadística indudable entre un comercio más libre y el crecimiento económico. La teoría económica señala contundentes razones para esa relación. Todos los países, incluidos los más pobres, tienen activos –humanos, industriales, naturales y financieros– que pueden emplear para producir bienes y servicios para sus mercados internos o para competir en el exterior. La economía nos enseña que podemos beneficiarnos cuando esas mercancías y servicios se comercializan. Dicho simplemente, el principio de la “ventaja comparativa” significa que los países prosperan, en primer lugar, aprovechando sus activos para concentrarse en lo que pueden producir mejor y, después, intercambiando esos productos por los que otros países producen mejor.

En otras palabras, las políticas comerciales liberales –que permiten la circulación sin restricciones de bienes y servicios– intensifican la competencia, fomentan la innovación y producen éxito. Multiplican los beneficios que reporta el producir los mejores productos con el mejor diseño y al mejor precio (OMC, 2003: 13).

En el otro documento, elaborado por el Consejo Consultivo de la OMC y conocido como el “Informe Sutherland”, en el que se analiza la situación de la Organización, se explica:

¿Qué muestran los datos en términos más generales con respecto a la relación entre el comercio y la reducción de la pobreza, cuando no existe otro fenómeno preponderante, como una dramática crisis financiera? Quienes preconizan una relación favorable tienen un argumento que consta de dos partes: que el comercio fomenta el crecimiento y que el crecimiento fomenta la pobreza. Como se desprende de la labor de varios economistas, los datos que corroboran estas dos afirmaciones como tendencias dominantes son muy categóricos en nuestra experiencia de posguerra (Sutherland et al., 2004: 12).



Más adelante, se plantea que “a nuestro juicio, la ecuación básica es la siguiente: el comercio estimula el crecimiento, y el crecimiento, en mayor o menor medida y con el tiempo necesario, combatirá la pobreza” (Sutherland et al., 2004: 13).

A pesar de la relación directa que en esos y otros documentos se argumenta que existe entre apertura y desempeño económico<sup>1</sup>, en el escenario latinoamericano el incumplimiento más general y notorio al respecto ha ocurrido con el crecimiento de la actividad económica, que no ha mostrado correspondencia alguna con los rápidos incrementos que en efecto se produjeron en el comercio exterior de la región y en los ingresos de inversión extranjera.

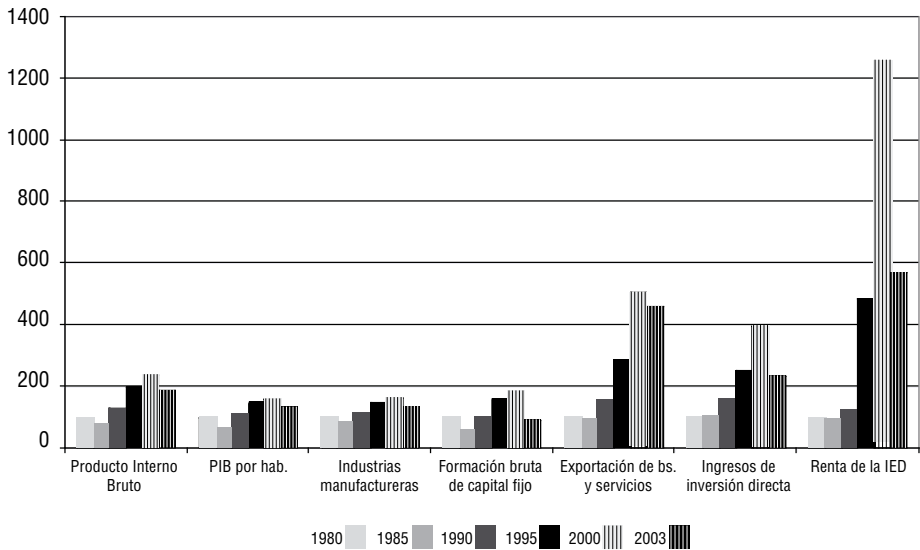
Según puede observarse en el Gráfico 1, que presenta para el conjunto de América Latina y El Caribe (con números índice 1980 = 100) el comportamiento de cuatro indicadores de actividad interna (producción global, producción per cápita, producción manufacturera y formación bruta de capital fijo) y tres indicadores de las relaciones económicas internacionales de la región (exportación de bienes y servicios, ingresos de inversión extranjera directa y pagos a dicha inversión), en el primer grupo de indicadores el mayor crecimiento entre 1980 y 2003 se da en la producción global, que aumentó aproximadamente al doble, en tanto que en el segundo grupo las exportaciones se incrementan más de cuatro veces, los ingresos de Inversión Extranjera Directa algo menos de cuatro veces y la renta de dicha inversión entre seis y doce veces (en 2003 y 2000, respectivamente), lo que da una primera idea del poco impacto que los aumentos en las relaciones económicas internacionales han tenido sobre el resto de la actividad económica.

---

<sup>1</sup> Dos materiales en los que se revisan críticamente distintos textos de autores que postulan esa relación directa entre apertura y crecimiento son los de Edwards (1993) y Rodrik y Rodríguez (2000). Ambos textos, que son complementarios entre sí respecto de los autores que revisan, coinciden en la conclusión de que los análisis presentes en los artículos revisados no demuestran dicha relación directa. En tal sentido, el texto de Edwards concluye que “Muchas de las regresiones entre países en que se basan los estudios están plagadas de defectos empíricos y conceptuales. Los marcos teóricos usados han sido cada vez más simplistas, fallando en tratar cuestiones importantes como el mecanismo exacto a través del cual el crecimiento de las exportaciones afecta al crecimiento del PIB [...] Todo esto ha dado lugar, en muchos casos, a resultados poco convincentes cuya fragilidad ha sido expuesta por trabajos posteriores” (Edwards, 1993: 1.389). Por su parte, Rodrik y Rodríguez (2000: 6) plantean que “nuestro argumento de fondo es que la naturaleza de la relación entre la política comercial y el crecimiento económico sigue siendo en mucho una pregunta abierta. El asunto está lejos de ser resuelto con los argumentos empíricos. En los hechos, estamos escépticos de que haya una relación general e inequívoca entre la apertura comercial y el crecimiento en espera de ser descubierta”.

**Gráfico 1**

América Latina y el Caribe. Crecimiento de distintos indicadores, 1980-2003



Fuente: CEPAL (2004a; 2005a).

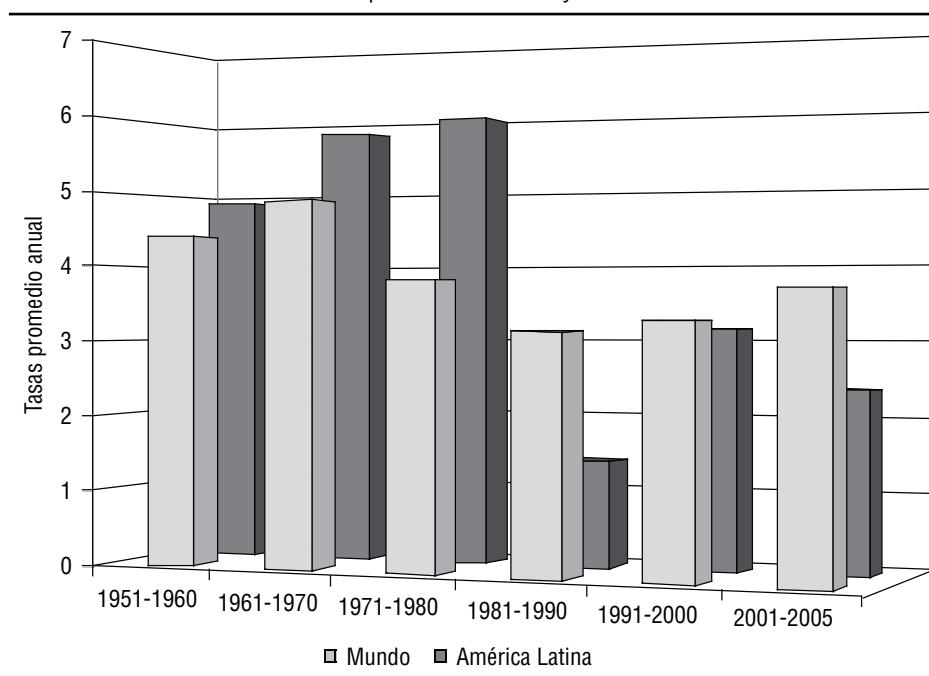
Por tanto, un efecto positivo de primera importancia que hasta la fecha continúa ausente es el referido al crecimiento de la producción y del ingreso. En tal sentido, el papel de “locomotora” de la economía que se asignó a la actividad exportadora y a los capitales extranjeros no se ha cumplido, y la apertura ha estado lejos de impulsar algún incremento significativo en la actividad económica global, lo que en muchos casos se explica por el carácter de “enclave” del capital extranjero y de la producción para exportación (producción que frecuentemente está a cargo de las propias empresas extranjeras), lo que reduce prácticamente a la nada su capacidad de arrastre sobre el conjunto de la economía.

Por consiguiente, y al contrario de los avisos oficiales, la apertura lejos de dinamizar la producción global ha jugado un papel central en el muy pobre desempeño de las economías de la región, que disminuyeron de manera importante su ritmo de crecimiento no sólo a lo largo de la crisis de los años ochenta, sino también en las siguientes décadas, ubicándose en todo el período muy por debajo de las tasas obtenidas hasta los setenta.

Si bien ese deterioro de los últimos veinticinco años ha estado presente en la totalidad de la economía mundial, para América Latina resultó muy marcado, según puede verse en el siguiente gráfico, donde se compara el crecimiento de la producción a nivel mundial y en

América Latina para los últimos 55 años. Según se observa, se pasa de una situación inicial de 1950 a 1980, en la que la región creció a tasas mayores al promedio mundial –y en la que incluso esa diferencia a favor de América Latina fue acentuándose a lo largo de esas décadas, hasta alcanzar su máximo en los años setenta–, a la situación opuesta para los últimos veinticinco años, en los cuales el crecimiento de la producción en la región fue menor que el promedio mundial, con diferencias significativas tanto en los ochenta como en el quinquenio ya transcurrido de la década actual.

**Gráfico 2**  
Crecimiento de la producción mundial y de América Latina



Fuente: Para 1951-1960, CEPAL (2004b); para 1961 a 2005, FMI (EFI y WEO, varios números).

Al escaso crecimiento de la actividad económica, se agrega lo ocurrido con la generación de empleos y con la pobreza.

Respecto del empleo, en la propuesta aperturista lo esperable sería no sólo un incremento sustancial del empleo empujado por el dinamismo económico, sino también una mejora en la calidad de los empleos generados que resultaría de la mayor uniformidad “hacia arriba”

de las tecnologías utilizadas y de la consiguiente generalización de los aumentos de productividad en un contexto de crecimiento económico.

Lejos de todo ello, lo que ha ocurrido es una acentuación no sólo del desempleo sino también de la informalidad, y al respecto, basta transcribir el siguiente párrafo, que corresponde a un informe reciente de la CEPAL, referido a la heterogeneidad que persiste en la región.

Esta persistente heterogeneidad se traduce en la existencia de tres segmentos productivos (grandes empresas, empresas medianas y pequeñas y microempresas informales) que [...] avanzan a velocidades distintas. La dinámica relativa de estos tres segmentos productivos ha sido socialmente perversa. Por un lado, se tradujo en un notable aumento del desempleo: del 6,9% a comienzos de los años noventa al 10,0% en 2004. Este aumento del desempleo estuvo acompañado por un ascenso de la informalidad, que implicó que durante la última década el 70% del aumento del empleo haya estado concentrado en los sectores informales, a la vez que más del 63% de los miembros activos del 40% de las familias más pobres de la región trabajan actualmente en el sector informal y dedican la totalidad de sus ingresos laborales a subsistir (CEPAL, 2005b: 7).

Al no concretarse ni el crecimiento económico ni la generación de más y mejores empleos, obviamente la disminución de la pobreza ha sido otro de los efectos positivos anunciados por el aperturismo que tampoco se ha hecho presente. Según el documento recién citado, en América Latina el número de pobres pasó de 136 millones en 1980 a 200 millones en 1990 y a 222 millones en 2004, lo que corresponde a un 40,5, un 48,3 y un 42,9% de la población total de la región, respectivamente. En cuanto a la pobreza extrema, en el período 1990-2004 el número total de indigentes pasó de 93 a 96 millones, lo que se debió a un aumento de 7 millones ocurrido en el segmento de indigentes que corresponde a la población urbana<sup>2</sup>.

---

2 Al respecto, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés) plantea el siguiente balance: “La nueva estrategia seguida en América Latina puede vanagloriarse de cierto éxito. Con ella se ha logrado controlar la inflación y establecer un grado razonable de disciplina monetaria y fiscal. Sin embargo, el historial en términos de crecimiento, empleo y reducción de la pobreza ha sido desalentador. La experiencia no confirma la lógica en que se apoya la nueva política, según la cual la estrategia de crecimiento basada en la sustitución de importaciones se podía sustituir eficazmente por una estrategia de desarrollo hacia fuera impulsado por la acción del mercado solamente con eliminar la inflación, reducir el tamaño del sector público y abrir los mercados al comercio exterior y el capital extranjero” (UNCTAD, 2003: XIV).

Acompañando a todo lo anterior, y en buena medida como uno de los resultados más evidentes de la aplicación del librecambismo y el recetario neoliberal en general, las disparidades de todo tipo se han incrementado en nuestros países, lo que desde luego contrasta con los anuncios de convergencia formulados desde la teoría económica dominante.

Según los argumentos librecambistas (en particular, textos de Xavier Sala-i-Martin, Robert Barro y Dan Ben-David<sup>3</sup>), hay una relación directa entre la apertura económica y el desarrollo de dos procesos: uno, de disminución de los grados de dispersión existentes en el interior de las economías atrasadas respecto de variables indicativas de los niveles de bienestar (la convergencia *sigma*); y el otro, de rápido crecimiento económico de esas economías, a un ritmo mayor al de los países desarrollados, con el consiguiente acercamiento del primer grupo hacia el segundo (la convergencia *beta*).

Según es evidente y ha sido reconocido y argumentado en distintos estudios (en particular, por ejemplo, en los *Documentos de trabajo* y en varios de los *Informes sobre comercio y desarrollo* de la UNCTAD<sup>4</sup>, así como en los *Informes sobre desarrollo humano* del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUD), ninguna de esas convergencias se ha hecho presente y más bien lo que se ha impuesto es un incremento de disparidades en los planos intra e internacional.

Para los países de la región, a las mayores distancias que hoy los separan de las economías industrializadas se agrega un reconocimiento generalizado respecto de la permanencia y acentuación de las disparidades internas de ingreso y niveles de bienestar, incumplándose también en este ámbito los supuestos beneficios que traerían consigo las políticas aplicadas, y multiplicándose las evidencias de que la región mantiene los mayores niveles de disparidad a nivel mundial<sup>5</sup>.

---

3 Algunos de los trabajos en los que estos autores desarrollan esta cuestión en particular son Sala-i-Martin (1996; 2002), Sala-i-Martin y Barro (1992), Barro (1999), Ben-David (1993) y Ben-David y Kimhi (2000).

4 De los *Documentos de trabajo*, en particular Bairoch y Kozul-Wright (1996) y Rowthorn y Kozul-Wright (1998). En los *Informes sobre comercio y desarrollo* (UNCTAD, 1997; 2003), en tanto, el tema ha sido tratado en detalle.

5 Dicha situación, por ejemplo, es resumida por la CEPAL en los siguientes términos: "Junto a la persistencia de los niveles de pobreza e indigencia, la distribución del ingreso en América Latina tampoco ha mostrado resultados alentadores. Si bien esta es una tendencia mundial que afecta a gran parte de los países en desarrollo, la región de América Latina y el Caribe ostenta la lamentable singularidad de ser la región más inequitativa del mundo" (CEPAL, 2005b: 8).

En particular, además de las disparidades generales de ingreso, tampoco para América Latina las diferencias salariales han tendido a disminuir en ninguno de los dos sentidos en que ello supuestamente ocurriría.

Por una parte, se suponía que la apertura comercial, al cambiar los precios relativos en línea con las capacidades y recursos de cada país, llevaría a concentrar en los países desarrollados la demanda de trabajo calificado y en los atrasados la demanda de trabajo no calificado, con los incrementos salariales correspondientes a cada caso, lo que implicaría una convergencia salarial entre países para trabajadores con niveles semejantes de calificación.

Esto no ha ocurrido, y lo que se ha impuesto es una mayor disparidad internacional de los salarios. Al respecto, en un estudio sobre el tema publicado por la UNCTAD en la segunda mitad de los noventa, se planteaba lo siguiente.

El corpus de información acumulada, de países tanto desarrollados como en desarrollo, no indica ninguna tendencia a que los salarios converjan a la larga en la economía mundial.

En los últimos veinte años, casi todos los países en desarrollo han registrado unas diferencias salariales crecientes con respecto al Norte.

Estas diferencias salariales cada vez mayores en la industria, tanto entre países desarrollados y países en desarrollo como entre estos últimos, han coincidido con un período de mayor apertura del mundo en desarrollo (UNCTAD, 1997: 38-39).

Por otra parte, en la medida en que la apertura permitiría que los países aprovecharan plenamente su disponibilidad relativa de factores, supuestamente las economías atrasadas se especializarían en producciones intensivas en mano de obra no calificada, con el consiguiente aumento para dichas economías en la demanda por ese tipo de trabajo, y de salarios para esos trabajadores, y la disminución de la brecha de ingresos entre ellos y los trabajadores calificados.

Esto tampoco ha sucedido y, al respecto, en el documento recién citado se afirma lo siguiente en relación con América Latina.

A pesar de la predicción teórica de que se reducirían las desigualdades de ingresos, los datos empíricos de que se dispone sobre esa experiencia de liberalización del comercio en América Latina parecen indicar lo contrario: en casi todos los países que aplicaron una rápida liberalización del comercio después de haber seguido la denominada estrategia de industrialización por sustitución de importaciones, ha aumentado

la diferencia entre los salarios de los trabajadores cualificados y los de los no cualificados (UNCTAD, 1997: 135).

Tampoco ha hecho su aparición la modernización tecnológica generalizada, que se supone resultaría de la “derrama” producida por el polo exportador y el capital extranjero, acentuándose las disparidades pre-existentes en el uso de tecnologías, a lo que se agregan, desde luego, los nulos esfuerzos para generar sistemas nacionales de ciencia y tecnología. Al respecto, y sólo como ilustración general, en el siguiente cuadro se presenta una cuantificación reciente realizada por la UNCTAD, el Índice de la Capacidad de Innovación (ICI)<sup>6</sup>, que mide la capacidad de los países para innovar y beneficiarse del proceso de internacionalización de la investigación; en el cuadro, cuyas cifras corresponden a las medias regionales del ICI, se observa que América Latina y el Caribe está ubicada como una de las regiones con índice más bajo, a lo que se agrega que entre 1995 y 2001 el índice incluso disminuye, siendo superado durante ese período por el grupo de Asia occidental y África septentrional.

**Cuadro 1**

Medias regionales sin ponderar del Índice de Capacidad de Innovación de la UNCTAD

Región	1995	2001
Países desarrollados (excluidos los nuevos miembros de la UE)	0,876	0,869
Los nuevos miembros de la UE	0,665	0,707
Europa sudoriental y CEI	0,602	0,584
Asia sudoriental y oriental	0,492	0,518
Asia occidental y África septentrional	0,348	0,361
América Latina y el Caribe	0,375	0,360
Asia meridional	0,223	0,215
África subsahariana	0,157	0,160

Fuente: UNCTAD (2005: 41).

La misma UNCTAD, en un *Informe sobre comercio y desarrollo* anterior al que acabamos de citar, presentó una tipología para los países de América Latina y Asia a partir de “las tendencias en los ámbitos de la formación de capital, el crecimiento y la industrialización desde prin-

<sup>6</sup> El ICI está construido a partir de la ponderación de otros dos índices: el Índice de Actividad Tecnológica, que resulta de la cuantificación de personas dedicadas a actividades de investigación y desarrollo, de concesión de patentes en EE.UU. y de publicaciones científicas; y el Índice de Capital Humano, en el que se cuantifica la tasa de alfabetización, el porcentaje de inscripción en educación secundaria y el porcentaje de inscripción en educación universitaria.

cipios de la década de 1980”, en la cual se identifican cuatro grupos: industrializadores maduros, industrializadores rápidos, industrializadores de enclave y desindustrializadores. En dicha tipología, los países de América Latina quedan ubicados en los dos últimos grupos, definidos en los siguientes términos.

- Industrializadores de enclave: este grupo comprende los países que también han dejado de depender de las exportaciones de productos básicos al vincularse a cadenas internacionales de producción con una elevada utilización de maquinaria e insumos importados. Sin embargo, en general arrojan cifras bajas en lo que se refiere a inversiones, valor añadido y crecimiento de la productividad.
- Desindustrializadores: este grupo incluye la mayoría de los países de América Latina, que han alcanzado un cierto grado de industrialización pero han sido incapaces de mantener un proceso dinámico de cambio estructural mediante unas tasas rápidas de acumulación de capital y crecimiento. En un contexto de rápida liberalización, en muchos de estos países ha disminuido la parte porcentual del sector industrial en el empleo y el producto totales y ha habido un retroceso a actividades menos intensivas en tecnología. En algunos países de este grupo, en especial en Chile, el patrón de desindustrialización no ha sido tan destructivo como resultado de una rápida tasa de inversiones, que ha acelerado el crecimiento basado en la explotación de recursos naturales, aunque se puede decir que este proceso ha llegado a su límite (UNCTAD, 2003: XII y XIII).

Y a continuación, como balance para la región, se afirma: “Todos los principales países latinoamericanos se encuentran en los grupos que carecen de dinamismo en lo que se refiere a industrialización, cambio estructural y crecimiento de la productividad” (UNCTAD, 2003: XIII).

Para finalizar este recuento, interesa recordar la tendencia al proteccionismo que los países desarrollados aplican en su comercio con los países atrasados, que por sí sola rompe de manera importante con el escenario anunciado en la propuesta librecambista. En efecto, ni siquiera el principio de “reglas iguales para todos” y el discurso de que todos los países se abrirán al unísono –principio y discurso que en sí mismos son criticables desde la perspectiva de nuestros países– se han cumplido, y más bien la apertura del capitalismo atrasado se acompañó con prácticas opuestas en el capitalismo desarrollado.

Algunas de las evidencias sobre ese proteccionismo se presentan en el siguiente cuadro, en el que hemos agrupado la información



en tres bloques: el primero de carácter general y los dos siguientes referidos a las barreras para el ingreso de productos textiles y al proteccionismo agrícola.

En el primer bloque del cuadro (las cuatro filas iniciales) la información está referida al elevado número de investigaciones *anti-dumping* abiertas en contra de países atrasados por los países avanzados –muchas de las cuales son injustificadas y sólo obedecen a un proteccionismo disfrazado– y a los “picos arancelarios” que estos países aplican a los productos procedentes de aquellos.

El siguiente bloque del cuadro (filas 5 a 7) presenta cifras referidas al tratamiento que reciben las importaciones de productos textiles y de confección procedentes de los países atrasados. Al respecto, cabe recordar que el Acuerdo sobre Textiles y Vestido (ATV) definido al crearse la Organización Mundial del Comercio (OMC), contemplaba el compromiso de los países desarrollados para ir reduciendo las barreras al ingreso de esos productos, y reemplazaba así el Acuerdo Multifibras que había estado vigente desde 1974, y al amparo del cual los países desarrollados habían establecido dichas barreras. Según puede verse en el cuadro, las barreras siguen siendo sumamente elevadas, y en particular es muy alto el porcentaje de esos productos cuyo ingreso está sujeto a “picos arancelarios”, con todo lo cual hay un claro incumplimiento del ATV, que supuestamente obligaba a que en la tercera etapa del acuerdo (que se inició en enero de 2002) los países más protegidos hubieran liberalizado por lo menos el 51% del valor de sus importaciones de 1990.

El tercer bloque del cuadro (líneas 8 a 10) está referido al problema que sin duda se ha convertido desde hace ya tiempo en el principal foco de conflicto en el interior de la OMC, esto es, el tema agrícola. En tal sentido, en el cuadro se resumen tres de los principales componentes de la cuestión: por una parte, los elevados aranceles que los países desarrollados aplican al ingreso de los productos; en segundo lugar, la práctica de esos países de ir aumentando los aranceles conforme crece el grado de elaboración de los productos –lo que se conoce como “escalonomiento arancelario”, y que también se da respecto a otros productos primarios; y, en tercer lugar, los elevados apoyos que reciben de sus gobiernos los productores agrícolas del capitalismo desarrollado, apoyos que llegan a representar más de un 60% de la renta agraria en Japón y un 40% en la Unión Europea.

**Cuadro 2**

Algunos indicadores del proteccionismo hacia el capitalismo atrasado por parte de los países desarrollados, fines de los años noventa

	EE.UU.	UE	Japón	Canadá
Número de investigaciones antidumping abiertas contra países en desarrollo (del 1 de julio 1995 al 30 de junio 2000)	89	145	0	22
Porcentaje de las importaciones procedentes de los P en D* (no PMA**) sujetas a aranceles superiores al 15%	6,6	4,9	2,8	4,8
Porcentaje de las importaciones procedentes de los PMA sujetas a aranceles superiores al 15%	15,0	2,8	2,6	30,2
Pico arancelario más elevado 1999	121 Cacahuates	252 Productos de carne	170 Azúcar de caña	120 Productos de carne
Arancel medio sobre textil y confección (media simple del índice obligatorio post-RU)	8,9	7,9	6,8	12,4
Índice medio de los aranceles del AMF*** aplicados a productos sujetos a picos arancelarios (>15%)	20,8	40,3	27,8	30,5
Eliminación del AMF: porcentaje de las restricciones a la importación liberalizadas en 2002, en comparación con el objetivo del ATV	23	24	-	-
Arancel agrario medio (media simple del índice obligatorio post-RU)	9,0	20,0	29,7	8,8
Alcance de los aranceles escalonados sobre los productos agrarios post-RU (arancel medio sobre productos elaborados como múltiplo del arancel medio sobre productos sin elaborar)	1,25	2,75	3,75	3,0
Estimación de Apoyo a los Productores (EAP) como porcentaje de la renta agraria 1998-2000	23	40	63	18

Fuente: OXFAM (2002: 98).

\* Países en desarrollo.

\*\* Países menos adelantados.

\*\*\* Acuerdo Multifibras.

## COMENTARIO FINAL: LA LÓGICA PROFUNDA DEL LIBRECAMBISMO Y EL PAPEL DE LA REFLEXIÓN ECONÓMICA EN LA CREACIÓN DE ALTERNATIVAS

Lo que hemos deseado destacar en el presente artículo es que, para América Latina, los anuncios y la argumentación teórica acerca de un cercano ingreso de nuestros países a la senda del desarrollo económico –que resultaría de la adscripción plena a los principios del libre mercado y del otorgamiento de todas las facilidades posibles a la libre circulación de capitales y mercancías–, tanto en su formulación genéri-

ca como en las afirmaciones parciales que la constituyen, para nada se han correspondido con la realidad que hoy caracteriza a la región, de bajo crecimiento, empleo escaso y de mala calidad, atraso tecnológico, creciente marginación y exclusión, mayor diferenciación salarial y, en suma, reproducción y acentuación de aquellas desigualdades intra e internacionales que supuestamente desaparecerían.

La conclusión recién señalada apunta en una dirección semejante a la siguiente afirmación de carácter general, que se encuentra en el más reciente informe del PNUD sobre desarrollo humano.

El mayor intercambio comercial, según uno de los mitos imperantes respecto de la globalización, habría sido el catalizador de una nueva era de convergencia. Quienes respaldan esta hipótesis dicen que el aumento del comercio estaría disminuyendo la brecha entre países ricos y países pobres y que estos últimos estarían usufructuando el acceso a nuevas tecnologías y nuevos mercados. Como en el caso de la mayoría de los mitos, aquí se conjugan algunas pocas verdades con una fuerte dosis de exageración y, si bien algunos países están acortando la brecha, lo están haciendo a partir de una base muy baja. Sin embargo, los casos de integración fructífera son la excepción, no la regla, y el comercio internacional es al mismo tiempo un catalizador de desigualdad como de prosperidad mundial. Para la mayoría de los países, la historia de la globalización es una historia de divergencia y marginalización (PNUD, 2005: 130-131).

En ese mismo sentido, en dicho informe se entrega la siguiente afirmación referida a América Latina:

Si la apertura, medida por la relación comercio/PIB, fuese un indicador de los avances en desarrollo humano, América Latina sería una historia absoluta de éxitos. La región ha sido líder mundial en la liberalización del comercio. Sin embargo, los resultados han sido decepcionantes. Después de diez años de ingresos decrecientes durante los años ochenta, la economía creció sólo un poco más del 1% per cápita en la segunda mitad de los años noventa y, en el caso de México, la mayor apertura estuvo asociada con reducciones irrisorias en la pobreza y con altos niveles de desigualdad (PNUD, 2005: 136).

Esa enorme distancia entre la teoría económica y los hechos, que en el apartado anterior hemos intentado identificar para algunos de los componentes principales de la propuesta librecambista en América Latina, por cierto que de ninguna manera es indicativa de alguna "falta de

rumbo” de la estrategia aperturista –o, menos aún, del conjunto del recetario neoliberal–, sino que más bien es expresión de una lógica que en buena medida está implícita, y que aunque no se corresponde con el discurso no por ello es menos consistente.

Si se asume que durante los últimos veinte años la lógica que ha guiado a la reinserción internacional de la región ha apuntado a favorecer a los grandes capitales nacionales y extranjeros, que las estructuras productivas internas se han redefinido en función de los intereses de esos grandes capitales y de las necesidades presentes en los procesos de reproducción y en las cadenas globales de los que forman parte, que al servicio de esos fines se ha colocado el grueso de la gestión estatal en nuestros países –incluyendo, por cierto, la gestión sobre la fuerza de trabajo, los servicios básicos, el territorio y los recursos naturales–, y que para todo ello se ha recreado el marco institucional interno y global correspondiente, desde esa perspectiva resulta clara la coherencia de la estrategia aplicada, y asimismo resulta obligada la falta de correspondencia entre los distintos componentes del discurso aperturista y los procesos y resultados que en los hechos han tomado cuerpo en el escenario regional.

Por consiguiente, lo que salta a la vista no es la ausencia de coherencia en la estrategia aperturista aplicada a nuestros países; esa coherencia existe, aunque por supuesto ello en sí mismo no implica fortaleza alguna de la estrategia para superar las resistencias, los conflictos y los límites que se derivan de su aplicación. Lo evidente es más bien la vigencia de un pensamiento económico de apología a la apertura, que se mantiene y reproduce a pesar de las múltiples evidencias de una realidad que se mueve en un sentido opuesto a lo postulado en la teoría.

Esa falta de correspondencia entre la reflexión y la realidad es una característica no sólo del discurso aperturista, sino de la totalidad del recetario neoliberal y, por tanto, de lo grueso del discurso económico dominante, lo cual constituye un obstáculo de partida para la generación de alternativas al neoliberalismo.

La poca preocupación por la “economía de carne y hueso” –escondida muchas veces en una definición *ad hoc* de lo que se debería entender por “carne y hueso”– es hoy un sello distintivo de la disciplina, que se refleja en la investigación, en la formación de los estudiantes y en la definición de políticas. En tal sentido, probablemente uno de los principales éxitos de la propuesta aperturista, y en general del pensamiento económico de corte neoliberal, radica en la relativa impunidad con que logra mantener su dominio ideológico a pesar de su evidente desapego de la realidad y de los resultados concretos que en ella va arrojando la estrategia aplicada.

Respecto a ese éxito, entre otros elementos a considerar, interesa destacar que muchos de los principales componentes del pensamiento

económico dominante en buena medida han pasado a ser parte del sentido común con que se asume al funcionamiento de la economía, no sólo respecto de “principios” de carácter general (las virtudes del libre mercado y los defectos de la interferencia estatal, la libertad de elección como criterio rector en el capitalismo, el esfuerzo individual como base para el éxito, etc.), sino también en relación a niveles intermedios. Enunciados tales como “la macroeconomía anda bien y la microeconomía mal” (según el cual la macroeconomía que anda bien son los bajos niveles de inflación y de déficit público, y la microeconomía que anda mal incluye el ingreso, el volumen y la calidad del empleo y las condiciones de vida de la población), o “todo lo malo de hoy es herencia del populismo previo” (a treinta años de la crisis del modelo anterior, y a más de dos décadas de aplicación irrestricta del recetario neoliberal), o “los problemas son por la falta de avance en las reformas estructurales” (cuando las estructuras ya están sustancialmente readecuadas en función del proyecto neoliberal), no sólo aparecen con frecuencia en el discurso económico desde la academia y desde los gobiernos, sino también en la percepción de sectores importantes de la población y por lo tanto en el “sentido común” con el que se abordan los temas económicos.

Con ello, el rechazo que efectivamente va creciendo ante aquellos resultados del neoliberalismo que en lo personal, lo local, lo nacional y lo global se perciben como malos se atempera con la vigencia de esas “verdades”, y en parte se procesa desde los propios fundamentos neoliberales, con lo cual se logra una suerte de “bono de permanencia” para las estrategias y tendencias que en los distintos ámbitos de la vida social son constitutivas de la realidad neoliberal, permitiendo entre otras cosas la permanencia de gobiernos declaradamente opuestos al neoliberalismo, pero claramente dispuestos a aplicar los componentes de ese mismo recetario.

Lo mismo ocurre en el ámbito más específico de la inserción internacional de nuestros países, respecto del cual se han impuesto también un conjunto de principios cuya vigencia parecería estar fuera de toda discusión, por lo cual el cuestionamiento de esa vigencia es un momento obligado para la construcción de modalidades alternativas de inserción de nuestros países en la economía internacional.

En dicho ámbito, el principio básico que hoy se enarbola es el del librecambismo, que va acompañado de la satanización de cualquier forma de proteccionismo y se traduce en una supuesta necesidad de elegir entre “apertura o autarquía”, lo que en realidad equivale a afirmar que no hay opciones, y que el aperturismo a ultranza es no sólo el mejor camino sino el único posible.

El reconocimiento de que históricamente y hasta nuestros días las economías más desarrolladas, así como las llamadas Economías

de Reciente Industrialización, han aplicado políticas de protección y apertura para distintos sectores y en distintos momentos, así como la identificación de los resultados que el aperturismo ha traído para nuestros países y del grado en que la liberalización comercial irrestricta y las “puertas abiertas” al capital extranjero han trasladado el comando de la economía hacia el exterior, subordinando la estructura, los niveles y los vaivenes de la actividad productiva interna a procesos y decisiones ajenos por completo al control nacional y regional, son todos elementos que más allá del debate académico deberían conducir a romper en la sociedad con el reduccionismo que se ha vuelto dominante.

Ello implicaría abrir paso a una desmitificación del librecambismo, que debería abarcar el cuestionamiento de aforismos tales como “las crisis son por causas externas” (cuando los propios procesos de apertura son determinantes en la profundidad, duración y amplitud de dichas crisis), “si se regula al capital extranjero, este no llegará” (a pesar de las experiencias de regulación exitosa, por ejemplo en Asia), e incluso el planteamiento de que, ante el evidente proteccionismo de los países desarrollados, la reivindicación máxima de los países del Sur debería ser el “libre comercio”.

Esto último merece una frase adicional, ya que si bien es necesario poner al descubierto el “doble rasero”<sup>7</sup> de los gobiernos del capitalismo desarrollado –exigencias de apertura hacia los países atrasados y prácticas proteccionistas hacia su producción interna–, es profundamente equivocado derivar de allí una simple exigencia de que el capitalismo desarrollado iguale a nuestros países en la disminución de barreras y de que la desaparición global de las mismas sea el horizonte hacia el cual deberían dirigirse todos los países, ya que con ello, lejos de cuestionar al libre comercio como principio rector de las relaciones internacionales, lo que se hace es asumir como propio el contenido básico del discurso librecambista<sup>8</sup>.

En suma, lo que se requiere es romper con los marcos en los cuales hasta hoy se desenvuelve la discusión y lograr que ella arranque

7 El término pertenece a OXFAM (2002) que, con los indicadores que hemos reproducido parcialmente en el Cuadro 2, construye un Índice de Doble Rasero, en el cual se asignan puntajes a los países desarrollados.

8 Eso ha ocurrido, por ejemplo, con los conflictos en la OMC derivados de los subsidios a los productos agrícolas en los países desarrollados. La postura de los países atrasados ante ese tema se ha concentrado en el G-20, donde participan Brasil, Sudáfrica, India, China y otros exportadores de esos productos, y la exigencia que levantan es la desaparición de subsidios y, por tanto, el libre comercio. Si ellos tienen éxito, seguramente estaremos ante una victoria pírrica desde la perspectiva de nuestros pueblos ya que, en ese escenario, para el conjunto del capitalismo atrasado el comercio internacional de productos agrícolas avanzaría –todavía con mayor fuerza que en la actualidad– a costa de la soberanía y la seguridad alimentaria de la población y de la sobrevivencia de una buena parte de la cultura y del mundo rural.

de una perspectiva más amplia, en la cual a partir de un rechazo a los supuestos “principios” que la guían, se asuma la necesidad de redefinir las actuales modalidades de inserción internacional de nuestros países. Desde luego que los contenidos fundamentales de esa redefinición deberán derivarse de los escenarios nacionales en los cuales se abra paso una estrategia alternativa de funcionamiento económico interno, pero esa estrategia, si tiene un carácter efectivamente alternativo, con seguridad exigirá una lectura por completo distinta del escenario económico internacional, de los actores, fuerzas y tendencias que hoy lo dominan y de los márgenes de acción que en él es posible construir para nuestros países.

Esa distinta lectura, y las correspondientes políticas y acciones, por cierto que deberían abarcar todos los ámbitos en los que se desenvuelven las relaciones económicas externas de los países de la región: por una parte, el ámbito más general, lo que incluye los espacios de negociación multilateral como el FMI, el Banco Mundial y la OMC, en todos los cuales es necesario revertir el papel que dichas instituciones han jugado en la construcción del orden normativo y las políticas globales a las que hoy se ven sujetos nuestros países; por otra, las relaciones directas con el capitalismo desarrollado y en especial con Estados Unidos, creando condiciones para evitar que continúe imponiéndose la agenda que hasta hoy prevalece y con ella las facilidades sin límite con que cuentan los capitales de esos países para actuar en nuestras economías; y en tercer lugar, los vínculos con el resto del capitalismo atrasado, y en particular las relaciones entre los países latinoamericanos y caribeños, en las que hasta ahora se ha reproducido el credo librecambista como criterio de funcionamiento de los distintos esquemas de integración.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bairoch, Paul y Kozul-Wright, Richard 1996 “Globalization myths: some historical reflections on integration, industrialization and growth in the world economy” en *Discussion Papers* (Ginebra: UNCTAD) N° 111.
- Barro, Robert J. 1999 “Inequality, growth and investment” (NBER-National Bureau of Economic Research) Working Paper N° 7.038, marzo.
- Ben-David, Dan 1993 “Equalizing exchange: trade liberalization and income convergence” en *Quarterly Journal Economic*, Vol. 108.
- Ben-David, Dan y Kimhi, Ayal 2000 “Trade and the rate of income convergence” (NBER-National Bureau of Economic Research) Working Paper N° 7.642, abril.

- CEPAL 2004a *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2003* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 2004b *Desarrollo productivo en economías abiertas* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 2005a *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2004* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 2005b *Objetivos de desarrollo del milenio: Una mirada desde América Latina y el Caribe* (Santiago de Chile: CEPAL).
- De Ferranti, David et al. 2002 *Comercio para el desarrollo en América Latina y el Caribe* (Banco Mundial).
- Edwards, Sebastian 1993 "Openness, trade liberalization, and growth in developing countries" en *Journal of Economic Literature*, Vol. XXXI, N° 3, septiembre.
- FMI 1997 *World economic outlook* (Washington DC: FMI).
- OCDE 1998 *Open markets matter: the benefits of trade and investment liberalisation* (París: OCDE).
- OMC 2003 *Entender la OMC* (Ginebra: OMC).
- OXFAM 2002 *Cambiar las reglas. Comercio, globalización y lucha contra la pobreza* (Barcelona: Intermón-OXFAM).
- PNUD 2005 *Informe sobre desarrollo humano 2005. La cooperación internacional ante una encrucijada. Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual* (Madrid: Mundi-Prensa).
- Rodrik, Dani y Rodríguez, Francisco 2000 "Trade policy and economic growth: a skeptic's guide to the cross-national evidence" en Bernanke, B. y Rogoff, K. (eds.) *NBER Macroeconomics Annual 2000* (Cambridge, Mass.: MIT Press).
- Rowthorn, Robert y Kozul-Wright, Richard 1998 "Globalization and economic convergence: an assessment" en *Discussion Papers* (Ginebra: UNCTAD) N° 131.
- Sala-i-Martin, Xavier 1996 "Regional cohesion: evidence and theories of regional growth and convergence" en *European Economic Review*, N° 40, junio.
- Sala-i-Martin, Xavier 2002 "The world distribution of income (estimated from individual country distributions)" (NBER-National Bureau of Economic Research) Working Paper N° 8.933.



- Sala-i-Martin, Xavier y Barro, Robert J. 1992 "Convergence" en *Journal of Political Economy* (University of Chicago Press) Vol. 100, N° 21, abril.
- Sutherland, Peter et al. 2004 *El futuro de la OMC. Una respuesta a los desafíos institucionales del nuevo milenio* (Ginebra: OMC).
- UNCTAD 1997 *Informe sobre el comercio y el desarrollo 1997* (Ginebra: UNCTAD).
- UNCTAD 2003 *Informe sobre el comercio y el desarrollo 2003. La acumulación de capital, el crecimiento económico y el cambio estructural* (Ginebra: UNCTAD).
- UNCTAD 2005 *Panorama general del Informe sobre las inversiones en el mundo 2005. Las empresas transnacionales y la internacionalización de la investigación y el desarrollo* (Ginebra: UNCTAD).
- Williamson, John 1990 "What Washington means by policy reform" en Williamson, John (ed.) *Latin american adjustment: how much has happened?* (Washington: Institute for International Economics).

Raúl Ornelas\*

**SABERES DE LA DOMINACIÓN  
PANORAMA DE LAS EMPRESAS  
TRANSNACIONALES EN AMÉRICA LATINA  
AGENDA DE INVESTIGACIÓN**

*Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónicos, comienzan a luchar por esas cuestiones y en el proceso de la lucha se descubren como clase.*

*Tradición, revuelta y conciencia de clase*  
E.P. Thompson

EL INTENTO DE APREHENDER el conflicto social contemporáneo demanda el estudio de los principales sujetos sociales que lo animan. El tema que abordamos en este trabajo concierne la acción de las empresas transnacionales en nuestros países desde dos perspectivas: enunciar algunos de los terrenos de combate a esta presencia, planteados por las resistencias sociales en nuestro continente, y ubicar los territorios y las actividades más atractivas para estas empresas.

La aproximación que hemos elegido para tratar un tema tan vasto destaca las manifestaciones de la acción de las empresas trans-

\*Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

nacionales, medidas a través de las inversiones extranjeras y del comportamiento de las empresas más importantes instaladas en la región, así como también plantea ciertos aspectos de la acción de las empresas que son relevantes para los movimientos sociales que confrontan a dichos agentes. Ello nos conduce a formular una agenda de investigación que aborde las estrategias de estas empresas desde una perspectiva sectorial, tratando los contenidos concretos de los saberes de los dominadores. En ese sentido, este trabajo constituye un primer paso para conocer la acción de las transnacionales desde la mirada del conflicto social<sup>1</sup>.

A manera de introducción, queremos destacar dos cuestiones acerca de la empresa transnacional.

En primer lugar, en la línea marcada por Marx en sus análisis sobre la centralización y concentración de capital, es preciso establecer el papel crucial de estos actores en la economía mundial en tanto han logrado una altísima concentración de poder: poder económico, financiero, tecnológico y, por supuesto, político. Como indicación de este poder, constatamos que en el marco de la economía mundial, sólo los estados (y en particular los de las potencias capitalistas) pueden equipararse a las empresas transnacionales en cuanto acumulación de poder y capacidad de acción.

En este nivel, vale la pena remarcar que si bien la acción de las grandes corporaciones no tiene el alcance de la de los estados metropolitanos, en cambio, las empresas tienen una mayor flexibilidad y rapidez en la acción. Ello porque las mediaciones a través de las cuales se construye y ejerce el poder de los estados son mucho más densas (y temporalmente más lentas) que los sistemas altamente jerarquizados de las empresas: estas se han organizado siguiendo el modelo militar donde las decisiones estratégicas deben concentrarse en un pequeño número de personas en la cima (o en el centro) de toda la organización empresarial<sup>2</sup>.

En segundo lugar, es importante establecer las líneas generales del conflicto entre empresas transnacionales y resistencias sociales.

---

1 En otros trabajos (Ornelas, 1995; 2001), hemos abordado las estrategias de las empresas transnacionales desde la perspectiva de la competencia empresarial. El tratamiento propuesto en este trabajo privilegia los puntos donde la acción de las transnacionales provoca y/o encuentra la resistencia de agentes sociales contestatarios.

2 Anotemos al pasar que las visiones que plantean a las organizaciones en red como una superación de las jerarquías olvidan este aspecto crucial. La organización en red permite mejorar sensiblemente la comunicación y la retroalimentación entre las partes de la empresa; sin embargo, las cuestiones esenciales del ejercicio del poder (toma de decisiones, estrategia, información confidencial o "sensible") siguen estando concentradas en el "núcleo" de la red, es decir, en la alta gerencia.

En ese sentido, nuestro punto de partida refiere los saberes mediante los cuales las empresas construyen su poder. Uno de los principales procesos que posibilitan la concentración de poder es la formulación de estrategias complejas por parte de las empresas. En tanto “conciencia del capital”, la alta gerencia y los grandes inversionistas ejercen una influencia decisiva en la conformación de las estrategias empresariales y, por esa vía, influyen poderosamente en las evoluciones económicas y sociales locales y globales. En ese sentido, consideramos que las estrategias de las empresas transnacionales inciden directamente en las configuraciones sociales de la economía mundial y aún con mayor fuerza en los espacios dependientes. Las estrategias empresariales constituyen el *proyecto de sociedad del gran capital*: ellas proponen una configuración del mundo adaptada a las necesidades de la rentabilidad de los grandes capitales.

Frente a estos saberes de los dominadores, es preciso elaborar la crítica de la acción de los dominadores. Una de las tareas de las resistencias sociales y del pensamiento crítico consiste en refutar los argumentos que defienden el papel de las empresas transnacionales en tanto agentes modernizadores y portadores de la eficiencia. Las teorías convencionales<sup>3</sup> sostienen que la razón de ser de las grandes empresas es la “corrección de las fallas del mercado”: a través de sus organizaciones complejas y la movilización de enormes masas de recursos, estas empresas economizan gastos, permiten realizar transacciones que, efectuadas por otros agentes o empresas de menor tamaño, serían mucho más costosas o simplemente no podrían hacerse.

Esta crítica del papel de las empresas transnacionales no es sencilla: en el contexto del capitalismo dependiente de nuestros países, la presencia de estas empresas implica mejoras puntuales en la condición de sus trabajadores y ciertos aumentos de la actividad económica y de la productividad del trabajo. Buena parte de la crítica en este campo se contenta con evaluar el papel de las empresas transnacionales en nuestras sociedades analizando los procesos de privatización y de destrucción de empleos que implica su instalación, así como sus actividades depredadoras del medio ambiente. No obstante, desde la perspectiva de los pueblos y los movimientos sociales, no basta con señalar los procesos de devastación que supone la acción de las transnacionales, sino que es preciso formular alternativas viables frente a esta acción, como lo hacen los movimientos indígenas y campesinos en el dominio de la agricultura ecológica.

---

3 Podemos referir los trabajos “The nature of the firm”, de Ronald H. Coase (1937), y *Las instituciones económicas del capitalismo*, de Oliver Williamson (1989), como las exposiciones clave que argumentan la “necesidad” y la “eficiencia” de la actividad de las empresas transnacionales.

Otro aspecto fundamental de esta necesaria crítica es la relación entre Estado y empresas transnacionales. El fin del desarrollismo como paradigma de las políticas económicas en América Latina ha implicado el ascenso incontenible de las empresas transnacionales como principales agentes de la acumulación de capital en nuestra región. Desde fines de los años ochenta, hemos asistido a la inversión total de los términos en que estados y sociedades latinoamericanos se relacionan con esos poderosos agentes.

La idea del desarrollo endógeno, resultado de los pactos sociales surgidos de importantes movimientos sociales como la Revolución Mexicana y los distintos “populismos” de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, fue sustituida por estrategias de adaptación a las necesidades del capital extranjero, sea para garantizar el pago de la deuda externa, sea para “atraer” las inversiones extranjeras y favorecer los flujos comerciales internacionales.

Resulta fundamental trascender el nivel de crítica que ve al Estado como el único agente con capacidad para regular la actividad de las empresas transnacionales. Ante el cambio de actitud de los estados frente a las corporaciones gigantes, las resistencias sociales han comenzado a inventar sus propios medios de confrontar los poderes fácticos de esos agentes, yendo de las denuncias y campañas educativas a las acciones directas y la ocupación de instalaciones empresariales.

La primera parte del texto está dedicada a proponer algunos temas que consideramos centrales para conocer el comportamiento de las empresas transnacionales, destacando los saberes que les permiten construir su liderazgo en nuestras sociedades. En ese marco general, abordamos, en la segunda parte del texto, la presencia de las empresas transnacionales en América Latina. Se trata de establecer cuáles son las principales actividades y regiones en las que actúan, subrayando los casos donde los recursos naturales están implicados. Las conclusiones intentan ejemplificar nuestro abordaje del conflicto social, fundado en los saberes de los actores sociales.

### **LOS SABERES DE LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES. HACIA UNA AGENDA DE INVESTIGACIÓN**

La heurística que proponemos para investigar el conflicto social contemporáneo toma como eje del análisis la relación entre hegemonías y resistencias sociales. Abordar el conflicto social desde la perspectiva de los saberes nos permitirá superar las dificultades de los análisis que se contentan con retratar las condiciones y evoluciones estructurales del conflicto social, sin profundizar en la dinámica de los mismos: los saberes son, precisamente, las palancas que permiten (y en su ausencia, impiden) a los sujetos sociales dar viabilidad a su proyecto de sociedad.

Esbozar los saberes de las empresas tiene dos finalidades centrales. Por un lado, establecer sus anclajes en la sociedad, reconocer los mecanismos a través de los cuales construyen y reconstruyen su dominación, de modo que podamos superar la idea de que las empresas son “malas”, “nocivas”, “depredadoras”, etc., sin tomar en cuenta su papel de organizadores privilegiados de nuestras sociedades. Por otro lado, el conocimiento de sus saberes nos mostrará los límites y contradicciones de su acción, aportando un elemento crucial para el diseño de estrategias de confrontación desde los sujetos que cuestionan la dominación. Como se argumenta en otros de los trabajos de esta obra, la heurística de la emancipación plantea la apuesta por trascender el capitalismo desde los saberes locales, como intento de no reconstruir una nueva forma de dominación que sea tan sólo el espejo invertido de la dominación que se ha destruido.

De un modo elemental, concebimos los saberes del sujeto hegemónico como los modos en que el sujeto hegemónico “aprende” a ejercer su poder y a adaptar ese ejercicio según los límites y posibilidades que marca el conflicto social.

En esta parte del trabajo queremos enunciar brevemente cuáles son los elementos más significativos para analizar estos saberes de las grandes corporaciones.

### **CÓMO UBICAR LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES**

Nuestra aproximación al comportamiento de las empresas transnacionales en América Latina arroja un primer bloque de temas para lo que llamamos la agenda de investigación sobre los saberes del hegemón. En este caso, se trata de describir la ubicación de las empresas en nuestra región. Estos temas pueden resumirse en tres aspectos generales.

- Análisis de la inversión extranjera directa (IED). En tanto expresión de las estrategias de las grandes empresas, la IED nos muestra los territorios más “atractivos” de nuestra región. Sin embargo, necesitamos conocer, a partir de las fuentes nacionales de información, el panorama completo del capital extranjero en América Latina. Ello implica establecer montos, orígenes y destinos (geográficos y por actividades) de la IED de cada país. Es necesario determinar un “censo” de, por lo menos, las empresas extranjeras más importantes, así como su peso en las actividades más dinámicas y en aquellas ligadas a las riquezas naturales de nuestros países.
- Estudio de la competencia entre grupos de empresas. Desde la óptica geopolítica, es preciso estudiar diferencias y coincidencias en la acción de las empresas transnacionales, dependiendo de su país de origen. Esta perspectiva también nos permite ubi-

car el carácter estratégico (o no) de las operaciones del capital extranjero que se instala en nuestros territorios. Se trata de situar con precisión las estrategias de las grandes corporaciones, con el fin de conocer las relaciones entre empresas de una misma actividad y diseñar las respuestas adecuadas frente a su acción en nuestras sociedades.

- Analizar la apropiación de las riquezas naturales de América Latina por parte de estas empresas gigantes. Se trata de un terreno estratégico del conflicto social por dos razones: primero, porque los vastos recursos de la región son fundamentales en la disputa por el liderazgo económico mundial (como veremos, los casos del agua y el petróleo son ilustrativos al respecto); segundo, porque la disputa por los territorios, asiento de las riquezas naturales, es la última frontera de defensa de las comunidades, sean estas pueblos o soberanías nacionales. En la disputa por los territorios se conjuga la competencia entre capitales y entre sujetos hegemónicos con la lucha social entre dominados y dominadores, comprendiendo en tales disputas las múltiples estratificaciones de cada sujeto social.

Estas tres aproximaciones, que desarrollaremos muy esquemáticamente en la segunda parte del trabajo, son complementarias entre sí y permiten dar una primera visión del comportamiento de las empresas transnacionales en América Latina.

### **PILARES DEL LIDERAZGO EMPRESARIAL**

El paso hacia el estudio de los saberes de la dominación –en este caso, los saberes de las grandes empresas– plantea los siguientes desafíos teóricos y analíticos.

En primer lugar, es preciso estudiar las configuraciones de la organización productiva que las empresas transnacionales emplean en nuestros países. No sólo se trata de estudiar las “adaptaciones” de sus organizaciones productivas al contexto latinoamericano –o, mejor dicho, al contexto de cada uno de nuestros países y sus regiones– sino también el análisis de las repercusiones que estas formas organizativas tienen sobre el conjunto social. La hipótesis de un capitalismo articulado en escala mundial debe tomar cuerpo en las características específicas en las que estas empresas operan en nuestros países y cómo ello incide en las aceleradas transformaciones sociales en curso.

Los principales aspectos de la organización productiva son los siguientes.

- La organización de los procesos de trabajo. Pensar la fábrica como el conjunto de actividades que articulan relaciones formales e informales de producción; nuestros territorios aparecen como el paraíso para la acción de las empresas transnacionales en tanto no existen, o no se respetan, regulaciones estatales ni límites sociales.
- La “producción” y reproducción de la fuerza de trabajo. La empresa transnacional aparece como el único agente que forma recursos humanos de alto nivel y produce presiones para reformar los sistemas educativos, adaptándolos a las necesidades empresariales. Implantadas en el contexto de dependencia económica y tecnológica y desempleo estructural, las filiales de las empresas transnacionales juegan la carta de ser los principales creadores de empleo y los que pagan salarios más altos en nuestros países. Se precisan balances por actividades y por empresas de los procesos de formación de personal y de creación-destrucción de empleo, así como un estudio puntual de las condiciones de trabajo en las grandes corporaciones. Por otra parte, la etapa actual de la acumulación capitalista se caracteriza por intensos procesos de desposesión, particularmente de territorios, pero también de destrucción de los “refugios” económicos de los dominados (economía familiar, artesanado, pequeña producción). La profundización de los modos capitalistas para reproducir la fuerza de trabajo “libre” introduce nuevos determinantes del conflicto social, particularmente en lo que toca al surgimiento de un “subproletariado” o trabajadores “flotantes” en las grandes ciudades de nuestro continente y a la destrucción paulatina de las comunidades indígenas y campesinas.
- Propiedad de la empresa. Dos cuestiones atraviesan este aspecto. La primera es la supuesta transnacionalización de la propiedad de las empresas, según la cual, en tanto ya no existen grupos nacionales de accionistas que controlen las grandes firmas, sino un accionariado cosmopolita y disperso, se considera que la empresa transnacional ya no tiene “nacionalidad”. En un sentido complementario, los saberes de las empresas han encontrado en la “democratización” de la propiedad un poderoso mecanismo para mediatizar el conflicto social frente a los trabajadores: al incorporar a los sindicatos y a los trabajadores como “copropietarios” de las empresas, se consigue hacerlos solidarios a los objetivos de la empresa –objetivos que por supuesto son fijados por la alta gerencia, casi siempre en otro país. El conocimiento de las estrategias empresariales demanda es-



tablecer los alcances de ambos modos en que la propiedad de las empresas evoluciona, a fin de desmontar los mecanismos legitimadores de las empresas.

En segundo lugar, la relación empresa-comunidad es un nudo problemático fundamental. Es en esta relación que las grandes corporaciones han logrado construir su liderazgo social sobre la base de sólidos mecanismos legitimadores frente al “público”. Destacamos como temas centrales de investigación los siguientes.

- La “responsabilidad social” y la realización de “obras sociales”. Estos mecanismos implican, por una parte, el ejercicio de impuestos que no llegan al Estado sino que la empresa los “invierte” en iniciativas que ella considera necesarias para apuntalar su posición frente a la comunidad. De modo paralelo, las obras empresariales son un importante medio de ganar la adhesión de la comunidad a las actividades de la empresa, especialmente en los territorios de mayor atraso donde el Estado está ausente por completo. La “obra benéfica” del empresario mexicano Carlos Slim es uno de los ejemplos más acabados de estos saberes y ha jugado un papel importante para colocarlo a la vanguardia del empresariado de México.
- Otra forma que toma esta relación empresa-comunidad es el tema de la “atracción” de las inversiones. Dadas las orientaciones de fomento al capital extranjero, los diferentes niveles de gobierno ofrecen incentivos para la instalación de empresas, desarrollándose paulatinamente un mercado mundial de localizaciones. Ello tiene como consecuencia una competencia “hacia abajo” entre regiones en las regulaciones laborales y ambientales, estímulos fiscales y de dotación de infraestructura crecientes y la creación de un mecanismo de chantaje permanente contra las comunidades, bajo amenaza de deslocalización.

En suma, las empresas desarrollan diferentes relaciones con las comunidades donde pretenden instalarse o donde están instaladas. La tendencia es crear una imagen de la empresa que beneficia a la comunidad y que es receptiva de las necesidades y reclamos de esta. La investigación necesita tomar en cuenta estos aspectos para mostrar las relaciones de poder implicadas en estos procesos y, en particular, para elucidar el interés empresarial que motiva estas iniciativas.

El tercer conjunto de problemas remite a la relación entre empresas y estados. En términos generales, esta relación delimita buena parte del conflicto social. Como anotamos al principio del trabajo, los años recientes se caracterizan por un cambio radical de la actitud de

los estados que ahora han devenido los protectores de las inversiones. Esta relación comprende:

- La condicionalidad macroeconómica. El modo en que el proyecto neoliberal ha diseñado las condiciones de la “confianza empresarial” implica la contención permanente del proceso económico, a fin de mantener “estables” las variables macroeconómicas (inflación y déficit público). Ello significa grandes restricciones de la inversión del Estado en rubros considerados no prioritarios, afectando directamente a las comunidades e individuos, sea por el deterioro o desaparición de los servicios públicos y de los derechos sociales, sea por el crecimiento permanente del desempleo, los empleos precarios y la economía informal.
- El establecimiento de regulaciones y esquemas de estímulo. Además de lo anotado en la relación empresa-comunidad, se observa que las empresas han sido capaces de imponer su agenda en la transformación de los marcos regulatorios de la acción del capital extranjero. Por un lado, se trata de establecer cómo se relaciona el funcionamiento de conjunto del modelo neoliberal con las “libertades” conquistadas por las empresas. Por otro, es necesario estudiar aspectos de la acción de las empresas en los dominios del aporte de divisas, la integración productiva, la remisión de ganancias, la monopolización del conocimiento científico y técnico, en tanto determinan el papel que las empresas extranjeras juegan en el funcionamiento de nuestras economías. En lo que toca a la actitud del Estado, se debe observar cómo se han transformado las regulaciones fiscales, de comercio exterior, del trabajo y el medio ambiente.
- Desde la perspectiva de las empresas, se entabla una relación de fuerzas multilateral donde ellas ocupan el vértice del poder. Las empresas negocian y confrontan, cooperan o presionan a los estados con los que se relacionan. Con el Estado de su país de origen mantienen una relación más fluida, pero no exenta de contradicciones. Con los estados de los países que reciben sus inversiones, la empresa transnacional tiende a imponer sus estrategias, si bien en casos excepcionales puede llegar a apoyarse en el Estado huésped en contra de su Estado de origen. La relación de la empresa con el Estado es multidimensional y compleja; el estudio de esta relación reviste una importancia particular de cara al ascenso de gobiernos que se denominan de izquierda y que pocas innovaciones han mostrado en su actitud frente a las empresas transnacionales, limitándose a

imponerles el respeto de las reglas que las propias empresas han fijado.

En este terreno, la sistematización de los saberes de las empresas nos permitirá prever sus respuestas y brindará algunos elementos acerca de cómo pueden responder las resistencias sociales a las actividades de las empresas transnacionales, no sólo en los casos de depredación sino en la “normalidad” de la sociedad capitalista.

El cuarto grupo de problemas concierne a los organismos multilaterales. Este es el aspecto de la estructura de poder que permite a las empresas transnacionales actuar como sujetos hegemónicos que más se ha estudiado hasta el momento. La relación entre organismos como el FMI, el Banco Mundial, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la Organización Mundial del Comercio (OMC) y las grandes corporaciones es de total armonía. Esas entidades se encargan de sistematizar y dar una forma supranacional a la agenda de las empresas transnacionales. Son los voceros e “intelectuales” colectivos de las empresas.

La condicionalidad supranacional, el financiamiento de tres generaciones de reformas estructurales y la manipulación de los circuitos financieros son todos temas ampliamente estudiados y debatidos, de suerte que contamos con un sólido punto de partida para analizar esta dimensión supranacional del comportamiento de las empresas transnacionales.

Desde el punto de vista de los saberes de la dominación, resulta relevante estudiar lo siguiente.

- La construcción de un discurso que, bajo la apariencia de la neutralidad internacional y el bienestar generalizado, encarna el proyecto de las empresas transnacionales para nuestras sociedades.
- Las coincidencias puntuales entre los intereses de las grandes corporaciones y la agenda de los organismos multilaterales; coincidencias que no sólo marcan las líneas de los grandes negocios que se hacen a costa de nuestras economías, sino que esbozan los intentos de construir mecanismos supranacionales de gobierno que sustituyan progresivamente a las soberanías nacionales de nuestros países.
- De modo más específico, dar seguimiento al establecimiento de los “códigos de conducta” de las empresas que elaboran estos organismos. En ellos se van escribiendo las reglas que constriñen de más en más el comportamiento de nuestras economías, tanto en los terrenos del comercio y la inversión como en las estrategias de “reordenamiento” de nuestras sociedades. Las políticas liberalizadoras tienen como trasfondo la destrucción de las relaciones

no capitalistas, y en especial de las comunidades, última frontera social de contención a la mercantilización del mundo.

Estos son algunos problemas que proponemos como punto de partida para analizar los saberes de las grandes corporaciones, agentes determinantes en la evolución de las sociedades latinoamericanas. Más que una enunciación exhaustiva, lo que hemos querido destacar es la importancia de trazar líneas de análisis que consideramos estratégicas en el comportamiento de estas empresas, y a partir de ello comenzar a trabajar en la descripción y análisis.

### **PRESENCIA DE LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES EN AMÉRICA LATINA**

A partir del primer conjunto de aspectos enunciados, esta segunda parte del trabajo está dedicada a situar en el tiempo y el espacio las actividades de las empresas transnacionales. Frente a la herencia colonial de nuestros países, y en razón del lugar que estos ocupan en la jerarquía económica mundial, resulta que las empresas transnacionales determinan, por su presencia, ausencia y migración, buena parte de las evoluciones de nuestras economías. La dependencia, por tanto, deriva no sólo de la implantación de capitales extranjeros sino también de la “falta” de ellos. El proceso de polarización económica ha llegado al punto en que son contados los espacios económicos que cuentan con viabilidad endógena frente a las decisiones y la acción del gran capital transnacional.

La figura de conjunto que resulta de la interacción de las economías de América Latina con las empresas transnacionales es la de una polarización creciente, donde sólo contados territorios atraen inversiones y pueden llevar adelante la acumulación de capital. El resto de los espacios son tratados como “reservas” de usos múltiples, desde basureros hasta espacios de la superexplotación de las personas y la naturaleza. A pesar de los discursos del poder mundial acerca de las bondades de la globalización y de la aplicación decidida de las recetas neoliberales por parte de los gobiernos latinoamericanos, la acumulación y el crecimiento económico se concentran en estrechos segmentos económicos y en ciertos grupos de empresas.

La presencia de las empresas transnacionales está enmarcada en dos coordenadas geopolíticas principales.

En primer lugar, históricamente y dada la fuerza expansionista del capitalismo estadounidense, los gobiernos de América Latina han visto a los capitales europeos como alternativas viables a la presencia de empresas estadounidenses. Ello en razón de una lógica elemental de diversificar las fuentes de capital, que en el caso de las inversiones originadas en Europa va aderezada de supuestas “virtudes” del capitalismo

europeo respecto del estadounidense. Los gobiernos de América Latina vean a Europa como una versión menos depredadora del capitalismo, en la cual los estándares laborales, ambientales, sociales y económicos serían más altos. De esta manera, atraer inversiones europeas –siempre en la perspectiva de los gobiernos– permitiría ganar márgenes de maniobra frente a la potencia hegemónica de la región.

Visto desde el ángulo de las disputas por el liderazgo económico mundial, los inversionistas europeos estarían inclinados a negociar mejores términos de relación con las economías huéspedes, en tanto al interés meramente económico de abrir mercados y obtener ganancias se añaden consideraciones geopolíticas de establecer bases de operación en el espacio geográfico que sirve de sustento primario al hegemon estadounidense.

Es evidente que esta visión no resiste un análisis elemental, contrastando el comportamiento de las empresas europeas en nuestros países. La proliferación de resistencias sociales frente a la acción de capitales europeos, principalmente en los países del Cono Sur, es una prueba contundente de que tal diferencia Europa-Estados Unidos no existe. No obstante, esta coordenada ha jugado un papel importante en la relación entre nuestros países y el gran capital, en tanto fue bajo esta óptica que algunos gobiernos de la región privilegiaron los vínculos con el capital europeo, al menos durante ciertos períodos.

En esa perspectiva, podemos advertir una tendencia muy general a que las inversiones de las empresas estadounidenses predominen ampliamente en México y los países de América Central, en tanto que las inversiones de empresas europeas tienen un peso mucho más significativo en las economías de América del Sur, especialmente en Brasil y Argentina.

En segundo lugar, queremos referir la coordenada de la disputa hegemónica que, pensamos, puede ayudarnos a comprender el papel de estas empresas en América Latina. En este nivel, lo esencial se relaciona con la superioridad económica y financiera de las empresas estadounidenses respecto de las europeas. Para la mayor parte de las actividades económicas más dinámicas, las empresas basadas en Europa son un actor de segundo orden frente a las estadounidenses y asiáticas.

Por ello, resulta fundamental observar la especialización de cada grupo de empresas. Conforme a estudios realizados acerca de las actividades económicas esenciales para la reproducción del capitalismo, hemos mostrado que en la mayoría de ellas (electro-informática, alimentos básicos, energía, metales básicos, química, telecomunicaciones), así como en prácticamente todas las tecnologías de vanguardia (de la biotecnología a las llamadas “ciencias del conocimiento”), son los agentes estadounidenses (empresas, laboratorios, centros de

investigación y agencias gubernamentales) los que han construido un sólido liderazgo mundial (Ceceña y Barreda, 1995; Ornelas, 2001). Frente a ello, las empresas europeas que logran consolidar una posición en el mercado mundial lo hacen generalmente sobre la base de dos factores: el sustento estatal (por ejemplo, los grandes operadores europeos de telecomunicaciones o ciertos desarrollos tecnológicos de vanguardia) y la competencia en sectores donde los capitales estadounidenses están en declive (automotor, segmentos de la química, maquinaria, servicios especializados).

En convergencia con estas consideraciones generales, apuntemos un elemento histórico que ha caracterizado nuestras sociedades y que ha influido fuertemente en los procesos de apertura frente al capital extranjero. El triunfo del neoliberalismo implicó la formación de bloques gobernantes con amplios poderes sobre la gestión de la riqueza social, de modo que en ciertos casos, las tendencias “estructurales” de integración económica fueron relativamente dejadas de lado, abriéndose paso a ciertos actores locales o subalternos en el concierto mundial. Tal es el caso de las privatizaciones de la compañía telefónica en México y la empresa petrolera en Argentina: en el primer caso, la venta de Telmex motivó el surgimiento de la mayor fortuna individual de la región y, en el segundo, la presencia de Repsol, actor secundario del sector petrolero mundial.

Vista en su conjunto, la geometría de la presencia de capitales extranjeros en América Latina debe ser referida al proceso de densificación del capitalismo. El período neoliberal en marcha desde fines de los setenta significó una expansión sin precedentes del capitalismo: el capital privado desplazó al Estado y a las formas de propiedad y actividad colectiva, y el capital internacionalizado se convirtió en el eje del proceso económico de nuestros países. En este contexto, la tendencia dominante ha sido la expansión de las empresas estadounidenses y el recurso a la presencia de empresas europeas como segunda fuente de capitales. Finalmente, los nexos históricos y los gobiernos fuertemente autoritarios permitieron la presencia de actores distintos a los predominantes.

Sobre la base de este marco explicativo, en esta parte del trabajo señalamos las principales tendencias de la presencia de empresas transnacionales en América Latina.

## **LUGAR DE AMÉRICA LATINA EN LA ECONOMÍA MUNDIAL**

La primera cuestión por esclarecer es el lugar que América Latina ocupa en el mercado mundial; esto tanto por su desempeño económico como en razón de sus recursos naturales, que actualmente constituyen su principal “atractivo”.

Las tendencias de mediano y largo plazo muestran una relativa estabilidad del peso económico de nuestra región. Para dar una idea gruesa, tomamos tres indicadores generales: el PIB, la IED y la población.

América Latina representa alrededor del 6% del PIB mundial tanto en 1960 como en 2003 (ver Anexo, Gráfico 1)<sup>4</sup>. En 43 años, la región no ha logrado aumentar su participación en el PIB mundial. Por lo que toca a la población, la cuota de América Latina en el total mundial aumentó del 7 al 8,5% (ver Anexo, Gráfico 2), dato significativo dado el explosivo crecimiento de la población; así, en 2003, casi 533 millones de personas habitan la región. Finalmente, la participación de América Latina como región receptora de inversiones extranjeras (flujos entrantes) ha oscilado fuertemente entre 1975, año en que esa cuota alcanzó el 15,7% del total mundial, y 2004, cuando este indicador desciende al 10,4%. Anotemos que, como se indica en el Cuadro 1 del Anexo, en los noventa se registran los niveles de participación más reducidos de América Latina en la IED mundial (datos de la UNCTAD <<http://stats.unctad.org>>). Si consideramos el valor del acervo de inversiones (*inward stock*), se observa que Europa aloja la mayor parte del acervo mundial, seguida por Asia, región que desplaza a EE.UU. como segunda región huésped de la IED. De acuerdo con este indicador, la cuota de América Latina ha oscilado entre el 7 y el 9% del total mundial entre 1980 y 2004, pero buena parte de estas son inversiones en los paraísos fiscales: la cuota de México, Brasil y Argentina en 2004 es del 4,3% del total mundial.

En lo que toca a la distribución intrarregional, el predominio estructural de Brasil, México y Argentina ha tendido a consolidarse: hacia 1960, estas tres economías aportaban el 68% del PIB regional, cuota que pasa al 73,6% en 2003. Cabe anotar que, mientras las cuotas de Brasil y México aumentan, la de Argentina se deteriora sensiblemente, representando tan sólo el 13% al final del período.

Entre 1960 y 2003, la población latinoamericana pasa de 214,8 a 532,7 millones de habitantes, cifra que representa el 8,5% de la población mundial. La distribución de la población es menos concentrada respecto de la que presenta el PIB. Hacia 2003, el 77,5% de los habitantes viven en 6 países: Brasil, México, Argentina, Venezuela, Colombia y Chile (ver Anexo, Cuadro 2).

La IED que entra en la región pasó de 1.681 a 67.526 millones de dólares entre 1970 y 2004 (ver Anexo, Cuadro 1). Estos flujos se encuentran fuertemente concentrados en México y Brasil, y más recientemente en Chile: la cuota de estas tres economías en el total regional pasa del 43 al 63% en esos mismos años.

---

4 Según datos del Banco Mundial, medidos en dólares del año 2000.

Al ser la IED un indicador de la actividad de las empresas transnacionales en la región, podemos señalar tres tendencias gruesas de su evolución.

En primer lugar, la importancia creciente de México como espacio receptor, al punto de desplazar a Brasil como el primer destino de la IED en América Latina, hecho ligado al acercamiento entre el valor de la producción de ambas economías: considerando el total de IED que ingresa a América Latina, la cuota de México pasa del 19 al 24,6% entre 1970 y 2004.

La segunda tendencia es el ascenso de Chile como gran “paraíso” de la IED: su cuota pasa en esos mismos años del 0,7 al 11,3%. Esta participación está fuera de toda proporción con el peso de la economía chilena, que apenas representa el 4% del PIB regional en 2003.

Finalmente, es de notar la oscilación de la IED destinada a Argentina, que recibe el 6,3% en 2004, pero que tuvo participaciones muy elevadas en los años noventa, lo cual se ilustra con las siguientes cifras: 19% en 1990 y 18,6% en 1995. Esos fueron los años de la privatización a ultranza, en los que el capital extranjero fue el principal beneficiario del remate de Argentina.

Estas tendencias gruesas nos hablan de los efectos del neoliberalismo en la región, particularmente de la emergencia de un patrón de acumulación polarizado en torno a los capitales extranjeros. El proceso económico de nuestros países tiende a desarticularse de las bases nacionales construidas durante el siglo XX, para adoptar la configuración de archipiélagos articulados por las filiales de empresas transnacionales, conectados al mercado mundial, pero desconectados entre sí y respecto de la economía local. Ello explica que los mercados internos de las naciones latinoamericanas revistan un interés limitado para las corporaciones gigantes, que progresivamente concentran sus actividades en los cuantiosos recursos naturales de América Latina.

Un aspecto fundamental de este análisis radica en establecer el origen de los capitales que se invierten en nuestra región. A pesar de la importancia que este indicador reviste, no existen estadísticas comprensivas, por lo que a partir de los datos aportados por la CEPAL (2005) hemos construido la siguiente estimación.

El Cuadro 3 presenta los datos para los cinco principales países de origen de la IED para cada economía receptora y por ello constituye tan sólo una aproximación a las fuentes de capital. En estos datos, se destaca el peso de la IED de empresas estadounidenses, que constituyen el principal origen de los capitales extranjeros invertidos en América Latina. El total agrupado de Europa tiende a crecer entre 2001 y 2003, aunque sabemos que entre empresas europeas aún existen fuertes rivalidades y resulta difícil considerar a Europa como un grupo cohe-



sionado de inversionistas. Sobre la relación entre estos dos grupos de empresas inversionistas, podemos acotar dos cuestiones.

En primer lugar, existe un patrón regional de inversiones que distingue claramente a México y América Central como los espacios preferidos por los capitales de EE.UU., además de contar con importantes montos en las economías dinámicas de América del Sur, centralmente Brasil y Chile. Las inversiones europeas se concentran en América del Sur, donde en conjunto superan a las estadounidenses. Se destacan los casos de Argentina y Brasil, países en los que los capitales europeos casi duplican los montos invertidos por las empresas estadounidenses.

En segundo lugar, se puede constatar que las inversiones estadounidenses, con mayor tiempo de ensayar sus actividades en la región, tienden a producirse bajo la forma de inversiones destinadas a la racionalización de la producción y al sector manufacturero. En contraste, las inversiones europeas se sitúan en las actividades ligadas a los recursos naturales y a la provisión de servicios públicos que, con la importante excepción de las telecomunicaciones, son actividades de tecnología madura y rentabilidad de largo plazo<sup>5</sup>.

### **LOS RECURSOS NATURALES DE AMÉRICA LATINA**

En efecto, las riquezas naturales del subcontinente constituyen un elemento fundamental de disputa mundial por la hegemonía. Nuestro trabajo destaca tres recursos naturales que, junto con la población económicamente activa, explican las modalidades que está adoptando la presencia de las empresas transnacionales en América Latina: petróleo, agua y biodiversidad.

Si consideramos la población económicamente activa en 2003, observamos que América Latina cuenta con un importante contingente de trabajadores, sólo superada por China e India, pero por encima de EE.UU. y Europa (Gráfico 3). Dentro de América Latina, la PEA de Brasil es la más cuantiosa, representando el 35% del total regional (Gráfico 4). Los datos presentados ilustran la extensión que la mercantilización ha alcanzado en nuestra región, donde grandes porciones de la población dependen de las relaciones monetarias para su sobrevivencia, ligadas al trabajo asalariado, el trabajo precario y el empleo informal.

---

5 "México y la Cuenca del Caribe suelen recibir una mayor proporción de inversiones orientadas a la búsqueda de eficiencia, cuyo objetivo es establecer plataformas de exportación de manufacturas, en tanto que América del Sur recibe una mayor proporción de inversiones destinadas a la búsqueda de mercados, tanto de servicios como de manufacturas [...] Por otra parte, América del Sur se ha especializado en recursos naturales y manufacturas basadas en ese tipo de recursos, industrias en las que la IED no juega un papel tan importante" (CEPAL, 2005: 4).

Como resulta evidente, el mayor interés de las grandes corporaciones y del Estado de EE.UU. se centra en las importantes reservas petroleras. De acuerdo con los datos del Departamento de Energía de EE.UU., casi el 43% del total mundial de reservas probadas se sitúa en Medio Oriente. Siguiendo a los estrategas estadounidenses, esta concentración hace de la búsqueda de abastecimientos alternativos una prioridad de seguridad nacional. De ahí la importancia de controlar los recursos petroleros de América Latina, que posee una cuota similar a la de los países de la ex Unión Soviética y superior a la de Canadá, que se cuentan entre los principales proveedores de EE.UU.

Dejando de lado las diferencias en las evaluaciones sobre las reservas petroleras, podemos estimar que América Latina posee alrededor del 13% de las reservas mundiales de petróleo. Tomando la información de las entidades nacionales que manejan esos recursos en nuestros países, hemos trazado un panorama general de la situación latinoamericana (Cuadro 4). Según esta información, entre Venezuela y México poseen reservas por más de 100 mil millones de barriles y su producción se eleva a 6 millones de barriles diarios. De mucho menor monto, pero igualmente rentables e importantes en términos estratégicos, son las actividades petroleras de Brasil, Colombia, Argentina y Ecuador. Asimismo, la producción de gas en Bolivia constituye un importante objetivo de las corporaciones energéticas.

Un rasgo importante de este panorama es el contraste entre las industrias aún nacionales de Venezuela y México, frente a la creciente privatización de los agentes que actúan en esta actividad. Se observa una presencia importante de las empresas energéticas españolas y brasileñas en el conjunto de las economías que han abierto sus mercados al capital extranjero.

En lo que concierne a la biodiversidad, más que comparaciones en escala mundial –que no son pertinentes pues los seres vivos no son equivalentes sino únicos en su naturaleza peculiar–, nos interesa ilustrar la diversidad de las formas de vida que habitan en América Latina.

En primer lugar, es característico de la distribución de la diversidad biológica el estar concentrada en dos zonas del planeta: el archipiélago indonesio y la región que va desde el sur de México hasta el Amazonas. De acuerdo con la información compilada por el World Resources Institute, la región latinoamericana es la de mayor diversidad biológica. En lo que toca al resto del mundo, sólo existen otras dos regiones con presencia importante de diversidad biológica: Indonesia y EE.UU. (Cuadro 5).

En segundo lugar, se destaca la importancia del territorio amazónico como hogar de una gran cantidad de seres vivos. Actualmente,

es ya un lugar común señalar la importancia estratégica de la región amazónica como ubicación de las principales riquezas naturales del planeta. En el caso de la biodiversidad, la importancia de esa región es crucial, pues los países que comparten la jurisdicción de ese territorio aparecen entre los más diversos. México es el otro foco importante de riqueza biológica, en este caso contando no sólo con los bosques y selvas del sur, sino con importantes zonas desérticas ricas en seres vivos.

Finalmente, los mantos acuíferos constituyen la principal riqueza de América Latina, en términos de las disputas entre las potencias mundiales. Y esto es así por dos razones. En primer lugar, a diferencia del petróleo y la fuerza de trabajo, para las que existen grandes reservas fuera de América, nuestra región alberga la mayor parte de las reservas de agua dulce del planeta. En segundo lugar, el acelerado deterioro ecológico está implicando una escasez creciente de agua dulce en escala mundial, por lo que el acaparamiento de este elemento ha devenido una preocupación de primer orden para las potencias mundiales.

Si consideramos la distribución mundial del agua (Gráfico 5), observamos que América Latina concentra el 33,5% de lo que se considera como recursos acuíferos accesibles a los seres humanos, seguida de Asia, que cuenta con el 26% del total mundial. Al interior de la región, la mayor parte de las reservas de agua se ubican en Brasil (44% del total regional), Colombia y Perú (11 y 10 % respectivamente) (Gráfico 6).

En términos generales, este panorama nos habla de un estancamiento relativo del capitalismo en América Latina, en tanto la mayor parte de las actividades económicas tiende a rezagarse frente a los procesos mundiales. En términos de la lógica productiva (ligada fundamentalmente a las actividades industriales), nuestra región no es uno de los focos más atractivos para la inversión de las grandes corporaciones. Descontando la presencia de los gigantes corporativos, cuyos patrones de comportamiento se mantienen relativamente estables, el elemento dinámico lo constituyen las inversiones de empresas transnacionales de “segundo orden” (donde el fenómeno más característico es la expansión de las empresas españolas, brasileñas y mexicanas) y el retorno con gran fuerza de los “enclaves” que buscan el control de territorios y riquezas naturales. Veamos ahora algunos aspectos de la presencia de las empresas transnacionales en América Latina.

### **COMPORTAMIENTO DE LAS GRANDES CORPORACIONES EN AMÉRICA LATINA**

A partir de la información de la revista *América Economía* para el año 2004, hemos elaborado tres vectores de comportamiento de las principales empresas que actúan en América Latina, clasificadas según el

monto de sus ventas. Estas 500 empresas realizan ventas por 1,12 billones de dólares y ganancias por 69 miles de millones de dólares (mmd), contando con más de 3,6 millones de asalariados.

En primer lugar, podemos constatar que las actividades más importantes para las grandes corporaciones son, según las ventas, petróleo y gas, comercio, telecomunicaciones y automotriz; y según las ganancias obtenidas, petróleo y gas, minería, acero y telecomunicaciones (Cuadro 6). De ese primer acercamiento se desprende la importancia del sector energético y de las telecomunicaciones como focos de valorización para los grandes capitales: el primero de ellos concentra el 26% de las ventas y el 24% de las ganancias de las 500 empresas más grandes que actúan en América Latina.

De esta visión agregada resulta que la mayor parte de la actividad de las grandes corporaciones tiene lugar en Brasil y México, donde se realizan casi el 80% de las ventas y el 61% de las ganancias, contando además con el 86% del empleo de las 500 (Cuadro 7). Y de un modo hasta cierto punto sorprendente, se constata que las empresas privadas nacionales son el grupo más importante entre las 500 de América Latina: en efecto, ese tipo de empresas realiza el 45% de las ventas, frente al 27% de las empresas extranjeras y otro tanto por parte de las empresas de propiedad estatal (Cuadro 8).

En segundo lugar, analizando el comportamiento de las empresas transnacionales, observamos que las ramas donde concentran su actividad son: automotriz, telecomunicaciones, alimentario, comercio, petróleo y electricidad. Como se muestra en el Cuadro 9, en la industria automotriz y en la electrónica, el peso de las filiales de las empresas transnacionales es determinante, pues realizan el 94 y el 69% de las ventas respectivamente; en las otras actividades señaladas, la presencia de empresas no latinoamericanas oscila entre el 46% de las ventas en telecomunicaciones y el 25% en petroquímica. La base de datos no contempla la información acerca del país de origen de las empresas, por lo que no es posible establecer las relaciones entre los grupos de inversionistas.

En términos de mercado, las economías preferidas por las corporaciones transnacionales son Brasil (49% de las ventas de las empresas extranjeras), México (31%), Argentina (8%) y Chile (6%), cifras que ilustran una fuerte concentración de la actividad de estas empresas en América Latina.

En Brasil actúan 75 empresas extranjeras, cuyas ventas alcanzan 150 mmd, monto que representa el 35% del total de ventas de las grandes corporaciones en ese país. En México actúan 35 empresas extranjeras, generando ventas por 95 mmd, cifra que representa el 21% de las ventas de las grandes corporaciones.

Al interior de estas economías, los principales sectores que albergan las empresas extranjeras, en orden decreciente de importancia, son los siguientes.

- En Brasil: telecomunicaciones, automotriz, agroindustrial, petróleo. Las empresas extranjeras realizan el 68% de las ventas de las grandes corporaciones del sector telecomunicaciones.
- En México: automotriz, comercio y electrónica. Las empresas extranjeras realizan el 84% de las ventas de las grandes corporaciones de la industria automotriz.
- En Argentina: petróleo, automotriz y telecomunicaciones. En la explotación petrolera sólo existen empresas de propiedad extranjera.
- En Chile: electricidad, minería y telecomunicaciones. Las empresas extranjeras realizan el 87% de las ventas de las grandes corporaciones del sector eléctrico.

Este panorama del comportamiento de las grandes corporaciones nos ofrece una visión matizada de la acumulación de capital en América Latina. El rasgo dominante de polarización en actividades y economías rentables explica el estancamiento de la región y desmiente las capacidades de “arrastre” de los capitales extranjeros. Como mencionábamos, un importante factor de dinamismo empresarial lo constituyen los grandes grupos nacionales, que ocupan actividades en las que la competencia extranjera es inexistente o menos intensa. Tal es el caso del sector energético en las tres grandes economías productoras de petróleo (Venezuela, México y Brasil), el sector eléctrico, la producción de acero y los medios de comunicación, así como las telecomunicaciones en México, que han dado origen a la mayor fortuna privada de la región, la de Carlos Slim.

### **SITUACIÓN DE LOS SECTORES QUE EXPLOTAN LAS RIQUEZAS NATURALES**

Estas perspectivas generales deben ser complementadas por el análisis de los actores que están explotando las riquezas naturales en América Latina, aspecto que constituye el principal atractivo de la región, en el contexto de un capitalismo mundial estancado y en el que la fabricación a bajo costo está fluyendo aceleradamente hacia China.

En primer lugar, el sector energético, aun cuando constituye una actividad prioritaria para el hegemón, además de ser altamente rentable, en la actualidad representa una de las últimas fronteras para el capital extranjero. En efecto, esta actividad está dominada por las tres

grandes compañías estatales de México, Venezuela y Brasil, cuya jurisdicción sobre los cuantiosos recursos energéticos de esos países aún constituye un freno a la presencia de las empresas transnacionales.

Los intentos de recuperar la soberanía energética por parte del presidente Hugo Chávez en Venezuela dibujan una primera tendencia en esta actividad: la integración productiva “Sur-Sur”. Se trata esencialmente de utilizar el recurso energético para crear márgenes de maniobra frente a EE.UU. y reasignar los beneficios producidos por esta actividad en beneficio de las políticas sociales y de desarrollo. Aunque la coyuntura de altos precios e inestabilidad en la región de Asia Central (principal productora mundial) resulta favorable a una estrategia de este tipo, las estrategias de los otros actores importantes, principalmente la de México, aparecen como obstáculos insalvables para su realización.

En efecto, la política energética mexicana está en completa sintonía con la “integración energética” de la administración Bush, que puede resumirse en el axioma: obtener por cualquier medio energéticos baratos. En México el dato fundamental acerca de este sector es su “privatización silenciosa”; mediante diversos instrumentos financieros, los gobiernos de México han entregado los nodos esenciales de la explotación de energéticos a las transnacionales. La administración Fox llegó al extremo de dar “rebajas” de precios a los estadounidenses en un contexto de alza constante de los precios y con un horizonte de petróleo caro de mediano plazo. La imposición de un presidente de la derecha pro-estadounidense en las elecciones de 2006 indica que esta política de malbaratamiento de los recursos naturales continuará en los próximos años. En lo que toca a la política interna, los ingresos petroleros son el único pilar que le queda a las administraciones neoliberales, de suerte que una reorientación “desarrollista” no es viable sin cambios muy profundos que ninguna de las fuerzas políticas del sistema está dispuesta a emprender.

A pesar de que Venezuela cuenta con reservas mucho mayores que las de México, la política de venta a cualquier precio del gobierno mexicano ha colocado a Pemex como la primera empresa latinoamericana. Y si bien el cambio del régimen legal de Pemex y de la petroquímica básica son demandas urgentes del gran capital y de los organismos multilaterales, la apertura del sector energético mexicano ha avanzado sensiblemente por medio de los contratos de servicios múltiples, instrumentos inconstitucionales que permiten la inversión extranjera en las actividades más rentables y/o sensibles, especialmente la generación de energía eléctrica, la prospección petrolera y la explotación de los yacimientos que son considerados como inexplorables por Pemex.

El tercer actor en cuestión, Petrobras, si bien no cuenta con grandes recursos petroleros, ha desarrollado importantes avances tecnológicos, particularmente en el campo de la explotación de yacimientos a gran profundidad, tecnología de vanguardia en escala mundial. Su estrategia principal consiste en penetrar en los países del Cono Sur presentándose como una alternativa viable a las transnacionales estadounidenses y españolas. Es notoria la voluntad de Petrobras de aparecer como una empresa con participación social, que dedica recursos a campañas ecológicas, e incluso ha sido una de las grandes patrocinadoras del Foro Social Mundial. Petrobras realiza actividades en todos los países que cuentan con recursos energéticos: Venezuela, Bolivia, Colombia, México, Ecuador, Perú, EE.UU., e incluso en Angola y China.

Frente a este complejo de fuerzas, las posibilidades de un proceso integrador de corte desarrollista aparecen sumamente limitadas, en tanto los grandes productores actúan con lógicas diferentes y en gran medida contrapuestas<sup>6</sup>.

Por otra parte, la estrategia estadounidense de privatización abierta o soterrada avanza teniendo como puntos de apoyo a los gobiernos de México y de Argentina. Esta integración toma la forma híbrida de la comercialización y actividades puntuales de prospección y extracción, dejando la mayor parte de las actividades restantes en manos de otras empresas, incluso de otras transnacionales, como es el caso de las petroleras españolas en Argentina. La actividad energética se mueve sobre una premisa estructural determinante: la mayor parte de los energéticos son comprados por EE.UU. Ello implica que un cambio de rumbo no puede limitarse al dominio energético, sino que requiere encontrar usos útiles y viables a esos recursos dentro de nuestras economías: por ello, los horizontes de las transformaciones deben ser de mediano y largo plazo.

El panorama de las otras dos grandes riquezas de América Latina está marcado por un proceso incipiente, aunque cada vez más rápido, de mercantilización.

En el caso del agua, es necesario constatar que la explotación de esta riqueza natural ya constituye un negocio de grandes magnitudes. Por lo que toca a la provisión de servicios de agua, dos empresas europeas están a la cabeza: Vivendi y Suez; ambas han estado envueltas en diversos conflictos con comunidades locales en defensa de la gestión colectiva del agua. En otro segmento de negocios muy importante, para

---

<sup>6</sup> Al momento de entregar este trabajo a la imprenta, el gobierno venezolano anunció la nacionalización del sector energético, decisión que muestra la profundidad de la disputa por los energéticos en nuestro continente, así como la inviabilidad de mantener políticas de "buena vecindad" como las aplicadas por los gobiernos de México.

el año 2000 se estimó que el valor de las ventas de agua embotellada en el mundo fue de entre 22 y 36 mmd, con más de 84 mil millones de litros vendidos; esta actividad está dominada por el gigante alimentario suizo Nestlé.

En América Latina, asistimos al fin progresivo de la gestión colectiva de los recursos acuíferos por parte de comunidades y autoridades municipales y provinciales. En una estrategia de “privatización parcelada”, los diferentes niveles de gobierno ceden la gestión del agua a las empresas, particularmente a las transnacionales. Por tratarse de un elemento vital para la reproducción de las sociedades y, por lo mismo, estar en la mira de las grandes potencias como una riqueza cuyo control resulta indispensable, la mercantilización del agua transcurre por dos vías paralelas al control directo de las reservas acuíferas (aún bajo jurisdicción estatal): la provisión de servicios de agua, saneamiento y alcantarillado como punta de lanza de la privatización, y el acelerado crecimiento de la industria del agua embotellada.

De modo similar que en el caso de los recursos energéticos, las empresas transnacionales y los organismos financieros internacionales desarrollan una intensa campaña financiera y de propaganda, para lograr que las leyes que rigen la propiedad de los recursos acuíferos sean cambiadas y se autoricen la privatización de las reservas y las inversiones privadas para su explotación. En esta línea, la disputa por el Acuífero Guaraní de América del Sur revestirá una importancia crucial, en tanto los países latinoamericanos enfrentan el dilema de ponerse de acuerdo entre sí o sucumbir frente a las políticas “globalistas” de EE.UU. que buscan hacer que esta reserva estratégica de agua pase a tutela “internacional” –léase estadounidense.

Por lo que toca a la biodiversidad, el dato central es que esta riqueza constituye un campo de frontera para la valorización del capital. En la línea de volver todo mercancía, incluyendo los propios seres vivos y la vida misma, diferentes agentes del capitalismo desarrollan estrategias para crear nuevos espacios para la obtención de ganancias. En esa perspectiva, la primera etapa en gran escala para crear actividades rentables a partir de la producción mercantil de vida la constituyen las actividades de prospección (inventario de los seres vivos y de los “usos” que se les puede dar).

En todos los territorios de gran diversidad biológica de América Latina podemos reconocer las acciones que buscan la apropiación privada de los conocimientos ligados a los seres vivos, actividades que comprenden la elaboración de acervos de seres vivos, estudios de su comportamiento y reproducción, o –tema que genera de más en más resistencia en las comunidades– la codificación de los saberes tradicionales. De este modo, la manipulación de los seres vivos y la



producción artificial de la vida se abren paso como las actividades rentables del futuro.

Los agentes de este proceso de expropiación son las organizaciones no gubernamentales y las universidades, nuevas formas que asume la acumulación originaria de capital en el capitalismo informático. Al tratarse de campos de vanguardia, son contados los casos en los que se observa a las empresas realizar sobre el terreno estas tareas de prospección, especialmente porque no hay aún ganancias inmediatas en juego; se trata de tareas exploratorias que resulta más rentable dejar en manos de agentes menos connotados. Asimismo, por la cohesión y en muchos casos por la beligerancia de las comunidades implicadas, resulta más fácil penetrar el tejido social bajo la cobertura de la “ciencia”, la promoción del “desarrollo comunitario” y la “conservación del medio ambiente”.

En términos generales, el mayor avance en la privatización de los seres vivos lo constituyen los organismos genéticamente modificados, en especial las semillas y los alimentos transgénicos. Empresas como Novartis y Monsanto se encuentran a la vanguardia de este proceso.

La introducción de estas formas industrializadas de vida ha levantado importantes resistencias de las comunidades rurales latinoamericanas, esencialmente aquellas ligadas a la agricultura, que ven en las semillas transgénicas una amenaza directa a su existencia y un poderoso medio para volverlas dependientes de las grandes productoras y comercializadoras de semillas. La modificación genética de las semillas rompe el ciclo natural de autoabastecimiento de los campesinos y fomenta la concentración de las tierras en grandes explotaciones. El caso de la siembra masiva de soja transgénica en Brasil y Argentina ilustra claramente este proceso, que tiene –vale la pena subrayarlo– repercusiones ecológicas de alcance mundial.

Los alimentos transgénicos también han provocado fuertes reacciones sociales, encabezadas por los “observatorios ciudadanos”. En este terreno, los principales cuestionamientos a la actuación de las empresas son dos. Por una parte, se subraya el desconocimiento sobre los efectos de las modificaciones genéticas en la salud y en el medio ambiente; ello ha desembocado en tres exigencias: aplicación del principio de precaución antes de poner a la venta cualquier producto que contenga transgénicos; retiro de los alimentos elaborados con materias primas modificadas genéticamente; y etiquetado de todo producto que contenga transgénicos. Por otra parte, se denuncian los engaños que hacen las empresas transnacionales que buscan nuevos productos a partir de los alimentos transgénicos al experimentar en seres humanos sin el conocimiento de las personas

implicadas. El caso de la empresa Ventria Biosciences, que realizó experimentos en infantes en instituciones de salud de Perú, es sólo uno de los escándalos más recientes y uno de los pocos que ha visto la luz pública (Ribeiro, 2006a; 2006b)..

En los campos de vanguardia, podemos citar el ejemplo del proyecto ICBG-Maya, realizado en los años noventa, que implicó la “colaboración” de varias empresas farmacéuticas con instituciones de salud, organizaciones no gubernamentales y universidades de EE.UU. y México. En un esquema clásico de “maquila intelectual”, los agentes estadounidenses aportaron conocimiento y capitales, mientras que sus contrapartes mexicanas participaron con la mano de obra y el *expertise* para realizar las tareas de bioprospección en el estado de Chiapas (Ceceña, 2000; Giménez, 2001).

Los principales beneficiarios de estas tareas prospectivas son las empresas gigantes de la farmacéutica, que adaptan los conocimientos obtenidos para aislar principios activos no explotados aún por estas empresas, e incluso nuevos principios terapéuticos (nuevas formas de curar ciertas enfermedades). Asimismo, es necesario señalar que opera un flujo importante de conocimiento desde nuestros países hacia los laboratorios, universidades y empresas de EE.UU., reforzando las asimetrías que permiten a las grandes empresas controlar la reproducción social.

Por la importancia de estas actividades, en tanto conciernen a la vida, su reproducción y sus condiciones de existencia, la lucha contra la privatización de los seres vivos será un terreno decisivo para el futuro inmediato de nuestras sociedades.

## EN EL CAMINO

Para concluir, deseamos presentar algunas ideas generales, intentando enlazar las cuestiones relativas a los saberes de las empresas transnacionales con algunas de las experiencias de resistencia a su acción.

- En tanto las riquezas naturales son un bien colectivo de las comunidades, ellas constituyen los ejes de la resistencia en el futuro inmediato. El grado de desposesión que el capitalismo contemporáneo necesita para mantener en ascenso su acumulación de ganancias plantea un desafío límite a los sujetos sociales e incluso a los individuos: la disputa desborda los lugares de trabajo y las esferas tradicionales de la política, para pasar a los territorios y a la reproducción de la vida. La perspectiva que abre el éxito de las actuales estrategias de los agentes hegemónicos es la de una sociedad cada vez más controlada y organizada en función de los intereses de las grandes corporaciones. La defensa de los territo-

rios y de la vida, por su parte, abre las posibilidades de búsqueda de nuevas experiencias civilizatorias que ejecuten la crítica de la sociedad existente en los hechos.

- Este carácter axial de las riquezas naturales implica la importancia que para las resistencias sociales tienen los (pocos) sindicatos que quedan en las actividades que explotan los recursos naturales: centralmente, en el sector energético. Las luchas de los trabajadores electricistas en México y de los petroleros en Argentina, Colombia, Bolivia y Ecuador son ejemplos de cómo un agente colectivo, a pesar de su gremialismo e integración al sistema establecido, puede frenar los intentos privatizadores. Si mantener la propiedad de la nación sobre estos recursos y el control estatal son situaciones insuficientes, en tanto carecen de viabilidad en el capitalismo globalizado, constituyen una posibilidad de que resistencias sociales más amplias y con propuestas transformadoras encuentren un punto de partida sólido en la convergencia con los sindicatos del sector energético (y algunos otros).
- En el camino de confrontar la acción de las empresas transnacionales, es necesario favorecer el desarrollo de nuevas formas de resistencia. Retomando las experiencias de EE.UU., Europa e India, se observa que los “observatorios ciudadanos” (iniciativas de investigación, formación y denuncia) juegan un papel fundamental como catalizadores de la resistencia a las empresas transnacionales. En primer lugar, estos espacios permiten que movimientos sociales e individuos atomizados puedan encontrarse y llegar a acuerdos para actuar colectivamente. En segundo lugar, amplifican las luchas sectoriales hacia las escalas nacional y continental-mundial. Digamos de paso que estas iniciativas se desarrollan bajo fuertes presiones de recuperación por parte de los gobiernos y las empresas: la cuestión del financiamiento constituye siempre un mecanismo de control y de “autocensura” que limita la eficacia de estos espacios novedosos de resistencia.
- Finalmente, como correlato de la decadencia de los sindicatos y demás espacios y formas de reivindicar que caracterizaron a la lucha social hasta épocas recientes, el boicot y la acción directa se perfilan como los medios de acción más adecuados a la realidad actual. En los años recientes, esas formas de lucha han conseguido romper el silencio sobre la apropiación privada de los bienes colectivos (y de las consecuencias de ello) y motivado

la movilización social fuera de los cauces institucionales (copados por las grandes empresas). Ante el vaciamiento de nuestras democracias representativas, que carecen de mecanismos operantes para dirimir los conflictos sociales y que se atrincheran cada vez más en los dispositivos represivos, las resistencias sociales muestran que el punto de partida de una verdadera confrontación con los poderes establecidos es la ruptura de las reglas del juego: tales son las experiencias de nuestros pueblos que hermanan a los zapatistas mexicanos con los grupos piqueteros argentinos o los movimientos vecinales, campesinos e indígenas de Bolivia.

## BIBLIOGRAFÍA

- América Economía* “Las 500 mayores empresas de América Latina” (Santiago de Chile) varios años.
- BM-Banco Mundial 2005 *World Development Indicators* (Washington DC: BM).
- Ceceña, Ana Esther 2000 “Biopiratería o desarrollo sustentable” en *Chiapas* (México DF: ERA/Instituto de Investigaciones Económicas) N° 9.
- Ceceña, Ana Esther y Barreda, Andrés (coords.) 1995 *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México DF: Siglo XXI).
- CEPAL 2005 *La inversión extranjera en América Latina* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Coase, Ronald H. 1937 “The nature of the firm” en *Economica*, Vol. 4, N° 16, noviembre.
- Giménez, Joaquín 2001 “El ICBG: laboratorio global o negocio redondo” en *Chiapas* (México DF: ERA/Instituto de Investigaciones Económicas) N° 12.
- Ornelas, Raúl 1995 “Las empresas transnacionales como agentes de la dominación capitalista” en Ceceña, Ana Esther y Barreda, Andrés (coords.) *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México DF: Siglo XXI).
- Ornelas, Raúl 2001 “Dynamique concurrentielle et effets de domination. Les stratégies des entreprises transnationales dans les activités du numérique”, Tesis de Doctorado, Université Paris X Nanterre.

Ribeiro, Silvia 2006a “Bebés como conejillos de Indias” en *La Jornada* (México DF) 1 de julio. En <[www.jornada.unam.mx/2006/07/01/048n1soc.php](http://www.jornada.unam.mx/2006/07/01/048n1soc.php)>.

Ribeiro, Silvia 2006b “El jardinero infiel” en *La Jornada* (México DF) 30 de julio. En <[www.jornada.unam.mx/2006/07/30/028a1eco.php](http://www.jornada.unam.mx/2006/07/30/028a1eco.php)>.

Williamson, Oliver 1989 *Las instituciones económicas del capitalismo* (México DF: Fondo de Cultura Económica).

World Resources Institute *World Resources* (Washington DC: WRI) varios años.

## ANEXO

**Cuadro 1**  
Distribución mundial de los flujos entrantes de IED

En millones de dólares								
Región o país	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2004
<b>Total mundial</b>	13.434	27.380	55.108	57.645	207.878	341.086	1.396.539	648.146
<b>Economías desarrolladas</b>	9.496	16.882	46.629	42.486	172.067	218.738	1.134.293	380.022
<b>Canadá</b>	1.823	3.387	5.807	1.372	7.582	9.255	66.791	6.293
<b>Estados Unidos</b>	1.260	2.560	16.918	20.490	48.422	58.772	314.007	95.859
<b>Unión Europea 25</b>	5.158	9.805	21.485	15.677	97.759	129.237	696.295	216.440
<b>Francia</b>	621	1.456	3.328	2.210	15.614	23.674	43.250	24.318
<b>Alemania</b>	770	689	333	494	2.962	12.025	198.276	-38.557
<b>Italia</b>	624	645	577	1.072	6.345	4.817	13.375	16.815
<b>Reino Unido</b>	1.488	3.319	10.123	5.668	30.461	19.969	118.764	78.399
<b>Japón</b>	94	226	278	642	1.753	41	8.323	7.816
<b>Economías en desarrollo</b>	3.937	10.498	8.479	15.158	35.811	122.348	262.246	268.124
<b>Economías en desarrollo: América</b>	1.681	4.303	7.494	7.270	9.586	30.167	97.523	67.526
<b>Argentina</b>	90	56	678	919	1.836	5.609	10.418	4.254
<b>Bolivia</b>	20	62	50	10	67	374	736	117
<b>Brasil</b>	392	1.203	1.910	1.418	989	4.405	32.779	18.166
<b>Chile</b>	12	37	287	165	661	2.956	4.860	7.603
<b>Colombia</b>	43	37	157	1.023	500	968	2.395	2.739
<b>Ecuador</b>	89	95	70	62	126	452	720	1.241
<b>Paraguay</b>	4	20	30	8	71	103	104	119
<b>Perú</b>	-14	81	63	16	41	2.557	810	1.816
<b>Uruguay</b>	2	23	290	-8	42	157	274	311
<b>Venezuela</b>	-23	418	80	99	451	985	4.701	1.518
<b>Costa Rica</b>	26	69	53	70	162	337	409	618
<b>México</b>	323	609	2.090	1.984	2.633	9.526	16.781	16.602

**Cuadro 1** [continuación]

Región o país	En porcentaje							
	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2004
<b>Economías desarrolladas</b>	70,7	61,7	84,6	73,7	82,8	64,1	81,2	58,6
<b>Canadá</b>	13,6	12,4	10,5	2,4	3,6	2,7	4,8	1,0
<b>Estados Unidos</b>	9,4	9,3	30,7	35,5	23,3	17,2	22,5	14,8
<b>Unión Europea 25</b>	38,4	35,8	39,0	27,2	47,0	37,9	49,9	33,4
<b>Francia</b>	4,6	5,3	6,0	3,8	7,5	6,9	3,1	3,8
<b>Alemania</b>	5,7	2,5	0,6	0,9	1,4	3,5	14,2	-5,9
<b>Italia</b>	4,6	2,4	1,0	1,9	3,1	1,4	1,0	2,6
<b>Reino Unido</b>	11,1	12,1	18,4	9,8	14,7	5,9	8,5	12,1
<b>Japón</b>	0,7	0,8	0,5	1,1	0,8	0,0	0,6	1,2
<b>Economías en desarrollo</b>	29,3	38,3	15,4	26,3	17,2	35,9	18,8	41,4
<b>Economías en desarrollo: América</b>	12,5	15,7	13,6	12,6	4,6	8,8	7,0	10,4
<b>Argentina</b>	0,67	0,20	1,23	1,59	0,88	1,64	0,75	0,66
<b>Bolivia</b>	0,15	0,22	0,09	0,02	0,03	0,11	0,05	0,02
<b>Brasil</b>	2,92	4,39	3,47	2,46	0,48	1,29	2,35	2,80
<b>Chile</b>	0,09	0,14	0,52	0,29	0,32	0,87	0,35	1,17
<b>Colombia</b>	0,32	0,14	0,29	1,77	0,24	0,28	0,17	0,42
<b>Ecuador</b>	0,66	0,35	0,13	0,11	0,06	0,13	0,05	0,19
<b>Paraguay</b>	0,03	0,07	0,05	0,01	0,03	0,03	0,01	0,02
<b>Perú</b>	-0,10	0,30	0,12	0,03	0,02	0,75	0,06	0,28
<b>Uruguay</b>	0,02	0,08	0,53	-0,01	0,02	0,05	0,02	0,05
<b>Venezuela</b>	-0,17	1,53	0,15	0,17	0,22	0,29	0,34	0,23
<b>Costa Rica</b>	0,20	0,25	0,10	0,12	0,08	0,10	0,03	0,10
<b>México</b>	2,40	2,22	3,79	3,44	1,27	2,79	1,20	2,56

Fuente: UNCTAD

**Cuadro 2**  
Evolución de la población de América Latina

<b>En millones de habitantes</b>									
	<b>1960</b>	<b>1970</b>	<b>1975</b>	<b>1980</b>	<b>1985</b>	<b>1990</b>	<b>1995</b>	<b>2000</b>	<b>2003</b>
<b>Brasil</b>	72,7	96,0	108,1	121,6	135,2	148,0	159,5	170,1	176,6
<b>México</b>	36,9	50,6	59,1	67,6	75,5	83,2	91,1	98,0	102,3
<b>Colombia</b>	16,9	22,6	25,4	28,4	31,7	35,0	38,5	42,3	44,6
<b>Argentina</b>	20,6	24,0	26,0	28,1	30,3	32,3	34,1	35,9	36,8
<b>Perú</b>	9,9	13,2	15,2	17,3	19,5	21,6	23,8	25,9	27,1
<b>Venezuela</b>	7,6	10,7	12,7	15,1	17,5	19,8	22,0	24,3	25,7
<b>Chile</b>	7,6	9,5	10,3	11,1	12,0	13,1	14,2	15,2	15,8
<b>Ecuador</b>	4,4	6,0	6,9	8,0	9,1	10,3	11,4	12,4	13,0
<b>Bolivia</b>	3,4	4,2	4,8	5,4	6,0	6,7	7,5	8,3	8,8
<b>Paraguay</b>	1,8	2,4	2,7	3,1	3,6	4,2	4,7	5,3	5,6
<b>Uruguay</b>	2,5	2,8	2,8	2,9	3,0	3,1	3,2	3,3	3,4
<b>América Latina</b>	214,8	280,9	317,6	356,7	396,2	434,9	473,7	510,4	532,7

<b>En porcentaje sobre el total de AL</b>									
	<b>1960</b>	<b>1970</b>	<b>1975</b>	<b>1980</b>	<b>1985</b>	<b>1990</b>	<b>1995</b>	<b>2000</b>	<b>2003</b>
<b>Brasil</b>	33,9	34,2	34,0	34,1	34,1	34,0	33,7	33,3	33,1
<b>México</b>	17,2	18,0	18,6	18,9	19,0	19,1	19,2	19,2	19,2
<b>Argentina</b>	7,8	8,0	8,0	8,0	8,0	8,0	8,1	8,3	8,4
<b>Venezuela</b>	9,6	8,5	8,2	7,9	7,6	7,4	7,2	7,0	6,9
<b>Colombia</b>	4,6	4,7	4,8	4,9	4,9	5,0	5,0	5,1	5,1
<b>Chile</b>	3,5	3,8	4,0	4,2	4,4	4,5	4,7	4,8	4,8
<b>Perú</b>	3,5	3,4	3,3	3,1	3,0	3,0	3,0	3,0	3,0
<b>Ecuador</b>	2,1	2,1	2,2	2,2	2,3	2,4	2,4	2,4	2,4
<b>Uruguay</b>	1,6	1,5	1,5	1,5	1,5	1,5	1,6	1,6	1,7
<b>Bolivia</b>	0,9	0,8	0,8	0,9	0,9	1,0	1,0	1,0	1,1
<b>Paraguay</b>	1,2	1,0	0,9	0,8	0,8	0,7	0,7	0,7	0,6
<b>América Latina</b>	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia sobre datos del Banco Mundial (2005).



**Cuadro 3**

Estimación de la IED por países de origen, 2001 y 2003 (en millones de dólares y porcentajes)\*

	2001		2003	
	<b>Estados Unidos</b>	30.176	45,30	13.569
<b>España</b>	12.719	19,10	10.194	29,00
<b>Países Bajos</b>	5.425	8,10	2.076	5,90
<b>Reino Unido</b>	800	1,20	1.945	5,50
<b>Canadá</b>	1.704	2,60	1.226	3,50
<b>Francia</b>	4.163	6,20	522	1,50
<b>Italia</b>	11	0,02	454	1,30
<b>Otros</b>	11.665	17,50	5.212	14,80
<b>Total</b>	66.663	100,00	35.197	100,00
<b>5 países principales de Europa</b>	23.118	34,70	15.190	43,20

Fuente: CEPAL (2005: 45-46).

\* Estimado a partir de los datos de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Venezuela, México, Costa Rica y El Salvador.

**Cuadro 4**

Prospectiva de la explotación petrolera en América Latina

País	Reservas probadas	Producción	Exportaciones	Exportaciones a EE.UU.	Principales campos	Estatuto empresas
<b>México</b>	30,8 mmb* (2002)	3,127 mb/d** (2001)	1,5 mb/d (2000)	1,4 mb/d (2000)	Cantarell (75% de la producción)	Pemex
				93% de las X	Chicontepec (reservas) Kimaloob y Grijalva (desarrollo)	Control estatal
<b>Venezuela</b>	77,7 mmb (2002)	3,07 mb/d (2001)	2,3 mb/d (2001)	1,54 mb/d (2001)	Barinas Maracaibo (producción)	PDVSA
				67% de las Xs	Orinoco (reservas)	Control estatal
<b>Brasil</b>	7,65 mmb (2001)	1,34 mb/d (2001)	Brasil es importador neto de petróleo		Campos (85% reservas)	Petrobras
					Ceara y Urucu (desarrollos)	51% estatal

Cuadro 4 [continuación]

País	Reservas probadas	Producción	Exportaciones	Exportaciones a EE.UU.	Principales campos	Estatuto empresas
Colombia	2,6 mmb (1999)	710.000 b/d (2000)	383.000 b/d (2000)	326 000 b/d (2000)	Cusanares (producción)	Ecopetrol
				85% de las Xs	Caro Limón (producción)	Empresa estatal
					Guando (desarrollo)	Abierto a la inversión privada y extranjera
Argentina	2,8 mmb (2000)	802.000 b/d (1999)	372.000 b/d (1999)	-	Neuquén (prod. y reservas)	Repsol-YPF
					Reservas de petróleo y gas	Abierto a la inversión privada y extranjera
Ecuador	2,1 mmb (2000)	415.000 b/d (2001)	276.000 b/d (2001)	-	Shushufindi, Sacha y Libertad (producción)	PetroEcuador
				40% de las Xs		Propiedad estatal
						Apertura parcial

Fuente: Elaboración propia sobre datos de Petrobras y Oficina de Combustibles Fósiles del Departamento de Estados Unidos.

\* Miles de millones de barriles.

\*\* Millones de barriles diarios.

**Cuadro 5**Ubicación de la biodiversidad en el mundo  
Especies conocidas exceptuando insectos

País	Mamíferos		Aves		Reptiles		Anfibios		Peces de agua dulce	Total animales	Plantas superiores	
	1*	2**	1	2	1	2	1	2	1	1	1	2
<b>Total mundial</b>	4.629	-	10.000	-	6.900	-	4.522	-	25.000	51.051	270.000	-
<b>Brasil</b>	578	119	1.712	185	491	201	581	375	3.000	6.362	56.215	-
<b>Colombia</b>	467	34	1.821	67	593	115	684	230	1.500	5.065	51.220	1.500
<b>Indonesia</b>	667	222	1.604	408	514	305	285	115	1.400	4.470	29.375	27.500
<b>México</b>	544	140	1.026	92	704	368	310	194	506	3.090	26.071	12.500
<b>Venezuela</b>	353	19	1.392	40	283	66	245	122	1.270	3.543	21.073	20.000
<b>Ecuador</b>	341	25	1.515	37	380	120	426	162	706	3.368	19.362	4.000
<b>Estados Unidos</b>	468	105	888	67	287	79	263	152	822	2.728	19.473	4.036
<b>Perú</b>	441	49	1.781	112	360	96	376	152	855	3.813	17.144	5.356
<b>Bolivia</b>	361	16	1.414	18	211	20	122	28	389	1.083	17.367	4.000
<b>Costa Rica</b>	232	7	838	6	214	38	168	39	130	1.582	12.119	950
<b>Argentina</b>	375	49	1.038	19	234	78	153	45	410	2.210	9.372	1.100
<b>Guatemala</b>	193	3	684	1	235	24	107	34	220	1.439	8.681	1.171

Fuente: World Resources Institute (2000-2001; 2004-2005).

\* 1 = Total de especies conocidas.

\*\* 2 = Especies endémicas.

**Cuadro 6**  
Principales empresas en América Latina por actividades que realizan, 2004  
(% sobre el total de las 500)

	<b>Empresas</b>	<b>Ventas</b>	<b>Ganancias</b>	<b>Empleos</b>
<b>Petróleo/Gas</b>	6,40	25,87	23,92	6,87
<b>Comercio</b>	15,20	11,18	4,38	24,58
<b>Telecomunicaciones</b>	8,20	8,67	8,54	7,57
<b>Automotriz</b>	6,00	6,94	0,27	5,41
<b>Electricidad</b>	8,20	6,58	2,91	6,49
<b>Holding</b>	5,00	6,38	6,53	10,15
<b>Acero</b>	5,60	4,92	14,73	3,71
<b>Minería</b>	5,40	4,53	17,75	2,34
<b>Petroquímica/ Química</b>	7,00	4,34	2,50	1,78
<b>Bebidas</b>	3,60	3,47	3,63	7,44
<b>Alimentos</b>	4,60	2,66	1,93	7,15
<b>Agroindustrias</b>	2,20	2,55	0,13	1,19
<b>Otros</b>	22,60	11,90	12,79	15,33
<b>Total en %</b>	100	100	100	100
<b>Total</b>	500	1.122.495	69.052	3.609.961

Fuente: Elaboración propia sobre datos de *América Economía*.

**Cuadro 7**  
Principales empresas en América Latina por mercados en los que actúan  
(% sobre el total de las 500)

	<b>Empresas</b>	<b>Ventas</b>	<b>Ganancias</b>	<b>Empleos</b>
<b>México</b>	30,80	39,44	19,03	51,58
<b>Brasil</b>	40,60	38,20	42,24	34,45
<b>Chile</b>	9,60	6,67	15,38	4,71
<b>Venezuela</b>	2,20	6,65	10,32	0,69
<b>Argentina</b>	6,40	4,07	5,16	4,36
<b>Colombia</b>	5,60	2,47	2,95	2,17
<b>Perú</b>	2,20	1,11	1,07	0,46
<b>Otros</b>	2,60	1,39	3,84	1,57
<b>Total en %</b>	100	100	100	100
<b>Total</b>	500	1.122.495	69.052	3.609.961

Fuente: Elaboración propia sobre datos de *América Economía*.

**Cuadro 8**

Comportamiento de grupos de empresas en América Latina por propiedad del capital, 2004  
(% sobre el total de las 500)

	<b>Empresas</b>	<b>Ventas</b>	<b>Ganancias</b>	<b>Empleos</b>
<b>Estatales</b>	8,4	27,3	26,0	16,6
<b>Privado nacional</b>	59,4	45,4	56,9	60,5
<b>Privado extranjero</b>	32,2	27,3	17,1	22,9
<b>Total en %</b>	100	100	100	100
<b>Total</b>	500	1.122.495	69.052	3.609.961

Fuente: Elaboración propia sobre datos de *América Economía*.

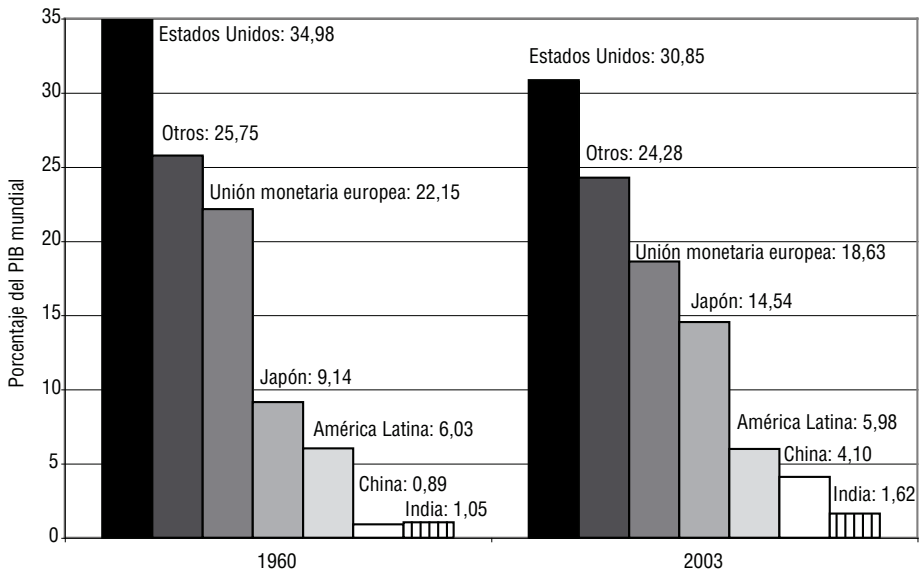
**Cuadro 9**

Principales ETN en América Latina, 2004

<b>% sobre el total de las ETN</b>			<b>% sobre el total de cada sector</b>		
	<b>Empresas</b>	<b>Ventas</b>		<b>Empresas</b>	<b>Ventas</b>
<b>Automotriz</b>	14,9	24,0	<b>Automotriz</b>	80,0	94,4
<b>Telecomunicaciones</b>	15,5	14,7	<b>Electrónica</b>	69,2	69,5
<b>Alimentario</b>	11,2	12,8	<b>Telecomunicaciones</b>	61,0	46,2
<b>Comercio</b>	9,3	12,6	<b>Alimentario</b>	31,6	38,3
<b>Petróleo</b>	7,5	9,2	<b>Comercio</b>	19,7	30,7
<b>Electricidad</b>	9,9	6,8	<b>Electricidad</b>	39,0	28,0
<b>Electrónica</b>	5,6	4,7	<b>Petroquímica</b>	37,1	25,5
<b>Petroquímica</b>	8,1	4,1	<b>Minería</b>	37,0	21,2
<b>Minería</b>	6,2	3,5	<b>Acero</b>	17,9	15,3
<b>Acero</b>	3,1	2,8	<b>Petróleo</b>	37,5	9,7
<b>Otros</b>	8,7	4,9			
<b>Total en %</b>	100	100	<b>Total en %</b>	100	100
<b>Total</b>	161	306.019	<b>Total</b>	500	1.122.495
<b>Brasil</b>	46,6	49,2	<b>Brasil - Telecom</b>	75,0	68,4
<b>México</b>	21,7	31,2	<b>México - Automotriz</b>	61,5	83,6
<b>Chile</b>	7,5	5,9	<b>Chile - Electricidad</b>	80,0	86,7
<b>Argentina</b>	11,2	8,2	<b>Argentina - Petróleo</b>	100	100
<b>Otros</b>	13,0	5,5			
<b>Total en %</b>	100	100			
<b>Total</b>	161	306.019			

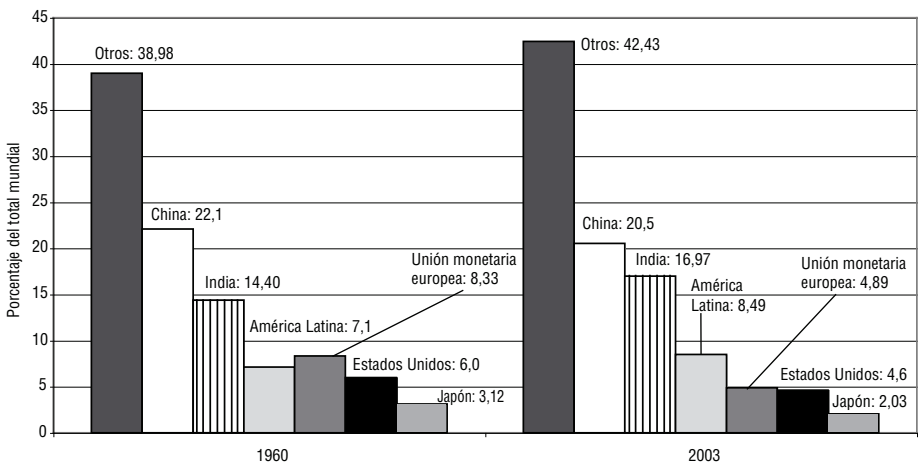
Fuente: Elaboración propia sobre datos de *América Economía*.

**Gráfico 1**  
 PIB por regiones, 1960 y 2003



Fuente: BM (2005).

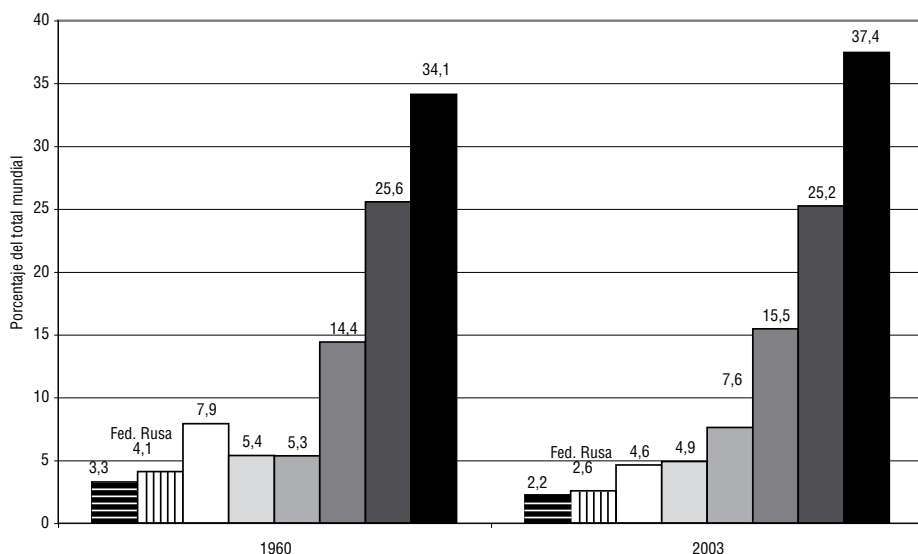
**Gráfico 2**  
 Distribución de la población, 1960 y 2003



Fuente: BM (2005).

**Gráfico 3**

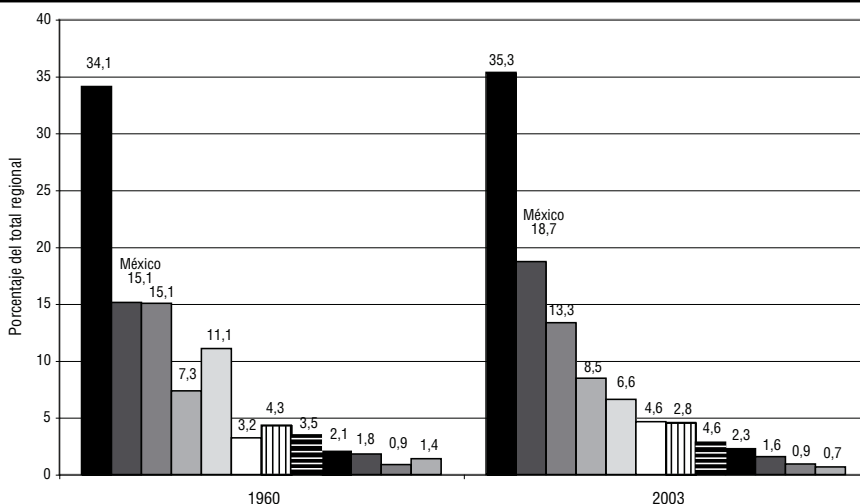
Distribución mundial de la Población Económicamente Activa, 1960 y 2003



Fuente: BM (2005).

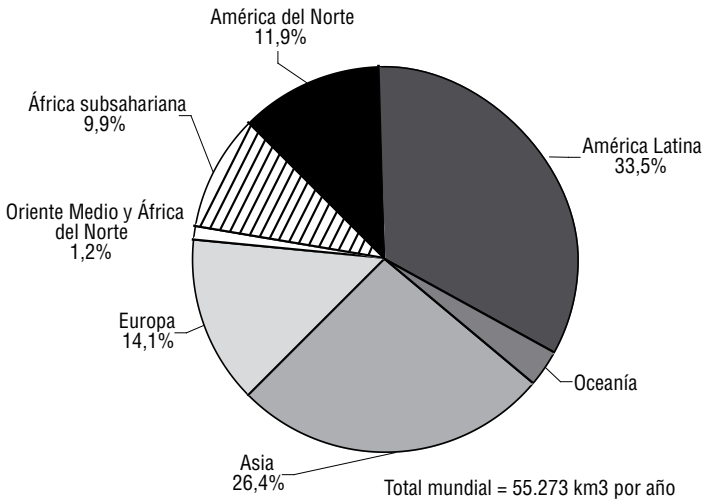
**Gráfico 4**

Distribución de la Población Económicamente Activa en AL, 1960 y 2003



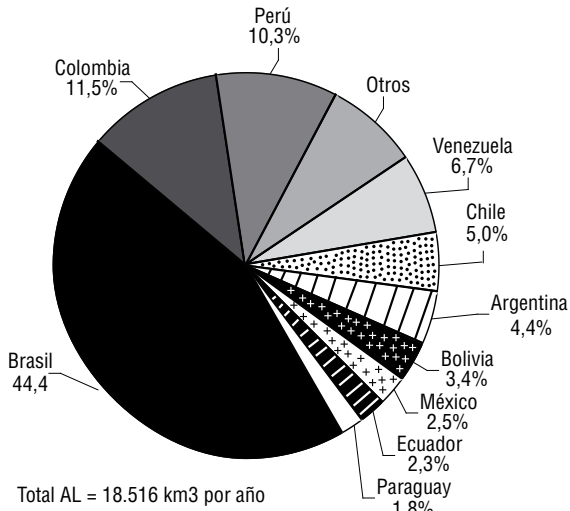
Fuente: BM (2005).

**Gráfico 5**  
Distribución de los recursos acuíferos, 2005



Fuente: WRI (2005).

**Gráfico 6**  
Distribución de recursos acuíferos en América Latina, 2005



Fuente: WRI (2005).





Claudia Korol\*

## LA SUBVERSIÓN DEL SENTIDO COMÚN Y LOS SABERES DE LA RESISTENCIA

PENSAR EN EMANCIPACIONES, no como ejercicio teórico, sino como construcción de nuevos sentidos, en un tiempo de ofensiva conservadora, de guerras e invasiones, de recolonización del continente, constituye un enorme desafío, que coloca como un tema central la necesaria batalla cultural. Esta se vuelve imprescindible no sólo para criticar sistemáticamente las ideas y valores, sentidos y sentires con que se pretende sostener la dominación capitalista, patriarcal, racista, de las elites de Occidente, sino también –y fundamentalmente– para forjar nuevas ideas, sentimientos, valores, que abran posibilidades y oportunidades a la búsqueda apasionada y apasionante de humanizar la vida.

La creación de territorios subjetivos de libertad, en espacios y tiempos que pretenden ser acorralados, domesticados o marginalizados desde el poder, requiere de un gigantesco esfuerzo de invención, que contribuya a que los movimientos populares, desafiando los duros límites impuestos por las políticas de sobrevivencia, el acoso represivo y judicial, las marcas de la impunidad en los cuerpos –que aún llevan abiertas y expuestas las heridas– y las tentaciones de las políticas de cooptación, puedan atreverse a soñar no sólo esfuerzos cotidianos de

\*Educatora popular. Coordinadora del equipo de educación popular Pañuelos en Rebeldía.

resistencia, sino también la posibilidad de cambiar el mundo, peleando simultáneamente contra todas las formas de explotación, opresión y dominación.

Pensar en emancipaciones, en el contexto actual, y más allá de los textos de moda, implica dar cuenta de la fuerza que adquieren en los imaginarios construidos desde el poder los sentimientos de impotencia, de resignación, de apatía, y la consecuente búsqueda de atajos en respuestas pragmáticas, inmediatistas, posibilistas, y la descalificación de toda idea libertaria, considerada como retórica del pasado.

Recrear un imaginario rebelde nos involucra colectivamente en la necesidad de deconstruir de manera compleja, sistemática, profunda, aquellas nociones que resultan pilares del sistema capitalista y patriarcal, tales como mercado, propiedad privada, familia, progreso, desarrollo, frontera, Estado. Significa no sólo proponer nuevas nociones, sino fundamentalmente nuevas prácticas solidarias que las vayan constituyendo.

La subversión del sentido común es un paso imprescindible para atrevernos a desear una transformación de nuestras concepciones y acciones políticas, desafiantes del sistema cultural que multiplica, reproduce y refuerza la dominación. Para avanzar en esta dirección, debemos nutrirnos de las acumulaciones culturales realizadas por nuestros pueblos, en el enfrentamiento a la colonización, a la conquista, a las políticas imperiales, en los saberes forjados en las resistencias anticapitalistas, así como en las batallas libradas por los movimientos de mujeres y las organizaciones que expresan la diversidad sexual, contra los usos y costumbres patriarcales.

La crisis civilizatoria que atraviesa el mundo actual se expresa de muchas maneras, pero fundamentalmente en el hecho de que quienes detentan el poder mundial conducen a la sistemática destrucción –en nombre del “progreso” y del “desarrollo”– de la naturaleza y de una gran parte de la humanidad; y también en las fuertes limitaciones de las fuerzas anticapitalistas, a la hora de proponer y llevar adelante modelos diferentes que superen aquellos paradigmas. No alcanza con la proposición o las prácticas de una mejor distribución de la riqueza, con lo importante que estas pueden ser para salvar la vida de millones de personas. La sobrevivencia del planeta exige repensar los modelos de industrialización, las nociones de crecimiento que, fundadas en la lógica de obtención de máximas ganancias para las transnacionales, subestiman o desprecian lo que estas modalidades tienen de destrucción de los bienes naturales, de contaminación de tierras y aguas, de agotamiento de especies que forman la biodiversidad.

En este contexto, existen variadas formas de resistencia popular motivadas por la desesperación ante las políticas excluyentes o por

las necesidades de sobrevivencia; resistencias que rehacen la dignidad negada por las políticas que sustituyen el trabajo por el tráfico de mendrugos; resistencias frente al avasallamiento de la soberanía nacional o popular; resistencias basadas en la defensa de la identidad cultural, de género o de opciones diversas y desafiantes del patrón hegemónico. Para que estas variadas resistencias se vuelvan proyectos emancipatorios, es necesario que se desarrolle, simultáneamente, una reflexión crítica sobre la realidad que vivimos, y la formulación teórica y práctica de caminos para cambiarla. Ello requiere, por lo tanto, una dimensión pedagógica.

La pedagogía emancipatoria es, en esta perspectiva, un espacio de producción colectiva de conocimientos, a partir de prácticas sociales históricas de lucha por la vida, la libertad, la justicia, la autonomía. Es un proyecto político cultural que promueve la creación social de teorías que nos permitan interpretar y revolucionar la vida, a partir de las experiencias de los movimientos populares, de sus búsquedas de comprensión y de transformación del mundo, de diálogo entre los distintos sectores que participan de las luchas sociales, y de estos con quienes en diversos ámbitos investigan, estudian, y piensan críticamente las dinámicas de la vida social. Se trata de un diálogo que permite a sus protagonistas volverse sujetos históricos de las transformaciones, autores de relatos que rehacen el mundo, designando con palabras antiguas, e inventando si es necesario nuevas palabras, que nombren el proyecto, los sueños, el sendero o la diversidad de senderos elegidos, rechazando los lugares alienantes que les son asignados –como fuerza de trabajo ocupada o desocupada, ejército de reserva, base para la manipulación de diversas instituciones políticas o religiosas, consumidores, excluidos y excluidas, objetos de estudio, objetos sexuales, máquinas reproductivas, objetos decorativos, etcétera.

Los saberes acumulados por los pueblos requieren ser reapropiados en los fértiles momentos de encuentro de teorías y prácticas, mediados por la iniciativa grupal y las acciones de los movimientos sociales y políticos. Creada y recreada a partir de distintas experiencias históricas de resistencia, con un fuerte anclaje en los aportes de la educación popular, la pedagogía emancipatoria implica un punto de vista concreto dentro de las corrientes que se reconocen en este campo, que se distingue de aquellas que se han vuelto sostén de prácticas asistencialistas, de enfoques políticos populistas o de concepciones que subestiman la autonomía de los sujetos en la creación de nuevas perspectivas para sus vidas. No es, por lo tanto, una pedagogía *para* los oprimidos, sino una pedagogía *de* los oprimidos y oprimidas, que se crea en la lectura crítica del mundo y en la escritura con actos y pensamientos de nuevas formas de vivir, de organizarse, de creer y de inventar la historia.

## LA SUBVERSIÓN DEL SENTIDO COMÚN

Un obstáculo que encuentran los movimientos populares en sus batallas cotidianas es el peso del sentido común, que modela nuestras subjetividades individuales y colectivas.

El poder ha venido adquiriendo sofisticación en la manipulación autoritaria del sentido común, realizada a través de los medios masivos de comunicación, la influencia de las iglesias, las sectas, la educación escolar, la familia y las instituciones que organizan, homogeneizan y disciplinan nuestras creencias, formando consenso a la dominación.

El sentido común es básicamente conservador, y actúa como *naturalizador* de las diversas opresiones.

La *subversión del sentido común* implica desnaturalizar las opresiones, descubrir sus mecanismos, sus responsables, quiénes son los opresores y quiénes somos oprimidos y oprimidas. Qué intereses se defienden o reproducen con la opresión. Y sobre todo, *cómo se vuelve insoportable vivir y convivir con estas opresiones*.

El sentir como insoportable las opresiones implica un paso adelante en la posibilidad de dar batalla contra las injusticias. Es no sólo aprender a reconocerlas, sino forjar sentimientos de rabia, indignación, intolerancia ante las mismas. Rebelión visceral, que tal vez no pueda realizarse en lo inmediato, pero que se vuelve –mediada por las búsquedas colectivas– animadora de gestos de desobediencia ante los mandatos que nos subordinan.

La *subversión del sentido común*, punto de partida de la pedagogía emancipatoria, atraviesa ideas, sentimientos, creencias, resultando en consecuencia un proceso complejo de desaprendizaje y aprendizaje que rehace y crea sentidos, que toca los miedos, los dolores, los sueños, las esperanzas individuales y grupales, las utopías posibles, la fe y las crisis de fe, las posibles creencias, empujando desde todas las fuentes de energía de los hombres y mujeres, jóvenes, niños y niñas, ancianas y ancianos, acciones humanizadoras de la vida.

Subvertir el sentido común implica comprender también cómo se introyecta en nosotros y nosotras la cultura de la dominación. Significa cambiar nuestras percepciones sobre lo que son conductas “naturales” y lo que son valores y actitudes eficaces para dominar. Significa “aprender” y “aprehender” que el cambio cultural y el social no sólo son necesarios, sino que son deseables y posibles de ser realizados.

Sin embargo, esta transformación que es individual y es colectiva implica un gran riesgo, ya que no se resuelve simplemente en una diferente formulación de las ideas que tenemos sobre el mundo, sino que atraviesa nuestras nociones más profundas, nuestras prácticas cotidianas, nuestra manera de estar en la vida y en la historia. Implica por lo tanto crisis personales y colectivas; cuestiona aspectos fundantes de

nuestra identidad, como la estructura familiar, las creencias religiosas, el respeto a los saberes emanados desde los diversos poderes –desde los superpoderes que se expresan a través de actos de gobierno hasta los micropoderes del médico que decide o tiene la pretensión de decidir sobre los cuerpos de las mujeres, por ejemplo.

Es por ello que la subversión del sentido común no puede resultar solamente un acto de autocrítica personal o de toma de conciencia individual. Es necesario unir esta dimensión a las posibilidades que generan las prácticas colectivas, las propuestas grupales, comunitarias, para afrontar los riesgos de la crisis de nuestras identidades individuales, y también intentar cambios, sabiendo que existen soportes en red para nuestras posibles caídas. El “estar juntos o juntas” en el ejercicio de las diferencias o de las desobediencias hace que estas no sean fácilmente aislables, marginales, y por lo tanto condenables. La fuerza del encuentro, la grupalidad, la creación de espacios comunes para sostener la desconfianza y la desobediencia –real o virtual– ante el sistema crean identidades que refuerzan la autoestima y la capacidad de desafío del sistema, haciendo más creíbles las rebeldías para sus mismos actores. La reunión de las impaciencias, de los malestares frente a lo que se percibe como injusto, es un camino de sostén de estos malestares, ya no como “problemas” individuales, susceptibles de ser resueltos o marginados por el sistema, sino como elementos que al juntarse comienzan a constituirse en desafíos al sistema. La reunión de las rabias crea el espacio para que estas amenacen ya no a sus portadores, sino a quienes las generan desde el ejercicio del poder.

La subversión del sentido común es la socialización de la sospecha frente a lo que se presenta como lugar común, como natural, como dado, como eterno.

No alcanza con desnudar las variadas formas de alienación. No se trata de un ejercicio de esgrima entre dos saberes enfrentados y dos lógicas opuestas en la interpretación del mundo. Por ello, en la subversión del sentido común y de los sentidos dominantes, cobran relevancia el deseo, la pasión, la alegría.

Unir el deseo a la transformación social resulta esencial para animarnos a poner en juego nuestras vidas, para disponernos a batallas prolongadas que no tienen punto final, porque implican una y otra vez revolucionarnos y revolucionar el mundo en que vivimos.

El deseo, como la pasión y la alegría, fueron muchas veces despreciados por los movimientos revolucionarios, influenciados por las concepciones judeocristianas del sacrificio. Sin subestimar que el sacrificio y la entrega –incluso de las propias vidas– son parte del riesgo cotidiano de quienes asumen la opción de cambiar al mundo, no es bueno confundir una consecuencia posible –e indeseable– de las luchas con las motivaciones de la misma.

La valorización del deseo implica la crítica al sentido común, modelado para condenar al placer, a la sexualidad, a la alegría, proponiendo en su lugar el disciplinamiento de los cuerpos y su control. El culto sacrificial judeocristiano es castrador de las potencialidades patriarcales que fortalecen esas concepciones, que reproducen los fundamentalismos, en la disociación política de cuerpos e ideas, dentro de los procesos sociales, especialmente en los esfuerzos educativos disciplinadores.

Romper la trampa de asociar revolución o militancia a dolor y sacrificio, pasando esta vida en el purgatorio para alcanzar el cielo en alguna otra vida, es fundamental para que la subjetividad de quienes intentan transformar la vida se vaya constituyendo desde una lógica diferente. No será desde el lugar de las víctimas, ni desde la nostalgia de lo perdido, desde donde podremos imaginar un mundo más deseable. No será desde organizaciones que reproducen lógicas cuarteleras, o desde escuelas de formación de militantes en las que –como en la escuela de la domesticación– el momento más esperado es el del recreo.

Formar luchadores o luchadoras sociales altamente subversivos implica estimular la multiplicación de artistas populares, que sueñen las revoluciones –las grandes y las pequeñas, las perdurables y las efímeras– como gigantescas obras creativas en las que las perspectivas individuales y colectivas crean las dimensiones multicolores de una forma y de una luz que asombran, por su tonalidad y su fuerza antes desconocidas.

Es la pasión puesta en la obra, es la alegría en el tiempo de su realización concreta, y en el tiempo también subversivo de la fiesta y de la celebración, lo que atrae en la obra emancipatoria.

La subversión del sentido común implica enfatizar en los movimientos populares y su reflexión la sistemática crítica de la vida cotidiana, y la formación de nuevos vínculos basados en la solidaridad, la cooperación, la creatividad, la rebeldía frente a lo establecido como dominación. Es la insubordinación frente a una hegemonía cultural burguesa, blanca, androcéntrica, racista, homofóbica, xenófoba, guerrerista. Es un encuentro alegre y fraternal de sueños y cuerpos, imaginación y prácticas sociales desafiantes del orden mundial.

Es la pedagogía que juega y se juega reinventando el mundo, al recuperar empresas y ejercer el trabajo sin patrones, la que corta las cercas del latifundio y comienza a levantar, en los terrenos ocupados, junto a la siembra cooperativa de semillas no transgénicas, escuelas, salas de salud, lugares de fiesta, modalidades de vida comunitarias.

La batalla que se libra en la vida cotidiana es insustituible para la formación de nuevos vínculos sociales, en los que se ejercitan valores antagónicos a aquellos que consolidan y reproducen las distintas dominaciones.

No se trata de proclamar una sociedad solidaria en un futuro a conquistar, sino de vivir cotidianamente la solidaridad en las organizaciones, movimientos, proyectos productivos o de comunicación alternativa.

La experiencia pedagógica de vivir otros valores es fundamental no sólo para pensar en la posibilidad de derrotar al capitalismo y al patriarcado, sus valores, su cultura de muerte y de dolor, sino también para creer que una nueva sociedad es posible y atrevernos a deseársela, y para transitar el camino de las incertidumbres, con la alegría que produce asistir al asombro de la creación colectiva.

### **LA DESMERCANTILIZACIÓN DE LAS RELACIONES SOCIALES**

El capitalismo plantea una gran disputa, tendiente a golpear nuestra confianza en la posibilidad del cambio. Para ello recurre no sólo a la modelación del sentido común conservador, sino también –y de manera muy especial– a romper los ejemplos solidarios por la vía de su destrucción, su mercantilización o su cooptación.

Existen numerosas muestras de la capacidad que ha demostrado la cultura neoliberal para privatizar experiencias autogestivas, mercantilizar las relaciones sociales, corromper líderes y dirigentes, domesticar las rebeldías, en función de garantizar la sobrevivencia o un mejor lugar en el estatus de reconocimiento que establece el sistema.

La exclusión, que afecta a una gran parte de la humanidad, actúa como un fabuloso chantaje sobre la subjetividad popular. La cultura de sobrevivencia, desarrollada como respuesta inmediata a la exclusión, lleva la impronta del cortoplacismo, la desesperación, la necesidad de rápidos resultados, empantanando los esfuerzos en las duras batallas cotidianas que se agotan en reproducir una y otra vez una vida miserable, cuando no se puede evitar morir por enfermedades curables, por desnutrición, por depresión o por represión.

Construir respuestas colectivas a la exclusión, en las que al mismo tiempo se ejerciten vínculos basados en valores solidarios, de libertad, es un desafío fundamental en esta batalla. Se trata de derrotar la cultura capitalista de dominación en nuestras prácticas cotidianas.

Pero los esfuerzos ligados exclusivamente a la sobrevivencia van achicando el horizonte de sus protagonistas. Superar los límites actuales, empujar el horizonte, ampliar las búsquedas, implica que al mismo tiempo que reproducimos la vida producimos nuevas relaciones sociales, antagónicas a las que construyen los mecanismos de opresión; formas de organización de la producción o de la distribución realmente solidarias, y también vínculos solidarios, más equitativos y cooperativos en las relaciones de género. Combatir el machismo, el racismo, la homofobia, la xenofobia, el verticalismo, el hegemonismo, las jerarquías autoritarias, en el día a día de los



movimientos populares, favorece una ampliación de su potencialidad contrahegemónica.

Los territorios de exclusión han sido ámbitos privilegiados para el despliegue de la corrupción, de la mercantilización de conductas y voluntades. Las políticas asistenciales funcionan como una fuerte maquinaria de clientelismo y despolitización de las relaciones sociales. Pero también han sido ámbitos de ampliación de la cultura de la dominación –en estas décadas de predominio de la posmodernidad– los espacios institucionalizados de la política y muchos ámbitos académicos, las instituciones religiosas, las sectas, las políticas empresariales de comunicación de masas, la industria del miedo y de la inseguridad, los partidos, los tribunales de administración de las injusticias y los parlamentos.

La transformación de los militantes en administradores de planes asistenciales, en ejecutores de políticas compensatorias de la miseria, en empleados de ONG, ha venido mercantilizando la propia concepción de la militancia, vuelta en muchos casos formas de sobrevivencia individual, en *carrera* política o académica, en colección de vanidades.

En este contexto se reforzaron los caudillismos, la acción política a través de punteros, el canje de opciones políticas por ayudas económicas, la justificación supuestamente teórica de las políticas de gobernabilidad, la multiplicación del pensamiento adocenado al dictado de las financiadoras o del Banco Mundial. Por este camino, se degradaron las ideas que inspiran la militancia que opta por la transformación social. Recuperar la dimensión ética de la militancia, desmercantilizar las relaciones sociales, revolucionar las ideas y prácticas revolucionarias, es parte de la creación de valores que desafíen la cultura capitalista.

La práctica histórica nos ha demostrado, incluso en las experiencias realizadas en nombre del socialismo, que la batalla contra la fuerza ideológica y cultural del capitalismo es sumamente desigual. El culto al mercado, el “fetichismo de la mercancía”, ha impregnado diversas concepciones del cambio social, incluso las anticapitalistas. La tensión entre el proyecto y el proceso generalmente se resuelve a favor de las urgencias inmediatas de los movimientos –o de los procesos revolucionarios–, diluyéndose la reflexión crítica sobre las deformaciones que estas respuestas van imprimiendo paulatinamente en los movimientos, y propagándose diversas modalidades de corrupción y reversión de dichos proyectos, transformándolos muchas veces en sus contrarios.

La batalla tiene dimensiones culturales, sociales, políticas, económicas y éticas. La cultura neoliberal ha golpeado especialmente los valores éticos. Las prácticas de los movimientos revolucionarios y de las organizaciones populares, en muchos casos, han sucumbido al me-

nosprecio de estas dimensiones, subordinándolas a lógicas del poder y de las necesidades y urgencias cotidianas.

La desmercantilización de las relaciones sociales es una dimensión cotidiana de nuevas modalidades de socialización, en las que los proyectos anticapitalistas pueden ejercer el enorme desafío de practicar lo que se enuncia como proyecto, encarnándolo en las vidas de hombres y mujeres que intentan vivir una ética del encuentro, en la que nos una el amor y no el espanto, la solidaridad y no la desesperación, el proyecto común y no la simple oposición a lo existente.

### **UN EJERCICIO CONTEXTUALIZADOR**

Observar la situación de los movimientos populares en Argentina en los años posteriores a la rebelión del 19 y 20 de diciembre de 2001 nos permite constatar la fuerza que el sentido común conservador y las relaciones mercantiles establecen aun en los nuevos movimientos populares forjados al calor de la rebelión. Su disciplinamiento se ha realizado recurriendo a la coerción, pero también y en gran medida, utilizando plenamente los recursos económicos para condicionar a las organizaciones formadas en los territorios de exclusión, como los movimientos piqueteros, las empresas recuperadas, las asambleas barriales.

La pinza tendida entre la distribución de la asistencia y el acoso judicial sobre las prácticas *desprivatizadoras* con que nacieron estos movimientos fue domesticando la energía rebelde de muchos de ellos.

Es importante observar cómo desde el Estado y el gobierno se ha logrado disciplinar los conflictos sociales, manipulando una y otra vez las esperanzas, la necesidad de creer en alguien o en algo que cambiaría casi mágicamente el rumbo histórico.

Desde la salida de la dictadura, en Argentina, han venido emergiendo sucesivos liderazgos políticos que se presentaron como esperanza de transformación para amplias franjas del pueblo. Cada uno de estos liderazgos (Alfonsín, Menem, Chacho Álvarez, etc.) ha cooptado ideológicamente a militantes políticos, intelectuales, movimientos sociales, organizaciones de derechos humanos, artistas, comunicadores. Es la fuerza que adquiere la manipulación de la esperanza, en una historia devastada por sucesivas desapariciones (desapareció una generación de luchadores, desapareció el trabajo, desaparecieron ideas-fuerza constitutivas de la Nación, desapareció el control sobre los bienes de la naturaleza, desaparecen valores y desaparecen sueños). La enajenación atraviesa la subjetividad popular, y tiene una base en la pérdida de confianza en los sentidos que reforzaban nuestras identidades individuales y colectivas.

El kirchnerismo aparece con fuerza en este momento, por su capacidad de crear, con base en ese extrañamiento, la ilusión de recons-

titución de un nuevo sujeto histórico, con proyecto y esperanzas, deseos y posibilidades reparatorias. La sola denuncia de las contradicciones entre la retórica kirchnerista y los mecanismos manipulatorios de la miseria –que son los que por el momento predominan como políticas concretas– no alcanza para horadar los sentidos de epopeya con los que amplias franjas de militancia se suman al proyecto (militancia proveniente tanto de la izquierda tradicional como de los sectores hasta ayer menemistas o radicales). La sensación es que el “todo” de la batalla política se juega en los límites de las frágiles alianzas constitutivas de la actual gobernabilidad.

Pero no podemos analizar esta situación sin mencionar al menos los mecanismos que han venido desarticulando una y otra vez los procesos organizativos del pueblo. La capacidad de cooptación y de disciplinamiento de las rebeldías no puede interpretarse sin considerar que en la creación del imaginario colectivo que impregna esta experiencia se ponen de manifiesto los límites de las concepciones políticas que marcaron ideológicamente a las experiencias forjadas en los años setenta.

Aquí es necesario distinguir entre el peso que tiene en nuestra subjetividad individual y colectiva –como compañeros y compañeras, como madres o como hijos e hijas de “los 30 mil”– la “mística” de una generación que entregó sus vidas por transformar la realidad de dolor y sufrimiento de nuestro pueblo y el ideario que una significativa parte de la misma sostuvo, tanto en sus corrientes peronistas como en las diferentes corrientes de izquierda. Es necesario proponer un debate en el que podamos mirar críticamente lo que hubo en estas concepciones de límites –como parte también de un tiempo histórico– y reconocer lo que subyace de las mismas como concepciones mesiánicas, que creían fervientemente en el poder de un grupo que podría sustituir el protagonismo activo del pueblo en la realización de las transformaciones sociales necesarias; así como concepciones que, a partir de esa creencia, consideraban relevante el acceso al Estado, para desde allí establecer la dirección política sobre el conjunto de la sociedad.

El desprecio por la autonomía de los movimientos populares, las prácticas de manipulación de la necesidad, la creencia en que el sujeto político se constituye desde las políticas estatales, la corporativización de las demandas específicas, los intentos de homogeneización política compulsiva, el autoritarismo, la subordinación de las diferencias, el hegemonismo y la jerarquización autoritaria de las opiniones no constituyen precisamente novedades en las “formas de hacer política”, sino que resultan fácilmente asimilables en el imaginario popular, porque se nutren de la acumulación cultural realizada por significativas franjas del peronismo y de las izquierdas.

La manipulación de las clases subalternas no es monopolio solamente de los proyectos de dominación capitalista. En muchos casos, en nombre de la necesidad, fue o es asumida por quienes dicen combatirla.

Frente a estos hechos, cabe pensar también en la capacidad que ha tenido el poder, no sólo para corromper, sino para convencer. Para rehacer su hegemonía, sobre la base de algunas de las debilidades de las organizaciones populares: la formación ideológica dogmática, el desprecio por el análisis teórico, el oportunismo, el posibilismo y una pobre atención a la relación entre las palabras y las acciones, entre los valores y las prácticas. Es así, por ejemplo, que organizaciones que durante más de dos décadas han venido fustigando al FMI y a la deuda externa pretenden ahora presentar el pago al contado y por adelantado de esa deuda como un acto de soberanía. O que movimientos que históricamente han defendido a los derechos humanos no denuncian sus violaciones actuales, poniendo “punto final” a esta lucha (un “punto final” que termina siendo clasista, al desentenderse de la criminalización de la pobreza y de la judicialización de la protesta social).

La experiencia argentina nos interpela sobre el conjunto de creencias que tenemos acerca del poder, del Estado, de la política, a la hora de propiciar búsquedas contrahegemónicas o emancipatorias. La facilidad con la que el poder ha restaurado la gobernabilidad, después de las jornadas de 2001, interpela tanto las concepciones espontaneístas –que consideraban que la rebelión, en la medida en que no se institucionalizara, devendría necesariamente en una nueva organización social, fundada en la horizontalidad y en las prácticas de desobediencia– como aquellas concepciones que se contraponían a las primeras, creyendo en que se podría construir una contrahegemonía desde organizaciones similares al Estado, en su jerarquización e institucionalidad, sólo que con un signo diferente. Unas y otras experiencias fueron asimiladas por el poder, en el momento de reflujo del movimiento popular y de superación de la crisis de hegemonía.

## **LOS SABERES DE LAS RESISTENCIAS Y LA DESCOLONIZACIÓN CULTURAL**

Sin pretender resolver teóricamente lo que no ha podido realizarse en las prácticas populares, es sin embargo objeto de este ensayo proponer reflexiones que permitan continuar el debate y estimular nuevas búsquedas. En ese sentido, una cuestión para analizar es la valorización, en las experiencias emancipatorias, de los saberes populares forjados en las resistencias y la necesidad de plantear como meta la *descolonización cultural*.

Los pueblos en nuestro continente han venido acumulando saberes que les han permitido resistir, sobrevivir, crear identidades y mun-

dos diversos. Los *saberes populares* abarcan desde distintas formas de alimentarse y curarse, de contar la historia y las historias, de relacionarse con la naturaleza, de comunicarse, de expresarse artísticamente, hasta múltiples formas de lucha. La cultura dominante –al tiempo que los desvaloriza– intenta apropiarse de estos saberes para integrarlos en su capacidad hegemónica. La batalla cultural contra la transformación de los saberes en mercancías, y contra la concentración de saberes en el bloque de poder, pasa a ser un factor fundamental de la resistencia. Es necesario sostener una batalla específica contra la mercantilización de los saberes y de las formas de vida conocidas, como el patentamiento de las semillas, de las artesanías, de las comidas, de los posibles usos de plantas medicinales y otras formas de saberes populares que pretenden ser privatizados para beneficio de unas pocas transnacionales de la muerte.

Pero la *mercantilización de los saberes* se superpone con las consecuencias de la *colonización cultural*, que en la historia de América Latina ha justificado la opresión, el esclavismo, diversas formas de servidumbre y sometimiento de hombres y mujeres, hasta el genocidio y la impunidad, a partir de la imposición de concepciones racistas, androcéntricas, eurocéntricas, que consideran despreciables las formas de organización de la vida y del saber de los pueblos, e incluso de las elites de los continentes sometidos.

La creación de una sociedad no capitalista, o socialista, o de un mundo en el que quepan todos los mundos –en clave zapatista– requiere ser adelantada en la subjetividad popular, con la sistemática batalla por la *desmercantilización y la democratización de los saberes*, de las relaciones, de los valores, de los vínculos, acompañada con los esfuerzos sistemáticos de *descolonización cultural*.

La jerarquización de los saberes que se realiza desde el poder coloca en la cima de una supuesta pirámide del conocimiento a aquellos conocimientos académicos, científicos, sociales o políticos que reproducen y fortalecen la dominación.

Al mismo tiempo, se desvalorizan los saberes populares, con el sentido de deteriorar la subjetividad de los movimientos, considerándolos, pero sobre todo promoviendo que se autoconsideren en una escala inferior del saber, o como *ignorantes*. En muchos casos, se asocia la idea de *no saber nada* a la de *no poder aprender*. En este aspecto, la educación formal con sus mecanismos de evaluación basados en premios y castigos, y con sus currículas rígidas y descontextualizadas, refuerza la autodesvalorización de quienes van quedando atrás o fuera del sistema escolar.

Si esto es, evidentemente, parte de la estrategia de dominación cultural, porque refuerza las aristas más autoritarias y verticalistas con las que se ejerce la dominación, la conciencia de la misma debería

conducir a la revisión de los modelos de conocimiento y de las concepciones del saber y el poder de los movimientos contrahegemónicos y emancipatorios.

No nos referimos solamente a los contenidos que se enseñan y aprenden, sino a los modos en que se realiza el proceso de aprendizaje. La necesidad de superar la contradicción entre contenidos democratizadores y prácticas pedagógicas autoritarias es condición para generar no sólo nuevas ideas del mundo, sino nuevas actitudes en el mundo.

La democratización de los contenidos y formas de los procesos de aprendizaje y de creación de saberes es parte de la batalla cultural por generar una crítica sistemática a las actuales maneras de ejercicio del poder, y por dotarse de experiencias que permitan creer en otras maneras de relacionarse y de establecer vínculos sociales.

La *pedagogía del ejemplo* tiene una fuerza especial en la formación de una subjetividad colectiva transformadora. La vivencia de otros vínculos posibles tiene más capacidad de educar que las lecturas de textos sobre estos temas –aunque es importante que estas vivencias puedan también ser conceptualizadas adecuadamente.

En muchas ocasiones, los modelos jerarquizados –incluso con las mismas escalas construidas desde el poder– son asumidos de manera acrítica por los movimientos que se creen revolucionarios, y que desarrollan estructuras y concepciones en las que una gran parte de su base social es considerada inferior, o ignorante, de manera tal que sólo podría ser *iluminada* desde el saber que se detenta en la cima... de la organización popular o de los *benefactores* eventuales que interactúan desde las academias, fundaciones y ONG. Muchas veces, en nombre de ideas progresistas, se repiten concepciones y modalidades de un iluminismo elitista que desprecia el saber popular y el papel de los pueblos en la creación histórica concreta. Más de una vez se vuelve, en las fuerzas portadoras de objetivos transformadores e incluso autoconsiderados como revolucionarios, a una pedagogía autoritaria, verticalista, domesticadora, apologética, cultivadora de una estúpida y aburrida solemnidad, que no promueve la creación y la desobediencia, sino el disciplinamiento y el adoctrinamiento, sustituyendo en este camino la creación colectiva de conocimientos por una transmisión de saberes que desarticula la relación teoría-práctica y adormece en el cumplimiento de órdenes y tareas, sin dejar espacio para el ensayo, para la imaginación.

Como contraparte, se desarrollan políticas populistas o concepciones teóricas espontaneístas, que realizan una lectura apologética del saber popular, sin discriminar lo que en él existe de conservador, lo que contiene y reproduce como dominación, contribuyendo a que se abran paso formas de resistencia basadas en la delegación del poder

popular en referentes o líderes de estos sectores, es decir, delegación en “los que saben”. Estas concepciones, presentándose como opuestas a las elitistas, son funcionales a ellas. En ambos casos se desprecia el papel del intelectual colectivo, y el lugar del saber popular en la formación de un pensamiento crítico que sostenga prácticas subversivas del orden establecido.

La sistemática problematización de la relación teoría-práctica, sobre la base de un enfoque multicultural y multidisciplinario, es un componente indispensable en la formación de ideas, sentimientos y valores que posibiliten actuar con capacidad en la transformación del mundo en el que vivimos.

Frente a la homogeneización cultural promovida desde el poder, la valoración de la diversidad cultural y el rescate de los saberes populares se vuelven factores de resistencia.

Si el proceso de colonización ha naturalizado las opresiones en América Latina, estamos asistiendo a un momento privilegiado en el que puede tomar fuerza una identidad latinoamericana que abra las posibilidades de impulsar políticas de integración latinoamericana, antiimperialistas, que creen condiciones para avanzar en la descolonización cultural, sobre la base del reconocimiento de nuestras raíces, nuestra soberanía, nuestros saberes ancestrales y los aprendidos en las resistencias.

Una vez más, el desafío se relaciona con la capacidad que tengan los movimientos sociales de protagonizar activamente estos procesos. No se trata de generar expectativas de transformaciones resueltas desde los distintos liderazgos –diversos por cierto en cuanto a sus intereses y sus compromisos con los pueblos. Tampoco nos planteamos una perspectiva de contemplación de estos procesos.

La pedagogía emancipatoria es, fundamentalmente, una pedagogía de la acción, de la intervención –que no es necesariamente integración.

La subversión del sentido común puede ser, en este contexto, proponer la batalla no por asegurar el mal menor, en el corto plazo, sino para asumir con nuestros cuerpos la totalidad del deseo. Volver a América Latina un territorio de múltiples resistencias a la dominación imperialista, a los fundamentalismos religiosos, a la dominación patriarcal, implica ampliar la movilización y el protagonismo popular desde la base, desde la raíz, desde el corazón de los hombres y mujeres, jóvenes, niños y niñas, ancianos y ancianas.

Tal vez uno de los aspectos más complejos sea sostener con energía la batalla antiimperialista, y al mismo tiempo desarrollar en la base la transformación de las relaciones sociales, creando organizaciones con capacidad de autonomía, basadas en el protagonismo de quienes las integran. Organizaciones en las que los saberes de la resistencia

puedan fortalecer la creatividad individual y colectiva, y la capacidad combativa. Organizaciones cuyos objetivos inmediatos no estén por encima de la decisión de construir espacios en los que se ejerciten nuevas relaciones sociales, tanto en la producción como en la distribución de poderes y de saberes, de representaciones, de sentidos. Movimientos en los que se constituyan relaciones de género solidarias, respeto por los niños y niñas, cuidado de los ancianos y ancianas. Organizaciones en las que sea deseable participar, en las que el encuentro sea usina de energía y de alegría, en las que se viva la posibilidad de imaginar una sociedad basada en vínculos opuestos a los que reproduce la dominación. Movimientos populares que se vuelven tales por la indeclinable defensa de los intereses populares, de los saberes populares, y también por el ejercicio de una metodología popular, en la que no se disocie la vida cotidiana de las estrategias finales. Organizaciones populares que no mercantilicen sus vínculos internos, ni los de la organización con la sociedad y con la naturaleza.

Pedagogía del ejemplo y el deseo, de la resistencia y la rebeldía, de la pasión y la alegría, de la complicidad y el acompañamiento. Táctica y estrategia enamoradas del camino. Vida cotidiana rehaciendo sentidos, e inventando territorios de libertad y solidaridad sobre la base de la movilización político-pedagógica de fracciones del pueblo que van sabiendo lo que saben, y van aprendiendo a ser.

Descolonización cultural que implica re-conocernos, subvirtiendo el sentido común esclavizante, socializando los saberes de la resistencia, y librando una batalla contra todas las formas de explotación y alienación.

Pedagogía emancipatoria que empuja desde la raíz, y que no se aparta de la tierra, aunque con sus ramas acaricia el cielo, y toma por asalto el sueño de los que antes soñaron y regaron con su sangre las posibilidades de una victoria cotidiana. El triunfo de los vencidos, no como una meta del futuro a la cual subordinar sacrificios actuales, sino como una manera de vivir cada día el desafío de reunir nuestros cuerpos deseantes en la vida que rehacemos; que no delegamos, sino que inventamos cotidianamente. Subversión del orden que impone la tristeza y el dolor, para apaciguar las rebeldías. Alegría y asombro, para regar los territorios socializados de una subjetividad que no puede ser domesticada ni integrada, porque inscribe su huella como historia sobre la tierra, ensayando prácticas formadoras de sentires, sentidos y sueños, amasados con rabia y ternura, en el tiempo de los intentos.





Juan Guillermo Ferro M.\*

## **¿SERÁ QUE TIENEN LA CLAVE? LA POLÍTICA DE LA DIFERENCIA Y LA POLÍTICA HACIA LA IGUALDAD EN EL MOVIMIENTO INDÍGENA NASA (PAEZ) DE COLOMBIA\*\***

AMÉRICA LATINA ENFRENTA una severa crisis política que se manifiesta especialmente en una crisis de legitimidad de los actores y de las instituciones políticas tradicionales. En concreto, el régimen político liberal, basado en la democracia delegativa (por no decir sustitutiva), en los partidos políticos electoralistas y en el poder de la propaganda, pasa por un momento de pérdida importante de legitimidad.

Simultáneamente, la crisis económica es especialmente notoria como fruto de la aplicación de las medidas neoliberales que empobrecieron aún más las condiciones de vida de los pueblos latinoamericanos. La privatización de los servicios públicos y de las empresas estratégicas del Estado ha acentuado el costo del acceso a dichos servicios; la parálisis o el retroceso en las políticas sociales de prestaciones, de salud y de educación han afectado la seguridad social y las expectativas de una vida mejor. La crisis del empleo se tornó estructural como fruto de la apertura económica indiscriminada y porque los sectores productivos vienen desarrollando tecnologías que fragmentan los mercados de

\*Profesor de la Facultad de Estudios Ambientales y Rurales de la Universidad Javeriana de Bogotá.

\*\*Agradezco los comentarios lúcidos, generosos y propositivos que Manuel Rozental y Carlos Walter Porto-Gonçalves hicieron a este artículo.

trabajo y excluyen a la mano de obra no calificada, que es la más numerosa. La política neoliberal hacia el campo ha devastado la economía familiar campesina, produciendo enorme pobreza y despoblamiento, hasta el punto en que sólo en el caso de México han salido hacia Estados Unidos en los últimos once años (desde la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte-TLCAN) cerca de 400 mil trabajadores anuales, procedentes en su mayoría del campo (Bartra, 2005).

La actual crisis económica y social ha sido también especialmente despolitizadora para el mundo obrero porque viene afectando profundamente el mundo solidario del trabajo y la responsabilidad institucional sobre los trabajadores asalariados, cuestiones que permitían un sentido de pertenencia y de lucha para los trabajadores. La sociabilidad creada al calor de la vida sindical tradicional, dentro de estas nuevas condiciones económicas, se deterioró profundamente y dio paso a que se develaran formas de solidaridad en torno a viejas y nuevas identidades a través de movimientos sociales que, si bien desarrollan una política de la diferencia, no desconocen que el principal enemigo del sentido autónomo de lo comunitario es la voracidad del capital. En este nuevo mundo neoliberal de “sálvense quien pueda”, donde el desempleo se tornó estructural y donde el llamado “Estado del Bienestar” si existió ya no existe, los que autónomamente todavía guardan o recrean un sentido de comunidad son los mejor equipados para enfrentar dicha crisis. Sin embargo, aunque poseen distintas estrategias políticas a las de la llamada izquierda tradicional, tales movimientos siguen teniendo claro que su principal adversario es el mismo de los llamados “viejos” sindicatos y partidos revolucionarios.

No es una casualidad, entonces, que los principales movimientos sociales antihegemónicos en América Latina sean, entre otros, los zapatistas de México, los indígenas ecuatorianos organizados en la CONAIE, los trabajadores sin tierra de Brasil (MST), los piqueteros de Argentina, los Mapuche en Chile, las Juntas Vecinales de El Alto en Bolivia y los mucho menos conocidos y visibles internacionalmente como los indígenas Nasas (Paeces) de Colombia.

Los tiempos presentes están develando que existían fuertes enemigos del capital además de los obreros organizados. Está saliendo a flote lo que no era visible, aquellos que tercamente y desde hace mucho tiempo habían venido luchando por estar fuera de la órbita del capital, intentando crear y recrear su propia economía, su propia comunidad. En palabras de Holloway: “los que huyen del capital”, pero con proyecto comunitario alternativo.

En este contexto, estos movimientos sociales latinoamericanos indígenas y campesinos, por el carácter relativamente autónomo de su producción, por su histórica menor dependencia económica del capi-

tal, por la consistencia que muestran entre su discurso y su práctica y especialmente por la sobrevivencia de su espíritu de comunidad como espacio de defensa y promoción de la vida, guardan y recrean hoy unos resortes de rebeldía y de autonomía frente al despotismo del capital absolutamente cruciales en la actual lucha política emancipatoria y contrahegemónica. En términos de Bonfil Batalla (1990) –pero ampliado de México hacia Latinoamérica–, estamos frente a un nuevo despertar de la América profunda en el contexto de una crisis innegable del modelo de civilización occidental o de modernización liberal.

Requerimos de una especie de deseducación política e ideológica para poder ver con claridad los aportes de estos movimientos a la lucha política actual. Afortunadamente, esa actitud empieza a notarse en la enorme simpatía que estos movimientos tienen en la población urbana no sólo popular sino de clase media en América Latina. Es visible el enorme respaldo a los zapatistas en ciudades tan descomunales como el Distrito Federal; el apoyo que reciben los cocaleros bolivianos de parte de la población urbana en las protestas; el liderazgo y la autoridad moral que tienen los indígenas Nasas frente a los colombianos de muy distinto origen social; el respaldo electoral muy significativo que los habitantes de las ciudades ecuatorianas han dado a la CONAIE; y el reconocimiento de muchos brasileños, aunque no estén ligados al campo, a la justicia de las demandas del MST de Brasil. Es claro que dicha simpatía no se ha traducido en la mayoría de los casos en una alianza nacional que implique una lucha política coincidente, activa y cotidiana, pero sin duda es el reflejo de una diferente y creciente dinámica política de construcción de contrahegemonías, de nuevas hegemonías o incluso de antihegemonías en América Latina.

Es muy importante destacar que estos movimientos, pese a sus diferencias, guardan consigo una preocupación común tanto por la igualdad como por el reconocimiento de la diferencia. Es decir, el proyecto y la práctica de la convivencia constructiva con la diferencia cultural también es un tópico político fundamental, y estos movimientos tienen mucho que aportar por su historia de resistencia frente a los embates de dominación cultural occidental iniciados desde 1492. Ello sugiere que, por su práctica histórica, estos movimientos estarían política y culturalmente mejor dotados no sólo para el “socialismo” sino también para la democracia, cualidades no siempre presentes, por lo menos en forma conjunta, en los llamados movimientos revolucionarios tradicionales.

## **LOS NASAS**

Los Nasas del norte del Cauca son cerca de 110 mil personas que habitan una región andina montañosa del sudoccidente del país. Fueron

fundadores y forman parte activa del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), creado en 1971. Están organizados sobre más de 190 mil hectáreas en dieciséis *resguardos* (territorios autónomos de propiedad colectiva) y dos comunidades civiles (territorios de propiedad colectiva o individual no reconocidos como resguardo) ubicados en siete municipios del departamento del Cauca (Jambaló, Toribío, Caloto, Santander de Quilichao, Buenos Aires, Corinto y Miranda), y bajo la autoridad de los *cabildos* (personas nombradas por las comunidades para representar la autoridad en el territorio indígena).

Este caso demuestra que la gente puede ser feliz tratando de construir un entorno que le permita desarrollar sus valores, su autonomía y su creatividad junto con diferentes personas que comparten una misma visión de mundo. Se trata de una sociedad local-regional bastante equitativa, con escasas diferencias económicas en la medida en que la tierra, la propiedad y la producción son comunitarias. Poseen una democracia que sólo cuando pareciera que no hay más remedio utiliza el mecanismo de la delegación, porque cree firmemente en las bondades de la democracia directa y consensual. Mantienen una relación de convivencia y armonía con la naturaleza que permite el aprovechamiento de los recursos naturales sin su depredación. Desarrollan un proyecto de educación, salud y espiritualidad que procura querer y desarrollar lo propio con base en el respeto al saber de los mayores, pero que también permite valorar aquello que viniendo de afuera es digno de ser apropiado.

Una comunidad que no sólo se mira hacia adentro sino que tiene la iniciativa de poner en práctica una convivencia intercultural no hegemónica, con organizaciones de campesinos mestizos y de negritudes con base en la creación de relaciones económicas y de acuerdos políticos fundamentales, pese a las enormes diferencias culturales y sociales que existen entre las partes. Una propuesta que se basa en y defiende lo más progresista y democrático de la actual Constitución Nacional, lo que les permite sostener un diálogo y una coincidencia política con otros sectores de la nación ubicados social, cultural y económicamente en otras realidades pero con un propósito común basado en la defensa y promoción de los derechos humanos de primera, segunda y tercera generación. Una visión no militarista de los conflictos sociales que hizo posible que desarrollaran una activa y valerosa propuesta de autonomía frente al conflicto armado más viejo e intenso del continente, sobre la base de no otorgar legitimidad a ninguno de los ejércitos invasores enfrentados, incluido el del Estado, todos ellos con presencia en su territorio ancestral.

El movimiento social de los indígenas Nasas no es un movimiento que pudiéramos llamar temático, puesto que simultáneamente está

trabajando en varios frentes. En ese sentido, se constituye en un caso interesante para ser analizado teniendo en cuenta las grandes problemáticas políticas y culturales presentes en el mundo actual. Para los Nasas, son fundamentales los temas político, ecológico, ético, social, cultural, geográfico y económico. Muy probablemente esta integralidad se desprende de un discurso que es elaborado a partir de la historia y de la vida misma y que no se apoya en ideologías y pensamientos si estos no tienen al menos un pie en lo concreto cotidiano. La vida tal como se presenta a diario está llena de dimensiones, de niveles y de facetas que se agrupan de la forma más insospechada, y de alguna manera es necesario darles respuesta y enfrentarlas a todas. Este es un concepto que se encuentra en la base del pensamiento, la cosmovisión y la práctica de los Nasas, como también en la de muchas de las comunidades con matriz no occidental de nuestro continente y el mundo. Tal concepción y práctica resulta muy útil si pretendemos ver los posibles aportes de este movimiento a la forma de enfrentar y resolver problemas tan complejos e intrincados como los que sufren la sociedad colombiana y la latinoamericana en general.

Pareciera que el modelo de vida de los Nasas mostraría las tendencias de una utopía política en la que las personas pudieran escoger dentro de un solo país la posibilidad de vivir bajo diferentes regímenes económicos, políticos y culturales articulados por una institucionalidad política cuya función principal fuera la defensa y promoción de esa diversidad bajo criterios de equidad. Parafraseando a los zapatistas, y disminuyendo la escala, se trataría de un país donde muchos países sean posibles.

En los siguientes apartados, procuraremos analizar algunas acciones políticas recientes del pueblo Nasa que consideramos importantes desde la perspectiva de su aporte a la articulación entre las políticas de la identidad o de la diferencia y las políticas de igualdad.

## **LOS INDIOS: ¿DISTINTOS O DISTINGUIDOS? EL TRIBUNAL INDÍGENA**

La llamada política de la diferencia en el caso de los Nasas –al menos del modo en que yo la analizo– no es sólo un instrumento político, ni sólo una particularidad cultural o étnica. Se actúa diferente por que se es diferente y también porque, por ahora, pareciera que se puede ser más efectivo haciendo notar la diferencia cultural. Cuando la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN) convocó –en julio de 2005, en Caloto, Cauca– a un tribunal indígena (que no tiene nada que ver con la institucionalidad de la justicia del Estado colombiano), en donde se juzgó a la ministra de Comunicaciones por haber ordenado el cierre de una emisora comunitaria indígena, se movilizaron

paralelamente elementos de la cultura y de la política. De entrada, con la convocatoria al tribunal indígena, o *Nasa Uus Yut'pejni*, que más que tribunal se traduce como “los mayores nos aconsejan desde el pensamiento y la sabiduría” (ACIN, 2005), advierten que lo que se pretende no es comprobar la culpabilidad de un sospechoso, sino de hacer caer en cuenta a la persona que no ha obrado bien y que su actuar ha atentado contra la armonía y que por lo tanto debe corregir su camino mediante un acuerdo o arreglo entre las partes para superar el problema.

La queja de la comunidad radica en que consideraban el cierre de la emisora comunitaria de Toribío como un atropello legal, político, humanitario y cultural. Legal, porque la comunidad había reunido todos los requisitos frente al ministerio de comunicaciones; político, porque la emisora llevaba ocho años funcionando con licencia en trámite y la orden de cierre llegó precisamente en vísperas de la realización de la marcha a Cali y del primer Congreso Indígena y Popular (a los que haré referencia más adelante), uno de cuyos puntos centrales era el rechazo al plan de Seguridad Democrática del gobierno del presidente Álvaro Uribe; humanitario, porque seis meses después del cierre se produce el ataque de las FARC a la estación de policía del municipio de Toribío y la comunidad no pudo contar con el recurso de la emisora para avisar y comunicar todo lo concerniente al plan de protección tras el ataque, lo que colocó a la población en situación de alto riesgo; y cultural, porque los Nasas sostienen que la base de la armonía en el tejido humano, en la casa del Nasa, es la palabra oral, el *Nasa yuwe* o idioma propio, porque precisamente los pueblos indígenas no son letrados, sino que mantienen la tradición oral (ACIN, 2005).

En este tribunal se están usando y recreando rituales. Un *the wala*, o médico tradicional, sopla las hierbas sagradas, que había preparado con antelación, iniciando el ritual de armonización que permitirá el éxito de la reunión, mientras se toca el cuerno. Posteriormente se hace uso de las prácticas históricas de deliberación y de justicia comunitaria, puesto que la discusión se realiza en asamblea general y el “fallo” lo emite el grupo de diecisiete gobernadores de los cabildos. También se le está enviando un mensaje al país sobre una de las maneras en que desde las comunidades organizadas puede determinarse autónomamente lo que es justo para ellas, y simultáneamente se está tratando de poner en aprietos, en términos de legitimidad más que de legalidad, la decisión de una alta funcionaria del gobierno con el fin de revertirla. Los mecanismos de apelación dentro del engorroso sistema legal colombiano se habían agotado y, por lo tanto, era necesario movilizar otros recursos “no oficiales”.

Al finalizar la sesión, luego del último sonido del cuerno, la emisora tiene su propia licencia indígena otorgada por las máximas auto-

ridades de los cabildos de la zona norte del Cauca y abandonamos el recinto, como correspondía, por la izquierda, para no romper el equilibrio que había creado el *the wala*.

### **EL RESCATE DE UN EX ALCALDE Y DEL ACTUAL ALCALDE INDÍGENA DE TORIBÍO**

Cuando la Guardia Indígena viaja desde el Cauca al Caquetá y decide rescatar a dos líderes políticos de Toribío (que se encontraban dictando unos talleres en resguardos Nasas de ese departamento) retenidos por las FARC, está poniendo en operación un procedimiento desestabilizador para esta organización guerrillera. Un grupo de cerca de cuatrocientos guardias, todos desarmados, en representación de sus comunidades rodean el campamento donde estos líderes son retenidos y deciden no retirarse hasta que se los entreguen. Según el propio alcalde Arquímedes Vitonás: “un lunes después de quince días de cautiverio un guerrillero de las FARC me dijo que un montón de gente me andaba buscando. Supe en ese momento que la guardia indígena había salido a buscarme” (*El Tiempo*, 2004a). En palabras de otro líder indígena: “No fue una liberación. Fue un rescate, porque la presión fue tanta que la guerrilla no tuvo otra opción que dejarlos en libertad”<sup>1</sup> (*El País*, 2004). La presión es en verdad muy fuerte; se pone en cuestión la autoridad de la guerrilla para retener contra su voluntad a personas y autoridades que gozan de la total confianza de la comunidad, pero este cuestionamiento no se hace a través de vehicular las instituciones del Estado encargadas de lo concerniente al delito del secuestro (como lo harían el resto de los colombianos) sino a través de sus propias instituciones de seguridad y control, como es la Guardia Indígena.

Se trata de una organización que opera en dieciséis cabildos indígenas del norte del Cauca; está integrada en su mayoría por indígenas Nasas, pero también por guambianos, kokonucos, toloroes y yanacunas, campesinos y miembros de comunidades negras. Son más de 8 mil personas entre jóvenes, niños y ancianos, cuyo mandato depende de las asambleas comunitarias. Se especializan en temas como resistencia pacífica, legislación indígena, derechos humanos, estrategia y emergencias. Se encargan del acompañamiento y apoyo permanente a los cabildos, la búsqueda de desaparecidos, la liberación de personas secuestradas y detenidas, el traslado de heridos y primeros auxilios, la protección de los sitios sagrados y, más visiblemente, de la seguridad y protección de las movilizaciones, marchas, congresos y asambleas permanentes (ver al respecto <[www.nasacin.net](http://www.nasacin.net)>).

---

1 Comentario de Giovanni Yule, líder indígena del Norte del Cauca.



Las FARC actúan bajo la orden del Secretariado de “retener” a funcionarios oficiales que caigan en sus manos, pero frente a la Guardia Indígena se confrontan cara a cara con su propio sueño –un tanto refundido, eso sí– de construcción y consolidación de poder popular autónomo del Estado. Resulta muy difícil dejar de admirar algo así; el problema es que en este caso ese sueño actúa en su contra<sup>2</sup>.

Aquí de nuevo opera la política de la diferencia. Se está utilizando una institución tradicional, la Guardia Indígena, que según sus líderes se origina en el mismo momento de la primera invasión española, y que ha sido alimentada por líderes históricos como la Cacica Gaitana, Juan Tama y Quintín Lame. Su reedición se expresa en forma muy cohesionada y lejos de la forma en que actúan el resto de los colombianos frente a un secuestro, es decir, sin emplear la institucionalidad del Estado, que por cierto desde la vocería del Ejército Nacional afirma que la liberación se produce por el cerco que las tropas habían montado en la zona. Se configura así una batalla de legitimidades de la que sale victoriosa la que se distingue no sólo porque aparece distinta, sino porque sobresale por ser más transparente, por tener una cualidad ética diferente en la que los medios tienen la misma o más importancia que el fin. De esta manera, no sólo han impedido secuestros, asesinatos y tomas de pueblos, sino que también han evitado el desplazamiento de miles de personas fuera del territorio, y en lo posible buscan impedir que los grupos armados recluten a los jóvenes. Todo esto lo hacen armados con un bastón. Es que al parecer los Nasas no sólo quieren ser distintos, sino distinguirse.

## **HACIA LA POLÍTICA DE LA IGUALDAD LA MARCHA Y EL CONGRESO INDÍGENA Y POPULAR**

El 14 de septiembre de 2004, convocada por las organizaciones indígenas y liderada por el grupo Nasa del norte del Cauca, se inicia una marcha de tres días en la que participan cerca de 60 mil personas, que van desde Santander de Quilichao hasta Cali para protestar contra el Tratado de Libre Comercio (TLC), el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), el proyecto de Seguridad Democrática del gobierno del presidente Uribe, la contrarreforma constitucional y la violación a los dere-

---

<sup>2</sup> Este fenómeno no es nuevo. En entrevistas sostenidas hace ya siete años, en el marco de otro proyecto de investigación, con el comandante Julio de las FARC, este, entre admirado y preocupado, aceptaba que un problema serio para las FARC en términos de su estrategia militar y de su desplazamiento regular por el territorio colombiano era lidiar con las organizaciones, especialmente indígenas y campesinas, del sudoccidente del país, que para desventura de la guerrilla en forma cohesionada les imponían límites a su tránsito y accionar sobre los territorios que estas comunidades ocupan (Banco de Entrevistas del Proyecto de Investigación, 1999).

chos humanos; pero, sobre todo, para proponer mecanismos populares de soberanía, resistencia, paz y convivencia, es decir, propuestas para la creación de una institucionalidad alternativa de los pueblos. La marcha se desarrolla pese a las advertencias del presidente Uribe –en el sentido de que sería aprovechada por grupos armados ilegales con propósitos terroristas (*El Tiempo*, 2004c)– y a las declaraciones del gobernador del Cauca, quien aseguró que primero se congelaría el sol antes de que el gobierno permitiera la interrupción de la movilidad y la tranquilidad de los caucanos y vallecaucanos (*El Tiempo*, 2004b).

La marcha cuenta en su primera parada, luego de quince kilómetros y diez horas de caminata, con la acogida y enorme simpatía de los pobladores de Villarrica, en su mayoría afrodescendientes; en el segundo día, con el apoyo solidario de la población de Jamundí; y en el tercer y último día, con la bienvenida de varios sectores de la población de Cali. En esta ciudad se destacan especialmente los estudiantes, por su caluroso entusiasmo al recibir y saludar a los marchantes que entraban por la zona sur de esta capital departamental. Conocemos la distancia que existe entre la simpatía y la militancia, pero difícilmente en una sociedad tan descreída como la nuestra se registra un apoyo espontáneo de tal naturaleza a un movimiento social popular.

Una de las características fundamentales de este primer Congreso Indígena y Popular es la convocatoria que hace a todo el movimiento popular colombiano, lo que vuelve evidente y público el propósito que ya se ha venido madurando dentro de algunos sectores indígenas de pasar de las reivindicaciones identitarias a las propuestas nacionales. Veamos algunos de los fragmentos del “Mandato Indígena y Popular de la Minga por la Vida, la Justicia, la Alegría, la Libertad y la Autonomía” del 18 de septiembre del 2004:

No solamente están en riesgo nuestras culturas, nuestras comunidades, nuestros pueblos y familias. Es peor: la vida misma corre el riesgo de ser destruida por la ceguera de quienes se han equivocado y utilizan el mayor poder de la historia para convertir en mercancía todo lo que existe a través de su Proyecto de Muerte [...] Precisamente porque enfrentamos un desafío grande y distinto a todos los que nos han tocado hasta ahora, esta movilización es diferente. No salimos solamente a exigir, a reclamarle al Gobierno, a denunciar, aunque también lo vamos a hacer. Esta vez salimos a convocar pueblos, organizaciones y procesos populares. Marchamos para expresar nuestro compromiso de unirnos y de trabajar tejiendo la solidaridad recíproca que hace falta para defender la vida. Esta vez sabemos que solos no podemos y que nos necesitamos mutuamente

para entender, para resistir y para crear un país y un mundo posible y necesario. Hemos sorprendido al Gobierno, al poder, al país y al mundo porque no nos levantamos a pedir lo que es nuestro por derecho propio; en cambio, convocamos esta Minga con una propuesta para que entre todos, como pueblos, definamos un mandato indígena y popular que oriente el proceso para que podamos avanzar en pasos firmes y realistas desde esta realidad de confusión y muerte hasta un proyecto de vida tejido por nosotros desde los pueblos (Congreso Indígena y Popular, 2004).

Desde una pequeña historia de los conceptos, recordemos que el sentido del término “indio” ha sufrido importantes transformaciones. En los años setenta se consideraba que esta palabra, creada por los españoles, no sólo era despreciativa sino inapropiada, porque se decía que ocultaba las diferencias existentes entre las más de ochenta etnias indígenas colombianas. Posteriormente, hacia los años ochenta, en la práctica de convocar y organizar a todos los indígenas, al término se le invirtió su sentido y pasó a ser utilizado como expresión de solidaridad, unión y liberación. El efecto positivo de este nuevo sentido fue enorme, en la medida en que amplió el espectro identitario y se convirtió en la consigna fundacional que ha animado a la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) a desarrollar su trabajo hasta nuestros días. Sin embargo, desde los noventa, pese a su avance, el término indio se vuelve insuficiente y limitante, sobre todo desde la experiencia de los indígenas del Cauca, en donde las luchas sociales en ese departamento hacen confluír a muchos grupos no indígenas como los negros, campesinos, jornaleros, pobladores urbanos, entre otros. Aparecen, entonces, la denominación de “grupos étnicos”, para implicar a los negros y raizales, o de “excluidos”, para integrar al amplio sector de los marginados (Autor anónimo, 2001).

Estamos enfrentados al problema de la fortaleza y la debilidad de la política basada en la identidad, como bien nos lo ha señalado John Holloway.

Un problema central de la lucha contra el neoliberalismo es cómo concebir la articulación de las identidades, o más bien, cómo entender y articular la afirmación y superación simultánea de la identidad, cómo ir más allá de las identidades sin suprimirlas, cómo entender la unidad en la separación de la identidad y la no identidad [...] No es una lucha para crear una nueva identidad ni para afirmar una vieja, más bien es la afirmación y la superación simultánea de una identidad (Holloway, 1996).

## LA CONSULTA SOBRE EL TLC

Pese a que las negociaciones del TLC con EE.UU. se iniciaron formalmente en mayo de 2004, el gobierno colombiano no ha consultado a la sociedad ni a los sectores populares que probablemente se vean más afectados por dicho tratado. En este contexto, y en concordancia con el mandato emanado del primer Congreso Indígena y Popular, el 6 de marzo de 2005, las comunidades de los municipios de Toribío, Jambaló, Caldon, Silvia, Páez e Inza, todos del Cauca y con mayoría indígena, realizaron una consulta sobre el TLC que se viene negociando con EE.UU. En ella votaron más de 45 mil personas mayores de dieciocho años, que constituyen el 75% por ciento del censo electoral –dato importante si se compara con los 39.900 votos que sumó la última elección para alcaldes (porcentaje que por cierto no incluye a los jóvenes de entre catorce y dieciocho años, que también votaron puesto que la ley tradicional indígena les reconoce ese derecho). El resultado final de la consulta fue del 98% de votos en contra de la firma del TLC.

Es en este proceso donde podemos ver con más claridad una acción que, sin abandonar lo identitario, avanza hacia una política de la igualdad, con el plus de que dicha acción política se lleva a cabo en el contexto de la relación y del impacto entre lo global y lo local.

Los objetivos eran, además del de expresar pública y democráticamente el rechazo al TLC, el de reforzar, mediante un acto simbólico de democracia directa, la expresión de la voluntad y la soberanía populares. Se buscaba contagiar a otras organizaciones nacionales<sup>3</sup> e internacionales<sup>4</sup> para perfeccionar y hacer extensivo un mecanismo popular de soberanía y resistencia que pueda ser utilizado en diferentes momentos (Congreso Indígena y Popular, 2005b). Es decir, hay una intencionalidad política coyuntural y una político-pedagógica de largo

---

3 Según Manuel Rozental, asesor de la ACIN, las organizaciones que participaron o apoyaron la consulta fueron “las organizaciones y procesos que participaron en el Congreso Indígena y Popular: las distintas organizaciones indígenas de todo el país, miembros de la ONIC y otros que están por fuera de ella [...] la Red de Lucha contra el ALCA; la Gran Coalición Democrática, que tuvo un papel protagónico en la campaña de abstención activa al referendo en octubre de 2003; y gran cantidad de ONG que han tenido una posición clara frente al TLC como la Asamblea Permanente por la Paz, Redepaz, Viva la Ciudadanía, Planeta Paz, la alianza de ONG que recientemente participaron en la Mesa de Donantes en Cartagena, organizaciones campesinas como el CIMA en el Cauca, Salvación Agropecuaria y el Consejo Nacional Indígena. Además lo apoyan desde la academia, universidades públicas y privadas como la Universidad del Valle y profesores y estudiantes de las Universidades Javeriana y San Buenaventura” (*Actualidad Colombiana*, 2005).

4 Organizaciones como la Confederación Kichua Ecuarrunari, la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) y la corriente Pachacutic; la Fundación Solon Cochabamba; el grupo de cocaleros de Evo Morales; el Departamento Ecuménico de Investigaciones de Costa Rica; y los participantes del Foro Social Mundial en Porto Alegre.

plazo. El medio, en este caso promover mecanismos como el de la consulta popular, tiene tanta o mayor importancia como el fin (rechazar el TLC). Se trata de un medio que está lleno de fines –un ejemplo que nos recuerda lo que ha señalado Zibechi como punto importante para el análisis de los movimientos sociales.

Los movimientos sociales se nos hacen visibles a través de la estela que va dejando su acción. Esa estela son sus formas de lucha; pero como toda estela es engañosa: su forma, su textura, su trama interna y su visibilidad cambian según pasa el tiempo, el lugar de observación, el tipo de mirada y el tiempo durante el cual la mantengamos. Las formas de lucha son, sin embargo, una de las claves para comprender los movimientos, incluso para acercarnos, enamorarnos e involucrarnos con ellos. De las diferentes facetas públicas de un movimiento (programa, declaraciones, congresos), los métodos que emplea son lo que permite inferir más claramente ante qué tipo de movimiento nos encontramos, cómo quiere conseguir sus propósitos y cómo es el tipo de sociedad a la que aspira (Zibechi, 2004: 12).

La consulta popular de los seis municipios del oriente caucano es convocada por sus organizaciones de base y no por sus alcaldes, pese a que estos son parte del movimiento indígena y claramente estaban de acuerdo con el proceso. Es indudable que el movimiento indígena está evitando posibles sanciones para sus alcaldes ante la negativa de la Registraduría Nacional del Estado Civil a avalar la consulta desde el Estado<sup>5</sup>. Como los alcaldes no podían convocar el llamado, ello se hace desde el movimiento indígena, tal como lo planteó uno de sus líderes: “Es el pueblo el que se convoca a sí mismo para expresar su posición ante una iniciativa del gobierno central que desconoce a ese pueblo”<sup>6</sup>. En las primeras reuniones de preparación de la consulta (a las que tuve la oportunidad de asistir), resultaba claro que la idea inicial era que la consulta fuera convocada por los alcaldes indígenas para darle toda la formalidad del caso y para que tuviera un mayor efecto político y legal sobre el gobierno. Como en muchas de sus acciones políticas, los indígenas del norte del Cauca intentan combinar el recurso del poquito Estado que gobiernan con la fuerza de su movimiento social, pero no siempre las coyunturas lo permiten. Es decir, aunque el movimiento es

5 La Registraduría Nacional del Estado Civil no ofreció el censo electoral por no ser una consulta oficial y formal del Estado, pero sí colaboró con apoyo logístico.

6 Declaración de Giovanni Yule, tomada del sitio web <[www.nasacin.net](http://www.nasacin.net)>, marzo de 2005.

fuerte, siempre está presente la idea de aprovechar los espacios políticos y legales que a veces se abren vía el control de algunas alcaldías.

Desde hace algunos años se vienen discutiendo en las comunidades las consecuencias del neoliberalismo y de proyectos como el ALCA, y desde el final del Congreso Indígena y Popular se aceleró un proceso de preparación, ilustración y discusión, a través de diversos talleres, sobre las consecuencias del TLC con EE.UU. para las poblaciones indígenas y campesinas y para el país en general. Para ello contaron con el apoyo de la Red Colombiana de Lucha contra el ALCA, el Movimiento de Salvación Agropecuaria y académicos de algunas universidades. Sobre este proceso, uno de los asesores de la ACIN relata lo siguiente.

Se aprovecha la estructura organizativa para discutir los temas. En las asambleas se está discutiendo todo lo relacionado con el neoliberalismo, ALCA y TLC, desde hace por lo menos cuatro años. Cuando los tratados y los acuerdos con el neoliberalismo se meten por distintas vías se examina el impacto de esa apertura económica en los pueblos indígenas. El proceso de formación y movilización se realiza vereda por vereda. Yo creo que el proceso ha sido muy parecido en los cinco municipios: primero, se llama a los líderes de las veredas –docentes, capitanes, alguaciles y guardia indígena. Luego se explica el TLC en términos de tiempo, contenidos, impactos generales y se prepara un material informativo sencillo. Posteriormente, se elabora un cronograma de visitas para realizar un barrido casa por casa y vereda por vereda, donde se informa a cada persona, desde los catorce años en adelante, sobre la consulta y la votación. Una vez transmitida toda la información, la gente ya está preparada para salir a votar el próximo 6 de marzo (*Actualidad Colombiana*, 2005).

Los Nasas tienen claro las posibles repercusiones del TLC para los indígenas pero también que, aunque la consulta se inicia en esas poblaciones de mayoría indígena, el llamamiento es a replicar el proceso a nivel nacional e incluso internacional, tal como lo expresó un líder Nasa:

El TLC va a tener consecuencias sobre la territorialidad, la cultura y la autonomía. Si se firma el TLC, las multinacionales allanan el camino para la explotación de recursos naturales, la mayoría en nuestros territorios; la invasión de transgénicos se fortalece suplantando las semillas tradicionales de maíz, fríjol, arracacha, habichuela y tomate; y la privatización de ríos y páramos se afianza por parte de los consorcios [...] [Esperamos] que el resto de colombianos y de organizaciones sociales se

contagien de este ejercicio democrático y lo repliquen. Hay municipios que están dispuestos a hacerla y han venido aquí para enterarse de este ejercicio. A partir del 14 de marzo nos vamos a Ecuador a ayudar al proceso de recolección de firmas para que se convoque una consulta frente al TLC (*El Tiempo*, 2005)<sup>7</sup>.

Sin embargo, la convocatoria a la consulta hace una aclaración importante.

No se está contra el libre comercio en sí mismo, pues sí se cree en un libre comercio popular y democrático, definido y planteado desde la defensa de la vida y la diversidad, para la autonomía y soberanía de los pueblos y para su beneficio (Congreso Indígena y Popular, 2005a).

En esto claramente formarían parte del tipo de movimientos que defienden la autonomía en el tema económico y comercial, tal como lo analiza Naomi Klein:

La mayor parte de las personas que forman estos movimientos [se refiere a los movimientos indígenas] no están en contra del comercio o el desarrollo industrial. Por lo que luchan es por el derecho de las comunidades locales a participar en el modo en el que sus recursos son empleados; luchan para asegurarse de que la gente que vive en un territorio determinado se beneficie directamente de su desarrollo. Estas campañas no son una respuesta al comercio, sino a un intercambio que tiene una antigüedad de quinientos años: el sacrificio del control democrático y la autodeterminación en aras de la inversión extranjera y la panacea del crecimiento económico (Klein, 2001).

Pese a esta fundamentación política, económica y pedagógica, el gobierno consideró que los indígenas estaban muy mal informados y mal asesorados. Según sus voceros, el TLC jamás se firmaría en contra de los intereses de los indígenas. Incluso, Hernando José Gómez, el jefe del equipo negociador del gobierno colombiano frente al TLC señaló:

Reconocemos que ha fallado la comunicación con los indígenas y por eso creen que el TLC es nocivo para ellos, pero lo vamos a mejorar, vamos a elaborar unas cartillas y a través de talleres empezaremos a ilustrarlos para que conozcan sobre el tema, *para nosotros los indígenas son sagrados*, así que no se preocupen (Documento “Posición pública del mandato indí-

---

7 Declaraciones de Feliciano Valencia, líder Nasa.

gena y popular a raíz de la consulta popular del pasado 6 de marzo y de pronunciamientos de voceros del gobierno insultando y amenazando a las comunidades indígenas”.

Esta perversa exaltación de lo indígena, en medio del desarrollo de un tratado propio de un proyecto capitalista globalizador y de descaracterización cultural como el TLC, nos recuerda el análisis de Díaz-Polanco sobre la estrecha relación entre la promoción de un discurso multiculturalista y la expansión global del capital.

La globalización ha encontrado la manera de aprovechar la diversidad sociocultural en su favor (saciando el incontenible apetito del capital por la ganancia). En ese trance, el capital globalizante y etnófago “exalta” la diversidad, mediante la ideología multiculturalista y como nunca antes busca convertir la pluralidad de culturas en un puntal de su reproducción y expansión [...] Sin embargo, las identidades con sólido fundamento comunitario (como los pueblos indios latinoamericanos) siguen siendo un dolor de cabeza para el sistema globalizador: oponen una resistencia tenaz y hasta ahora resultan poco digeribles por el capital (Díaz-Polanco, 2005: 6 y 12).

El proceso indígena contra el TLC es visto también por el gobierno como el resultado de la influencia de la guerrilla sobre los indígenas ante la derrota que según sus voceros se le está propinando al “terrorismo”. Reeditando la vieja estrategia de las elites políticas colombianas de criminalizar y deslegitimar la protesta social por sus supuestos vínculos con la subversión, el ministro de agricultura, Andrés Felipe Arias, expresó:

Yo me temo que hay algunos sectores que están aprovechando el miedo, el miedo que ya empezamos a derrotar en la lucha contra el terrorismo para infundirlo a través del TLC y se han aprovechado de las comunidades indígenas [...] El TLC no es ningún fantasma como sí lo es el terrorismo al cual ya empezó a derrotar el gobierno del presidente Álvaro Uribe Vélez [...] No tienen que temer porque es que esto no es un fantasma. Lo que pasa es que cuando el gobierno empieza a derrotar el verdadero fantasma que azota el agro y que es el terrorismo, ese sí es el verdadero fantasma, y ya lo empezamos a derrotar, empiezan unas voces opositoras a inventarse otros fantasmas para infundirle miedo a nuestros productores rurales, pero no podemos ceder en eso, no podemos caer en esa ilusión (Documento “Posición pública del mandato indígena y popular a raíz



de la consulta popular del pasado 6 de marzo y de pronunciamientos de voceros del gobierno insultando y amenazando a las comunidades indígenas”.

El argumento en el fondo es racista y clasista: desde la perspectiva del gobierno y de los medios, el TLC es algo muy complejo como para que pueda ser entendido a cabalidad por los indios, y si se expresan sobre él es porque alguien los influye perversamente, pues los indios no tienen la capacidad para tener una opinión propia sobre las implicaciones del TLC.

Los indígenas habrían podido refugiarse en su especificidad étnica y justificar en la convocatoria a la consulta el derecho que la Constitución colombiana y el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) les otorgan de ser consultados cuando una decisión del Estado puede afectar significativamente la vida de las comunidades, pero esto apenas fue mencionado. En el Decreto 2314 de 2004, “por el cual se regulan algunos aspectos procedimentales de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos”, se señalan los procedimientos por medio de los cuales los miembros que conforman la sociedad civil pueden acceder a la información sobre el desarrollo de las negociaciones, pero no se plantea ningún mecanismo especial que tenga como finalidad reglamentar la participación de las comunidades indígenas dentro del TLC, y hasta el momento no se ha iniciado ningún proceso de consulta con las mismas, lo cual claramente constituye una violación de la Constitución nacional y del Convenio 169 de la OIT<sup>8</sup>.

De la misma manera, los indígenas habrían podido limitar la motivación a su propia cosmovisión, que posee un contenido ético profundo muy particular que marca una diferencia fundamental entre la visión humanista y ecológica que recogen las comunidades indígenas y el pensamiento occidental capitalista. Esta reflexión sólo circuló dentro de las propias comunidades indígenas. La fundamentación filosófica, que fue resumida como “Sí a la Vida, No al TLC”, tenía reflexiones de este porte.

Tenemos la vida para ser en ella, en sus múltiples y diversas formas y manifestaciones. Es lo único que tenemos y es también todo lo que somos y podemos ser. Tener la vida es para ser en ella. Todas las formas de vida deben ser, porque tienen la vida. Somos parientes de todo lo que vive y

---

8 Recién en agosto de 2005 se presenta una Acción Popular por violación del derecho colectivo a la consulta (ver “Acción Popular contra la Nación ‘Ministerio del Interior y de Justicia, Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, y Equipo Negociador Colombiano en el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos’ por la violación al derecho colectivo a la consulta de los pueblos indígenas” en <[www.recalca.org.co](http://www.recalca.org.co)>).

nuestro deber es convivir. Es el único deber y el que reclama la mayor sabiduría, la memoria, la experiencia y el trabajo. Porque TENEMOS PARA SER, aceptamos el pluralismo y la diversidad y buscamos el equilibrio y la armonía. Como comunidades y pueblos, asumimos nuestra responsabilidad en la historia como el deber de convivir, defender y promover la vida en toda su diversidad. Para la cultura que se impone desde la conquista de este continente, la vida es un hecho dado con el que se cuenta. Para los que conquistan, SER vivos y humanos no es un fin, ni la convivencia una meta. SER es únicamente el medio para TENER. Hay palabras duras con las que los reconocemos y recordamos porque resuenan y mantienen viva la memoria del dolor que trajeron y que siguen imponiendo: FRONTERA, DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA, EXPLOTACIÓN Y CRECIMIENTO. Por sus palabras conocemos sus intenciones. Son para tener, cada vez más y con mayor poder. Es la razón instrumental y utilitaria. En un territorio descubren lo que quieren explotar para conquistarlo, extraerlo, transformarlo en mercancía, venderlo y acumular poder y riqueza. Lo que no tiene utilidad inmediata es destruido (Congreso Indígena y Popular, 2005b).

El proceso de las consultas a los indígenas, entonces, no se inicia acudiendo a la diferencia. La convocatoria se hace a todo el movimiento popular basada en el derecho democrático de todos a participar y decidir sobre un tratado de esta naturaleza. Los frutos se están comenzando a recoger. El efecto demostrativo de los Nasas ya ha tenido importantes repercusiones y desarrollos. El 5 de junio de 2005, el destacado gremio de los arroceros organizó su propia consulta en todas las zonas arroceras del país: el 80% de los cultivadores rechazó el Tratado de Libre Comercio con EE.UU. que actualmente negocia el gobierno colombiano. En los meses de agosto y septiembre de 2005, en la Universidad del Valle se realizó una encuesta sobre el TLC entre todos sus profesores, empleados y estudiantes, que arrojó un contundente resultado del 89,57% de los votos de opinión por el No. En el Cauca, el 27 y 28 de agosto de 2005, por segunda vez, se realizó una consulta indígena y campesina –esta vez ampliada al movimiento campesino, estudiantil y sindical. El 4 de septiembre de 2005, convocada por los productores de clima frío, especialmente de cereales y papa, se realizó en 21 municipios de los departamentos de Nariño (9 municipios), Boyacá (7) y Cundinamarca (5) una consulta sectorial sobre el TLC. La iniciativa contó con el apoyo de numerosas organizaciones, entre ellas Salvación Agropecuaria, Fenalce, acciones comunales, sectores de la Iglesia y la Central Unitaria de

Trabajadores de Colombia (CUT). El resultado fue contundente: el 98% de los 20.852 votantes se manifestó por el No a la inclusión de productos de clima frío en el TLC. Entre el 25 y 27 de noviembre de 2005, dieciocho municipios de Nariño se manifestaron en contra del TLC, donde ya se habían manifestado los paperos y trigueros, integrando a la votación a los jóvenes, niños y niñas de entre diez y diecisiete años<sup>9</sup>.

## CONCLUSIONES

Los diferentes eventos aquí relatados nos muestran que los indígenas del Cauca liderados por los Nasas del norte de ese departamento están entrando en una nueva etapa que, sin abandonar la lucha bandera de otros momentos históricos como son la recuperación de la tierra, la defensa de la cultura y la autonomía, se plantea el reto de construir un nuevo país, de proponer y crear una alternativa al modelo dominante. Es decir, lejos de retraerse y regodearse con las victorias alcanzadas en el campo de la recuperación de tierras y de la autonomía o con las ventajas que la Constitución de 1991 le otorgó a los pueblos indígenas, el movimiento indígena del norte del Cauca está hoy más consciente que nunca de la necesidad de impulsar procesos que articulen las luchas populares en Colombia para que, como afirma el Mandato Indígena, “otro país justo, democrático, respetuoso y en paz sea posible” (Congreso Indígena y Popular, 2004).

Estamos frente a un nuevo tipo de vanguardia (si es que esa palabra sigue resultando adecuada), o más bien de liderazgo, en donde primero se consolidan las comunidades locales, se construye una base social regional, e incluso se hacen transformaciones revolucionarias y desde ahí, con los pies sobre la tierra, se dialoga, se interactúa y se avanza con el resto de las experiencias emancipatorias en la búsqueda de cambios fundamentales. La época de las vanguardias centradas en la fuerza del discurso o de las armas ya está siendo superada, y se crea un nuevo liderazgo con un fuerte contenido ético, en el que las formas de lucha dicen mucho sobre el fin porque ya lo llevan incorporado. Porque se habla de lo nacional o lo global pero desde una experiencia ya validada a nivel local; porque la lucha se hace reivindicando la vida, la dignidad y la autodeterminación como valores fundamentales; y porque la estrategia política fundamental no es otra que la de dar testimonio. El argumento que aquí se esboza es que la autoridad moral, de movimientos como el de los neozapatistas o de los Nasas,

---

9 Entiendo que existen más consultas, pero este listado ya es representativo del desencadenamiento producido desde la primera consulta frente al TLC organizada en marzo de 2005 por los indígenas Nasas en el nororiente del Cauca. Para obtener más información, ver <[www.recalca.org.co](http://www.recalca.org.co)>.

forma parte de la estrategia, y que la autoridad moral también es estratégica. Es decir, que la estrategia tiene un basamento moral; no es algo fuera de ella; no se trata de que en un momento damos ejemplo moral y en otro desarrollamos la estrategia. Si la estrategia se lleva a cabo dejando de lado lo moral, se rompe el proyecto o simplemente ya es otro proyecto. Un proyecto emancipador no puede concebir lo ético, por un lado, y lo político-estratégico, por otro, como dos cosas que deberían juntarse, como dos dimensiones que ojalá pudieran estar juntas, sino como dos elementos que si no están juntos no pueden ser la estrategia.

La experiencia de los Nasas ilustra la articulación entre la igualdad y la diferencia de la que nos habla Nancy Fraser.

Deberíamos enfrentarnos a una nueva tarea intelectual y práctica: la de desarrollar una teoría *crítica* del reconocimiento, que identifique y propugne únicamente aquellas versiones de la política cultural de la diferencia que puedan combinarse de manera coherente con una política social de la igualdad (Fraser, 2000; énfasis propio).

O como dice Boaventura de Sousa Santos:

Hay que buscar una nueva articulación entre políticas de igualdad y políticas de identidad. Antes que nada, es necesario reconocer que no toda diferencia es inferiorizadora. Y, por ello mismo, la política de igualdad no tiene que reducirse a una norma identitaria única [...] Una política de igualdad que niega las diferencias no inferiorizadoras es de hecho una política racista [...] Tenemos derecho a ser iguales cada vez que la diferencia nos inferioriza; tenemos derecho a ser diferentes cuando la igualdad nos descaracteriza (Santos, 2003: 153).

Siguiendo a Escobar, et al. (2001), tenemos que los Nasas del norte del Cauca, como los movimientos sociales de corte emancipatorio que hemos mencionado, ponen en marcha una *política cultural*, es decir, procuran la legitimación o la transformación de las relaciones sociales desiguales. Claramente han entrado a disputar los significados de las prácticas sociales y a luchar con quien tiene el poder para definir dichos significados. Como estos autores lo advierten, estos movimientos no solamente hacen política cultural cuando hacen reclamaciones en el campo de lo que se reconoce tradicionalmente como cultural (usos y costumbres, religión, etnia, arte, identidad) sino también cuando debaten sobre la orientación de las políticas públicas, cuando resignifican interpretaciones dominantes o cuando cuestionan y desafían prácticas políticas.

Como se comprenderá, una comunidad de esta naturaleza está fuertemente amenazada por múltiples intereses económicos, políticos y militares. Afirma Díaz-Polanco:

Los que corren no son los mejores tiempos para la comunidad. Toda forma de organización en la que se utilizan procedimientos colectivos para la toma de decisiones, se ejerce la autoridad como servicio, funcionan los controles internos de los recursos, se practica la reciprocidad, etc., es vista con sospecha y sobresalto por los profetas de la globalización neoliberal. Por ello, la comunidad comienza a ser atacada ferozmente en América Latina (Díaz-Polanco, 2005: 12).

Sin embargo, lo que la experiencia de los Nasas nos sugiere es que no se trata de volverse indio sino de conseguir cohesión social, cultural y política a nivel de las organizaciones que defienden proyectos de vida alternativos al modelo de vida liberal capitalista imperante. De hecho, hay casos lamentables y tristemente célebres como el del senador Nasa Jesús Piñacué quien, desde la perspectiva del proyecto de vida del movimiento Nasa del norte del Cauca, utiliza su identidad y su discurso para ascender dentro del sistema, en el esquema citado del Ser para Tener. Luego, el propósito no es volverse indio sino, más bien, hacer como hacen los indios que resisten: organizarse, cohesionarse, autodeterminarse, darle sentido colectivo a la vida individual, es decir, construir comunidades libres, construir solidaridad, lazos y valores entre las personas y las familias, única manera de darle fuerza y solidez a la acción colectiva. Para ello, simultáneamente, es necesario buscar alianzas con otros colectivos, comunidades y movimientos sociales que también están enfrentando problemas que sobrepasan el nivel local-comunitario e identitario. E incluso se requiere coadyuvar al proceso de los otros, un reto difícil cuando los esfuerzos por crear comunidad propia son tan gigantescos y de frente a una cultura política hegemónica que es profundamente individualizante y por tanto descomunitarizante.

El reto, entonces, que se desprende de la propuesta de los Nasas es el de dignificar una identidad y un reconocimiento para la misma (porque somos muchas cosas además de indios: negros, mujeres, campesinos, gays, intelectuales, ancianos, religiosos, artesanos, etc.) y simultáneamente construir un proyecto global de defensa y promoción de la vida, en el que esas diferencias sociales y culturales convivan y se articulen equitativamente en un medio que permita, por ejemplo, que cuestiones estratégicas como la educación y los recursos naturales y construidos estén disponibles de tal manera que sea posible potenciar todas las capacidades.

Un mundo cuya totalidad sea mucho más que la suma de las partes, en la medida en que se construye una nueva comunidad ampliada, donde eso que despreocupadamente llamamos “sociedad” tenga sentido ante la evidencia de una enriquecedora densificación de lo social; y en donde incluso muchas de esas identidades se desdibujarían, por lo menos en la forma en que hoy las conocemos, en la medida en que algunas se construyeron por la fuerza de la exclusión o porque las que no se forjaron así dejarían de ser patrimonio exclusivo y esencial de grupos particulares y pasarían a ser opciones de vida posibles para todos. Es decir, un proyecto de vida igualador que promueve las diferencias, pero logra que estas trabajen por la igualdad.

Finalmente, en el contexto de las luchas emancipatorias continentales, el agravante para el caso colombiano sigue siendo que todo esto se hace y se propone en medio del conflicto armado y bajo muchos fuegos. En Colombia no sólo es muy difícil vivir como se quisiera, escogiendo dentro de varios modelos de sociabilidad, sino que simplemente no se puede vivir, así, a secas. En mi país, mucho antes que la democracia, lo que sigue estando en riesgo es la vida misma. Es decir, ese proyecto de igualdad y convivencia cultural se construye dentro de una cultura política dominante que no acepta el elemental derecho a la vida, que a la gente no la maten. Las amenazas de muerte a los concejeros de la ACIN son permanentes. El asesor principal de la ACIN debió salir de Colombia en noviembre de 2005 porque fue amenazado de muerte por las FARC. Es más, fue tildado, simultáneamente, de terrorista internacional (por la derecha) y de agente de la CIA (por la izquierda armada). Una encrucijada muy propia de la polarización colombiana, en la que el más vulnerable es el sector que entabla su lucha emancipatoria por fuera de la lógica autoritaria, militarista y hegemónica, presente tanto en los sectores dirigentes del país como en las FARC. Recordemos que para esta organización guerrillera lo que los Nasas hacen es simplemente la expresión de una minoría étnica cuyas reivindicaciones están contenidas en la lucha de las mayorías, esas sí reflejadas en la organización de las FARC<sup>10</sup>.

Afortunadamente, aun así, en ese contexto de lucha contra varios autoritarismos de distinto signo ideológico, siguen existiendo comunidades que intentan desarrollar una utopía de vida como la que aquí recordadamente procuramos analizar.

---

10 En un comunicado del 28 de mayo de 2001 de la Comisión Internacional de las FARC se afirmaba: “La lucha política que desarrollamos por construir la sociedad que merecemos y por la que luchan, de diferentes maneras, las mayorías nacionales, hace suyas las reivindicaciones de lo que se ha dado en llamar minorías, étnicas y de género. De hecho, nuestra organización refleja el prisma nacional y recibe importantes aportes de todos los sectores sociales” (Servicio Informativo Red Resistencia <<http://redresistencia.info>>).

## BIBLIOGRAFÍA

- ACIN-Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca 2005  
“Autoridades Indígenas citan a ministra de comunicaciones al  
NASA UUS YUT’PEJNI”, Oficina de Prensa ACIN, 8 de julio.
- Actualidad Colombiana* 2005 “Sí a la vida, No al TLC” (Bogotá) N° 401,  
23 de febrero al 9 de marzo, en <www.actualidadcolombiana.org>.
- Autor anónimo 2001 “Los indígenas colombianos. Una historia negada y  
las más de las veces incomprendida”, octubre.
- Banco de Entrevistas del Proyecto de Investigación 1999 “Crecimiento y  
poder de las FARC” (Bogotá: Universidad Javeriana/Colciencias).
- Bartra, Armando 2005 “Dilapidando el bono demográfico” en *Masiosare*  
(México DF: La Jornada) N° 402, 4 de septiembre.
- Bonfil Batalla, Guillermo 1990 *México profundo. Una civilización negada*  
(México DF: Grijalbo).
- Congreso Indígena y Popular 2004 “Mandato Indígena y Popular de  
la Minga por la Vida, la Justicia, la Alegría, la Libertad y la  
Autonomía” Cali, 18 de septiembre, en <www.nasacacn.org/  
mandato\_indigena\_popular.htm>.
- Congreso Indígena y Popular 2005a “Proclama de convocatoria pública a  
la consulta popular frente al TLC”, Departamento del Cauca, 6 de  
febrero, en <www.nasacacn.net>, acceso marzo.
- Congreso Indígena y Popular 2005b “Proclama pública del Congreso  
Indígena y Popular: convocatoria a la consulta ciudadana y popular  
frente al Tratado de Libre Comercio”, Departamento del Cauca,  
1 de febrero, en <www.nasacacn.net>, acceso marzo.
- Díaz-Polanco, Héctor 2005 “Etnofagia y multiculturalismo” en *Memoria*  
(México DF: Cemos) N° 200.
- El País* 2004 (Cali) 9 de septiembre.
- El Tiempo* 2004a (Bogotá) 4 de septiembre.
- El Tiempo* 2004b (Bogotá) 9 de septiembre.
- El Tiempo* 2004c (Bogotá) 13 de septiembre.
- El Tiempo* 2005 (Bogotá) 8 de marzo.
- Escobar, Arturo; Álvarez, Sonia E. y Dagnino, Evelina (eds.) 2001 *Política  
cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos  
sociales latinoamericanos* (Bogotá: Taurus/ICANH).

- Fraser, Nancy 2000 “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia de la era ‘pos-socialista’” en *New Left Review* (Madrid: Akal) N° 0.
- Holloway, John 1996 “Resonancias del zapatismo” en *Revista Chiapas* (México DF: ERA/IIEc) N° 3.
- Klein, Naomi 2001 “Reclaiming the commons” en *New Left Review* (Madrid: Akal) N° 9, mayo-junio.
- Santos, Boaventura de Sousa 2003 “Desigualdad, exclusión y globalización: hacia la construcción multicultural de la igualdad y la diferencia” en *La caída del angelus novus. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política* (Bogotá: ILSA/ Universidad Nacional de Colombia).
- Zibechi, Raúl 2004 *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento* (México DF: Ediciones del FZLN).





Jaime Caycedo\*

## PROCESOS EMANCIPATORIOS EN CONDICIONES COMPLEJAS: LA LUCHA POR LA UNIDAD POPULAR EN COLOMBIA

LA FORMACIÓN DE UNA CONCIENCIA acerca de la unidad del pueblo frente a sus opresores, por encima de los prejuicios y las trampas que la sociedad burguesa interpone para mantener la división entre los oprimidos, atraviesa laberintos intrincados y accede a mesetas imprevistas según las condiciones básicas de partida, el desenvolvimiento “natural” de la lucha de clases y la concepción estratégica que ponen en juego los sujetos sociopolíticos y culturales.

Los saberes de la emancipación en condiciones complejas resultan ser, necesariamente, complejos. Ante todo, porque la razón de la complejidad está en la estructura misma de la totalidad social. Dicho de otra forma, también es complejo para los dominadores ejercer su dominación. Sólo pueden “simplificar” sus procedimientos con dosis acrecentadas de violencia, represión y/o perfidia ideológica mediática para desnaturalizar y enmascarar –con trajes y máscaras prefabricados a la medida– los argumentos y la razón de quienes luchan por la emancipación<sup>1</sup>.

\* PhD, Antropólogo. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia y Secretario General del Partido Comunista Colombiano.

<sup>1</sup> A propósito del papel del sufrimiento y la resistencia a la injusticia y el terror, ver la obra clásica de Barrington Moore (1989) y, más referido al caso colombiano, el libro de Michael Taussig (1994).

La acción de los dominadores y del Estado en torno a la llamada “amenaza terrorista”, esto es, la guerra preventiva antiterrorista como política permanente de la actual globalización, asume para América Latina, desde el imperialismo, las características de una recolonización, con todos los ingredientes atribuibles a este concepto. Esta acumulación de ventajas unilaterales a la dominación transnacionalizada del gran capital incluye componentes geopolíticos evidentes y, además, formas de intervencionismo político-militar –no menos graves por presentarse camufladas– junto con una avalancha de recursos de agresión mediática. Esta verdadera “guerra colonial”, de la globalización y desde ella, impone al conocimiento científico y a la intuición de los dominados dos requisitos: el de concebir su proyecto contrahegemónico con el enfoque de un cambio transformador radical y completo de las actuales condiciones de existencia; y el de trabajar por reunir, en un haz de voluntades, las fuerzas de la resistencia y los factores del cambio político transformador como vía de emancipación. Un elemento que corre en ayuda de este proyecto es la experiencia, propia y compartida, en el campo de los rasgos culturales comunes a las sociedades latinoamericanas y a la extraordinaria creatividad combativa de sus pueblos.

La experiencia de Colombia puede ilustrar la complejidad, de y en la que empiezan a formarse estas experiencias. Confrontado con la maniobra de una reelección presidencial, impuesta como una especie de “golpe de Estado” desde el poder, el pueblo colombiano pone en demostración los acervos disponibles para resistir y avanzar en la transformación estratégica de sus condiciones de lucha.

Afirmamos que la formación de una conciencia de la emancipación como conciencia revolucionaria en Colombia se ha desenvuelto históricamente en confrontación con formas de modernización de esencia conservadurista y autocrática, guiadas desde el Estado de clase y sus aparatos ideológicos, que han mostrado la tendencia a excluir del campo de las manifestaciones ideopolíticas toleradas las creaciones provenientes de la experiencia popular propia y del sincretismo de esta con las experiencias latinoamericanas, revolucionarias y progresistas. La creación de una superestructura virtual, soportada en el autoritarismo militarista y mediático que impregna todas las instancias del Estado y se vierte sobre la sociedad civil, encubre apenas la alianza histórica de la vieja oligarquía decimonónica y el imperialismo estadounidense con su proyección geopolítica de control continental. Los principales factores, y a la vez soportes de la conciencia de la emancipación, son los sujetos antisistémicos de la formación sociohistórica colombiana, cuya práctica política ha creado las bases de los saberes para avanzar en el actuar transformador. Estos sujetos antisistémicos, que se manifiestan en todas las variadas expresiones del movimiento popular colombiano,

desde la lucha de masas por las libertades y derechos fundamentales hasta la lucha armada revolucionaria, han contribuido –quien más, quien menos, en distintos momentos– a la formación de una pedagogía y una experiencia de la unidad que ha permitido abrir horizontes y perspectivas ciertas a la lucha por la emancipación.

En esta primera aproximación al tema examinaremos las condiciones impuestas por el poder dominante dirigidas a forzar el predominio de un pensamiento único desde el Estado y el sistema mediático. En un segundo momento intentaremos sintetizar la historia de las experiencias conducentes a la unidad popular como condición y vía de las prácticas emancipatorias en el caso colombiano.

### RÉGIMEN POLÍTICO Y LUCHA POR LA EMANCIPACIÓN

El régimen político colombiano ha variado poco en el último largo medio siglo. En su formación histórica cumplió un papel demarcado el viraje reaccionario del imperialismo hacia la *guerra fría* y su secuela de militarización, *macartismo*, destrucción de los derechos y libertades de los trabajadores y los ciudadanos, e impulso de diferentes variantes de la *guerra preventiva*, entendida como un factor de contención de la rebeldía popular, que había estallado como presencia trascendental, aunque caótica, de la multitud, en la protesta por el magnicidio del 9 de abril de 1948 y en el auge significativo de la resistencia armada campesina.

El estallido político y social, acallado mediante la represión violenta y las masacres de Estado, en los días y semanas que siguieron, a pesar de no haber encontrado, en su momento, el cauce de una dirección política eficaz y revolucionaria, no impactó menos en la sociedad en su conjunto, ni dejó de convertirse en un referente histórico obligado de la vida nacional. Particularmente, no dejó de constituir un punto muy alto de la confrontación de clase, entendida en el sentido más amplio, como enfrentamiento entre, por un lado, el sentimiento popular por ampliar el espacio de las libertades, rechazar su cercenamiento sostenido y encontrar un campo de participación en la búsqueda de vías para la justicia social –destruida en la figura sacrificada del *líder* y en la política de *sangre y fuego* que luego habrá de consagrarse como esencia de los gobiernos conservadores de aquel período (1946-1953)– y, por otro, la violencia de Estado, la represión generalizada antipopular y el enfrentamiento interpartidista liberal-conservador, relanzado como instrumento de la derechización del poder, en el ambiente de servilismo hacia la política anticomunista y antisoviética de Estados Unidos.

El golpe militar de 1953 (que se mantuvo en el poder hasta 1957) aparentó separarse de esa línea, pero pronto mostró su seguidismo.

El Frente Nacional (1958-1974) y los gobiernos posteriores a su terminación (1974-1991) prosiguieron la tensa y pertinaz batalla por

*derechizar el Estado y el régimen político*, en contravía del interés de crecientes fuerzas sociales y corrientes populares de la sociedad<sup>2</sup>. Se reafirma la tendencia secular de la gran burguesía, dependiente del imperio y de los grupos financieros colombianos, a una *modernización autoritaria*, en permanente asíntota con los modelos emparentados con el fascismo, en especial por su recurso a la violencia de Estado –abierta o encubierta, según las circunstancias– y su “domesticación” bajo los recetarios del Conflicto de Baja Intensidad (CBI), como forma de la guerra preventiva. La dictadura encubierta, pertrechada de todos los pretextos legales para aparentar una legitimidad mientras los seres humanos, titulares de los derechos que les otorga una supuesta ciudadanía, son muertos, torturados, desaparecidos, refugiados interna y externamente, frente a una mirada entre tímida, cómplice o simplemente hipócrita de la llamada comunidad internacional, es indicativa de las formas de democracia restringida que el imperialismo valida. Este modelo de régimen político de falsa democracia constituye, en cierto modo, una “creación original” perversa de la gran burguesía colombiana.

La reforma constitucional de 1991 fue un ensayo de reglamentar los medios represivos sin desmontar el tutelaje militarista sobre la sociedad y el Estado. El esfuerzo por instituir nuevas libertades y derechos (derecho de amparo, algunas modalidades de acciones afirmativas, consultas populares, revocatoria del mandato de algunos elegidos, elección popular de alcaldes y gobernadores, etc.) no modificó el esquema de la tradición dominante en el ejercicio del poder. La vieja práctica del *estado de sitio permanente* fue sustituida por el intento de hacer regir el *estado de excepción* hasta sus límites extremos y, ante el fracaso de estas medidas, intentar introducir leyes antiterroristas, el modelo estadounidense de *justicia acusatoria*, la extradición de nacionales a EE.UU., la judicialización de la protesta social, la eliminación del delito político, su tránsito a “sedición” para otorgarle estatus político a los terroristas paramilitares. El esquema que orienta las prácticas de la dominación de clase permanece y se convierte en una herramienta perversa de nuevas funciones que termina autoasignándose el poder. Así, por ejemplo, el modelo neoliberal se impuso desde adentro del Estado, como un asalto grotesco para desvertebrar lo público, sin consideración ninguna por las consecuencias que acarrearán las privatizaciones como otra forma de desnacionalización del Estado y fragilización de su autodeterminación política y económica.

---

2 Para una visión inteligente y no susceptible de ser tildada de izquierdista, ver Vásquez Carrizosa (1979), en especial los capítulos 14 y 15. Desde otro ángulo, el de la creación de una oposición “populista” al Frente Nacional y la formación de la ANAPO (partido creado por el ex dictador Rojas Pinilla), ver Ayala Diago (1996).

Como resultado, los pocos o muchos avances democráticos de la Constitución de 1991 se han ido reversando; han dado paso a formas que desnaturalizan y restringen los derechos, y condicionan las libertades. Lo que no se logra contrarreformar, se desconoce *de facto*, mientras el poder consigue las mayorías parlamentarias sumisas que le permiten crear nuevas figuras constitucionales. Es el caso de la reelección presidencial inmediata del presidente en ejercicio que contó, a fines de 2005, con la aprobación de una Corte Constitucional alineada mayoritariamente con el Poder Ejecutivo.

Tal estado de cosas sólo puede ser transformado con la intervención popular y el cambio político democrático. El viraje que Álvaro Uribe intenta introducir en el régimen político colombiano mira al pasado. Si el capitalismo colombiano se afianzó a mediados del siglo XX –con sus características propias de *dependencia estructural y geopolítica frente al imperialismo*– en medio del desangre nacional de la violencia y la anti-democracia, Uribe intenta repetir esta historia justo cuando resuenan nuevos clarines de autodeterminación, antiimperialismo y lucha de los pueblos, y el imperio muestra sus debilidades, de cara a América Latina.

La comedia actual no es que el régimen político colombiano logre arrastrar mayorías ciegas, insensibles o “embruajadas”. Lo nuevo de la realidad son dos aspectos indisolubles: por un lado, si en el pasado los enviones autoritarios encendían las hogueras de la guerras civiles (Guerra de los Mil Días, 1899-1902) o las resistencias campesinas armadas en la segunda mitad del siglo XX, ahora el viraje a la ultraderecha se intenta en medio de la guerra, esto es, lejos de la conciliación o la solución política y mucho más en el contexto de la solución militar. Uribe porfía, como quien intenta colocar un pararrayos en medio de una tormenta. Piensa que el amo imperial sostendrá indefinidamente sus propósitos. Y, sobre todo, sobrestima el alcance de su paternalismo demagógico y militarista –sin resultados para las mayorías populares– como soporte de su proyecto. Por otro lado, hace parte de lo nuevo el aprendizaje que muchos sectores están realizando de las experiencias modeladas por las luchas populares en la historia nacional. Especialmente, el aprendizaje y las expectativas renovadoras que la unidad despierta en amplios espacios populares. Expectativas alimentadas por el entorno latinoamericano, sobre todo en cuanto envuelven opciones reales de cambio que, en todo caso, en mucho se asocian a las posibilidades reales de acceso popular (y plebeyo) al poder político. La dupla de Próspero y Ariel está rota. Calibán asume las riendas del Estado en varios países del continente.

## **EXPERIENCIAS Y FORMACIÓN DE SABERES**

¿Cuáles son las enseñanzas que las experiencias traducen como favorables a la emancipación, en el caso colombiano?

La modernización conservadurista y autocrática apuntó siempre a destruir las tradiciones revolucionario-democráticas que construyeron la conciencia y los mitos de la nación y el Estado republicano: la de la rebelión Comunera, de 1781; la de la guerra revolucionaria anticolonialista (1816-1824); la de las rebeliones contra la esclavitud y el “perrero”, en el sudoccidente, como parte de las rebeliones de mediados del siglo XX y la guerra artesana, de Bogotá (1854); el contenido agrarista, nacionalista y democrático que afloró en episodios cruciales de la Guerra de los Mil Días y la separación de Panamá; la emergencia del movimiento obrero y sus luchas en el siglo XX; las resistencias armadas campesinas contra la violencia (1948-1962); la lucha armada revolucionaria contemporánea desde 1962 hasta el presente.

También se orientó a demoler el edificio republicanista, civilista y laico, heredado de la guerra revolucionaria anticolonialista bolivariana para reemplazarlo por una visión idealista de la construcción social y la legitimidad con base en la normatividad jurídica, en una sociedad dominada por latifundistas-comerciantes, que hicieron del mantenimiento de relaciones semiserviles de la fuerza de trabajo y del ejercicio prepotente del poder político fuentes suplementarias de acumulación. Cuando se instituye el proceso de la llamada Regeneración, con la Constitución de 1886 que rigió por más de un siglo, la protoburguesía de hacendados comerciantes descubre, en la centralización del poder del Estado y el sometimiento regional, una herramienta más eficaz para la acumulación originaria y las negociaciones beneficiosas a sus intereses estrechos, en el complejo sistema mundial interestatal, de dominio estadounidense, que avasallaba en el vecindario, con los ojos puestos en la división de Colombia y el control geopolítico del istmo panameño.

El cosmopolitismo de la globalización contemporánea, cuyo centro es la exégesis del modo de vida estadounidense con su montaje mediático, ha venido a reemplazar, en el proyecto ideológico dominante, la *influencia transnacional* que cubrió la iglesia católica, particularmente con la instauración del Concordato entre Colombia y el Vaticano, vigente hasta la década del setenta. Esta influencia, especialmente en el aparato educativo y en las denominadas *misiones*, que influyeron en la aculturación forzada de las sociedades indígenas y afrocolombianas, trasladó a importantes sectores sociales policlasistas, regionales y etnosociales el decadente pensamiento conservadurista religioso europeo de fines del siglo XIX, intransigente y sectario, pero a la vez paternalista y propiciador del “buen obrero”.

El pensamiento ultraliberal dominante ensalza una visión unilateral del progreso, en la lógica del desarrollo económico en tanto consolidación de relaciones de explotación del trabajo al menor costo. Ve en la sociedad de consumo el modelo de vida buena a perseguir. Sin duda

representa un elemento paradigmático de la conciencia social. Según su lógica, el destino de cada quien está predeterminado entre ganadores y perdedores, el éxito a cualquier costo es bendecido por el aprecio social y el logro de dinero en abundancia borra cualquier pecado o culpa, aunque no asegura la vida, a veces efímera, de los afortunados. El manejo del Estado y la política están reservados para las clases superiores y, en teoría, se trata de un asunto que deba preocupar a cada uno. Esta percepción del poder y su manejo excluyente tienen un amplio espectro de receptividad en sectores populares. La credulidad de los pobres admite una amplia tolerancia mientras el Estado no entre a perjudicar los niveles de sobrevivencia de la gente. Las nociones de derechos sociales, reclamación, reivindicación o sindicalización son juzgadas como “innecesarias”, en tanto que, como políticas “informales” del poder, son señaladas como subversivas o, en todo caso, sospechosas.

En este contexto, el ámbito de lo alternativo, lo crítico, lo revolucionario tiende a ser visto como algo extraño o bizarro. La experiencia del exterminio físico de dirigentes de la Unión Patriótica (UP) y el Partido Comunista (PCC), del sindicalismo y, en general, de la oposición de izquierda se advierte como algo poco menos que “natural” en la lógica del sistema. La reprobación a los crímenes y el rechazo a la pretensión de liquidar las ideas por esa vía se expresan de muchas maneras, incluidas manifestaciones psicosociales de carácter patológico. Pero ello no impide que sentimientos de pánico o terror, socialmente interiorizados, obren como frenos al quehacer libre y al libre derecho a opinar y actuar. El efecto ideológico del terrorismo cotidiano, repetido, amparado por la impunidad y por la autoridad del Estado, cumple su cometido.

La idea de que los oprimidos se unan por sus intereses y sus derechos sociales, culturales, de género y políticos es una constante de la modernidad occidental. Influyó en las formas de la unidad nacional contra el colonialismo desde fines del siglo XVIII y estuvo, desde entonces, en las raíces del Estado nación como una herramienta de la expansión de la formación social capitalista a nivel global. Los procesos de liberación nacional y sus formas de unidad ganaron nuevos contenidos de clase bajo el efecto de las revoluciones obreras del siglo XX. Las fuerzas sociales esenciales de la revolución democrática, de aquello que Lenin denominó la época del imperialismo, ocuparon un lugar central en el desarrollo de los movimientos de liberación en los espacios del Tercer Mundo. Los campesinos y trabajadores rurales, los desempleados y sectores pobres urbanos, las capas medias populares y crecientes corrientes de la intelectualidad cumplieron un papel destacado en procesos transformadores e hicieron parte de frentes amplios de convergencia que asumieron el poder en sus países desde la segunda mitad del siglo XX.



La agregación de fuerzas que deshace dispersiones y crea instrumentos para soldar coincidencias, solidaridades, identificar objetivos comunes, vencer diferencias o convivir con ellas con base en destacar aquello que unifica no es, sin embargo, una técnica simple. Es parte del *arte de la política*, que así ha sido definida desde Maquiavelo a Lenin. Hace parte de la formación de nuevos sujetos, en dependencia de las tareas históricas planteadas a los pueblos, cuya realización y desenlace eficaz están en relación directa con la fortaleza cuantitativa y cualitativa del proceso unitario, con su decisión y clarividencia al asumir los retos a los que aspira responder y con el acierto de los pasos prácticos que emprende para su desempeño táctico.

A mediados de los ochenta, numerosos debates apuntaron a la discusión acerca de la unidad estratégica revolucionaria y destacaron la importancia de la categoría de *vanguardia*, asumida desde sus determinaciones políticas. Los debates de entonces alimentaron opciones de alcance significativo, como en los casos centroamericanos: Nicaragua, El Salvador y, en otra medida, Guatemala. Resultaba claro, sin embargo, que no todos los procesos tomaban como punto de partida las premisas de la situación centroamericana, largamente asediada por las ambiciones estratégicas de EE.UU. La tesis de la *vanguardia colectiva* desplegó su alcance, y su enseñanza fructificó en determinadas condiciones. No todas las experiencias tuvieron resultados comparables. El balance de las experiencias centroamericanas está aún por hacerse para extraer sus verdaderos alcances. Los cambios negativos en el escenario mundial tras la desaparición de la URSS permiten explicar en parte el curso de procesos truncos o inconclusos. Pero no pueden dar cuenta de la vida interior de los mismos, en particular de la consunción de las condiciones subjetivas surgidas de las décadas del setenta y ochenta, y los límites objetivos que debieron afrontar en cada desarrollo nacional.

La crisis del socialismo revocó los puntos de arriba de estas discusiones y colocó en un nuevo terreno la relación de fuerzas. Las circunstancias de entonces conllevaron repliegues y divisiones, una nueva diáspora de la que sacaron ventaja el posibilismo, el oportunismo y, en general, las posiciones de conciliación con los regímenes de clase en su nueva postura neoliberal.

En Colombia, los acercamientos entre los movimientos guerrilleros que conformaron la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, a inicios de los noventa, no tuvieron nuevos desarrollos. Las fuerzas principales (las FARC y el ELN) mantienen un contacto ocasional que no ha conseguido avanzar en una perspectiva de largo alcance. Perviven puntos de confrontación críticos. Pero han buscado experiencias de cooperación en varias regiones.

La desmovilización de algunos sectores del movimiento armado, a comienzos de los años noventa, alimentó la formación de una *franja intermedia de corrientes políticas* que, en la alternativa entre reafirmarse en la izquierda y conciliar, terminó aceptando las condiciones especiales de una reinserción en el seno del establecimiento. Un mérito de dicha franja ha sido su tendencia al alejamiento del bipartidismo con el que mantiene una actitud crítica, aunque coquetea con algunas de las propuestas reformistas, de inspiración neoinstitucionalista socialdemócrata. El deslizamiento de dirigentes de la izquierda hacia la franja intermedia no cerró totalmente las puertas a las coincidencias. Como una respuesta a este fenómeno socio ideológico, en otros espacios de la lucha popular se reafirmó el papel y la responsabilidad de las fuerzas más decididas y comprometidas de la izquierda en el empeño de la unidad, como la probabilidad de establecer un programa común y unas formas de acción y organización compatibles con los espacios de la lucha de masas, en acercamiento y unidad de acción con los movimientos sociales, particularmente desde las iniciativas de lucha común del movimiento obrero.

La lucha frente al terrorismo de Estado característico del régimen político trajo para la izquierda colombiana el aprendizaje del significado de los derechos humanos como medio de la resistencia popular y la ampliación de las movilizaciones por las libertades públicas, continuamente puestas en entredicho por el poder. Un importante movimiento por la defensa de los derechos humanos se extendió desde 1980, y ha adquirido cobertura y credibilidad en el país. El ataque a las libertades ha tomado el ropaje de la acción antiterrorista y antisubversiva desde mucho antes del 11 de septiembre de 2001. El régimen político colombiano se ha caracterizado por considerar las libertades y garantías democráticas como un marco excesivamente tolerante donde prosperan, en ausencia de una mano fuerte y de medidas legales consecuentes, los saboteadores del orden.

El estado de sitio permanente fue una constante durante los últimos cincuenta años del siglo XX. Las clases dominantes colombianas no se atreven a romper el pacto republicano que exige la vigencia de los derechos fundamentales. Pero los reglamentan y los circunscriben de condicionalidades hasta modificar su alcance y contenidos. Tanto el viejo estado de sitio como el intento de Álvaro Uribe de implantar un estatuto antiterrorista, declarado inconstitucional por la Corte Constitucional, tienen la misma inspiración: recortar hasta negar las libertades, acudiendo al gran pretexto antisubversivo.

El Estado contrainsurgente construyó, con la asesoría estado-unidense, el montaje básico del paramilitarismo. Las violaciones de los derechos humanos, que hasta fines de los ochenta eran imputables

a la fuerza pública, han ido siendo atribuidas al paramilitarismo o a autores desconocidos. El proceso de legitimación y negociación con los paramilitares, emprendido por el gobierno Uribe en Santa Fe de Ralito, departamento de Córdoba, desde 2002, ha puesto de relieve las medidas de impunidad, testaferrato y expropiación a favor de criminales de lesa humanidad, algunos de los cuales han empezado a recobrar la libertad cuando entró en vigencia, en diciembre de 2005, el decreto reglamentario de la llamada de Ley de Justicia y Paz. En respuesta, ha surgido un movimiento de víctimas sobrevivientes del terrorismo de Estado, que asumió la lucha común con las agrupaciones preexistentes de desaparecidos, presos políticos y refugiados internos, denominados desplazados, que representan una de las mayores cifras a nivel mundial. Este movimiento levanta la bandera del reconocimiento, la memoria, el establecimiento de la verdad, la reparación y la justicia.

En este mismo marco –que tiene que ver con las libertades, los derechos humanos, la organización de las víctimas sobrevivientes y los desplazados– se ha mantenido y consolidado un *movimiento por la paz, la solución política negociada del conflicto y los acuerdos humanitarios*. La importancia de la Asamblea Permanente de la Sociedad Civil por la Paz está en los encuentros realizados, pero también en sostener una red de relaciones sociopolíticas y culturales muy amplias y constantes. Y en el respaldo que aporta a los acercamientos dirigidos a relanzar los contactos para el diálogo.

A su vez, un conjunto de corrientes apoyan la idea de acuerdos humanitarios inmediatos, que alivien las duras consecuencias del conflicto armado y permitan el intercambio humanitario de rehenes y presos políticos. Varios países europeos, entre los que se encuentran Francia y Suiza, insisten en apoyar este propósito, que cuenta con creciente simpatía en la opinión internacional.

En resumen, lo que deseamos mostrar es que una cultura política democrática se ha ido configurando con la acumulación de experiencias de resistencia, lucha social, movilizaciones de masas, gestiones parlamentarias, debates jurídicos, etc., que han puesto en acción movimientos que se agregan a la lucha por la democracia y por los derechos de los trabajadores y todos los sectores segregados, perseguidos o discriminados. ¿Cómo poner en convergencia la diversidad de objetivos democráticos, de reivindicaciones justas, de experiencias con las nuevas expresiones de la inconformidad que se están formando? Nuevas experiencias han surgido que debemos examinar.

### **LAS EXPERIENCIAS MÁS RECIENTES**

El 25 de octubre de 2003 el proyecto de referendo sometido al voto fue derrotado por no alcanzar el piso que la Constitución establece para ese

tipo de consultas. Eso no fue todo. Al día siguiente, en las elecciones locales, candidatos independientes apoyados por la izquierda ganaron la alcaldía de Bogotá y la gobernación del departamento del Valle del Cauca. Los resultados electorales, en general, fueron adversos a Uribe. ¿Cómo se explica esta circunstancia en el caso de un presidente que las encuestas mantienen en la cumbre de las preferencias y que puso todo el aparato del gobierno para defender su referendo? Desde la segunda mitad de 2002, el Frente Social y Político lideró una propuesta de resistencia a dicho proyecto. A comienzos de 2003, el Comando Nacional Unitario de las centrales obreras CUT, CTC, CGT y la Confederación Nacional de Pensionados asumieron el impulso a lo que desde entonces se ha llamado la Gran Coalición Democrática (GCD).

El intenso debate social tuvo efectos evidentes en el resultado del referendo. Pero el asunto no termina aquí. La GCD ha estimulado la movilización popular contra el tratado de libre comercio con EE.UU. (TLC) y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y apoyado las movilizaciones indígenas de septiembre de 2004. Ese mismo año, respaldó la huelga nacional petrolera contra la privatización de ECOPEPETROL. Ha adelantado un esfuerzo por la realización de cumbres políticas de convergencia, reunido sectores de la oposición y saludado la unidad de la izquierda.

Lo importante que se advierte en estos pasos es la tendencia en las movilizaciones de masas a ganar protagonismo y a divulgar objetivos en contra del proyecto de Álvaro Uribe y su reelección. Sin tener la combatividad de los fenómenos ecuatoriano o boliviano, la tendencia evoluciona hacia una mayor politización, una mayor conciencia en las protestas y en la perspectiva de incidir en los procesos que ponen en juego el dominio del poder, las elecciones parlamentarias y presidenciales, y la elevación continua del despliegue popular.

El estilo de gobierno de la derecha, incluyendo sus recursos armados ilegales, no admite ninguna forma de concertación o acuerdo. En el nivel actual, la conciencia popular comienza a comprender que, sin un cambio político que rompa la actual orientación del poder, ninguna conquista es posible o perdurable. Pero a la vez empieza a ver, en la vitrina latinoamericana, que ese cambio político es posible y que puede comenzar por conquistar un gobierno democrático que se identifique con el interés popular.

Aquello que en otros tiempos se manifestaba como excepcional comienza a generar una nueva regla. ¿Por qué no experimentarla?

## **LOS ANTECEDENTES DE LA UNIDAD**

La izquierda colombiana tiene ya una larga historia en los intentos por avanzar en unidad de acción política. No siempre su accionar ha

asumido lo que sus críticos exponen como su estereotipo prefabricado: un conjunto de grupillos que se pelean entre sí, alejados del sentir y de la lucha del pueblo. No es correcto seguir sosteniendo esta manera de mirar una historia mucho más rica<sup>3</sup>.

Podemos intentar organizar los principales esfuerzos y sus respectivas características, que permiten observar sus tendencias evolutivas.

Existió un primer esquema, que obedece más que nada a una experiencia de adhesión a un gobierno reformista, en el período en que en Europa se forman los frentes populares antifascistas. El joven Partido Comunista que asume esa iniciativa experimentará, al despuntar la segunda posguerra, la influencia del enfoque browderista en su dirección<sup>4</sup>. Sin embargo, más allá de esta sola circunstancia, diversos sectores de izquierda continuaron mirando al Partido Liberal como un partido afín, con el que seguirían siendo aconsejables todo tipo de acuerdos. No toman en cuenta las realidades que cambiaron en los últimos sesenta años.

Tras una nueva alianza con la izquierda liberal, en este caso el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), dirigido por Alfonso López Michelsen, en 1962, en los albores del Frente Nacional, y luego de la reincorporación de este al Partido Liberal, sobreviene la primera experiencia en que actúa la *izquierda como núcleo de unidad democrática independiente del bipartidismo*. Se trata de la Unión Nacional de Oposición (UNO), cuya formación se inició a mediados de 1972<sup>5</sup> y tuvo

---

3 Ver, por ejemplo, López de la Roche (1994). Como otros intelectuales, López de la Roche pretende atribuir a la lucha armada y a la combinación de las formas de lucha el carácter de un freno al desarrollo de una izquierda de inspiración moderada pero masiva. Toma por causa lo que, en realidad, es el efecto de una estructura sociopolítica caracterizada, sostenidamente, por formas violentas de dominación. Ver asimismo Pizarro (1989).

4 “El browderismo es el conjunto de postulados políticos sostenidos por Earl Browder, elegido en 1930 secretario del Partido Comunista de los Estados Unidos y en 1935 designado como miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Aparte del CPUSA, los partidos más afectados por esta desviación resultaron ser el de Cuba y el de Colombia [...] Los postulados de Browder están directamente relacionados con la Segunda Guerra Mundial [...] Donde en forma más orgánica se encuentran expuestas las concepciones de Browder es en su libro: *Teherán, Nuestra senda en la guerra y en la paz*, publicado en abril de 1944 [...] Perdiendo el enfoque de clase, Browder consideraba que en aras de la unidad nacional los comunistas no debían plantear la cuestión del socialismo en forma que comprometiera tal unidad, no debían oponerse a la ‘libre empresa’ ya que la situación de la alianza antifascista llevaría a los capitalistas norteamericanos a frenar sus tendencias a la rapiña. Afirmaba igualmente que una actitud de indiferenciada hostilidad hacia el gran capital resultaría fatal para el cumplimiento de los acuerdos de Teherán. Algunas de estas tesis habían sido ya expuestas por Browder en su libro *Victoria y posguerra*, publicado en septiembre de 1942” (Medina, 1980).

5 En su Convención Nacional del 22 y 23 de septiembre de 1973, la UNO acordó un programa de nueve puntos y aprobó la candidatura de unidad a la presidencia en el nombre

una destacada presencia política con la candidatura presidencial de Hernando Echeverri Mejía en las elecciones del 21 de abril de 1974. La UNO reunió, en sus mejores momentos, al Partido Comunista, un sector liberal vinculado a la Alianza Nacional Popular (ANAPO), el Movimiento Amplio Colombiano (MAC) y el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR). En un momento de ascenso popular, el proceso unitario tuvo una proyección sociopolítica en el paro cívico del 14 de septiembre de 1977, como la había tenido en la solidaridad tras el golpe fascista en Chile, en 1973. A comienzos de los ochenta, renació la experiencia unitaria con el Frente Democrático y la candidatura presidencial del destacado intelectual Gerardo Molina, apoyada por el movimiento Firmes. Con sus luces y sombras, estas experiencias enseñaron mucho en la vía de la propuesta de unidad desde una postura propia, que se acerca a la lucha social, la impulsa, estimula y dirige. Se trata de un período de intensas movilizaciones sociales, paros cívicos, marchas agrarias y movimientos estudiantiles.

Una experiencia ulterior, la de la Unión Patriótica, se forma en el contexto de un diálogo de paz entre el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) y las FARC. Con la tregua acordada entre las partes y el desarrollo de lo que se llamó el “diálogo nacional”, se crea, a iniciativa de las FARC, el movimiento político que toma la forma de un acuerdo de fuerzas en el que participan, además del PCC, varios grupos, movimientos y personalidades nacionales y regionales. En su congreso constitutivo de noviembre de 1985, la UP proclamó su programa y su orientación de actuar en la lucha sociopolítica y electoral. Su resultado, en 1986, fue muy estimulante, con la elección de cinco senadores, nueve representantes a la Cámara, catorce diputados departamentales y 351 concejales municipales. En la primera elección popular de alcaldes logró 23 de estos funcionarios. La presencia de este movimiento en varias regiones agrarias despertó la alarma en el gamonalismo bipartidista. Con el pretexto de un supuesto “proselitismo armado”, el militarismo y la ultraderecha desataron operaciones de exterminio físico. Estas maniobras políticas, dirigidas a desprestigiar la lucha de la UP, desarticular su incidencia en la organización popular y golpear el despertar de las regiones donde hicieron irrupción tendencias que se independizaban del bipartidismo, lograron detener el auge popular y revertir la apertura

---

de Hernando Echeverri Mejía. El programa proclama la lucha contra el neocolonialismo y la dominación ejercida por EE.UU.; la reforma agraria democrática, con base en “la confiscación de la propiedad terrateniente”; la plena vigencia de las libertades y garantías democráticas; el apoyo a las luchas de los trabajadores, los maestros y estudiantes por la reforma de la educación; un Estado democrático y relaciones en pie de igualdad con todos los gobiernos del mundo. Ver UNO (1973) y el Informe del Comité Ejecutivo al pleno del Comité Central del PCC, diciembre de 1973 (Vásquez, 1973).

política desde la insurgencia y la izquierda, en la vía de abrir espacio a un proceso democrático que hiciese posible la paz, mediante el diálogo, la negociación y la incorporación paulatina de cuadros políticos de la guerrilla a la vida civil.

Pese a las inmensas y permanentes movilizaciones de masas, sobre todo campesinas y de los derechos humanos, la UP no logró reunir el volumen de alianzas ni la fuerza suficiente para consolidar el proceso iniciado. Los cambios institucionales alcanzados –a saber: elección popular de alcaldes, consultas populares y descentralización– no tocaban el poder institucional en el nivel nacional ni los recursos hábilmente preservados del régimen político bipartidista –a saber: el militarismo y las nuevas prácticas contrainsurgentes en vía de escenificación, tales como el narcoparamilitarismo, instrumentado como un brazo eficaz de la represión estratégica contra los factores populares antisistémicos puestos en marcha por la UP y el proceso de diálogo entre las FARC y el Estado. Desatada la *contrarrevolución preventiva*, no fue posible contener la matanza, auspiciada desde el Estado. A mediados de los noventa, habían sido asesinados siete parlamentarios, trece diputados departamentales, once alcaldes, 69 concejales y alrededor de 3 mil activistas y miembros de base. Esta terrible situación marcó la conciencia popular y mostró la necesidad de transformar el modelo de un régimen político que cierra las vías de su apertura y democratización.

La reincorporación a la vida civil de varios sectores del movimiento armado, liderados por el Movimiento 19 de abril (M19), llevó a un significativo protagonismo a sus principales dirigentes sobrevivientes. Un rasgo de su conducta fue, desde entonces, su alejamiento de la izquierda y su tendencia a acomodarse en los espacios que concedió el régimen bajo el gobierno de César Gaviria (1990-1994), especialmente la Asamblea Nacional Constituyente (1991). Los antiguos dirigentes impulsan a agruparse en el movimiento que se llamó Alianza Democrática M19 como una unión de la centroizquierda, como “alternativa” a la derecha y la izquierda, en clara alusión a excluir a la izquierda radical. Como ya se anotó, la actitud de esta corriente fue la de persistir en esta posición, hasta su acercamiento, en 2002, al Frente Social y Político (FSP) y a la candidatura de Luis Eduardo Garzón a la presidencia, ese mismo año. Los dirigentes de la franja intermedia, elegidos congresistas, conformaron el Polo Democrático Independiente (PDI), en 2003, en una maniobra de ruptura con la izquierda.

Una experiencia como la anterior no deja como enseñanza cosa distinta a la de un juego, dañino y peligroso, en las condiciones de la ofensiva de la ultraderecha y el paramilitarismo. El nuevo milenio puso en marcha la iniciativa del FSP como un reagrupamiento que partía desde la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), y de la intención del

movimiento obrero sindical de cumplir un papel estimulador de la unidad política popular. Con diferentes resultados, se ha echado a andar un concepto que *concreta la unidad de la izquierda como núcleo de un proyecto de unidad mayor*, en la perspectiva de lo que hemos llamado una unidad de unidades, con un acercamiento programático de resistencia y ruptura de masas con el modelo de la globalización transnacional, el narcoparamilitarismo y el Plan Colombia-Plan Patriota, que se escudan en la llamada seguridad “democrática”.

El acuerdo AD-PDI, suscripto el 6 de diciembre de 2005, y el surgimiento del Polo Democrático Alternativo (PDA) representan un paso de gran importancia para la unidad. Pese al escepticismo sesgado de los medios de comunicación del sistema y los cálculos de algunos oponentes, una unidad de acción política ha tomado cuerpo en la izquierda. Era común escuchar la premonición de que las elecciones eran un factor de división. Ahora se ha fraguado una unión en medio de un proceso electoral, con las restricciones que imponen las normas de inspiración en el neoinstitucionalismo patrocinado por el Banco Mundial. Este proceso de unión, que es una respuesta desde el campo democrático al proyecto de Álvaro Uribe para permanecer en el poder con su modelo de neoliberalismo paramilitarizado, es algo inédito, por la significación de las fuerzas que reagrupa; en realidad la izquierda más definida –en sus distintos matices– y los sectores que se han autodefinido como de centroizquierda. A diferencia de otros intentos de reagrupamiento de corrientes intermedias, que excluían conscientemente a la izquierda definida y comprometida con el sentir popular, en esta ocasión tal esquema limitante y oportunista se ha roto. La izquierda a la que tanto critican el diario *El Tiempo* y, en general, los medios del sistema, *es un factor dinámico del nuevo proceso, sin ceder en sus principios ni en su proyecto transformador*.

Pero no se trata sólo de una propuesta electoral. Este avance significa, en el contexto de la lucha contra el proyecto reaccionario adueñado del poder que intenta perpetuarse en él, un primer intento por disputárselo al núcleo lumpenesco de la gran burguesía, el narcoparamilitarismo y el capital transnacional, que representan el imperialismo en el Estado colombiano. Se trata de una lucha por el poder político, no a cualquier costo como en la visión pragmática y posibilista. Se trata del poder popular para transformar la sociedad y para construir un país distinto. La consecuencia con este propósito dependerá del fortalecimiento práctico y de la coherencia política de las fuerzas más avanzadas, organizadas y dinámicas en el seno del proceso.



## EL PARO CÍVICO Y LA INSURRECCIÓN POPULAR<sup>6</sup>

El aprendizaje de las experiencias históricas ha puesto sobre el tapete dos grandes logros de la lucha sociopolítica del pueblo colombiano. De una parte, la unidad como guión de la estrategia para conseguir los cambios en el poder y en la sociedad. De otra, las formas de acción que pueden empujar el cambio político por vías extrainstitucionales, la vía de la democracia directa. Mientras la unidad es un proceso complejo del orden subjetivo, que implica la presencia de sujetos del factor consciente, las expresiones de la democracia directa conjugan expresiones provenientes de situaciones sociales explosivas, donde juegan imaginarios del sentido común popular, mitos sociales inscriptos en los operadores ideológicos de la tradición republicana heroica, prejuicios y temores engendrados por el poder dominante y, también, elementos de conciencia política, provenientes de sujetos del factor consciente.

Las experiencias de la democracia directa no son comunes ni permanentes. En verdad, se trata de rebeliones sociales, bien sea espontáneas, es decir, reactivas; bien resultado de un contexto favorable a la extensión y/o profundización de la protesta reivindicativa; o bien insurrecciones populares reales, con efectos sociales, directos o indirectos, en el corto, mediano y largo alcance desde el punto de vista del poder político<sup>7</sup>.

---

6 A propósito de este punto, deseo agradecer las observaciones y sugerencias de Carlos Walter Porto-Gonçalves, que he tomado como guía para relacionar las extraordinarias experiencias colombianas vinculadas a los movimientos cívicos y a su gran alcance movilizador. Debo señalar, no obstante, que un desarrollo ulterior de esta temática debe ampliar la mirada de los saberes con las experiencias populares de resistencia armada, desde la autodefensa popular de masas hasta el desarrollo de los movimientos guerrilleros revolucionarios que son parte inseparable de la lucha por la emancipación.

7 En relación con los paros cívicos, que presenta como “protesta cívica”, afirma Leopoldo Múnera: “Este tipo de protesta ciudadana recogió formas populares de acción política directa, centradas en reivindicaciones colectivas atinentes a la vivienda, la prestación de los servicios públicos o los problemas sociales, económicos y ecológicos comunes a una localidad o a una región, y puso en cuestión la mediación institucional de los partidos políticos” (1998: 213). Para este autor, “la *izquierda social* encontró así en las organizaciones cívicas el ámbito apropiado para profundizar la crítica a los partidos políticos, mientras nuevos líderes y actores populares se formaban en la desconfianza frente a lo partidista y los discursos teóricos para orientar las prácticas sociales” (1998: 457). En su interpretación, el discurso de la que denomina izquierda social, en proceso de separarse de la influencia política tradicional y de la izquierda política, aunque construye una “legitimidad ganada en el terreno de la acción” (1998: 458), sucumbe ante el peso de las relaciones entre el poder político y militar, de modo que “los protagonistas directos de la violencia política se tomaron de nuevo por la fuerza la palabra y decidieron con las armas y las negociaciones de paz el caótico futuro del país” (1998: 458). Este enfoque, sin embargo, termina reduciendo la riqueza de la experiencia de los movimientos cívicos, ahogados en sangre por la guerra sucia, a la lógica de la unidad entendida sólo como una táctica defensiva. El ángulo histórico que asume Arturo Alape (1980) marca posibles opciones de mayor incidencia política para las luchas cívicas.

La experiencia colombiana es rica en las manifestaciones de estas formas del movimiento social. El caso de los paros cívicos implica un movimiento social hecho de convergencias sobre un problema concreto, que se traduce en un choque con estructuras del Estado o de los intereses privados de terratenientes, capitalistas o multinacionales, que pueden darse tanto en los distintos niveles territoriales como en el nivel nacional. El formato del paro cívico puede incorporar diversos tipos de protesta ciudadana, incluido el paro laboral, las marchas y tomas de carreteras en dirección al centro político urbano, los bloqueos viales, los cabildos abiertos, la formación de juntas cívicas y comités de paro, que asumen la dirección. Los paros cívicos no son sectoriales, sino que implican un territorio y su población. Difieren de la explosión social en que requieren de una preparación concertada, un trabajo dirigido, un esfuerzo consciente. En el paro cívico del 14 de septiembre de 1977, se destacó su dirección obrera, el sentido concreto de sus objetivos reivindicativos y la relación estrecha de trabajadores y pobladores en el desenvolvimiento de las acciones.

Al respecto, describe Arturo Alape (1980):

El Paro Cívico Nacional (de 1977) recoge las ansias de la población urbana, en una extraordinaria acción de masas. Su decisión y su violencia en muchos de los casos fue positiva para su éxito. Su carácter se establece en que el movimiento sindical y las luchas de los barrios se unen en una sola reivindicación general, común, contra la carestía de la vida. No fue un movimiento para derrocar al régimen, ni mucho menos planeaba pasar de la lucha pacífica a una posible insurrección. Sus objetivos estaban más que bien delimitados en los alcances de su programa y en el mismo tiempo de su duración<sup>8</sup>.

Las experiencias colombianas, que como lo indica Múnera (1998: 403 y ss.) han copado períodos significativos entre 1978 y 1988, no han logrado producir cambios más profundos cuando fueron confrontadas por la estrategia contrainsurgente del Estado, en sus distintas variantes. Tres de ellas, las más recientes, comprendieron la reforma del Estado, dirigida a desconcentrar las responsabilidades y a dispersar, en consecuencia, las instancias estatales blanco de la protesta cívica clásica. Una segunda fue la guerra sucia, especialmente bajo su táctica

---

<sup>8</sup> Alape establece una relación de afinidad y de diferencia con otros dos movimientos urbanos que marcaron la historia colombiana del siglo XX: el 9 de abril de 1948, explosión popular de ira y dolor ante el crimen de Jorge Eliécer Gaitán, y el 10 de mayo de 1957, “fecha de la convivencia política del gran capital con sus dos partidos, para crear un nuevo hecho: el Frente Nacional y el derrocamiento de la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla” (Alape, 1980: 6-9).

de “desangre lento” pero continuo del adversario, con su terrible consecuencia de desarticulación del tejido de las organizaciones populares y su relación estrecha con el pueblo. En el marco de las negociaciones de paz, esta variante mantuvo su linealidad, con momentos pulsantes de mayor o menor intensidad, y con tránsitos a modalidades de judicialización de la protesta social y de las actividades de la oposición política. La otra estrategia alude a la actual “seguridad democrática”, que intenta conjugar un escalamiento de la militarización de la vida social, una incorporación creciente de la población civil a los propósitos de clase que representa el Estado contrainsurgente bajo un manto “comunitario”, que implica un deterioro de las condiciones de vida de grandes mayorías populares paliado con limosnas al menudeo –deterioro del que se culpa a los guerrilleros, a los sindicalistas que luchan y a los críticos del sistema.

Existe, no obstante, una relación entre paro cívico, movilización cívico-popular e insurrección popular de masas. Dicha relación está en dependencia de las condiciones políticas reinantes, de la reconquista de los espacios y libertades desde la lucha popular. Distintas expresiones análogas se han puesto de manifiesto en América Latina en las acciones sociales masivas contra las políticas de la globalización, las privatizaciones de los recursos naturales y el menoscabo de los derechos de la población. En varios países tales acciones han echado abajo gobernantes caracterizados por su arrogancia y desfachatez para imponer reformas impopulares. La acción directa en estas luchas populares ha alentado expresiones fenomenológicas de democracia directa. En el caso boliviano, el proceso que lleva al gobierno a Evo Morales canalizó, en sus condiciones y a su manera, la fuerza desplegada por la amplia diversidad de formas de la protesta y la extensa cobertura socioinstitucional de sus alcances –paros y movimientos campesinos e indígenas, huelgas de policías, bloqueos de carreteras, etcétera.

En las condiciones que ofrecen las contradicciones sociales, políticas y político-militares que atraviesan la sociedad colombiana no existe espacio para insurrecciones populares espontáneas, a la espera de un proceso ulterior que las canalice hacia un cambio político. La movilización cívica con potencialidad insurreccional de masas debe tener como soporte un proceso unitario fuerte en lo político, decidido a avanzar con todas sus consecuencias, sin temor al cambio en el poder y con disposición a transformaciones institucionales que le abran a la intervención popular el paso a las decisiones.

Nuestra tesis implica que, desde el movimiento popular y su accionar independiente del poder, del régimen político y de sus aparatos ideológicos, pero con el apoyo y la alianza con las fuerzas de vocación transformadora (léase, revolucionaria), será posible generar nuevas

experiencias creadoras de cara al cambio democrático necesario. Sin esta unión indispensable, el movimiento social pierde su dinamismo e iniciativa para derivar hacia las formas de cooptación que ponen en juego ciertas organizaciones no gubernamentales, financiadas por los organismos multilaterales de créditos tipo BID. El reencuentro de las expresiones cívico-populares con los procesos unitarios que promueve la izquierda puede poner en marcha hechos de gran calado para la articulación de nuevas formas de la acumulación de fuerzas. Una condición *sine qua non* es la intervención real, creativa, propia, autónoma de todas esas expresiones cívico-populares, su papel en la construcción del programa de las transformaciones sociales y políticas, en la lucha por el poder político, pero también –y no es lo menos importante– en los cambios en la conciencia social de nuevos contingentes del pueblo.

La batalla de ideas, en acuerdo con la visión que de ella ha formulado Fidel Castro, es un campo de lucha en el que es preciso perfilar una actuación cuidadosamente argumentada, desde el punto de vista racional y desde el punto de vista de los valores. Requiere el desmonte pleno del andamiaje de prejuicios e invenciones que intentan aislar, desprestigiar y condenar los valores que estimulan la inconformidad, la crítica transformadora, la rebelión, el sentido práctico de la organización autónoma de los trabajadores y el pueblo, la conciencia de la necesidad de la unidad y la ruptura con el temor a los cambios necesarios. La batalla de ideas implica aprender a identificar todos aquellos elementos avanzados, emancipadores y revolucionarios que la experiencia popular ha creado, e integrarlos en las nuevas experiencias que construyen los agregados unitarios. La lucha de clases, contrariamente a lo que se afirma, ha contribuido a dar sentido y dirección lógica a las prácticas populares. Tal elemento estructurante no reduce ni simplifica la complejidad natural de las luchas sociales y sus múltiples dimensiones. Pero sí las enmarca en los rumbos que hacen posibles las coincidencias que el problema común pone en evidencia: la raíz de los males de la sociedad en el capitalismo, en sus terribles contradicciones que lo vuelven impotente para resolver las principales calamidades humanas, en su carácter subordinado, neocolonialista, en el marco de una globalización que se pretende a sí misma como totalitaria.

Nuevos cambios en las subjetividades pueden darse. Nuevas fuerzas, nuevas reservas democráticas pueden ser ganadas al movimiento. Las corrientes, en apariencia, más apáticas, más alejadas del quehacer político-instrumental, pueden ser ganadas a la acción independiente y a la unidad transformadora –como por ejemplo los abstencionistas electorales, en el caso colombiano. Sectores de masas análogos a estos se han puesto en movimiento en procesos como el venezolano y boliviano. ¿Cómo ha sido posible eso? Es necesario mirar y reconocer las

experiencias correspondientes, sacar enseñanzas, extraer conclusiones (ver Quijano, 2004; Boron, 2004; 2005). No sobra decirlo: a su manera y en su momento, la Revolución Cubana había atraído esas mismas capas sociales o fracciones no orgánicas del proletariado a una práctica política vinculada a los objetivos primordiales del proceso. Sin menospreciar el aporte y la lucidez que necesariamente brindan los sectores medios, la fortaleza potencial a conquistar es dicho campo social.

### HACIA UNA CONCLUSIÓN

En el recorrido que hemos intentado se han puesto de manifiesto distintos empeños por darle a la emancipación *la forma concreta de la agregación orgánica de fuerzas del movimiento popular* que hemos incorporado como significado a la categoría de *unidad*. No fuimos exhaustivos al respecto y consideramos que es preciso seguir interrogando las experiencias, pasadas y presentes, que son verdaderas escuelas donde se han procesado –y lo siguen haciendo– saberes emancipatorios centrados en la problemática de la unidad popular.

Algunas de estas experiencias han aportado a la formación de subjetividades nuevas, bajo la forma de nuevos movimientos sociales o nuevos procesos de unidad social y política. Algunas de ellas se mueven en los espacios limitados que, en el sistema sociopolítico de la democracia mínima, son el resultado de la lucha popular por la libertad política. Tales espacios, sin embargo, son *auténticas conquistas de la lucha por la democracia* y, por lo tanto, *escenario de confrontación y promesa en perspectiva de posibilidades más amplias y abiertas de la libertad del pueblo*. Otras experiencias se han formado *externamente al sistema sociopolítico* y sobre ellas ha tenido un influjo muy fuerte la existencia de medio siglo del movimiento guerrillero. Ni unas ni otras pueden analizarse como en contraposición. Partimos de la hipótesis de un solo movimiento popular, parcelado, históricamente, por un sistema sociopolítico excluyente y violento.

En este sentido, formulamos la hipótesis de que los sujetos anti-sistémicos en formación han sido, no sólo organizaciones o partidos, sino principalmente agrupamientos, reagrupamientos y convergencias sociopolíticas, que se inscribieron en el complejo de luchas estructurales (de clases) característico de la sociedad colombiana. Las herramientas del paro cívico, de la rebelión y la insurrección popular de masas en amplia escala no son ignoradas. Hacen parte del acervo de experiencias que pueden cumplir un papel en la concreción de nuevos saberes y, sobre todo, en el logro de conquistas de mayor alcance (ver Caycedo, 1999).

La lucha de ideas que envuelve este complejo es la batalla contra los prejuicios, acorazados de violencia inquisitorial desde el poder.

Pero es también lucha frente a prejuicios contradictorios: el mito de la izquierda como peligro, o la izquierda ineficaz, que no sabe gobernar; o el mito de la izquierda intolerante y estalinista, y el de la izquierda incapaz, blandengue, confusa, insegura. Al mismo tiempo, la lucha de ideas sigue poniendo en el orden del día la formación de contrahegemonía y la creación de premisas para una nueva conciencia social con capacidad de pensar la sociedad humanizada, pacificada y socializada.

La visión de empeños de unidad más amplios e incluyentes, en desarrollo de experiencias sistematizadas, con asimilación de las experiencias plurales de América Latina y el mundo nos plantea la exigencia teórica de pensar la unidad de unidades y procesos como un proyecto real, como una “utopía estratégica”. Sólo que tenemos el deber de partir de las condiciones propias, que revelan la existencia de niveles, espacios, experiencias e historias de la lucha sociopolítica, democrática y revolucionaria, diferentes y, a la vez, convergentes en la dinámica de cambio que involucra al país formal y al país real a comienzos del siglo XXI, en un contexto continental que avanza. El tema de la democracia está en el centro del debate y el tema del socialismo despunta como la alternativa de emancipación histórica planteada a nuestros pueblos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alape, Arturo 1980 *Un día de septiembre: testimonios del paro cívico, 1977* (Bogotá: Armadillo).
- Ayala Diago, César Augusto 1996 *Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional. Los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) Colombia 1953-1964* (Bogotá: COLCIENCIAS/CINDEC).
- Boron, Atilio 2004 “La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 13, enero-abril.
- Boron, Atilio 2005 “Un imperio en llamas” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 18, septiembre-diciembre.
- Caycedo, Jaime 1999 “El sujeto histórico y su complejidad” en Caycedo, Jaime y Estrada, Jairo (comps.) *Marx vive. Siglo y medio del Manifiesto Comunista ¿Superación, vigencia o reactualización?* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Unibiblos).
- López de la Roche, Fabio 1994 *Izquierdas y cultura política. ¿Oposición alternativa?* (Bogotá: CINEP).

- Medina, Medófilo 1980 *Historia del Partido Comunista de Colombia* (Bogotá: CEIS) Tomo I.
- Moore, Barrington 1989 *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión* (México DF: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM).
- Múnera, Leopoldo 1998 *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988* (Bogotá: IEPRI/CEREC/UN).
- Pizarro, Eduardo 1989 “Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966)” en *Análisis Político* (Bogotá) N° 7, mayo-agosto.
- Quijano, Aníbal 2004 “El laberinto de América Latina: ¿Hay otras salidas?” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 13, enero-abril.
- Taussig, Michael 1994 *Un gigante en convulsiones* (Barcelona: Gedisa).
- UNO-Unión Nacional de Oposición 1973 “Programa de la Unión Nacional de Oposición, UNO” en *Documentos Políticos. Revista del Partido Comunista de Colombia* (Bogotá: PCC) N° 107, septiembre-octubre.
- Vásquez, Álvaro 1973 “Con la bandera de la UNO contra los candidatos de la oligarquía” en *Documentos Políticos. Revista del Partido Comunista de Colombia* (Bogotá: PCC) N° 108, noviembre-diciembre.
- Vásquez Carrizosa, Alfredo 1979 *El poder presidencial en Colombia* (Bogotá: Enrique Dobry).

Jaime Zuluaga Nieto\*

## LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA COMO INSTRUMENTOS DE DOMINACIÓN

*Si todos los intelectuales de mi generación tuvieron dos países, el suyo propio y Francia, en el siglo XX todos los habitantes del mundo occidental, y al final todos los moradores del resto del planeta, vivieron mentalmente en dos países, el suyo propio y Estados Unidos de América. Después de la Primera Guerra Mundial no había en la faz de la tierra ninguna persona alfabetizada que no supiera identificar las palabras “Hollywood” y “Coca Cola”, y pocos eran los analfabetos que no tuviesen en algún momento un contacto con sus productos. América no tenía que ser descubierta: era parte de nuestra existencia.*

Eric Hobsbawm

### INTRODUCCIÓN

La lucha entre el socialismo y el capitalismo sobredeterminó en gran medida la dinámica de los conflictos sociales y políticos durante buena parte del siglo XX. La “Guerra Fría” se convirtió en la metáfora en la que la posibilidad de una nueva guerra mundial desapareció y la confrontación entre las dos grandes potencias se desplazó al escenario de las guerras de liberación o revolucionarias libradas por los pueblos en África, Asia y América Latina. En este contexto, Estados Unidos se

\* Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la misma universidad.



consolidó como la potencia hegemónica de Occidente, debido en parte al largo ciclo expansivo que tuvo la economía capitalista entre los años cuarenta y setenta, la revolución tecnológica y científica, su capacidad militar y la penetración del *american way of life*. No resulta exagerado señalar que hasta fines de los años sesenta EE.UU. estaba en condiciones de imponer sus designios en buena parte del planeta.

Pero su hegemonía no fue mundial. A ella escapó el llamado campo socialista que se convirtió, a su vez, en el espacio hegemónico de la Unión Soviética. El crecimiento y la acelerada industrialización de la economía soviética, los avances tecnológicos y científicos que le permitieron tomar temporalmente la delantera en la carrera espacial y acumular un poderoso arsenal nuclear, la incuestionable influencia política que el modelo socialista ejerció sobre algunos gobiernos de los países emergentes y movimientos políticos en todo el mundo, así como el auge académico del pensamiento marxista en Europa y EE.UU., expresaron un potencial de desarrollo del socialismo que fue percibido no sólo como una amenaza a la hegemonía norteamericana sino a la supervivencia misma del capitalismo. Pero luego la Unión Soviética entró en un proceso de estancamiento económico y tecnológico y de erosión de su influencia política, en tanto que EE.UU. logró desplegar su capacidad de crecimiento e innovación tecnológica y, sobre todo, de penetración de los mercados con productos que terminaron por convertirse en símbolos de consumo universales. También por la vía del mercado, EE.UU. difundió su modo de vida fortaleciendo su hegemonía e implantando sus marcas y empresas en todos los lugares del mundo.

En el terreno ideológico, la confrontación se dio entre la libertad y la democracia, de un lado, y la dictadura del proletariado, del otro. El partido único y la ausencia de elecciones universales y de espacios para la oposición política en los llamados países socialistas fortalecieron la idea de que la libertad y la democracia eran patrimonio de Occidente y, en particular, de EE.UU., que logró construir una simbología eficaz que presentó estos valores como su inalienable patrimonio histórico asociado a su capacidad para generar riqueza. En cierta forma, el campo socialista le “regaló” a Occidente estos valores al construir regímenes políticos basados en formas totalitarias y desprestigiar la democracia, con la cual –hay que decirlo– el marxismo no tenía buena relación. Con la superioridad política que estos valores universales confieren, EE.UU. encaró con relativo éxito el desafío planteado por el campo socialista.

Es preciso destacar que, desde sus orígenes como nación, EE.UU. se ha presentado como el adalid y guardián de la libertad y la democracia, y en nombre de estos valores ha desarrollado guerras de agresión, anexado territorios, depuesto e impuesto gobiernos. En este ensayo analizo la apropiación y utilización de los ideales de libertad y democracia

por parte de EE.UU. y la forma en que los empleó para legitimar la instauración de un modelo de dominación en América Latina. Me ocupé de este modelo de dominación circunscripto al ámbito latinoamericano, destacando la forma en que se han desarrollado las relaciones con Colombia, y dejé de lado sus expresiones allende las fronteras del subcontinente, así como el análisis de la hegemonía disputada por el Sudeste Asiático y Europa en el campo de la economía y las resistencias de los movimientos anticapitalistas y de liberación en otros continentes.

### **ESTADOS UNIDOS Y SU “DESTINO MANIFIESTO”**

Desde sus orígenes, EE.UU. se ha percibido a sí mismo como el gestor y garante de la libertad y la democracia, no solamente para su propia población<sup>1</sup>, sino para toda la humanidad. Thomas Jefferson, al referirse a la Constitución de Filadelfia, manifestaba que “es imposible no [sentir] que estamos actuando por toda la humanidad” (citado en Blaustein, 2004). Y el presidente John Adams destacaba que las ideas políticas y los principios consagrados en esta Constitución tendrían una profunda influencia en otros países. En una dirección que anuncia claramente la voluntad norteamericana de tutelar los gobiernos, Alexander Hamilton sostenía que al pueblo de EE.UU. se le había reservado la oportunidad de decidir si las sociedades son capaces de establecer un buen gobierno (citado en Blaustein, 2004), en lo que bien puede considerarse una de las primeras manifestaciones explícitas de su “destino manifiesto”<sup>2</sup>.

Este “destino manifiesto” inspiró la Doctrina Monroe. En 1823, el presidente de EE.UU. James Monroe sostuvo en su mensaje al Congreso:

Los continentes americanos, por la condición libre e independiente que han adquirido y mantienen, no deben en lo adelante ser considerados como objetos de una colonización futura por ninguna potencia europea [...] consideraremos cualquier intento por su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad. Con las colonias o dependencias existentes de potencias europeas no hemos interferido ni interferiremos. Pero con los Gobiernos que han declarado su independencia y la mantienen, y cuya independencia hemos reconocido, con gran consideración y sobre justos principios, no podríamos ver cualquier

---

1 El Preámbulo de la Constitución de Estados Unidos dice “Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer Justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la Defensa común, promover el bienestar general y asegurar para nosotros mismos y para nuestros descendientes los beneficios de la Libertad”.

2 Se refiere a la creencia generalizada en los fundadores de la nación americana de que la Providencia les había asignado la tarea de difundir y defender la libertad.

interposición para el propósito de oprimirlos o de controlar en cualquier otra manera sus destinos, por cualquier potencia europea, en ninguna otra luz que como una manifestación de una disposición no amistosa hacia los Estados Unidos<sup>3</sup>.

Aunque planteada como política de seguridad, esta doctrina va mucho más allá: es la expresión del expansionismo y de su vocación para tutelar y “defender” los gobiernos en América Latina. Se trata en efecto de no permitir intervenciones de ningún tipo en su “patio trasero” con base en la concepción de “América para los americanos” (ver Arrighi, 1999) y de orientar políticamente a los gobiernos independientes que han sido reconocidos por los EE.UU.

La Doctrina Monroe fundamentó las guerras libradas por EE.UU. contra México en el siglo XIX, que terminaron con la anexión de gran parte del territorio de este país en 1846 y 1848<sup>4</sup>, y contra España, en 1898, que le permitió apoderarse de Guam, Filipinas, Puerto Rico y Cuba. A comienzos del siglo XX, sus intereses en la construcción y control del Canal de Panamá lo llevaron a alentar la secesión de este departamento de Colombia y a imponer a la emergente nación el Tratado Hay-Bunau Varilla, que le cedió a EE.UU. la zona del Canal a perpetuidad.

En 1904, el corolario de Teodoro Roosevelt reveló la verdadera naturaleza de la Doctrina Monroe: un instrumento de intervención y defensa de los intereses de EE.UU. Según este corolario, si una nación actúa “con eficacia razonable y con el sentido de conveniencias en materia social y política, si mantiene el orden y respeta sus obligaciones, no tiene por qué temer una intervención de Estados Unidos [...] El mal comportamiento crónico o una impotencia que resultara en un debilitamiento general de los lazos de la sociedad civilizada puede en América, como en cualquier otro lugar, requerir en última instancia la intervención de una Nación Civilizada, y en el Hemisferio Occidental, la adhesión de Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede obligar a Estados Unidos, aunque a regañadientes, en casos flagrantes de mal comportamiento o impotencia, a ejercer un poder de policía internacional” (Englewood Cliffs, 1965).

Con base en este corolario, EE.UU. se ha atribuido una función tutelar que lo ha llevado a intervenir en la orientación o la formación de gobiernos. Se autoproclama referente de civilización; se arroga la competencia para juzgar cuándo se presenta un mal comportamiento o se debilitan los lazos civilizatorios; y asume la función de guardián que

3 Séptimo mensaje anual del presidente James Monroe al Congreso el 2 de diciembre 1823, en <[www.filosofia.org/ave/001/a264.htm](http://www.filosofia.org/ave/001/a264.htm)>.

4 La guerra de 1846 termina con la anexión de Texas y la de 1848, de Arizona, Nuevo México, California, Nevada, Utah y parte de Wyoming.

interviene cuando a su juicio es necesario salvar a los países del “mal comportamiento” de sus gobernantes.

Los valores de la civilización que dice encarnar y defender son el orden, la justicia y la libertad consagrados en la Constitución de Filadelfia. En nombre de ellos realiza sus agresiones, e invocando un intervencionismo justiciero enmascara sus verdaderos intereses de orden económico, militar o político. Sus guerras de agresión son presentadas como “guerras justas”, tal como ocurre ahora en Irak, con lo que cree justificarlas éticamente sobre el supuesto de que con ellas se evitan males mayores. Pero EE.UU. no solamente se presenta como el guardián –el gendarme internacional– de la civilización –léase libertad y democracia–, también es la nación pujante, emprendedora, que impuso la producción en masa para el consumo masivo que, en la lógica del capital, es condición de posibilidad de masificación del bienestar material. El poder de atracción que ejerce sobre amplios sectores de la población, que llega a veces a neutralizar las resistencias que genera su intervencionismo, reside en parte en la fuerza de la combinación de su “destino manifiesto” de defensor de la libertad y de su condición de adalid del “progreso”. Libertad y progreso, individualismo y consumismo, democracia y mercado son las parejas sobre las cuales se levanta el influjo ideológico del *sueño americano* y del *american way of life*. EE.UU. logró, a lo largo de la historia y a pesar de su tradición intervencionista, construir un imaginario social que lo identifica como una sociedad organizada en base a la libertad y la democracia, condiciones del éxito alcanzado en lo económico, tecnológico y científico. La organización de la producción basada en la maquinaria y en el “obrero colectivo” en términos de Marx, que hizo posible la introducción del “fordismo”, potenció la capacidad productiva para inundar el mercado con mercancías producidas masivamente, a la par que elevó el ingreso de los trabajadores, generando el mito de un bienestar generalizado por la vía del consumo. Marx, a propósito de la ilusión que crea “el carácter del organismo social del trabajo”, cita a Antipastro, poeta griego, quien “saludaba el invento del *molino de agua* para triturar el trigo, forma elemental de la maquinaria de producción, como el libertador de las esclavas y creador de la edad de oro” (1964: 336; énfasis en el original). El éxito de la racionalización de la producción propició que la economía norteamericana, en continuada expansión luego de la Gran Depresión de los años treinta, se erigiera en el moderno Potosí que atrajo y atrae fuerza de trabajo de todo el mundo, y en particular de América Latina. El capitalismo logró afianzar en la sociedad un nuevo sentido de la existencia: el consumo, el acceso a las mercancías, desarrollando al extremo una concepción por la cual los seres humanos valen según lo

que tengan. La apropiación de bienes es el objetivo central de la vida, y el éxito se mide con este patrón<sup>5</sup>.

En sentido estricto, podemos afirmar que la hegemonía que construye EE.UU. a lo largo del siglo XX reside en gran parte en la capacidad que tuvo para producir y extender una visión del mundo asociada a las manifestaciones de su existencia social (ver Ceceña, 2004: 39). Visión del mundo afianzada en la fortaleza de su economía, en la enorme capacidad de producir riqueza y en el hecho cierto de que su crecimiento logró generar la idea de una sociedad cuya riqueza estaba potencialmente disponible para todos, aunque no fuera así. En la concepción de desarrollo que se extiende se encuentra una de las claves del influjo que ejerce el modo de vida americano. Desde el siglo XIX, la industrialización y el crecimiento de sus ciudades se convirtieron en un polo de atracción para millones de personas de todos los continentes. Y además aparecen a los ojos del mundo como una potencia que es al mismo tiempo una fuerza de vanguardia y precursora. De vanguardia, porque son los motores que jalonan el “progreso”; precursora, porque su revolución liberal es originaria, antecedió a la francesa y, de ella, sólo emergió la República y no un Imperio como en Francia –aunque la República devino con el tiempo en el mayor de los imperialismos. Son estos factores los que hacen que la dominación imperialista se ejerza a través de una enorme capacidad coercitiva, y una tal vez más fuerte capacidad de atracción. Hobsbawm destaca acertadamente que nos hemos “americanizado”<sup>6</sup>.

---

5 Con razón afirma Hobsbawm, al referirse a esta dimensión de la vida colectiva en EE.UU., que “a diferencia de otros estados, en su ideología nacional Estados Unidos simplemente no existe. Sólo alcanza metas. Su identidad colectiva sólo surge para ser el mejor, el más grande, el país superior a todos los demás y el modelo reconocido para el mundo. Como dice un entrenador de fútbol: ‘Ganar no es sólo lo más importante, lo es todo’” (Hobsbawm, 2003: 368).

6 “Nuestro problema no consiste en que nos estemos americanizando. Pese al enorme impacto de la americanización cultural y económica, el resto del mundo, incluso el mundo capitalista, hasta ahora se ha mostrado curiosamente reacio a seguir el modelo político y social estadounidense. Ello quizás se debe a que Estados Unidos constituye un modelo social y político de democracia liberal capitalista, basada en los principios universales de la libertad individual, menos coherente y por lo tanto menos exportable de lo que sugieren su ideología patriótica y su constitución. Por eso, lejos de ser un ejemplo claro que el resto del mundo pueda imitar, Estados Unidos, a pesar de su poder y de su influencia, sigue siendo un proceso inacabable, distorsionado por las grandes sumas de dinero y las emociones públicas de manipulación de las instituciones, públicas y privadas, con el fin de encajar unas realidades imprevistas en el texto inalterable de una Constitución de 1787. Simplemente, no se presta a la imitación. Y la mayoría de nosotros tampoco desea imitarlo” (Hobsbawm, 2003: 372).

## UN “SISTEMA” DE DOMINACIÓN

El triunfo bolchevique en Rusia y el posterior ascenso del fascismo en Alemania, Italia y Japón amenazaron las pretensiones de dominación universal de los estadounidenses, se convirtieron en los paradigmas de la negación de la libertad y la democracia, y generaron un nuevo contexto de conflicto ideológico, político, económico y militar. En la coyuntura de los años treinta, la contradicción principal se dio con el agresivo proyecto expansionista del fascismo alemán y sus aliados. La política de alianzas para enfrentar la amenaza fascista le permitió a EE.UU. consolidar su hegemonía tras la victoria de los Aliados en la guerra y desarrollar, en el marco de la Guerra Fría, la confrontación política, ideológica, económica y militar con la URSS. Este nuevo contexto incidió en la estructuración de las relaciones de dominación en América Latina, que giraron en gran medida en torno a la definición de políticas de seguridad y defensa como ejes articuladores del Sistema Interamericano.

Ya en 1939 se había celebrado la Conferencia Interamericana de Panamá, en la que se planteó el concepto de “Solidaridad Continental” y se aprobó recomendar a los gobiernos “que dicten las disposiciones necesarias para extirpar en las Américas la propaganda de las doctrinas que tiendan a poner en peligro el común ideal democrático interamericano”<sup>7</sup>, que obviamente son las doctrinas fascistas y socialistas. Una vez derrotado el fascismo, la doctrina que subsistió como amenaza para el llamado “ideal democrático interamericano” era la socialista –de allí que en la posguerra la contradicción fundamental a nivel planetario sea entre EE.UU. y la URSS, en el conflictivo entramado de relaciones de la Guerra Fría<sup>8</sup>.

La hegemonía norteamericana enfrentó a la contrahegemonía soviética, especialmente en Asia y Europa Oriental y, en menor medida, en África. América Latina siguió siendo el “patio trasero” de EE.UU. En el contexto de la Guerra Fría, el enfrentamiento militar entre los dos polos hegemónicos se dio a través de interpuestos países, y la confrontación entre el capitalismo y el socialismo dio paso a la generación de discursos y estrategias emancipadoras que orientaron las luchas de liberación en Vietnam, Congo, Argelia y muchos otros países, que pusieron a prueba las estructuras de dominación de EE.UU. Una nueva

---

7 Acta Final de la Reunión de Consulta entre los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas de conformidad con los Acuerdos de Buenos Aires y de Lima, Ciudad de Panamá, 23 de septiembre al 3 de octubre de 1939, en <[www.oas.org/consejo/sp/RC/Actas/Acta%201.pdf](http://www.oas.org/consejo/sp/RC/Actas/Acta%201.pdf)>.

8 Según Wallerstein, el apogeo de esta hegemonía norteamericana se extiende desde 1945 a 1967-1973 (ver Wallerstein, citado por Emir Sader en Ceceña, 2004: 23).

concepción de libertad cobró fuerza, en oposición a la concepción de libertad que el imaginario construido desde EE.UU. había difundido y que, inspirado en la doctrina socialista, va más allá de la concepción liberal de igualdad de oportunidades del individuo, para poner el acento en el acceso colectivo a los medios de modo de hacer efectiva la oportunidad. Pero esta concepción se reveló insuficiente para disputar el imaginario liberal individualista, por sus propias limitaciones. En primer lugar, la incoherencia entre el discurso de libertad colectiva y el postulado de la dictadura del proletariado que derivó en la instauración de un régimen político basado en partido único, control estatal de la vida individual y colectiva y negación de la pluralidad política en aquellas sociedades en las que triunfaron las revoluciones políticas inspiradas en el ideario socialista; y en segundo lugar, las limitaciones de la organización económica que fue incapaz de generar una economía más eficiente y con capacidad para producir mayor riqueza que la economía de mercado, que posibilitara, como lo planteó Marx, distribuir riqueza entre los asociados y liberar a los seres humanos de la necesidad de dedicar la mayor parte de su tiempo a la producción de los bienes para garantizar su supervivencia.

La hegemonía estadounidense y la contrahegemonía soviética fueron confrontadas también desde adentro, a partir del desarrollo de discursos emancipadores. Dos ejemplos para ilustrar este aserto: la movilización política y social que simbólicamente se expresa en el “mayo del 68”, para el primer caso; y la “primavera de Praga”, para el segundo. Más allá de la confrontación entre los dos sistemas, desde los años sesenta –para proponer un referente temporal– el discurso emancipador trasciende el universo macropolítico para ganar los espacios de la vida cotidiana, de los micropoderes y de las relaciones sociales sin cuya transformación no es posible ninguna empresa liberadora. Crecieron desde entonces nuevos imaginarios que cuestionaron las relaciones de poder y abandonaron la centralidad de la tesis leninista de “conquista del Poder” –para inducir desde él la transformación de la sociedad– por concepciones que comprendieron que solamente si se transforman las relaciones sociales será posible transformar el poder en un sentido libertario. En esa dirección se inscriben la rebelión de los jóvenes, la revolución de las mujeres, las luchas de las llamadas minorías étnicas y las gestas de los ambientalistas, entre otros discursos y estrategias emancipadoras que se fortalecen desde la segunda mitad del siglo XX.

En este contexto fluido y contradictorio, que erosiona la hegemonía norteamericana, EE.UU. hizo del Sistema Interamericano uno de los espacios para el ejercicio de su dominación. En el “Acta de Chapultepec”, de 1945, se estableció el compromiso de los gobiernos de

América de responder solidariamente ante eventuales agresiones, en lo que constituyó la espina dorsal de la política de “solidaridad continental”, que se plasmará en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), suscripto en Río de Janeiro en 1947, y que tiene una orientación exclusivamente anticomunista.

La ideología anticomunista es, desde la Segunda Posguerra, una pieza clave en el ejercicio hegemónico, y sustentó las diversas modalidades de dominación: inspiró el Acta de Seguridad Nacional de EE.UU. (1947), fundamento de la concepción del Estado de Seguridad Nacional en virtud del cual se crearon la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el Consejo de Seguridad Nacional, instrumentos de la política de contención de la Unión Soviética y de guerra limitada, como alternativa al choque directo entre las dos grandes potencias (ver Leal Buitrago, 2002: 8-11). EE.UU. adelantó una serie de programas de ayuda militar, en la que el componente de formación fue un elemento central, lo que le permitió influir de manera decisiva en la orientación de los ejércitos latinoamericanos. Al amparo de la Ley de Defensa Mutua, desarrolló un programa de entrenamientos sistemáticos de militares, inicialmente en territorio estadounidense y posteriormente en la Zona del Canal de Panamá, lo que le permitió formar una dirigencia identificada con su ideario, sumisa a los intereses norteamericanos y dócil ante sus orientaciones. En todo este proceso se gestó la Doctrina de la Seguridad Nacional aplicada por los regímenes militares de América Latina (Leal Buitrago, 2002). En América Central, EE.UU. desarrolló un fuerte intervencionismo que condujo en algunos casos a la instauración de dictaduras militares, como ocurrió en Cuba con el derrocamiento del presidente Prío Socarrás por Fulgencio Batista, en Guatemala con el derrocamiento del gobierno democrático de Jacobo Arbenz, y en Nicaragua con la consolidación de la dictadura de Anastasio Somoza (h), para citar algunos ejemplos.

En los años cincuenta, un buen número de países latinoamericanos se encontraban bajo dictaduras militares tuteladas por EE.UU. El subcontinente no escapó al auge de luchas de liberación que se produjo en Asia y África una vez finalizada la Guerra Mundial, aunque aquí no se trataba, *stricto sensu*, de luchas de liberación nacional, sino de derrocamiento de las dictaduras para la instauración de regímenes democráticos. En Colombia, Venezuela y Cuba, los movimientos antidictatoriales triunfaron a fines de los años cincuenta; los nuevos gobiernos de Venezuela y Colombia contaron con el apoyo norteamericano y se alinearon con sus políticas continentales. Con el nuevo gobierno cubano la situación fue diferente: la caída de la dictadura fue fruto de la insurgencia guerrillera y muy pronto el gobierno revolucionario adoptó medidas que afectaron los intereses norteamericanos. En un proceso



en el que no es del caso detenernos en este ensayo, el triunfo insurgente en Cuba y el curso revolucionario del nuevo poder marcaron el inicio de una etapa de luchas en América Central y Latina, y en algunos casos surgieron y en otros se fortalecieron visiones del mundo resultado del antagonismo con EE.UU. y con el capitalismo, que alentaron la perspectiva revolucionaria de las luchas políticas y sociales en el continente en el más significativo proceso de erosión de la hegemonía norteamericana y de enfrentamiento a sus sistemas de dominación. De hecho, con la adopción del modelo socialista por parte del gobierno cubano, la frontera de la Guerra Fría se extendió de Europa Oriental al Caribe, a pesar de la Unión Soviética, que inicialmente se resistió a comprometerse con el proceso cubano.

El triunfo de la insurgencia armada en Cuba estimuló el surgimiento y/o fortalecimiento de movimientos guerrilleros que lucharon contra la dominación imperialista y, en algunos casos, por el socialismo. Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Venezuela, Perú, Bolivia y Colombia se convirtieron en escenarios de luchas guerrilleras rurales; más tarde Brasil, Argentina y Uruguay conocieron el desarrollo de movimientos guerrilleros urbanos (ver Guevara, 1977). La “amenaza comunista” dejó de ser percibida solamente en el campo de la penetración ideológica, al tomar cuerpo en un Estado que se declaraba socialista y en numerosas guerrillas revolucionarias. Esta nueva situación transformó los escenarios de ejercicio de la dominación norteamericana e indujo cambios en las modalidades de intervención. En el campo tradicional de la seguridad y defensa, EE.UU. impulsó la política de seguridad nacional, a la par de una estrategia de cooperación orientada a la promoción del desarrollo: la Alianza para el Progreso (ver Prieto, 1990).

La política de seguridad nacional se convirtió en el eje articulador de la intervención norteamericana. Ella se estructura en torno a tres elementos: primero, se trata de la seguridad del Estado en el entendido de que de esta manera se garantiza la seguridad de la sociedad; segundo, el enemigo externo es sustituido por el enemigo interno, que son los agentes nacionales del comunismo internacional; y tercero, el ejercicio efectivo de esta política requiere el control militar del Estado (Leal Buitrago, 2002), bien sea mediante el establecimiento de regímenes militares, como ocurrió en buena parte de América Latina, o mediante la militarización del Estado bajo gobiernos civiles, como en el caso colombiano. Se trata de una política que se materializa en la lucha contrainsurgente y en formas represivas, lo que induce a una militarización del control social y político y lleva a los ejércitos a asumir funciones policíacas y a las policías a asumir funciones militares. Su aplicación estuvo acompañada de programas de desarrollo que se

impulsaron a través de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y de la citada Alianza para el Progreso de la administración Kennedy, en un reconocimiento tácito de que la insurgencia armada encontraba en la pobreza y la inequidad elementos legitimadores. Garrote y zanahoria fueron las dos alas de la estrategia de seguridad norteamericana, en especial durante la breve presidencia de Kennedy. Pero sobre todo garrote, que tuvo en la Escuela de las Américas, de Panamá, su centro de irradiación.

En este contexto, la Organización de Estados Americanos (OEA) funcionó como un instrumento dócil al servicio de los intereses económicos y geopolíticos de EE.UU., que respaldó con sus decisiones colectivas el intervencionismo norteamericano al amparo legitimador del multilateralismo. “Ministerio de Colonias” lo llamó Ernesto “Che” Guevara, al develar las estrategias de intervención de EE.UU. en la Conferencia de Punta del Este en 1960.

En síntesis, ante el auge de las luchas revolucionarias, el surgimiento de movimientos guerrilleros y, sobre todo, la fuerza que cobró en vastos sectores populares el discurso emancipador, EE.UU. promovió golpes de Estado para instaurar dictaduras militares, colocó gobiernos títeres mediante el envío de sus “marines” e interrumpió procesos reformistas democráticos. Además, en medio de tensiones y contradicciones, fomentó o consintió programas desarrollistas como los impulsados por la CEPAL, que provocaron cambios significativos en la industria y tasas de crecimiento elevadas, y propiciaron la inversión extranjera con participación dominante del capital estadounidense. Resultado de estas transformaciones fueron las variaciones en la geografía económica y social que configuraron un nuevo mapa de conflictos, que a su vez incidió en las relaciones entre los gobiernos latinoamericanos y EE.UU., así como en las políticas de este país frente a América Latina.

Entre las nuevas modalidades de dominación aplicadas por EE.UU., una de las más eficaces y difíciles de enfrentar es la que se da en el campo de lo cultural a través de la promoción del *american way of life*. Es posible afirmar que las diferentes expresiones de resistencia, tales como los movimientos insurgentes, los movimientos sociales y políticos que se oponen a la presencia imperialista, las manifestaciones culturales, así como las contradicciones con sectores de las burguesías nacionales en torno a los modelos de desarrollo, fueron enfrentadas con el garrote de la política de la seguridad nacional, de la presencia avasalladora del capital norteamericano y de la amplia difusión de los valores de la sociedad norteamericana, en una eficaz simbiosis de coerción, mercado e ideología. La americanización –para utilizar la expresión de Hobsbawm– se dio en los espacios de la vida cotidiana, de los micropoderes a través de los bienes de consumo, de

la “industria cultural” del cine y la “producción industrial” de libros, entre otras modalidades. El mercado mostró una enorme capacidad para asimilar e incorporar al consumo las expresiones de rebeldía, desde el hippismo hasta la insurgencia guerrillera, desde el “rebelle sin causa” hasta el *rebelle*. El “sueño americano” pareció confirmar el “destino manifiesto” de EE.UU.

El carácter totalitario de los proyectos llamados socialistas y su derrumbe catastrófico a fines de los ochenta –simbólicamente representado por la caída del Muro de Berlín–, la perversión del proyecto revolucionario del sandinismo y las precarias democracias latinoamericanas marcaron una nueva etapa en el ejercicio hegemónico por parte de EE.UU. Triunfantes el modelo de democracia electoral y economías de mercado prevalecientes en Occidente, asistimos a una reconfiguración del sistema-mundo en el que EE.UU., a pesar de las debilidades de su economía, experimenta un proceso de rehegemonización. El *american way of life* se impuso a través de distintos mecanismos de mercado y de asimilación de sus valores.

Desaparecida la “amenaza comunista”, EE.UU. se vio privado de su enemigo número uno, y encontró un sustituto en el narcotráfico, lo que a la vez implicó el tránsito de las políticas contrainsurgentes a las políticas antinarcóticos. En materia de políticas de seguridad, entonces, asistimos a una redefinición, en tanto las amenazas no son militares ni se originan en un Estado, sino que son de naturaleza social como la violación de los derechos humanos, la destrucción del medio ambiente, las migraciones, etc., lo que se traduce en una cierta renovación del discurso en defensa de la libertad y la democracia. Las políticas de seguridad se presentan como orientadas al fortalecimiento de la democracia y el respeto de los derechos humanos (Wiarda, 1995: 82). El presidente Clinton sostuvo que no pretendía que EE.UU. jugara el papel de “policía internacional”, pero que sin embargo el país estaba dispuesto a enfrentar las amenazas a sus intereses y los de sus aliados y amigos (Malagón, 1998: 117). Con las banderas de la defensa de la democracia y los derechos humanos y de sus intereses y los de sus aliados, desarrollan una nueva política intervencionista, especialmente en el Oriente Medio. En América Latina, esa política se traduce en el Plan Colombia y en la Iniciativa Regional Andina (IRA). De alguna manera, la mayor presencia militar y política compensa su menor significación económica.

Estas manifestaciones de la hegemonía norteamericana son enfrentadas con diversas expresiones de resistencia y de luchas emancipadoras. En primer lugar, es necesario destacar las resistencias contra la guerra que alcanzan una dimensión global y el cuestionamiento a fondo del tipo de sociedad de fines del siglo XX y del modelo neoliberal, que

encuentra en el Foro Social Mundial un espacio de convergencia de diversas fuerzas a nivel mundial que propugnan por construir un modelo alternativo al neoliberal y a la hegemonía norteamericana. La consigna “otro mundo es posible” sintetiza el alcance de las resistencias mundiales y la cualificación en la lucha por lograr una sociedad diferente a la capitalista, en la que la hegemonía norteamericana dejaría de existir. Es una nueva internacional que enfrenta a la globalización neoliberal.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre en Nueva York y Washington introdujeron nuevos elementos en el contexto internacional, que hacen que los factores de coerción prevalezcan en la política norteamericana y provocan, en materia de seguridad, un nuevo tránsito –esta vez de la política antinarcoóticos a la antiterrorista. La lucha antiterrorista es además planteada como la defensa de los valores y las tradiciones de Occidente a través de la defensa de la dignidad humana ante los bárbaros que hacen del terror su instrumento de acción. Estos bárbaros ya no están representados por estados, aunque puede haberlos; son fundamentalmente individuos y organizaciones de fanáticos; son la “otra civilización”. Por eso, Stanley Hoffman sostiene:

Todo el mundo comprendió que los hechos del 11 de septiembre eran el inicio de una nueva era. Pero ¿qué significa este quiebre? En una visión convencional de las relaciones internacionales, la guerra ocurre entre estados. Pero, en septiembre, individuos pobremente armados de repente retaron, sorprendieron e hirieron a la superpotencia dominante en el mundo. Los ataques mostraron también que, para todos los efectos, la globalización permite que terribles formas de violencia sean fácilmente accesibles para fanáticos desesperados (citado por Eduardo Pizarro en Botero et al., 2003: 30).

En respuesta a la amenaza terrorista, EE.UU. dio a conocer, en septiembre de 2002, su nueva Estrategia de Seguridad en el marco de la cruzada mundial contra el terrorismo. Allí reconoce que “los Estados Unidos poseen en el mundo poder e influencia sin precedentes –y sin igual [...] Se debe usar la gran fuerza de esta nación para promover un equilibrio de poder que favorezca la libertad” (Gobierno de Estados Unidos de América, 2002).

Y ante la desaparición del llamado campo socialista y el fin de la Guerra Fría, EE.UU. sostiene que la amenaza derivada de la existencia de los regímenes totalitarios se extinguió, y que en el nuevo contexto “los Estados Unidos se ven amenazados ahora no tanto por estados conquistadores como por estados fallidos. Nos amenazan menos las flotas y los ejércitos que las tecnologías catastróficas en manos de unos pocos amargados. Debemos eliminar estas amenazas a nuestra nación,

a nuestros aliados y amigos [...] El enemigo no es un régimen político, persona, religión o ideología aislados. El enemigo es el terrorismo premeditado, la violencia por motivos políticos perpetrada contra seres inocentes” (Gobierno de Estados Unidos de América, 2002).

Y para eliminar estas amenazas, EE.UU. asume que tiene “responsabilidades y obligaciones”, en virtud de las cuales se autoproclama paladín de la dignidad humana; se compromete a fortalecer las alianzas para derrotar el terrorismo mundial; a desarrollar acciones preventivas de eventuales ataques contra su seguridad o la de sus amigos; a colaborar para resolver los conflictos regionales; a promover “el crecimiento económico mundial por medio de los mercados libres y el libre comercio”; y a expandir el “círculo del desarrollo al abrir las sociedades y crear la infraestructura de la democracia” (Gobierno de Estados Unidos de América, 2002).

### LA NUEVA INTERNACIONAL

No hay lugar a equívocos. Nos encontramos, en el nuevo contexto de la forma de globalización que se impuso desde las últimas décadas del siglo XX, ante un proyecto hegemónico integral que se orienta a consolidar un centro único de poder militar, económico, político, ideológico y cultural. Es, parafraseando la consigna de la utopía socialista de los siglos XIX y XX, la nueva internacional del capital bajo la dirección hegemónica de EE.UU. Así lo expresa la estrategia de seguridad:

Este es también un momento de oportunidad para Estados Unidos. Actuaremos para convertir este momento de influencia en décadas de paz, prosperidad y libertad. La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos se basará en un internacionalismo inconfundiblemente norteamericano que refleje la unión de nuestros valores y nuestros intereses nacionales. La meta de esta estrategia es ayudar a que el mundo no sea solamente más seguro sino también mejor. Nuestras metas en el camino hacia el progreso son claras: libertad política y económica, relaciones pacíficas con otros países y respeto a la dignidad humana<sup>9</sup> (Gobierno de Estados Unidos de América, 2002).

<sup>9</sup> “Los Estados Unidos de América libran una guerra contra terroristas esparcidos por todo el mundo. El enemigo no es un régimen político, persona, religión o ideología aislados. El enemigo es el terrorismo premeditado, la violencia por motivos políticos perpetrada contra seres inocentes. En muchas regiones, las quejas legítimas impiden que surja una paz duradera. Estas quejas merecen y deben ser atendidas en el marco de un proceso político. Pero ninguna causa justifica el terrorismo. Estados Unidos no hará concesiones a las demandas de los terroristas y no hará tratos con ellos. No hacemos ninguna distinción entre los terroristas y los que a sabiendas les dan refugio o les prestan asistencia. La lucha contra

Henry J. Hyde, presidente de la Comisión de Relaciones Internacionales de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, afirma lo siguiente:

La Estrategia de Seguridad Nacional revisada presenta eloquentemente una agenda integral para orientar la política exterior estadounidense durante la próxima década y más allá [...] Este documento brinda una guía excelente y concisa para medir estratégicamente cómo Estados Unidos puede emplear sus recursos para promover sus intereses en el mundo [...] Aunque nuestras responsabilidades mundiales nos imponen mantener un complemento pleno de interacción oficial con regímenes en todo el mundo, e incluso cultivar buenas relaciones con ellos, debemos comprender que nuestros verdaderos aliados son los pueblos a los que ellos gobiernan. ¿Significa esto que debemos aliarnos con las perspectivas inciertas de los oprimidos en el mundo y olvidar la cooperación? ¿Debemos renunciar a las metas tradicionales de política exterior, e incluso a nuestros propios intereses, en nombre de la revolución? Obviamente, la respuesta es no [...] Nuestros intereses requieren cooperar con una gama de gobiernos cuya base de poder no siempre se encuentra en el consentimiento de los gobernados. La prioridad primera y perdurable de la política exterior estadounidense es y debe seguir siendo la promoción de los intereses del pueblo estadounidense (Hyde, 2003: 27 y 28).

Se trata pues, en palabras del profesor Richard L. Kugler, del Centro de Tecnología y Política de Seguridad Nacional de la Universidad de Defensa Nacional, de una política que “en contraste con las expectativas

---

el terrorismo mundial es distinta de cualquier otra guerra de nuestra historia. Se librará en muchos frentes contra un enemigo especialmente evasivo, durante un largo período de tiempo. El progreso vendrá a través de la acumulación persistente de éxitos, algunos evidentes, otros no. Hoy, nuestros enemigos han visto los resultados de lo que los países civilizados pueden hacer y harán contra los regímenes que ofrecen refugio y apoyo al terrorismo y lo utilizan para lograr sus objetivos políticos. Afganistán ha sido liberado, las fuerzas de la coalición siguen persiguiendo a las fuerzas del Talibán y Al-Qaida. Pero no es sólo en este campo de batalla donde nos enfrentamos a los terroristas. Miles de terroristas entrenados siguen en libertad y han establecido células en Norteamérica, Sudamérica, Europa, África, el Oriente Medio y en toda Asia. Nuestro primer objetivo será acosar y destruir las organizaciones terroristas de alcance mundial y atacar a su dirección, mando, control y comunicaciones, apoyo material y finanzas. Esto tendrá el efecto de desbaratar la capacidad de los terroristas de planificar y actuar. Seguiremos alentando a nuestros socios regionales a llevar a cabo actividades coordinadas para aislar a los terroristas. Una vez que la campaña regional localice la amenaza a un Estado determinado, nos esforzaremos por asegurar que el Estado disponga de los medios militares, coercitivos, políticos y financieros necesarios para llevar a buen término su tarea” (Gobierno de Estados Unidos de América, 2002).

de los críticos, no es ni hegemónica ni unilateralista ni ultramilitarista y se concentra en anticiparse al enemigo [...] es un ‘internacionalismo norteamericano distinto’, encaminado a crear un equilibrio de poder que favorezca la libertad humana y haga de esta era de la globalización [una] más segura y mejor” (Kugler, 2003).

Los intereses de EE.UU. son convertidos, en un *sui generis* proceso de mimesis, en el paradigma de libertad y dignidad de la humanidad. Y con esa concepción orienta su política en el subcontinente latinoamericano.

En América Latina, Colombia es considerada un país paradójico. Ostenta una de las más largas y sólidas tradiciones democráticas electorales, pero es a la vez el escenario de altos niveles de violencia y del conflicto armado de más larga duración y magnitud en el continente. EE.UU. considera esta situación como la más grave amenaza terrorista en América; tres organizaciones colombianas son clasificadas como terroristas por el Departamento de Estado: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), y de ellas, las FARC son consideradas como la más grave amenaza contra la seguridad de EE.UU. Según el presidente Bush, el gobierno colombiano es su “más firme aliado democrático”. Esta alianza tiene una historia que permite entender por qué el gobierno colombiano se ha convertido en América Latina en la punta de lanza de la “cruzada mundial contra el terrorismo” –alianza que se extiende también al campo económico.

### **LA DEFENSA DE LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA Y LAS RELACIONES COLOMBIA-ESTADOS UNIDOS**

Desde comienzos del siglo XX, Colombia se caracterizó por su política exterior proestadounidense. Probablemente el trauma nacional que representó la separación de Panamá inducida por EE.UU. llevó desde entonces a los gobernantes colombianos a adoptar una posición de sumisión que tuvo su corolario en la Doctrina Suárez: *respice polum*, esto es, mirar hacia la estrella del norte porque “el norte de nuestra política exterior debe estar allá, en esa poderosa nación, que más que ninguna otra ejerce atracción respecto de los pueblos de América” (Marco Fidel Suárez, acerca del Tratado entre Colombia y Estados Unidos de 1914, citado en Tokatlián, 2000: 250). Durante el período de la Guerra Fría, esta posición de sumisión llevó a Colombia a asumir en el campo ideológico y político el papel de punta de lanza de la política norteamericana en la lucha contra la amenaza comunista. Así lo expresó en 1959 el entonces canciller colombiano Turbay Ayala:

Los Estados Unidos tienen la doble condición de ser nuestro más grande y poderoso vecino y la primera potencia económica, científica y militar de los tiempos modernos. Nos movemos en la misma órbita y compartimos con ellos [...] la defensa de la civilización occidental (citado en Tokatlián, 2000).

Durante el período duro de la Guerra Fría y el auge de los movimientos insurgentes en América Latina, las relaciones entre los dos países se caracterizaron por la “buena vecindad” y la identificación plena en la vocación anticomunista. En los años cincuenta, Colombia fue el único país de Latinoamérica que envió tropas a Corea. En Punta del Este, en 1961, el canciller colombiano propuso la expulsión de Cuba de la OEA. Colombia era también el país hemisférico que más ayuda militar directa estadounidense recibía, y sostenía tratados de cooperación en inteligencia desde 1961. La administración Kennedy tomó a Colombia como “vitrina” de la Alianza para el Progreso; los excedentes agrícolas que se distribuyeron en el marco de esta política llegaron acompañados de 700 “cuerpos de paz”; y el país recibió préstamos por 833 millones de dólares entre 1961 y 1965. Desde entonces, Washington asignó agregados militares del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea a su embajada en Bogotá. En síntesis, Colombia era la trinchera avanzada en la contención de la amenaza comunista en la región. Adicionalmente, el hecho de que desde los años sesenta subsistieran en el territorio nacional diversas organizaciones guerrilleras de inspiración marxista convirtió a este país en un laboratorio para la aplicación de las políticas contrainsurgentes. Es en los años setenta que los militares colombianos asimilan la Doctrina de la Seguridad Nacional, en una simbiosis entre la doctrina desarrollada por los ejércitos del Cono Sur, Argentina y Brasil y posteriormente Chile, y los principios de la política de seguridad nacional de EE.UU.

Esta relación de “buena vecindad” se mantuvo, pero a mediados de los setenta entró en juego un nuevo elemento: el crecimiento de la economía ilegal del narcotráfico que llevó a que las drogas se convirtieran en el principal problema de las relaciones bilaterales. Desde 1973, EE.UU. inició sus programas de lucha antinarcóticos en Colombia y la cooperación en materia de seguridad, aunque centrada en la lucha contrainsurgente, se extendió a la lucha antinarcóticos.

A partir de los años ochenta, las guerrillas entraron en una dinámica de crecimiento acelerado; se expandieron las organizaciones criminales internacionales del narcotráfico y se intensificaron diversas formas de violencia social. En 1986, el presidente Reagan definió al narcotráfico como una de las amenazas a la seguridad nacional de EE.UU., lo que les confirió una mayor relevancia a los programas



antinarcótics en las relaciones entre los dos países. Colombia afrontó en esa época una situación complicada en materia de orden público, como consecuencia del poder de las organizaciones del narcotráfico que se resistieron a la aplicación del tratado de extradición y recurrieron al terror en sus esfuerzos por doblegar al Estado. El fortalecimiento de la lucha contra el narcotráfico a través de la cooperación norteamericana adquirió una nueva dimensión, al plantear que existía una articulación funcional entre guerrilla y narcotráfico. En otros términos, se unificaron la política contrainsurgente y la antinarcótics. Esta posición fue reversada por el presidente Clinton, quien, una vez desaparecido el llamado campo socialista, sostuvo que el problema del conflicto armado con las guerrillas era una cuestión que debían resolver los colombianos, pero que la cuestión del narcotráfico era también de competencia de EE.UU. El Plan Colombia se inscribió inicialmente en esta lógica de las “dos guerras” o de lo que algunos han dado en llamar la “guerra ambigua”.

En estas condiciones, el país pasó progresivamente de ser percibido por los centros de estudio norteamericanos y el Departamento de Estado como país-modelo a país-problema a comienzos de los noventa, y a fines de esa década como amenaza para la región. Esta nueva percepción convirtió a Colombia en el laboratorio de prueba de las nuevas modalidades de intervención de EE.UU. en la región, a través del Plan Colombia y su hermana menor, la IRA (ver Zuluaga Nieto, 2002). Y desde el año 2002, por medio de la Política de Seguridad Democrática del gobierno de Álvaro Uribe Vélez.

La plena identificación entre la Política de Seguridad Democrática del gobierno colombiano y la “cruzada mundial contra el terrorismo” ha convertido al presidente Uribe en el “principal aliado” del presidente Bush, y al gobierno colombiano en la punta de lanza del intervencionismo norteamericano. De allí la importancia que se le da a Colombia en la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de América. Afirma esta “Estrategia”:

En el Hemisferio Occidental hemos establecido coaliciones flexibles con países que comparten nuestros intereses prioritarios, en particular México, Brasil, Canadá, Chile y Colombia. Juntos forjaremos un hemisferio genuinamente democrático, donde nuestra integración dé impulso a la seguridad, la prosperidad, las oportunidades y la esperanza. Trabajaremos con instituciones regionales como el proceso de la Cumbre de las Américas, la Organización de Estados Americanos (OEA) y las Reuniones Ministeriales de Defensa de las Américas, en beneficio de todo el hemisferio [...] Algunas partes de América Latina

se enfrentan al conflicto regional, en particular el derivado de la violencia de los cárteles de drogas y sus cómplices. Este conflicto y el tráfico de narcóticos sin restricciones pueden poner en peligro la salud y la seguridad de Estados Unidos. Por lo tanto, hemos formulado una estrategia activa para ayudar a los países andinos a ajustar sus economías, hacer sus leyes, derrotar a las organizaciones terroristas y cortar el suministro de drogas, mientras tratamos de llevar a cabo la tarea, igualmente importante, de reducir la demanda de drogas en nuestro propio país [...] En cuanto a Colombia, reconocemos el vínculo que existe entre el terrorismo y los grupos extremistas, que desafían la seguridad del Estado, y el tráfico de drogas, que ayuda a financiar las operaciones de tales grupos. Actualmente estamos trabajando para ayudar a Colombia a defender sus instituciones democráticas y derrotar a los grupos armados ilegales, tanto de izquierda como de derecha, mediante la extensión efectiva de la soberanía a todo el territorio nacional y la provisión de seguridad básica al pueblo de Colombia (Gobierno de Estados Unidos de América, 2002).

En conclusión, los ideales americanos de defensa de la libertad y la democracia han incidido en la configuración de las relaciones entre Colombia y EE.UU. Hoy el gobierno de Colombia asume y se identifica con esos valores en su versión de la lucha antiterrorista y antinarcóticos, en una práctica que lo coloca en contravía de los valores que dice defender. La hegemonía norteamericana y el prestigio del actual presidente de Colombia llevan a asumir una posición de sumisión consentida, no solamente por razones pragmáticas, sino también por la eficacia persuasiva, lo que permite afirmar que en América Latina, y en particular en Colombia, hay hegemonía norteamericana con dominación. Y frente a esa hegemonía con dominación se producen manifestaciones significativas de los pueblos a través de luchas emancipatorias como las que libran los pueblos indígenas en Bolivia y Ecuador, en la resistencia continental contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), la oposición al Tratado de Libre Comercio (TLC) andino, el rechazo al intervencionismo norteamericano y el triunfo de opciones políticas de izquierda en diversos países. También en Colombia se ha avanzado, con dificultades, entre otros motivos por la existencia de una oposición armada que creó condiciones desfavorables para el desarrollo y el crecimiento de las fuerzas de izquierda democrática y por la política de represión sangrienta que en los últimos años se ha expresado a través del paramilitarismo. Pero a pesar de estas condiciones adversas se libran luchas emancipatorias significativas, como

la resistencia de los pueblos indígenas, de los campesinos víctimas del desplazamiento forzado, de los campesinos y colonos que enfrentan las políticas antinarcóticos impuestas por EE.UU., los defensores de los derechos humanos asediados por diversas expresiones de terrorismo, y nuevos movimientos políticos que han logrado triunfos electorales trascendentales al conquistar la Alcaldía de la ciudad capital y otros gobiernos departamentales y municipales.

Si hay hegemonía norteamericana con dominación, también es necesario decir que hay formas multidimensionales de resistencia y luchas emancipatorias que permiten pensar sin romanticismo en otra Colombia y otra América posibles.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arrighi, Giovanni 1999 *El largo siglo XX* (Barcelona: Akal).
- Blaustein, Albert P. 2004 “La constitución de Estados Unidos: la más valiosa exportación de la nación” en <<http://usinfo.state.gov/journals/itdhr/0304/ijds/blaustein.htm>>.
- Ceceña, Ana Esther 2004 “Estrategias de construcción de una hegemonía sin límites” en Ceceña, Ana Esther (comp.) *Hegemonía y emancipaciones en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO).
- Englewood Cliffs, N.J. 1965 *A history of United States foreign policy* (Londres: Prentice Hall).
- Gobierno de Estados Unidos de América 2002 “Estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos de América”, Washington DC, septiembre, en <<http://usinfo.state.gov/español/terror/#contents>>.
- Guevara, Ernesto 1977 *Escritos y discursos* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Hobsbawm, Eric 2003 *Años interesantes. Una vida en el siglo XX* (Barcelona: Crítica).
- Hoffman, Stanley 2002 “The clash of globalizations” en *Foreign Affairs*, Vol. 81, N° 4.
- Hyde, Henry J. 2003 “Hablar con nuestros aliados silenciosos: diplomacia pública y la política exterior estadounidense” en *Estrategia de seguridad nacional. Una nueva era* (Bogotá: Embajada de EE.UU.).
- Kugler, Richard L. 2003 “Un internacionalismo estadounidense distinto en un mundo globalizado” en *Estrategia de seguridad nacional. Una nueva era* (Bogotá: Embajada de EE.UU.).

- Leal Buitrago, Francisco 2002 *La seguridad nacional a la deriva* (Bogotá: Alfaomega).
- Malagón, María Margarita 1998 “Los derechos humanos en las relaciones Estados Unidos-Colombia (1977-1997)” en Restrepo, Luis Alberto (coord.) *Estados Unidos, potencia y prepotencia* (Bogotá: Tercer Mundo/IEPRI/DNP).
- Marx, Carlos 1964 *El capital. Crítica de la economía política* (México DF: Fondo de Cultura Económica) Vol. I.
- Pizarro, Eduardo 2003 “Terrorismo y democracia. El caso de Colombia” en Botero, Reinaldo et al. *Terrorismo y seguridad* (Bogotá: Planeta).
- Prieto, Alberto 1990 *Guerrillas contemporáneas en América Latina* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Sader, Emir 2004 “Hegemonía e contra-hegemonía” en Ceceña, Ana Esther (comp.) *Hegemonía y emancipaciones en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO).
- Tokatlián, Juan Gabriel 2000 *Globalización, narcotráfico y violencia* (Bogotá: Norma).
- Wallerstein, Immanuel 2003 “Geopolítica, política de clase e atual desorden mundial” en Dos Santos, Theotonio *Os impasses da glabalizaçãõ* (San Pablo: Loyola/PUC/REGGEN).
- Wiarda, Horward 1995 *Democracy and its discontents* (Maryland: Rowman & Littlefield).
- Zuluaga Nieto, Jaime 2002 “Guerra prolongada, negociación incierta: Colombia” en Briceño-León, Roberto (comp.) *Violencia, sociedad y justicia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).



Manuel Guerrero Antequera\*

**TRAS EL *EXCESO* DE LA SOCIEDAD:  
EMANCIPACIÓN Y DISCIPLINAMIENTO  
EN EL CHILE ACTUAL**

*Dra. Bachelet no queremos más anestesia.  
Queremos cura.*

Coordinadora Nacional de  
Estudiantes Secundarios de Chile

LOS AÑOS OCHENTA son reconocidos como los de los movimientos sociales en Chile y Latinoamérica. Junto a la reivindicación general de terminar con las dictaduras militares de turno, surgieron voces de protesta específicas, que abogaban por el mejoramiento de la educación, de los servicios urbanos, la ampliación y protección de los derechos de las mujeres y de los trabajadores, el respeto a los derechos humanos, el reconocimiento de los pueblos originarios. En el caso de Chile, estas movilizaciones fueron en aumento durante casi una década, para luego declinar en cantidad y contenido. Paradójicamente este declive coincidió con el proceso de retorno a la democracia, que, supuestamente, prometía ofrecer mayor espacio de acción y escucha para los diversos movimientos. Actualmente, de acuerdo a los resultados que arrojan mediciones efectuadas por el Programa de las Naciones Unidas para

\* Sociólogo. Dr. (c) en Filosofía Política. Académico de la Universidad de Arte y Ciencias Sociales y la Universidad de Chile. Miembro de los Consejos Editoriales de *Reflexión y Liberación*, *Revista Occidente* y *Crónica Digital*.

el Desarrollo (PNUD), a menos de dos décadas de finalizada la peor dictadura que ha conocido la historia del sureño país, sólo la mitad de los ciudadanos estima que la democracia “es preferible a cualquier otra forma de gobierno” (PNUD, 2004).

¿Qué ha sucedido? La tesis que sostendré es que la transición del régimen dictatorial al régimen democrático ha denotado un cambio radical en las estrategias respecto a los movimientos sociales y la acción colectiva con resonancia política, en la dirección a su incorporación vía institucionalización o desaparición vía marginación, como un mecanismo de disciplinamiento social de largo alcance necesario para la consolidación y profundización del modelo neoliberal en América Latina. Esta política, distinta al tratamiento represivo del período anterior a la transición democrática, puede verse como la implementación de nuevas formas de control social que podríamos llamar de *disciplinamiento democrático neoliberal*, aspecto que eventualmente podría ser considerado como uno de los modos de operación característicos de las democracias de baja intensidad para frenar procesos de emancipación que puedan ponerlas en riesgo.

### **EL DISCIPLINAMIENTO DE LA DICTADURA NEOLIBERAL: EL ÁNIMO FASCISTA**

Para una adecuada observación del período de instalación, bajo Pinochet, del neoliberalismo en Chile, resulta necesario destacar que la gestación de regularidades que fueran *ad hoc* al modelo económico no operó sobre un terreno de vacío social. La “materia social” sobre la que se tuvo que actuar ya estaba surcada por otras “domesticaciones” previas, es decir, por otros saberes que habían construido su propio orden de regularidades, identidades y prácticas a lo largo de todo el siglo XX chileno.

Es por esta razón que se requirió de un disciplinamiento, pues no es por casualidad, por accidente o excepción histórica que en Chile se violaron los derechos humanos de manera tan sistemática y se ejerció violencia sobre *ciertos* cuerpos y no otros: el capitalismo en Chile, para lograr sus objetivos económicos, creó un estado de excepción en el que se pudiera desatar el ánimo fascista *porque encontró resistencia a sus prácticas*. Esta resistencia provino de actores portadores de proyectos de emancipación, cambio e innovación, quienes a partir de sus interacciones cotidianas, llevadas adelante por generaciones, habían logrado instituir un espacio social surcado por *voluntades de poder* específicas, de corte popular democráticas.

Para ello, al momento del golpe militar de 1973, la dictadura en formación dispuso del conjunto de los medios de comunicación social, con personal político de la gran burguesía, con las organizaciones so-

ciales de los sectores medios (“el gremialismo”), con intelectuales y tecnócratas. También recibió el apoyo condicionado del centro político, es decir, del Partido Demócrata Cristiano y de parte de la Iglesia (Orellana, 1989: 26). En este sentido, la dictadura, en sus inicios, contaba con una importante cantidad de aparatos ideológicos de Estado<sup>1</sup>.

Sin embargo, como el acto de instalación del régimen por medio de la represión fue a tal grado brutal, el intento hegemónico de uso de los aparatos ideológicos de Estado se vio en parte frustrado, y se perdió el control de algunos de los que poseían gran legitimidad, como una gran proporción de las iglesias, que se volvieron abiertamente disfuncionales y contradictorias al régimen<sup>2</sup>, el aparato familiar<sup>3</sup> y parte del aparato sindical. La dictadura encontró dificultades iniciales, además, en los aparatos escolar y cultural, que estaban surcados por el tejido social popular que se pretendía destruir.

Si se observan las cifras de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos que aparecen en los informes oficiales del Estado chileno de las comisiones nacionales de Verdad y Reconciliación, y Prisión Política y Tortura, se aprecia una proporcionalidad siniestra entre las dificultades hegemónicas descritas y la cantidad de muertos por actividad y sector económico social, dando cuenta claramente de un componente de clase en las violaciones perpetradas. La crisis hegemónica, por tanto, a nivel de los aparatos ideológicos de Estado, explica de alguna manera un aspecto más del ánimo fascista desatado durante la dictadura militar de derecha: dado que el intento hegemónico se vio frustrado en el corto plazo, el “dispositivo del terror” se tornó aún más necesario.

Sin perjuicio de ello, al momento destructivo y desarticulador de la dictadura lo acompañó uno de reformulación. Dicho momento

---

1 La definición de “aparatos ideológicos de Estado” es la de Poulantzas (1976: 355-356).

2 Muchas de ellas se movilizan en defensa de los derechos humanos, como la iglesia católica, la católica ortodoxa, las iglesias evangélicas y luteranas, metodista, la comunidad israelita y su gran rabino.

3 De los llamados Comité 1 y 2, preocupados por las violaciones a los derechos humanos, surgen en el mismo año 1973 el Comité Nacional de Refugiados y el Comité de Cooperación para la Paz en Chile; en 1974, la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos; en 1975, la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas; en 1976, la Agrupación de Familiares de Presos Políticos y la Vicaría de la Solidaridad; en 1977, el Servicio Paz y Justicia; en 1978, la Comisión Chilena de Derechos Humanos, el Comité pro Retorno de Exiliados, la Comisión Nacional pro Derechos Juveniles, la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos; en 1979, el Programa Derechos Humanos (Academia de Humanismo Cristiano) y la Protección a la Infancia Dañada por los Estados de Emergencia; en 1980, el Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo y la Agrupación de Familiares de Relegados y Ex Relegados; en 1983, la Comisión Nacional contra la Tortura y el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo, entre otros.



positivo-productivo de las voluntades de poderío se manifestó, como en todo proceso de racionalización, en los esfuerzos de la dictadura por conquistar un espacio en base a las redes que arrojaran sus saberes, en los intentos por forjar un terreno de regularidades que respondieran a *sus* valores y criterios. En otros términos, a la desarticulación de la sociedad civil y, en especial, al tejido social popular “recibido” por la dictadura les correspondió un proyecto articulador nuevo.

Al servicio de este proyecto se hizo circular un discurso ideológico específico, basado en relecturas y desplazamientos de la historia de Chile, a partir de la doctrina de seguridad nacional, el rescate de la democracia autoritaria, junto a elementos propios de un ánimo fascista clásico vinculado a una religiosidad católica ultraconservadora.

Para efectos de señalar más adelante los rasgos propios del *disciplinamiento democrático neoliberal*, resulta importante hacer énfasis en el carácter fascista del período 1973-1989, no centrandolo su caracterización exclusivamente en cuanto a su dimensión dictatorial, autoritaria o totalitaria<sup>4</sup>. Parece importantísima esta distinción, debido a que la caracterización del período como fascista alude a una dimensión de análisis particular que otros descriptores no denotan (Guerrero Antequera, 2001).

Denominar a este período como dictatorial posibilita la descripción de un aspecto jurídico del régimen. En este se ha eliminado el nivel intermedio de la legalidad, volviendo al mandato del soberano en la ley, por cuanto a lo que se debe obediencia no es a la Ley, sino a la voluntad del soberano directamente. La dictadura suspende el derecho burgués tradicional, instalando un permanente estado de excepción bajo el cual, no obstante, aún se mantienen ciertos derechos liberales pero bajo formas trastocadas.

El autoritarismo del período describe las relaciones de poder que se establecen prescindiendo de los procesos de legitimación previos, destacando el uso de la fuerza, aludiendo, en definitiva, a una dimensión psicopolítica del período, bien sea a partir del análisis de psicopatologías individuales o de teorías provenientes de la psicología social que intentan explicar el irracionalismo –o exceso de racionalidad instrumental– epocal (Reich, 1972; Adorno et al., 1959; Fromm, 1966; Brunner, 1981).

El totalitarismo ataca el aspecto sociopolítico, describiendo al monopolio de todas las formas y espacios de poder que son copados por el sistema político, la *panopticidad* del soberano, la pura racionalidad

---

<sup>4</sup> Los análisis de las dictaduras latinoamericanas en torno a la noción de fascismo no son nuevos (Zavaleta, 1976; Boron, 1977; 1991: 11-64). El uso que le doy a la noción en este escrito, no obstante, es distinto al de las fuentes citadas.

instrumental del sistema y la penetración de la técnica en todos los espacios de la sociedad<sup>5</sup>.

Denominar a este período como de ánimo fascista, en cambio, busca su rendimiento al nivel de una dimensión diferente del ordenamiento social, de cierta *fantasía* que lo constituye, y que es lo que justificará las violaciones sistemáticas a los cuerpos y a los derechos humanos (Guerrero Antequera, 2000).

El fascismo contiene una esperanza catártica en el momento de su instalación por medio del terrorismo de Estado. Su revolución terrorista de derecha es emocionalmente asumida por quienes la llevan a efecto atribuyéndole un rasgo recuperador y sanador, en cuanto se la aprecia como la reacción contra el presente degradado respecto al orden divino y es la aversión a todo orden consensual. Al hablar de fascismo señalamos acá el ejercicio socialmente desatado en ciertos contextos históricos en los que se intenta la recuperación de un *logos* natural divino, a partir de la inversión del papel que cumple en la teoría política burguesa la distinción entre orden y caos. La visión fascista de revolución permanente recupera la mitología antigua, en el sentido de que es a través del caos que se manifiesta la verdad superior. *El llamado a poner orden es por medio de la instalación del caos* para terminar con la división entre lo natural y lo social (como lo histórico) y su consecuente deseo de reunificación. Por otra parte, el fascismo, en su conexión con el integrismo católico, no elabora un pensamiento acerca de Dios, sino que establece una relación estética hacia él, o más bien estimula la experiencia de Dios por la que cualquiera daría todo por ella, bajo la forma “obedece porque debes”.

Este imperativo puramente formal del fascismo implica, en términos de Slavoj Žižek (1998: 236-238), la puesta en acto del mandato a sacrificarse sin posibilidad de preguntarse sobre el significado de ello, es decir, asumir el sacrificio verdadero como fin en sí mismo: has de encontrar satisfacción positiva en el sacrificio mismo, no en su valor instrumental. El poder ideológico del fascismo reside precisamente en el carácter vacío y formal de su llamado al sacrificio, en el exigir obediencia porque sí. Y la obediencia al imperativo se materializa en el campo de lo *fenomenico*, es decir, su ejecución y aplicación se da sobre/con/contra otros objetos, otros cuerpos.

---

<sup>5</sup> Originalmente el concepto proviene de la noción que el fascismo italiano tuvo de sí mismo como *stato totalitario*, aunque a nivel de contenido surge como concepto para atacar a la Revolución Rusa de 1917, a partir de la distinción entre dictadura y democracia. Desde un uso conservador y liberal, la democracia se caracterizaría por una pluralidad de opiniones, intereses, grupos y partidos en competencia, mientras la dictadura totalitaria lo haría por el dominio total de un partido o ideología (Fritzsche, 1977: 438; Jänicke, 1971: 59 y ss.).

¿Por qué ciertos objetos empíricos se convierten de pronto en objetos de deseo? ¿Cómo determinado objeto empieza a contener algo *x*, una cualidad desconocida, algo que es *en él más que él* y que, en el caso del fascismo, lo hace responsable del deseo de aniquilación? Para dar respuestas a estas preguntas, Žizek propone el concepto de *fantasía*: objetos empíricos se vuelven objetos de deseo al ingresar en el marco de la fantasía, al quedar incluidos en cierta escena de fantasía que otorga congruencia al deseo del sujeto.

En este sentido, la fantasía ideológica social que operó en Chile, y a mi juicio sigue operando en la posdictadura pero bajo una modalidad distinta, tiene que ver con la visión construida de la sociedad chilena pre-Unidad Popular como una gran familia, que posibilitaba la existencia de una de las “democracias más antiguas de América”. El antagonismo social constitutivo de la sociedad chilena, sus luchas de clase, de género, por el reconocimiento, etc., fueron desplazados hacia un Otro (“los comunistas”) como aquel cuerpo extraño dentro del mismo cuerpo social que puso en crisis a la “familia chilena”. De manera tal que no es la sociedad, su antagonismo inherente, la fuente de la crisis y “decadencia”, sino este Otro, razón por la cual merece el castigo y desaparición.

La figura del “comunista” y del “upeliento”, por tanto, vino a encarnar la imposibilidad de la “sociedad”. Es un elemento extraño, ajeno, al que se le atribuye que desordena, corroe la plenitud de la “familia chilena”. En esta figura se condensa y prácticamente se cristaliza la imposibilidad de la sociedad y es por ello que su aniquilación causa goce. El imperativo categórico de limpiar, sanar, curar, purificar eliminando se materializa en este cuerpo: a la vez que se extermina, amparados por el desinterés del imperativo (la “obediencia debida”), se considera que se está haciendo un bien y se está gozando.

El “comunista” visto a través del marco de la fantasía de la “familia chilena” es la manzana podrida que contamina a todo el tejido social, de manera que su eliminación permitiría la puesta en orden, la identidad plena. Para el ánimo fascista, *la total purificación coincide con la total aniquilación*. La prisión política, la tortura, las ejecuciones, el exilio, los detenidos-desaparecidos son algunas de las formas de expresión concretas, materiales, que tuvo el ánimo fascista en Chile y en las dictaduras del Cono Sur en general durante los años setenta del siglo XX.

## LA IRRUPCIÓN DEL MERCADO

No obstante, el discurso ideológico no se agotó en los elementos antes mencionados, pues, al mismo tiempo, se intentaron instalar *nuevos elementos* en el campo de juego. Uno de ellos tuvo que ver con la exaltación del Mercado como mecanismo autorregulador de todas las esferas de

lo social. Este fue el verdadero golpe a los señores políticos: Ustedes no sólo no existen, ya que los estamos eliminando físicamente, sino que, además, ya no tienen razón de ser.

Desde este discurso, se hizo circular la noción de que el espacio público y la política resultaban innecesarios una vez que el Mercado regulara de manera “natural” la economía y el conjunto de las relaciones sociales. Al sistema político de la democracia representativa, por tanto, se lo hizo aparecer como una ficción, que sólo daba lugar a la tiranía de los políticos (Ottone, 1984: 118). El Estado, en este contexto, debía jugar un rol subsidiario, de apoyo al libre desarrollo del Mercado; ser su guardián protector. La democracia que debía advenir, por tanto, debía ser reducida a la libertad de consumir. Lo fundamental de esta operación hegemónica fue hacer desaparecer, en lo posible, el espacio mismo de la política.

A este respecto, cabe destacar que la efectividad de un discurso ideológico no reside en su estatuto de verdad, en su coherencia interna o riqueza intelectual. De hecho, por ejemplo, el discurso de la dictadura varió en muchas ocasiones, variación que fue siempre dependiente de las necesidades planteadas por su dominio. El poder del discurso ideológico reside en la capacidad que tenga de materializarse, naturalizarse positivamente, de volverse verosímil en cuanto logre convertir y “hacer pasar” el discurso particular de un grupo en lo natural-cotidiano de todos. Su “victoria”, por ende, sólo puede ser evaluada en el grado que logre internalizar su visión de mundo con la socialización del individuo, sin restar en este análisis los elementos de fuerza y amenaza que acompañan a estos ejercicios.

La dictadura, en este sentido, recurrió a una profunda operación hegemónica en los ámbitos cultural y educacional. Estas operaciones indican claramente un más allá del momento de destrucción de los primeros años, cuando se preocupó por desarticular, por medio de la represión, la base estructural de la cultura popular y autónoma<sup>6</sup>. La dictadura, con la participación directa de la derecha chilena, controló para ello la totalidad de los medios de comunicación de masas, restringiendo el escenario de comunicación social a la reproducción del discurso ideológico de las elites económicas que apoyaban a la Junta, a su orden, valores y lenguaje, instalando la cultura del consumo privado<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Esta represión abarcó, además de la exclusión física vía exilio, a los artistas y creadores, la prohibición de su actuación, la clausura de publicaciones, peñas, teatros, de los medios de comunicación de masas de la izquierda, el cierre y vaciamiento de los centros de investigación en ciencias sociales de connotación crítica, y la prohibición de toda expresión de la tradición teórica marxista, aspecto que se consagró incluso constitucionalmente (Ottone, 1984; Brunner, 1981).

<sup>7</sup> Así, por ejemplo, para el caso de los medios de masas, de los diez diarios de carácter nacional que existían antes del golpe se clausuraron *El Siglo*, *Última Hora*, *Clarín*, *La Prensa* y *La Tribuna*. Subsisten, por tanto, los tres diarios del grupo El Mercurio (*El Mercurio*,

En este movimiento de eliminación de lo colectivo y lo político, de privatización, incluso el valor de la solidaridad encontró su substituto privado en las campañas de la Teletón, y el de la cultura, por medio del Festival de Viña del Mar. Operación masiva de banalización cultural, al mismo tiempo que restricción del acceso público a la llamada alta cultura mediante precios prohibitivos, acompañados de la proliferación de *best sellers* y revistas del *jet set*, junto al abandono de las figuras de la cultura nacional-popular, como Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Violeta Parra, destacando, en cambio, un chovinismo criollo patronal.

El ámbito educacional fue acometido como un frente más de la guerra convencional, aspecto que se materializó en la intervención directa de personal militar en las enseñanzas básica, media y universitaria. En la enseñanza primaria se reprodujo la exaltación a los valores patrios y militares propia de los cuarteles. Por otra parte, se mercantilizó la educación y se disminuyó el gasto público, a la par que las escuelas técnicas y profesionales se ligaron a las empresas, y estas obtuvieron un control directo de los contenidos y valores que se impartirían a los nuevos “obreros calificados”.

Por su parte, el diseño del modelo universitario del régimen osciló entre los partidarios militaristas del disciplinamiento total, los tradicionalistas integristas católicos y el sector técnico-burocrático. Las medidas tomadas en este campo estuvieron dirigidas a la reducción del rol de la universidad como el punto de referencia cultural y de movilidad social por excelencia de la vida nacional, convirtiendo al sistema de educación superior, mediante su mercantilización, en un medio de selectividad social según origen socioeconómico, correspondiendo a cada clase social un establecimiento de educación superior propio en cuanto a la calidad de su enseñanza (centros de formación técnica, institutos profesionales, universidades).

### **LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO EXCESO DE LA SOCIEDAD**

Sin embargo, y a pesar de estos enormes esfuerzos desplegados por la dictadura, la persistencia de la represión hasta sus últimos años es indicativa del reconocimiento de resistencias que no terminaron por desaparecer, bien sea por herencia de prácticas hegemónicas pasadas (resabios) o por el surgimiento de nuevas voluntades de poderío que buscaban modificar el nuevo orden establecido. En este sentido, si bien las transformaciones realizadas en la “materia social” fueron profundas, la dictadura no logró controlar por completo la totalidad de lo social, o para decirlo con mayor rigor: no logró instituirse como totalidad.

---

*Las Últimas Noticias* y *La Segunda*), uno del Estado (*El Cronista*) y *La Tercera de la Hora*. Lo mismo ocurrió con los semanarios, la radio y la televisión.

A este respecto, el vigoroso movimiento de lo social observado en los años ochenta representa el *exceso* que rebasó la capacidad de control de la dictadura, constituyendo un vasto territorio de fenómenos, identidades y “formas de vida” poco institucionalizadas y “nomádicas”, que sobrepasaron, eludieron y desafiaron los esfuerzos desplegados por el “buen orden” para codificarlos y someterlos (Arditi, 1989: 102).

Este movimiento, que se hizo patente con la realización de numerosas protestas nacionales así como en el trabajo político, social y cultural desplegado sobre todo en los campos estudiantil, poblacional, sindical y gremial, quedó inscripto en la memoria social del Chile actual como una lucha que fue llevada adelante por una multiplicidad de fuerzas, por una variedad de cuerpos en resistencia, por un enjambre de identidades en formación; acciones y subjetividades que se disputaron, en forma directa y abierta, el espacio de la política que la dictadura intentara eliminar. La política misma, por tanto, consistió en el juego de inscripciones y cruces de esa multitud, gracias a la multiplicidad que la recorría y arrastraba desbordando las formas de contenido y expresión “dictados”.

Por tal motivo, si la libertad añorada sólo podía ser conseguida mediante el ejercicio decidido y soberano de prácticas de liberación, la democracia conquistada debía ser hija no tan sólo de los contenidos por los que se luchó, sino también de la *forma emancipativa* en que estos se forjaron y se hicieron circular. La calle, la asamblea, la marcha, la protesta, como instancias de roce social, de conexión de diversas relaciones desordenadas y creadoras, prometían alcanzar una democracia que fuese la *expresión* de esta dispersión múltiple. Así, el movimiento de lo social desplegado en aquellos años era un territorio de gestación de sociedad, al mismo tiempo que un territorio de gestación de estrategias de resistencia que conducían a *formas distintas de hacer sociedad*. Es esto lo que el modelo de sociedad, de contenido y forma neoliberal, trazado por las elites políticas de la transición democrática no estuvo, a la postre, dispuesto a tolerar.

### **EL DISCIPLINAMIENTO DEMOCRÁTICO NEOLIBERAL: LA DIGESTIÓN DEL OTRO**

La lucha contra las dictaduras en Chile y Latinoamérica durante los años ochenta dio muestras de un dinamismo social activo a través de ciclos de protesta colectiva que ha sido materia de exploración y estudio desde distintos enfoques. La explicación otorgada generalmente desde la ciencia política es que los movimientos sociales que emergen son producto de la apertura política operada durante la última fase de los regímenes autoritarios, que al liberalizar el proceso político permiten un mayor margen de acción (Hipsher, 1998). Los grupos que se movilizaron tempranamente

contra la dictadura lo hicieron con la voluntad de acelerar la vuelta a la democracia, creando con su acción las condiciones de posibilidad bajo las cuales otros grupos sociales puedan emerger, redundando en olas de movilización colectiva. No obstante este dinamismo, cuando los partidos políticos retornan al poder, y la confrontación es reemplazada en las altas esferas por la negociación y el compromiso, los movimientos tienden a declinar y se institucionalizan, cerrando su ciclo.

Desde el modelo de análisis del sistema político, la institucionalización puede adoptar distintas manifestaciones, que resultan explicables a partir de la naturaleza de las relaciones partidos-movimientos y por el grado de apertura del sistema político. Cuando las estructuras partidarias son relativamente abiertas y los movimientos tienen una cierta autonomía respecto de estas, en un contexto de sistema político abierto, la institucionalización tiende a resultar en una incorporación de los movimientos sociales a los procesos de toma de decisiones. Al contrario, cuando los partidos son relativamente rígidos y cerrados, y las organizaciones tienen poca o nada de autonomía frente a estos, en un marco de sistema político cerrado, la institucionalización tiende a resultar en la marginación de los movimientos de la esfera de la política.

En las teorías contemporáneas de desarrollo de movimientos sociales, el modelo del proceso político es uno de los que hegemoniza la explicación de la dinámica acerca del surgimiento de los ciclos de protestas y su devenir. Parte de la premisa, como vemos, de que el desarrollo de los movimientos sociales depende de las instituciones políticas, de las configuraciones de poder y otros factores exógenos a los movimientos mismos –la apertura del proceso político, la presencia de aliados y de grupos de soporte y la división al interior del régimen– que en su conjunto constituyen la *estructura de oportunidad política* (Kitschelt, 1986: 57-58; Kriesi, 1992; McAdam, 1982; Tarrow, 1994; Tilly, 1978).

La apertura del proceso político, como variable condicionante de la aparición de movilizaciones sociales, ha sido ampliamente tratada por la literatura “transitológica” (O’Donnell y Schmitter, 1986). Según esta, aun existiendo protestas durante los momentos más duros de la dictadura, ellas tienen más posibilidades de aparición durante los períodos de apertura, que son tomados como indicadores de los procesos transicionales. La sociedad civil puede resurgir, desde esta perspectiva, cuando los costos de la acción colectiva son bajos, es decir cuando el régimen autoritario ofrece ciertos espacios de movimiento. Los aliados o grupos de apoyo constituyen el segundo factor condicionante. Así, para el caso chileno, la presencia de grupos de base de la iglesia católica en las poblaciones y la creación de la Vicaría de la Solidaridad son algunos de los elementos que se nombran a este respecto (Oxhorn, 1991). Finalmente, la división interna del régimen autoritario establece que las diferencias

entre las posturas duras y blandas en el régimen crean la posibilidad de presión de los movimientos para lograr una mayor apertura y menor peligro de represión (Shneider, 1995; Przeworski, 1991).

Cumpléndose estas oportunidades estructurales, los movimientos sociales salen a la calle e inician intensos ciclos de movilizaciones. En el caso chileno, ello ocurre a partir de una jornada de protesta nacional convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre en mayo de 1983. Los movimientos sociales, fuertes y vigorosos, creaban plataformas de lucha colectivas, mostrando una gran capacidad de organización y convocatoria, un enorme compromiso con los temas sociales y políticos, situación que auguraba el advenimiento de una democracia participativa y dinámica. Sin embargo, al tiempo estas protestas disminuyeron en cantidad y nivel de participación, y la democracia que sustituyó al régimen dictatorial no reflejó el potencial expresado durante el período 1983-1987<sup>8</sup>.

El modelo de análisis del proceso político utilizado para explicar a los movimientos sociales puede ser en alguna medida verosímil, en cuanto puede explicar, a partir del cumplimiento de ciertas estructuras de oportunidades políticas, su emergencia, pero considero que resulta insuficiente para dar cuenta de su declive. En efecto, ¿cómo explicar una transición que en su proceso de consumación, en el retorno a la democracia, deja de contar con movimientos sociales que la nutran? Pues, en términos generales la misma participación ciudadana, más allá o acá de los movimientos sociales, vía los canales representativos clásicos de la política también ha ido en declive. ¿Qué sucedió con aquellos vigorosos movimientos de lo social? Esta pregunta parece importante, pues los movimientos sociales observados en décadas anteriores de la historia reciente de Chile son un indicador de una sociedad civil que se asumía activa. Pues bien, ¿esta ausencia de movimientos sociales se debe solamente a los factores de carácter estructural del sistema político?<sup>9</sup>. Antes de ofrecer una respuesta alternativa examinemos las explicaciones del modelo expuesto.

En primer lugar se mencionan factores de tipo afectivo de los sujetos, como el miedo o la molestia. Para el caso chileno se suelen citar el descubrimiento, en agosto de 1986, del arsenal de armas que desembar-

8 Así, el año 1982 registró 13 protestas; 1983: 61; 1984: 36; 1985: 55; 1986: 58; y 1987: 39 (Salazar, 1990).

9 Los últimos hitos de movilizaciones masivas como sociedad civil en Chile fueron la visita del Papa en abril de 1987 y luego la campaña plebiscitaria por el No, en 1988. Sólo en 2006, a casi dos décadas de posdictadura, emergió un nuevo movimiento social de estudiantes secundarios, a escala nacional, ligado a demandas sectoriales, que se suma a la emergencia del movimiento mapuche en el sur del país.



có el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, ligado al Partido Comunista chileno, en el norte del país, y el atentado a Pinochet materializado por esta guerrilla en septiembre del mismo año. Ambos sucesos, según esta literatura, habrían producido un distanciamiento entre los partidos políticos de la oposición impidiendo la acción unitaria. Por otra parte, se señala el retorno de los partidos políticos al poder y la división interna de los grupos guerrilleros. Los partidos políticos que antes participaban en las movilizaciones se dedican, luego de reconquistada la democracia, exclusivamente a labores partidarias, acrecentando la distancia con los movimientos sociales, provocando divisiones al interior de estos y desplegando formas de acción que coartan su capacidad para el diseño e implementación de movimientos unitarios. A su vez, se reconoce la influencia de campañas intencionales por parte de ciertas elites políticas en pro de la desmovilización, con el objeto de poder llevar a cabo transiciones negociadas. Esto se logra fundamentalmente mediante la difusión de discursos que llaman a la racionalidad y al realismo político<sup>10</sup>.

### **ELEMENTOS DEL SISTEMA DE PODER EN LA DEMOCRACIA NEOLIBERAL**

Si bien los factores mencionados pudieran ser variables que incidan en la disminución de la participación social abierta y activa que se hace cargo de los destinos del país mediante acciones directas, organizadas y colectivas, considero que el modelo es ciego a factores de envergadura, como la mutación de las políticas de control social de dictadura a democracia neoliberal. Para alcanzar una comprensión de este tipo, sugiero que una vez cerrado el ciclo de movilización entendida como legítima por aquellos sectores que han retornado al ejercicio del poder, los restantes movimientos y movilizaciones comienzan a ser etiquetados y calificados como conductas desviadas, por lo que se les aplica políticas de control, neutralización y castigo, de acuerdo a los conceptos de norma, diferencia, transgresión y disciplinamiento, constitutivos de la columna vertebral de un sistema de poder (Foucault, 1976; 1977; 1978; 1994; Deleuze, 1987; Ardití, 1989).

En efecto, las normas constituyen las “reglas de juego”, bien sean explícitas o tácitas, que buscan establecer la identidad de una agrupación, enmarcando y dando sentido a las acciones que se desarrollan en ella. A pesar de estas reglas, siempre existe un “parámetro de variación” de ciertas prácticas que no logran ser completamente integradas, en la forma, por ejemplo, de relaciones informales y conflictos que obligan al sistema de poder a redefinir contextualmente las situaciones nuevas y no previstas. A partir de la combinación de normatividad y

---

10 En el caso de Chile, efectivamente existió una transición negociada (Godoy Arcaya, 1999).

prácticas cotidianas, surge el discurso interno de la institución, como el discurso a partir del cual esta se describe a sí misma y que circula entre los que la hacen funcionar. Este discurso resulta extremadamente importante, porque a partir de él se constituyen los referentes que operan como parámetros de distinción entre lo válido y lo no válido, lo legítimo y lo ilegítimo del dominio. Este discurso es el que produce *lo normal*, la normalidad.

Sin embargo, ni los dominios de los discursos ni los campos que abarcan los referentes logran nunca subsumir por completo la totalidad de las experiencias cotidianas, lo que nos indica que siempre surgen *diferencias* respecto a la normalidad establecida por los referentes de cada dominio. La diferencia es aquello que la norma no es, lo que implica que no es definida por un contenido intrínseco, sino a partir de la negatividad de las relaciones que establece al interior de un dominio, por su diferencia respecto al entorno. Algunas diferencias son toleradas por el sistema de poder de un dominio, mientras que otras son *trabajadas* sobre la base de un patrón que, negándoles su calidad de diferencias, las transforma en *desviaciones*.

Las diferencias que son trabajadas como desviaciones son paulatinamente significadas como *transgresiones* a la normalidad, al buen orden, a partir de un proceso de naturalización positiva y negativa. Lo que el dominio, desde sus referentes, considera normal se naturaliza positivamente, mediante la movilización estratégica de discursos que “trascendentalizan” lo actual. Por otra parte, se apela a una dimensión sacra y sacralizante que instituye al referente “normal” por encima de la sociedad humana, de la historia y la política. Al mismo tiempo, se naturaliza negativamente lo diferente, convertido ya en desviación y transgresión, instituyéndolo como aberración, como *patología*. Por lo tanto, a la diferencia también se la despoja de su dimensión social, histórica y política, relegándola al dominio de saberes y disciplinas que deben hacerse cargo de su sanación y salvación. Estamos, por tanto, en el corazón mismo de lo que podríamos llamar *la higiene social*.

De manera tal que, ahí donde los referentes adquieren una fijeza, una rigidez que no tolera cuestionamiento alguno, se dan las condiciones de posibilidad para que las diferencias sean trabajadas como desviaciones de la norma, para que las transgresiones sean el blanco de dispositivos de dominación, neutralización, control, confinamiento, disciplinamiento y represión.

Aplicado este enfoque a la transición chilena a la democracia, creo que es posible señalar que esta denota un proceso de *higiene social* de los movimientos sociales distinta al ánimo fascista desatado en el período dictatorial, pues en el marco del respeto a los derechos humanos esta vez desaparecen los movimientos sociales, no mediante la violación de sus

cuerpos y sus derechos, sino a través de su *digestión* por parte del aparato del Estado, que utiliza a la institucionalización como estrategia de control, en un proceso que ha tenido como efecto el cambio del tipo de acción colectiva, estandarizándola y transformando el carácter, contenido y forma de las demandas<sup>11</sup>.

Los partidos políticos de oposición a la dictadura, agrupados en la coalición gobernante durante las ya casi dos décadas de posdictadura, y en acuerdo con el *ancien régime*, conformaron un dominio regulado de modo que los diversos fenómenos y relaciones sociales que emergieron durante la lucha antidictatorial pudieran ser controlados, a partir del establecimiento de criterios compartidos por la elite política, militar y económica de Chile acerca de lo válido, lo permisible y lo normal. Los partidos políticos señalados retomaron su rol cuasi sagrado de interlocutores entre la sociedad civil y el Estado, reduciendo la capacidad de influencia de los movimientos sociales en la política, cuyas demandas de mayor justicia social y democracia participativa no se ajustaron a la transición pactada que configuró la actual democracia neoliberal.

Sobre este particular, resulta importante señalar que no toda institucionalización de los movimientos sociales ha devenido en un disciplinamiento de los mismos. En países como Brasil, por ejemplo, donde los partidos políticos han sido más democráticos y abiertos a grupos diferentes a ellos mismos, los movimientos tuvieron una mayor oportunidad de acceso al proceso político, logrando mayor éxito en la influencia a las posiciones y prácticas de los propios partidos políticos. En Chile, por el contrario, la institucionalización ha tenido efectos excluyentes, mediante la digestión de los mismos, ya que la propia inclusión de muchos movimientos en el aparato estatal se ha constituido en la condición de posibilidad de la negación de los movimientos sociales al acceso al proceso político, articulando un Estado duro e impermeable a la participación, gestionado por partidos políticos elitistas, hegemonizados por expertos<sup>12</sup>.

Como ejemplo de este ejercicio de *digestión* de los movimientos sociales, se puede señalar el movimiento por los derechos de las mujeres. En 1990, el Estado crea el Servicio Nacional de la Mujer, que no ha

---

11 Utilizo la imagen de la *digestión* para el proceso de institucionalización de los movimientos sociales, diferenciándolo del de la exclusión que operaría, por ejemplo, en la reclusión de presos políticos en las Cárceles de Alta Seguridad. La figura es de Mike Bal: "¿Hay algo más embrollado y sucio que la digestión?: asimilación, pero también defecación; vomitar aquello que no se digiere, producir fluidos vitales. La digestión se desarrolla en el interior del cuerpo, incorpora aquello que antes era externo, desafiando los límites, implicando al cuerpo por completo" (en Expósito, s/f). Sobre la temática de las Cárceles de Alta Seguridad en Chile, ver Guerrero Antequera (1999b; 2001).

12 La dureza del sistema de partidos políticos ha sido tratada por Manuel Antonio Garretón (1989: 9).

sido el interlocutor de los movimientos de las mujeres, debido a que no tuvo voluntad para incorporar a las organizaciones de mujeres en los diseños y aplicación de sus políticas, aunque sí incorporó a sus dirigentes en distintas funciones. Muchas de las políticas de género del Servicio han tendido a ser formales y no participativas, y las organizaciones no gubernamentales de mujeres tienen poca o ninguna influencia sobre el organismo estatal. El liderazgo del Servicio Nacional de la Mujer ha sido de carácter conservador, a pesar de lo cual logró subsumir a los movimientos, dejándolos sin discurso ni recursos. Lo mismo es posible de constatar en el caso de los jóvenes, con el Instituto Nacional de la Juventud, y de los movimientos ambientalistas, con la creación de la Comisión Nacional del Medioambiente. Del mismo modo, la descentralización iniciada por la dictadura en 1980 sólo ha tenido el efecto de que los gobiernos locales y las municipalidades cuenten con fondos, que continúan siendo determinados y asignados por el gobierno central.

De tal suerte que el Estado chileno paradójicamente es cerrado mediante su apertura: se ha abierto el palacio de gobierno (La Moneda) como paseo peatonal pero no como espacio de política. Las elites políticas chilenas gestionan un tipo de democracia, a partir de un discurso que busca hacer creer que ella es mejor servida mediante la subordinación de la participación popular a la necesidad de manutención de la estabilidad, perpetuando un sistema político que continúa siendo cerrado a las exigencias de los movimientos sociales y que ha institucionalizado la exclusión.

Esta exclusión, a su vez, no es privativa de la participación política. El modelo económico mismo, gestionado y administrado en un marco “democrático”, es señal clara del mismo fenómeno. La posdictadura, así, denota un complicado proceso en el que conviven la continuación y profundización del modelo político –vigencia de los pilares estructurales de la Constitución de 1980, fundamentalmente en lo que toca al carácter subsidiario del Estado, como al sistema electoral binominal que deja sin representación a vastos sectores de la población crítica al modelo– y económico de la dictadura –continuidad estructural en el ámbito de la transnacionalización de la economía, reforzamiento de la posición dominante en la economía del capital extranjero y de los grupos económicos internos y su consecuente concentración de patrimonio, continuidad en el traspaso de patrimonio del sector público al privado vía privatizaciones y diferentes sistemas de subsidio, continuidad en la desigual distribución del ingreso y la riqueza, entre otros– con los esfuerzos e intenciones de democratización (Fazio, 1996; 1997).

De manera contraria, los movimientos sociales que sostuvieron la lucha antidictatorial, y que el discurso transitológico ha reconocido como una de las condiciones de posibilidad fundamentales para la pro-

pia transición, permitían la confluencia de una pluralidad de mundos y tradiciones culturales y políticas que se tornaron problemáticas para la consolidación del modelo neoliberal que la transición chilena asumió como propio. Por lo mismo, la administración y profundización del modelo que fue repudiado en forma unánime durante la lucha antidictatorial sólo ha podido continuar mediante el recurso a un redisciplinamiento de la sociedad civil.

Por ello, la democracia chilena actual proyecta algo bastante distinto a la práctica emancipadora que la possibilitó. En este sentido, la democracia actual, que se erige como nuestra verdad, no es sino la interrupción de los actos de democratización desplegados, de las prácticas de liberación que lograron escapar y poner en crisis los controles y codificaciones de la dictadura. Esta interrupción instaló la desmemoria, pretendiendo teñir al cuerpo social de olvido: olvido de aquellos que posibilitaron la democracia y olvido de la fórmula múltiple que la hizo advenir. El efecto conseguido fue la cristalización de los movimientos en puntos controlables y de pausa, para su “normalización” vía digestión y exclusión; para disminuir su potencia de actuar.

El segundo disciplinamiento es llevado adelante, por tanto, en democracia, e implica la anulación de los diferentes modos culturales y políticos de construcción de identidades que se venían desarrollando al interior de los movimientos de lo social. Su objetivo es el disciplinamiento, esta vez del exceso de la sociedad, de su suplemento, con el objetivo de que este adhiriera a un modelo político *ad hoc* al modelo económico, adhesión o legitimidad que la dictadura no pudo lograr.

El segundo disciplinamiento se volvió necesario debido a que el *escape y resistencia* a la dictadura devino en gran medida *emancipación* en acto, es decir, los “espacios liberados” no sólo se conformaban con estrategias de sobrevivencia marginal, acotadas, sino que aquellos escapes se volvieron luchas de afirmación de identidades o “formas de vida” alternativas, voluntades de poderío movilizadas para conquistar espacios, para modificar la sociedad.

Se trata, por tanto, de la emergencia de un *sistema “democrático neoliberal” de control de la desviación* en la figura de la digestión de los movimientos sociales. Se trata de una penetración más profunda del control social en el cuerpo social donde, en el caso del modo inclusivo, el experto ya no aparece como experto, sino que es parte de la comunidad, ya que la comunidad misma se ha integrado al sistema de control. Así es como, paralelamente al surgimiento de las Cárceles de Alta Seguridad en democracia, aparecen en el contexto democrático las políticas de “seguridad ciudadana”. Se “transita”, por tanto, de un sistema formal ineficiente e inhumano –las prácticas de terrorismo de Estado del período fascista de Pinochet y la derecha chilena– a las

instituciones primarias de la sociedad como formas privilegiadas de ejercicio del control. Hoy son los colegios, la familia, los vecinos, y no exclusivamente los expertos, los que deben tomar la responsabilidad del control de la desviación.

Sin embargo, esto que pudiese parecer el alejamiento del sistema formal, es en realidad la penetración, invasión y colonización de las instituciones primarias por el sistema formal. Lejos de desaparecer, los expertos operan hoy *en* las instituciones primarias. Hay una expansión gradual y una intensificación del sistema de control que se justifican y legitiman a partir de diversos objetivos sociales a alcanzar en pro del bien común: cámaras de vigilancia contra la delincuencia en las calles, paseos, parques, estadios, sensores fotoeléctricos contra las infracciones de tránsito, patrullas motorizadas comunales y barriales contra el narcotráfico, infiltración de las organizaciones estudiantiles contra los brotes de violentismo, teléfonos de denuncia contra violencia intrafamiliar o consumo de drogas, centrales de estadísticas a cargo del control de delitos económicos o morosidad de pagos, timbres-pánico al interior de las casas, control de lo publicable, cierre de barrios a determinada hora, etcétera.

En cuanto a los factores endógenos de los movimientos que operaron como condiciones posibilitantes de su digestión, es muy posible que el principal sea que sus diseños organizacionales tendieron con el tiempo a coincidir con los espacios clásicos de la política, no contando con sistemas de rotación de cargos, mayor trabajo transversal y polifuncional de sus miembros, entre otros aspectos que sí emergen con mayor fuerza en los movimientos sociales que actualmente han puesto en alerta a los mecanismos de control social de la democracia neoliberal.

### **NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LA VISTA: ¿UN MÁS ALLÁ DEL NEOLIBERALISMO?**

El resultado del re-disciplinamiento social llevado adelante en posdictadura fue fundamentalmente el vaciamiento, durante un tiempo prolongado, de la participación principalmente popular y juvenil en la política. Los miembros activos de los movimientos sociales o bien se incorporaron al ejercicio de funciones estatales o se quedaron a nivel de base promoviendo la creación de redes de desarrollo local, que muchas veces vienen a llenar los vacíos que las políticas institucionales van dejando. Otro sector muy numeroso simplemente “se fue para la casa”, mientras otros radicalizaron su postura, desarrollando acciones autodescriptas como “antisistémicas”.

De aquí la gran cantidad de colectivos y orgánicas de acción directa, sobre todo poblacionales y estudiantiles, de carácter subversivo o a(nti)institucional, muchos de ellos desvinculados ya de los movimien-

tos sociales. Estos movimientos sociales antes podían ejercer como marcos de referencia para la acción de estas distintas orgánicas. En el nuevo contexto democrático neoliberal, muchas organizaciones de acción directa ya no tienen este referente, lo que redundará en un aislamiento respecto de la base social que antes existía y que muchas veces orientaba su accionar. Por efecto de las políticas de institucionalización y rigidez del sistema político, estos grupos desaparecen de lo público nacional. Este aislamiento provocó la radicalización aún mayor de los mismos, lo que, junto al aislamiento experimentado, resultó sustancial para el despliegue de una política represiva estatal focalizada en contra de estos grupos, legitimada por los *mass-media*, en pro de su desarticulación y desaparición final.

Sin embargo, de modo reciente, un nuevo “exceso” de la sociedad ha hecho aparición dando cuenta de una configuración distinta a las prácticas “antisistémicas”, con serias posibilidades de ejercer presión real al sistema político formal. Esto ha acontecido fundamentalmente a partir de las manifestaciones abiertas, a escala nacional, del movimiento de estudiantes secundarios así como de la persistencia de las luchas de los pueblos originarios como el mapuche.

En efecto, a nivel estudiantil se ha podido observar una interesante articulación de discusión teórica y acción directa, que se expresa, por ejemplo, en la puesta en circulación de consignas –como “Por una educación de calidad”, “El cobre por el cielo, la educación por el suelo”– que han interpelado a amplios sectores consiguiendo una gran legitimidad social. De modo distinto a las posturas “antisistémicas”, este movimiento ha avanzado hacia la coordinación de distintas fuerzas sociales y políticas a través de la creación de un “Bloque social por la educación”, que se sienta a conversar en forma directa con los representantes del Estado y sus técnicos.

A nivel organizacional, este nuevo movimiento ha preferido innovar desplazando los diseños jerárquicos centralizados, poniendo en su lugar a las “coordinadoras”, con rotación de cargos y “redes” que crean puentes de conexión y nexos de cooperación flexibles y bastante efectivos. Apoyados en la rapidez y simultaneidad que permiten las nuevas tecnologías de la información, han logrado coordinar y movilizar a millones de estudiantes en forma sorprendentemente ordenada. Por otra parte, ha sido posible observar cómo sus criterios de articulación no se reducen al acuerdo en optar por una ideología común o a una militancia política determinada. Más bien al contrario, se observa una transversalidad de clases e ideologías muy interesante.

Por el momento, a nivel discursivo no existe aún un soporte simbólico verificable que permita profundizar el estudio de la constitución subjetiva de estos nuevos actores sociales. Lo que sí se ha hecho

evidente en el caso chileno es la simpatía y sorpresa que ha causado, particularmente en la izquierda, la emergencia de estos nuevos movimientos, que al parecer no han sido permeados por las codificaciones disciplinantes de la dictadura y la posdictadura. De modo bastante inesperado, el movimiento de estudiantes secundarios, que mantuvo a Chile en ascuas durante un mes de paro nacional indefinido, con tomas de los establecimientos educacionales a lo largo de todo el país y demandas que atacan a pilares estructurales del modelo neoliberal –como la crítica a la libertad de enseñanza como libertad de empresa, poniendo en su lugar el reclamo por el derecho a la educación y exigiendo la participación del Estado como garante de la calidad, en un contexto de Estado subsidiario–, logró remover una serie de certezas tanto por parte de quienes participan en el sistema político formal como de quienes hacen política al margen de este.

Queda por observar el modo en que estos nuevos actores logran establecer nexos con movimientos que poseen un imaginario de transformación social radical, emancipadora, de corte y proyección más global que no se agota en demandas sectoriales, sino que busca incidir a escala nacional. ¿Una nueva izquierda, tal vez? Pues gracias a esta riqueza emergente de lo social, el propio marxismo se está autoobservando como uno de los tantos lenguajes y modos de ver y construir el mundo, y viviendo la experiencia de abrirse no tan sólo a la discusión de los patrones de acumulación internos del capital, sino a las diversas violencias y luchas de la vida cotidiana, donde las temáticas de género y lucha por el respeto y ampliación de los derechos humanos han adquirido especial relevancia (Guerrero Antequera, 1999a). Enfrentar el problema de la exclusión en distintos órdenes está llevando al marxismo no sólo a valorizar las luchas constituidas a partir de las contradicciones de clase en la esfera económica, sino también a descubrir aquellas luchas individuales y colectivas que intentan escapar o crear nuevas formas de subjetivación, procurando poner en crisis, de modo innovador, la hegemonía capitalista neoliberal, pero que están bajo el peligro siempre presente de desaparecer, de ser *digeridas* o exterminadas. Así, por ejemplo, las luchas diarias en el caso de las mujeres, los mapuche, la lucha en las poblaciones contra la droga y el alcohol, en fin, también las luchas estudiantiles.

Estas luchas, por otra parte, pueden nutrirse del imaginario liberador, de transformación social del marxismo, de manera no utópica ni escatológica, sino concreta, en la praxis emancipadora que al mismo tiempo que transforma las circunstancias transforma a los hombres, mujeres y niños.

En consecuencia, los movimientos emancipatorios en Chile se encuentran inmersos en procesos de subjetivación interesantísimos e



importantes, ricos en experiencia y originalidad. Más allá de los dispositivos de control y disciplinamiento puestos en operación durante la dictadura y la democracia que la sucedió, en el caso chileno se configuran nuevas prácticas e identidades de sujeto, con nuevas formas de organización y comunicación que, sin poder adivinar en qué van a terminar, nos muestran que por debajo de la sociedad consumista y conformista que estamos acostumbrados a ver hay microsociedades locales en marcha, distintas, llenas de actividad, memoria y energía.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor et al. 1959 *The authoritarian personality* (Nueva York: Harper and Row).
- Arditi, Benjamín 1989 *El deseo de la libertad y la cuestión del otro* (Asunción: RP).
- Boron, Atilio A. 1977 "El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina" en *Revista Mexicana de Sociología* (Ciudad de México) Vol. 39, N° 2, abril-junio.
- Boron, Atilio A. 1991 *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Buenos Aires: Imago Mundi).
- Brunner, José Joaquín 1981 *La cultura autoritaria en Chile* (Santiago de Chile: FLACSO/Granizo).
- Constable, Pamela y Valenzuela, Arturo 1991 *A nation of enemies* (Nueva York: Norton).
- Deleuze, Gilles 1987 *Foucault* (Buenos Aires: Paidós).
- Expósito, Marcelo s/f "A propósito de documenta X", en <[www.aleph-arts.org/pens/royoux.html#N\\_2](http://www.aleph-arts.org/pens/royoux.html#N_2)>, acceso 28 de agosto de 2006.
- Fazio, Hugo 1996 *El programa abandonado. Balance económico social del gobierno de Aylwin* (Santiago de Chile: LOM).
- Fazio, Hugo 1997 *Mapa actual de la extrema riqueza en Chile* (Santiago de Chile: LOM/Arcis).
- Foucault, Michel 1976 *Vigilar y castigar* (México DF: Siglo XXI).
- Foucault, Michel 1977 *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* (México DF: Siglo XXI) Vol. 1.
- Foucault, Michel 1978 *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta).
- Foucault, Michel 1994 *Un diálogo sobre el poder* (Madrid: Alianza).

- Fritzsche, K. 1977 "Faschismustheorien. Kritik und perspektive" en Neumann, F. (ed.) *Politische theorien und ideologien* (Baden-Baden).
- Fromm, Erich 1966 *Die furcht von der freiheit* (Frankfurt AM: Verlag).
- Garretón, Manuel Antonio 1987 "Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile" en *Proposiciones* (Santiago de Chile: SUR) N° 14, agosto.
- Garretón, Manuel Antonio 1989 *The chilean political process* (Boston: Unwin Hyman).
- Godoy Arcaya, Óscar 1999 "La transición chilena a la democracia: pactada" en *Estudios Públicos* (Santiago de Chile) N° 74.
- Guerrero Antequera, Manuel 1999a "Elementos para una comprensión de los colectivos de izquierda estudiantil. ¿Encapuchados, violentistas, terroristas?" en *Revista Investigación y Crítica* (Santiago de Chile: Universidad Arcis) Año 1, N° 1, 1° semestre.
- Guerrero Antequera, Manuel 1999b "La moderna reforma penal chilena: resocialización de los presos y expiación de las culpas" en *Revista Infraganti* (Santiago de Chile: Universidad Arcis) N° 3, diciembre.
- Guerrero Antequera, Manuel 2000 "Reflexiones a partir de Kant y Zizek: el obsceno goce de nuestro pasado" en *Investigación y Crítica* (Santiago de Chile: Universidad Arcis) N° 4.
- Guerrero Antequera, Manuel 2001 "Democratización chilena y control social: la transición del encierro" en Salazar, Mauro y Valderrama, Miguel (comps.) *Dialectos en transición. Ensayos sobre subjetividad y política en el Chile actual* (Santiago de Chile: LOM/Arcis).
- Hipsher, Patricia 1998 "Democratic transitions as protest cycles: social movement dynamics in democratizing Latin America" en Meyer, David S. y Tarrow, Sidney (comps.) *The social movement society* (Maryland: Rowman & Littlefield).
- Jänicke, Martin 1971 *Totalitäre herrschaft. Anatomie eines politischen begriffes* (Berlín: Duncker & Humblot).
- Kitschelt, Herbert 1986 "Political opportunity and political protest: anti-nuclear movements in four countries" en *British Journal of Political Science* (Londres) N° 65.
- Kriesi, Hanspeter 1992 "New social movements and political opportunities in Western Europe" en *European Journal of Political Research*, N° 22.

- McAdam, Doug 1982 *The political process and the development of black insurgency 1930-1970* (Chicago: University of Chicago Press).
- Nueva Política* 1976 (México DF) N° 1, enero-marzo.
- O'Donnell, Guillermo y Schmitter, Philippe (eds.) 1986 *Transitions from authoritarian rule: tentative conclusions* (Baltimore: Johns Hopkins University Press).
- Orellana, Patricio 1989 *Violaciones a los derechos humanos e información. La experiencia chilena* (Santiago de Chile: FASIC).
- Ottone, Ernesto 1984 *Hegemonía y crisis de hegemonía en el Chile contemporáneo (1970-1983)* (Madrid: Lar).
- Oxhorn, Philip 1991 *Organizing civil society: the popular sectors and the struggle for democracy in Chile* (University Park: Pennsylvania State University Press).
- PNUD 2004 *Desarrollo humano en Chile 2004. El poder: ¿para qué y para quién?* (Santiago de Chile: PNUD).
- Poulantzas, Nicos 1976 *Fascismo y dictadura* (México DF: Siglo XXI).
- Przeworski, Adam 1991 *Democracy and the market* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Reich, Wilhelm 1972 (1933) *Die massenpsychologie des faschismus* (Colonia: Kiepenheuer & Witsch).
- Salazar, Gabriel 1990 *Violencia política popular en las "Grandes Alamedas"* (Santiago de Chile: SUR).
- Shneider, Cathy Lisa 1995 *Shantytown protest in Pinochet's Chile* (Filadelfia: Temple University Press).
- Tarrow, Sidney 1994 *Power in movement: collective action, social movements and politics* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Tilly, Charles 1978 *From mobilization to revolution* (Nueva York: McGraw-Hill).
- Zavaleta, René 1976 "Las luchas antiimperialistas en América Latina" en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF) Vol. 38, N° 1, enero-marzo.
- Žižek, Slavoj 1992 *El sublime objeto de la ideología* (México DF: Siglo XXI).
- Žižek, Slavoj 1998 *Por qué no saben lo que hacen* (Buenos Aires: Paidós).